

STEPHEN ULLMANN

SEMANTICA

INTRODUCCION A LA CIENCIA
DEL SIGNIFICADO



CULTURA E HISTORIA

AGUILAR

STEPHEN ULLMANN

Profesor de Filología Románica en la Universidad de Leeds

SEMÁNTICA

INTRODUCCIÓN A

LA CIENCIA DEL SIGNIFICADO

Traducción del inglés por

JUAN MARTÍN RUIZ-WERNER



TOLLE. LEGE

AGUILAR

colección cultura e historia
asesor arturo del hoyo

edición española

© agullar s a de ediciones 1972 juan bravo 38 madrid

depósito legal m 14193/1972

segunda edición—segunda reimpresión—1972

código 12020

printed in spain impreso en españa por musigraf arabí s a
hermanos del hoyo s/n torrejón de ardoz madrid

edición original

© stephen ullmann 1962

semantics

basil blackwell oxford

A MI ESPOSA



PREFACIO.

Durante la última década se ha producido una considerable vivificación del interés por la semántica. Muchos investigadores han vuelto a examinar los principios sobre los que se basa esta rama de la lingüística; otros han explorado aspectos específicos de la significación, y otros, en fin, han enfocado su atención sobre la semántica de lenguajes particulares. La investigación en este campo ha sido revitalizada por la gran revolución que ha tenido lugar en la lingüística moderna: la nueva visión de la lengua como una estructura altamente organizada constituida por elementos interdependientes, y la comprobación de que las palabras desempeñan un papel crucial en la función de modelar nuestros pensamientos y dirigirlos por ciertos canales./ Los recientes avances en filosofía, psicología, antropología, construcción de máquinas de comunicación, y en otras esferas, han tenido también repercusiones importantes en el estudio del significado. El principal propósito de este libro es proporcionar una referencia provisional sobre el progreso de la semántica: una exposición de los logros anteriores, de la investigación actual y de las tareas futuras..

El presente volumen difiere en varios aspectos de mis Principles of Semantics, que se publicaron por primera vez en 1951 (2.ª edición, 1957; reimpresos, con material adicional, en 1959). Es más empírico en su método de acceso y trata cuestiones de teoría solo en la medida en que estas nos ayudan a comprender cómo se construye la lengua, cómo opera y cómo cambia. El libro anterior estaba dirigido principalmente a los filólogos; en el presente no se han olvidado las necesidades de los especialistas, pero también está destinado a otros lectores interesados en la significación; incluyendo a estudiantes universitarios y postgraduados que cada vez se sienten más atraídos por estos problemas.

Durante los diez años que han transcurrido desde la publicación de los Principles, ha habido muchos desarrollos importantes en semántica y lingüística general, y mis propias opiniones han cambiado sobre algunos puntos fundamentales. Estos cambios, que meramente pudieron tocarse en la nueva edición del libro anterior, se han integrado plenamente en la estructura del presente. Asimismo he introducido muchos ejemplos nuevos de literatura, y en general

he prestado más atención al aspecto estilístico de los fenómenos semánticos, tales como sinonimia, ambigüedad y metáfora. La semántica es una de esas disciplinas modernas que se encuentran a horcajadas en el límite entre los estudios lingüísticos y literarios, y que contribuyen así a recalcar la unidad esencial de las humanidades.

Estoy reconocido a muchos colegas con motivo de la impresión y de otras informaciones. Debo un agradecimiento especial a los siguientes por haberme mostrado sus obras antes de darlas a la estampa: Mr. T. E. Hope (Universidad de Manchester), Dr. W. Rothwell (Universidad de Leeds) y Dr. N. C. W. Spence (The Queen's University, Belfast).

STEPHEN ULLMANN.

Leeds, 1961.

ADVERTENCIA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Nuestra edición del manual del profesor Ullmann no es una adaptación, sino mera traducción. Los ejemplos de lengua no española llevan, entre corchetes, su traducción española; no se ha pretendido proponer ejemplos españoles equivalentes, sino solo ayudar al lector español a comprender los ejemplos propuestos por el profesor Ullmann.

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE GENERAL

PREFACIO	Pág. IX
ADVERTENCIA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	X
NOTA SOBRE LAS ABREVIATURAS	XV
INTRODUCCIÓN	3
 CAP. 1.—CÓMO SE CONSTRUYE LA LENGUA	 14
El acto de hablar	14
Signos y símbolos	16
Lengua y habla	22
Las unidades de la lengua	27
1. Unidades de sonido	27
2. Unidades de significado	30
3. Unidades de relación	36
 CAP. 2.—LA NATURALEZA DE LAS PALABRAS	 42
1. La palabra como unidad fonológica	46
2. La palabra como unidad gramatical. Palabras plenas y pala- bras-formas	50
3. La palabra como unidad de significado. El papel del contexto.	56
 CAP. 3.—EL SIGNIFICADO	 62
I. El concepto de significado	62
1. Definiciones analíticas (referenciales) del significado	64
2. Definiciones operacionales (contextuales) del significado	73
II. ¿Puede medirse el significado?	77
III. Los nombres propios	81
 CAP. 4.—PALABRAS TRANSPARENTES Y OPACAS	 91
I. Tres tipos de motivación	92
1. Motivos fonéticos (onomatopeya)	93
2. Motivación morfológica y semántica	104
II. Cambios en la motivación	107
1. Pérdida de la motivación	107
2. Adquisición de la motivación	115
III. Convencionalismo y motivación en el lenguaje	119
1. Inglés, francés y alemán	121
2. De la motivación al convencionalismo	125
 CAP. 5.—FACTORES LÓGICOS Y EMOTIVOS DEL SIGNIFICADO	 131
I. Palabras de bordes embotados	131

II. Tonalidades emotivas	144
1. Fuentes de las tonalidades emotivas	145
2. Artificios emotivos	152
3. Pérdida del significado emotivo	155
CAP. 6.—SINONIMIA	159
I. Diferencias entre los sinónimos	159
II. Modelos sinonímicos	164
III. Sinonimia y estilo	170
CAP. 7.—AMBIGÜEDAD	176
I. Polisemia	180
1. Fuentes	180
2. Salvaguardas y conflictos	189
II. Homonimia	198
1. Fuentes	198
2. Colisiones homonímicas	203
III. La ambigüedad como artificio estilístico	212
CAP. 8.—CAMBIO DE SIGNIFICADO	218
I. Las causas del cambio semántico	222
II. La naturaleza del cambio semántico	238
1. Semejanza de sentidos (metáfora)	239
2. Contigüidad de sentidos (metonimia)	246
3. Semejanza de nombres (etimología popular)	249
4. Contigüidad de nombres (elipsis)	251
III. Las consecuencias del cambio semántico	257
1. Cambios en cuanto al alcance, extensión y restricción del significado	257
2. Cambios en cuanto a la valoración: desarrollos peyorativos y ameliorativos	261
CAP. 9.—LA ESTRUCTURA DEL VOCABULARIO	267
I. La palabra y su campo asociativo	270
II. Esferas conceptuales	275
III. El vocabulario	286
1. Cómo se organizan los conceptos	288
2. Hacia una clasificación semántica de las lenguas	290
CONCLUSIÓN	293
BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA	299
ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS	309

NOTA SOBRE LAS ABREVIATURAS

En este libro se han usado algunas abreviaturas especiales. Un asterisco antes de un título o de una cita quiere decir que han sido tomados de *The Oxford Dictionary of Quotations* (2.^a impresión, revisada, 1942). Antes de una palabra, un asterisco indica que la forma está reconstruida. El símbolo > significa que una forma ha cambiado en otra, como, por ejemplo, en: antiguo inglés *brid* > inglés moderno *bird*. *NED* representa *A New English Dictionary on Historical Principles*, comúnmente conocido por *The Oxford English Dictionary*, y *Shorter OED* equivale a *The Shorter Oxford English Dictionary on Historical Principles* (3.^a edición, reimpresso con correcciones, 1952). Otros diccionarios frecuentemente aludidos son: Bloch-Wartburg: O. Bloch-W. von Wartburg, *Dictionnaire étymologique de la langue française* (3.^a ed., revisada, 1960); Lewis and Short: C. T. Lewis-C. Short, *A Latin Dictionary* (impresión de 1951); Liddell and Scott: *An Intermediate Greek-English Lexicon founded upon the Seventh Edition of Liddell and Scott's Greek-English Lexicon* (impresión de 1955).

SEMÁNTICA

INTRODUCCIÓN

Dos ramas principales de la lingüística se ocupan de las palabras: la etimología, estudio del origen de las palabras, y la semántica, estudio del significado de las palabras. De las dos, la etimología es una disciplina establecida de antiguo, mientras que la semántica es comparativamente nueva. La especulación sobre el origen de las palabras fue sobresaliente en la primitiva filosofía griega, como recordará todo lector del *Cratilo* de Platón¹. Hubo dos escuelas rivales de pensamiento: los naturalistas, que creían que había una conexión intrínseca entre el sonido y el sentido, y los convencionalistas, que sostenían que la conexión era puramente arbitraria. Cuando, en el siglo I a. de J. C., Varrón codificó la gramática latina, instituyó la etimología como una de las tres divisiones principales de los estudios lingüísticos, al lado de la morfología y la sintaxis. Los métodos etimológicos permanecieron acientíficos hasta el siglo XIX, pero el medio mismo de acceso a la etimología mantuvo siempre una posición clave en el estudio del lenguaje. Hasta mucho después no se sintió la necesidad de una ciencia del significado independiente: no fue hasta el siglo XIX cuando surgió la semántica como una parte importante de la lingüística, y recibió su nombre moderno.

Esto no quiere decir, sin embargo, que los antiguos fueran indiferentes a los problemas de la significación. Hicieron muchas observaciones penetrantes sobre el sentido y uso de las palabras, y advirtieron varios aspectos fundamentales del cambio semántico. En realidad, apenas es una exageración decir que la mayoría de los temas principales de la semántica moderna están esbozados en las anotaciones dispersas de los escritores griegos y latinos². Un problema que les interesó fue el de los cambios de significado que reflejan cambios en la mentalidad pública. En un famoso pasaje sobre la decadencia de las normas éticas durante la guerra del Peloponeso, Tucídides descubrió un síntoma de esta tendencia general en la depreciación de ciertas palabras denotativas de valores morales:

¹ Sobre la historia de la etimología, véase recientemente P. ZUMTHOR, "Fr. *Etymologie. Essai d'histoire sémantique*", *Etymologica*. W. v. Wartburg zum 70. Geburtstag, Tübingen, 1958, págs. 873-93.

² Sobre estas y otras observaciones de interés semántico en autores griegos y latinos, véanse R. H. ROBINS, *Ancient and Mediaeval Grammatical Theory in Europe*, Londres, 1951, y H. KRONASSER, *Handbuch der Semasiologie*, Heidelberg, 1952, págs. 25 y sgs. y 70 y sgs.

La aceptación ordinaria de las palabras en su relación con las cosas se cambió cuando los hombres lo juzgaron adecuado. La audacia temeraria llegó a ser considerada como valiente lealtad a un partido, la vacilación prudente como especiosa cobardía, la moderación como una capa para la debilidad afeminada, y ser experto en todo fue no hacer nada en nada (libro III, LXXXII).

Hay un eco de este pasaje en *La conjuración de Catilina*, de Sallustio, en donde este dice por boca de Marco Porcio Catón:

Pero en verdad hace mucho tiempo que hemos perdido los verdaderos nombres de las cosas. Y por eso precisamente la prodigalidad con los bienes ajenos se llama generosidad, y la osadía para hacer el mal se llama valor, por lo que la república se ve reducida a sus límites extremos (cap. LII).

Es imposible para el lector moderno no pensar en casos similares de depreciación en nuestros propios días: las vicisitudes de términos como *democracia* y la pesadilla semántica del idioma doble de George Orwell, en su novela *1984*, en donde paz significa guerra, y amor significa odio.

En un tono menos siniestro, Cicerón rastreó, en *De officiis*, libro I, XII, la historia de un interesante eufemismo y también mostró cómo, en el curso del tiempo, perdió su valor eufemístico y llegó a ser aplicado directamente a la idea desagradable que intentaba velar:

También observo esto, que aquel que propiamente habría sido llamado un "enemigo de guerra" (*perduellis*) se llamó un "huésped" (*hostis*), mitigando así la fealdad del hecho mediante una expresión suavizada; porque *hostis* significaba para nuestros antepasados lo que ahora denominamos un "extranjero" (*peregrinus*)... ¿Qué puede superar a semejante caridad cuando aquel con quien uno está en guerra es llamado con un nombre tan benévolo? Y, sin embargo, un largo lapso de tiempo ha dado a esa palabra un sentido más duro; porque ha perdido su significación de "extranjero" y ha adquirido la connotación técnica de "un enemigo bajo las armas".

De una manera más general, Horacio resumió el alza y la baja de las palabras en una tersa fórmula que refleja una actitud sorprendentemente tolerante hacia la vejada cuestión de la corrección en el lenguaje:

Multa renascentur quae iam cecidere, cadentque
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
Quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi.

Ars Poetica, vs. 70 y sgs.¹

¹ "Muchos términos que han caído en desuso tendrán un segundo nacimiento, y caerán aquellos que ahora están en alto honor, si el uso lo quiere, en cuyas manos están el arbitrio, el derecho y la regla del habla." (*The Oxford Dictionary of Quotations*, pág. 541.)

En el siglo V de nuestra era, el filósofo neoplatónico Proclo examinó el campo entero de los cambios semánticos y distinguió cierto número de tipos básicos—cambio cultural, metáfora, ampliación y estrechamiento del significado, etc.—que todavía forman parte de nuestra moderna provisión.

El interés de los antiguos por las palabras no se limitó, en modo alguno, a sus cambios de significado; también hicieron algunas observaciones pertinentes sobre su comportamiento en el habla efectiva. La vaguedad de las palabras y la diversidad de sus usos ya están señaladas en la *Iliada*: “voluble es la lengua de los mortales, y hay en ella muchas y variadas palabras, y el alcance del habla es amplio por este lado y por aquel” (XX, vs. 248-49). Demócrito vio claramente que hay dos géneros distintos de significado múltiple: la misma palabra puede tener más de un sentido e, inversamente, más de una palabra puede expresar la misma idea. En un nivel más sistemático, Aristóteles hizo distintas declaraciones importantes sobre el significado de las palabras. Fue el primero en definir la palabra como la más pequeña unidad significativa del idioma—una definición que rigió hasta hace muy poco y que aún es válida en una forma un tanto modificada—. Aristóteles también estableció una fecunda distinción entre dos clases de palabras: las que tienen un significado aisladamente y las que son meros instrumentos gramaticales. Esta división es todavía ampliamente aceptada por los lingüistas, así como por los filósofos. Finalmente, debemos a Aristóteles una clasificación de las metáforas que, desarrollada y refinada por escritores subsiguientes, especialmente por Quintiliano, desempeñó un papel crucial en la tradición retórica y fue adoptada en la semántica por los pioneros de la nueva ciencia.

Las ideas grecorromanas sobre las palabras y sus usos han ejercido así una fuerte influencia, aunque no siempre benéfica, sobre la semántica moderna, pero el ímpetu para la creación de una ciencia del significado vino de otra parte. Dos factores en particular desempeñaron un papel decisivo en su aparición en la primera mitad del siglo XIX. Uno fue el nacimiento de la filología comparada y, más generalmente, de la lingüística científica en el sentido moderno. El término mismo de *lingüística* se formó en esta época: surgió en francés, en 1826 (*la linguistique*), y en inglés (*linguistics*), once años más tarde (al principio sin la *s*)¹. Aun cuando la atención se enfocó esencialmente sobre los cambios fonéticos y gramaticales, pronto se hizo necesario explorar también el aspecto semántico del lenguaje. El otro factor fue la influencia del movimiento romántico en la literatura. Los románticos tenían un interés intenso y universal por las

¹ Véanse el *NED* y el diccionario etimológico francés de Bloch-Wartburg (3.^a ed., París, 1960). Cf. J. PERROT, *La linguistique*, París, 1957, pág. 14, n. 1

palabras, que se extendía desde lo arcaico hasta lo exótico, y que incluía los dialectos de los campesinos y la jerga de los bajos fondos¹. Y lo que es más importante aún, estaban fascinados por las potencias extrañas y misteriosas de las palabras. Muchos poetas del período dieron expresión a esta nueva actitud. Para Wordsworth,

Visionary power

Attends the motions of the viewless winds,
Embodied in the mistery of words.

* *The Prelude*, libro V².

Para Shelley, "words are like a cloud of winged snakes" (* *Prometheus Unbound*, I)³, pero la lengua es también una

perpetual Orphic song

Which rules with Daedal harmony a throng
Of thoughts and forms, which else senseless and shapeless were.

(* *Ibid.*, IV)⁴.

Víctor Hugo va todavía más lejos: en un famoso poema de las *Contemplations*, una serie de imágenes aterradoras que describen la palabra en sus operaciones lleva hasta un climax que tiene ecos de los versículos iniciales del Evangelio según San Juan:

Il est vie, esprit, germe, ouragan, vertu, feu;
Car le mot, c'est le Verbe, et le Verbe, c'est Dieu⁵.

Intrigados por las extrañas propiedades de las palabras que usaban, los escritores románticos buscaron a los filólogos para que los ilustraran. En Francia, Charles Nodier, un investigador de la lengua más imaginativo que erudito, se convirtió en su autoridad principal sobre cosas lingüísticas. Se sintió, sin embargo, la necesidad de una ciencia especial que tratase del significado de las palabras. Esta necesidad fue elocuentemente argumentada por Balzac en las páginas iniciales de su novela filosófica *Louis Lambert*. El pasaje es digno de

¹ Sobre la actitud romántica hacia las palabras, véase mi *Style in the French Novel*, Cambridge, 1957, c. I: "Some Romantic Experiments in Local Colour". Cf. asimismo H. TEMPLE PATTERSON, *Poetic Genesis: Sébastien Mercier into Victor Hugo; Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, XI, Ginebra, 1960.

² "La potencia visionaria atiende los movimientos de los vientos invisibles, corporeizados en el misterio de las palabras."

³ "Las palabras son como una nube de serpientes aladas."

⁴ "Perpetua canción órfica que gobierna con la armonía de Dédalo un tropel de pensamientos y formas, que de otro modo serían insensibles e informes."

⁵ "Es vida, espíritu, germen, huracán, virtud, fuego; porque la palabra es el Verbo, y el Verbo es Dios." (*Réponse à un acte d'accusation. Suite.*)

citarse con algún detalle, ya que es sintomático del clima de opinión en que tomó forma la semántica moderna:

Quel beau livre ne composerait-on pas en racontant la vie et les aventures d'un mot? Sans doute il a reçu diverses impressions des événements auxquels il a servi; selon les lieux; il a réveillé des idées différentes... Tous sont empreints d'un vivant pouvoir qu'ils tiennent de l'âme, et qu'ils lui restituent par les mystères d'une action et d'une réaction merveilleuse entre la parole et la pensée... Par leur seule physionomie, les mots raniment dans notre cerveau les créatures auxquelles ils servent de vêtement... Mais ce sujet comporte peut-être une Science tout entière! ¹.

Louis Lambert fue publicada en 1832, y es ciertamente más que una coincidencia el que la nueva ciencia prefigurada por Balzac hubiera sido realmente fundada unos pocos años antes, aunque él, por supuesto, no lo sabía. Desde 1825 aproximadamente el erudito clásico C. Chr. Reisig había empezado a desarrollar una nueva concepción de la gramática. En sus lecciones universitarias en Halle sobre filología latina, instituyó la "semasiología", el estudio del significado, como una de las tres divisiones principales de la gramática, siendo las otras dos la etimología y la sintaxis. Consideraba la "semasiología" como una disciplina histórica que trataría de establecer "los principios que rigen el desarrollo de la significación". Como muestra su intento de clasificación de los cambios semánticos, todavía no tenía ideas muy claras sobre la materia de la "semasiología"; no obstante, había dado el paso decisivo al proporcionarle su puesto apropiado entre los estudios lingüísticos.

La historia subsiguiente del tema abarca tres fases distintas ². La primera, que comprende casi medio siglo, ha sido adecuadamente descrita como el "período subterráneo" de la semántica ³. La iniciativa de Reisig fue bien acogida por algunos de sus colegas alemanes, que vieron en ella una saludable reacción contra la preocupación excesiva por la forma en los estudios filológicos. Pero la difusión de las nuevas ideas estuvo al principio estrictamente limitada: se redujo, en lo esencial, a la erudición clásica en Alemania. Las dos

¹ "¿Qué bello libro no se compondría contando la vida y las aventuras de una palabra? Sin duda ha recibido ella diversas impresiones de los acontecimientos para los que ha servido; según los lugares, ha despertado ideas diferentes... Todas están marcadas con un vivo poder que reciben del alma, y que le restituyen por los misterios de una acción y de una reacción maravillosa entre la palabra y el pensamiento... Por su sola fisonomía, las palabras reaniman en nuestro cerebro las criaturas a las que sirven de vestidura... ¡Pero esta materia entraña quizá una ciencia entera!"

² Véanse especialmente KRONASSER, *op. cit.*, págs. 29 y sgs., y K. BALDINGER, *Die Semasiologie. Versuch eines Überblicks*, Berlín, 1957, págs. 4 y sgs.

³ BALDINGER, *op. cit.*, pág. 5.

primeras obras sobre el asunto, las del propio Reisig y su discípulo F. Haase, se publicaron ambas póstumamente, lo cual sugiere que aún no estaba muy difundido el interés por estas materias. No es sorprendente, por tanto, que cuando, varias décadas más tarde, Michel Bréal comenzó a pensar sobre los mismos temas sintió la impresión de que estaba iniciando una ciencia enteramente nueva que todavía no poseía nombre.

La segunda fase en la historia de la semántica empezó hacia 1880 y duró, a su vez, casi media centuria exactamente. Fue preludiada por un artículo publicado por Bréal en 1883 en una revista de estudios clásicos, en el que bosquejaba el programa de la "nueva ciencia" y le dio el nombre por el que todavía es más conocida:

L'étude où nous invitons le lecteur à nous suivre est d'espèce si nouvelle qu'elle n'a même pas encore reçu de nom. En effet, c'est sur le corps et sur la forme des mots que la plupart des linguistes ont exercé leur sagacité: les lois qui président à la transformation des sens, au choix d'expressions nouvelles, à la naissance et à la mort des locutions, ont été laissées dans l'ombre on n'ont été indiquées qu'en passant. Comme cette étude, aussi bien que la phonétique et la morphologie, mérite d'avoir son nom, nous l'appellerons la sémantique (du verbe σημαίνειν), c'est-à-dire, la science des significations¹.

→ Resulta claro de este pasaje que Bréal, como Reisig antes que él, consideraba la semántica como un estudio puramente histórico. Esta orientación siguió siendo característica del tema a lo largo de esta segunda fase: la mayor parte de los semanticistas daba por supuesto que su tarea primordial era estudiar los cambios de significado, explorar sus causas, clasificarlas según criterios lógicos, psicológicos y demás, y a ser posible formular las leyes generales y las tendencias subyacentes.

Las dos últimas décadas del siglo XIX trajeron una reavivación del interés sobre el particular. En Alemania empezaron a aparecer numerosos estudios especializados, y a las cuestiones semánticas se les dio cierta importancia en el tratado general más influyente

¹ "El estudio en el que invitamos al lector a seguirnos es de una especie tan nueva que ni siquiera ha recibido nombre todavía. En efecto, es sobre el cuerpo y sobre la forma de las palabras en donde la mayoría de los lingüistas han ejercido su sagacidad: las leyes que rigen la transformación del sentido, la elección de expresiones nuevas, el nacimiento y la muerte de las locuciones, han quedado en la sombra o no han sido indicadas más que de pasada. Como este estudio, no menos que la fonética y la morfología, merece tener un nombre, lo llamaremos la sémantique (del verbo σημαίνειν), es decir, la ciencia de las significaciones." (De un artículo sobre "Les lois intellectuelles du langage", publicado en *L'Annuaire de l'Association pour l'encouragement des études grecques en France*.) Sobre la historia del término *semántica*, véase A. W. READ, "An Account on the Work *Semantics*", *Word*, IV (1948), págs. 78-97.

del período, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, de Hermann Paul, que fue primero traducido y luego adaptado al inglés¹. En Francia, dos libros importantes y de agradable lectura familiarizaron al público general con los problemas semánticos: *La vie des mots étudiée dans leurs significations* (1887), de Arsène Darmesteter y, diez años más tarde, *Essai de sémantique*, de Bréal.

Estas fueron las dos primeras obras clásicas de la nueva ciencia: circularon en un gran número de ediciones y pronto se dispuso de ellas también en inglés². Es interesante notar que uno de los poetas de nuestro tiempo más conscientes de la lengua y más lingüísticamente sofisticado, Paul Valéry, leyó el libro de Bréal cuando era un joven de diecisiete años y publicó una reseña entusiasta de él en el *Mercur de France* (1898)³.

En las tres primeras décadas del siglo XX, se hizo un progreso considerable en el estudio de los cambios de significado. Los semanticistas se emanciparon gradualmente de las anticuadas categorías heredadas de la retórica, y en vez de ello recurrieron a disciplinas vecinas—filosofía, psicología, sociología, historia de la civilización—para una comprensión más plena de los procesos semánticos. Un experimento interesante fue realizado por el lingüista danés K. Nyrop cuando, en 1913, incluyó un volumen sobre semántica en su obra ampliamente consultada, *Grammaire historique de la langue française*. El intento fue, sin embargo, prematuro: la semántica no poseía aún las técnicas necesarias para identificar las tendencias de una lengua particular. El logro culminante de este período fue una síntesis monumental publicada en 1931 por el filólogo sueco Gustav Stern bajo el título de: *Meaning and Change of Meaning with Special Reference to the English Language*, en donde se presentaba una nueva clasificación puramente empírica de los cambios semánticos, basada en las extensas investigaciones del propio autor, y se procuraba también poner la semántica en relación con los recientes avances en otros campos, incluyendo el estudio de la afasia y otros desórdenes del habla.

El mismo año en que apareció el tratado de Stern vio la publicación de otra obra que abría una nueva fase en la historia de la semántica: la monografía de Jost Trier sobre términos de conoci-

¹ 1880; 5.^a ed., Halle, 1920. Es especialmente a partir de la segunda edición (1886) en adelante cuando las materias semánticas ocupan un lugar sobresaliente en el libro. La segunda edición fue traducida al inglés por H. A. Strong en 1886, y una adaptación inglesa fue publicada en 1891 por H. A. Strong, W. S. LOGEMAN y B. I. WHEELER bajo el título de *Introduction to the Study of the History of Language*.

² Una versión inglesa de la obra de Darmesteter se publicó ya en 1886. En 1900 apareció una traducción inglesa del libro de Bréal, por la señora H. CUST, bajo el título de *Semantics*.

³ Véase F. SCARFE, *The Art of Paul Valéry*, Londres, 1954, págs. 56 y sgs.

miento y de inteligencia en alemán¹. Para comprender la naturaleza de la nueva fase, será necesario mencionar brevemente algunos cambios fundamentales que habían tenido lugar en la lingüística general desde comienzos de siglo. Estos cambios, que habían sido descritos como una "revolución copernicana" en nuestras ideas sobre el lenguaje, se habían originado en la enseñanza del erudito suizo Ferdinand de Saussure, cuyas lecciones sobre lingüística en la Universidad de Ginebra fueron publicadas póstumamente en 1916 bajo el título de *Cours de linguistique générale*². En este libro, extraordinariamente rico en concepciones audaces y originales, había dos puntos en particular que revolucionaron la teoría y la práctica de los estudios lingüísticos. En primer lugar, Saussure rompió con la orientación histórica de la lingüística del siglo XIX y argumentó de modo convincente que hay dos formas de acceso al lenguaje, básicamente diferentes e igualmente legítimas: una descriptiva o "sincrónica"³, que lo registra tal como existe en un momento dado e ignora sus antecedentes, la otra histórica o "diacrónica"⁴, que rastrea la evolución de sus varios elementos. Las dos formas de acceso son complementarias, pero bajo ninguna circunstancia deben ser confundidas; adoptar las dos a la vez equivaldría, como lo expresa ingeniosamente uno de los discípulos de Saussure, a pintar un retrato de fotografías tomadas en diferentes épocas, combinando la boca de un niño con la barba de un adulto y las arrugas de un anciano. En segundo lugar, Saussure visualizó la lengua como una totalidad organizada o *Gestalt*, en la que los varios elementos son interdependientes y derivan su importancia del sistema en su conjunto. Comparaba la lengua con un juego de ajedrez, en donde ninguna unidad puede ser añadida, quitada o desplazada sin alterar el sistema entero de relaciones en el tablero. Esta visión de la lengua como un sistema de elementos interdependientes, yace en la raíz de lo que ha llegado a conocerse como "*lingüística estructural*". Bajo la influencia de Saussure, vinieron a la existencia numerosas escuelas estructuralistas—en Ginebra, Praga, Copenhague, Londres y en otras partes—, y aunque hay grandes diferencias entre ellas, todas concuerdan en este principio fundamental. La corriente estructuralista en Europa ha sido poderosamente reforzada por la escuela norteamericana de lingüistas fundada por Leonard Bloomfield, que, partiendo de premisas diferentes, ha llegado a resultados muy similares.

La obra del profesor Trier sobre términos de conocimiento en

¹ *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes. Die Geschichte eines sprachlichen Feldes I*, Heidelberg, 1931.

² 5.ª ed., 1955. (Trad. inglesa por Wade Baskin, Londres, 1960, y trad. española publicada por Edit. Losada, Buenos Aires.)

³ Del griego *syn*, "juntamente" + *chronos*, "tiempo".

⁴ Del griego *dia*, "a través de" + *chronos*.

alemán fue la primera tentativa seria de introducir los principios de Saussure en la semántica. Su doctrina, la llamada "teoría de los campos semánticos", tuvo algunas repercusiones inmediatas y fue seguida por unos cuantos discípulos y por compañeros lingüistas de opiniones parecidas. La difusión de sus ideas, sin embargo, se vio retrasada por la guerra, y no fue hasta 1950 aproximadamente cuando la nueva semántica logró penetrar a grandes pasos. Fiel en el fondo al pensamiento de Saussure, la principal tendencia de la semántica contemporánea difiere de la escuela antigua en dos aspectos vitales. Ha abandonado la unilateral orientación histórica de tiempos anteriores, y aunque los cambios de significado continúan recibiendo mucha atención, ha habido una inequívoca variación de énfasis hacia la semántica descriptiva. En segundo lugar, se han hecho numerosos esfuerzos en los últimos años por estudiar la estructura interna del vocabulario. La importancia concedida a estos problemas puede verse en el hecho de que la "semántica estructural" estuvo en la agenda del VIII Congreso Internacional de Lingüistas, celebrado en Oslo en agosto de 1957, y aparece a su vez en la del IX Congreso, que se celebraría en Cambridge, Mass., en 1962.

En algunos otros aspectos, la nueva semántica difiere también marcadamente del método tradicional. La aparición, desde los primeros años de este siglo, de una nueva ciencia de *estilística* ha tenido una influencia profunda en los estudios semánticos. En términos generales, la estilística se ocupa de los valores expresivos y evocativos de la lengua. La nueva disciplina ha efectuado grandes progresos en los últimos años¹, y ha desplegado conexiones particularmente estrechas con la semántica. Resulta claro ahora que todos los problemas capitales de la semántica tienen implicaciones estilísticas, y en ciertos casos, como por ejemplo en el estudio de los sobretonos emotivos, los dos modos de acceso están inextricablemente entretelados.

Otro rasgo distintivo de la nueva semántica es un cambio de interés de los principios generales hacia el estudio de lenguas particulares. Durante los últimos años se ha intentado explorar las tendencias semánticas peculiares de un idioma dado², y ha empezado a

¹ Una perspectiva de los recientes desarrollos en la estilística se encontrará en el capítulo introductorio de mi libro *Style in the French Novel*. Véanse también más recientemente R. F. RÉTAMAR, *Idea de la Estilística*, Habana, 1958, y M. RIFFATERRE, "Criteria for Style Analysis", *Word*, XV (1959), págs. 154-74.

² Sobre el griego y el latín, véase E. STRUCK, *Bedeutungslehre. Grundzüge einer lateinischen und griechischen Semasiologie*, 2.^a ed., Stuttgart, 1954; sobre el inglés, E. LEISI, *Das heutige Englisch. Wesenszüge und Probleme*, 2.^a ed., Heidelberg, 1960; sobre el francés, E. GAMILLSCHEG, *Französische Bedeutungslehre*, Tübingen, 1951, y mi *Précis de sémantique française*, 2.^a ed., Berna, 1959; sobre el alemán, L. WEISGERBER, *Vom Weltbild der deutschen Sprache*, I-II, 2.^a ed., Düsseldorf, 1953-54.

tomar forma el bosquejo de una nueva clasificación de las lenguas sobre bases puramente semánticas.

La semántica contemporánea se caracteriza asimismo por un interés absorbente hacia las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento. La lengua ya no es considerada como un mero instrumento para expresar nuestros pensamientos, sino como una influencia con sus propios derechos, que los moldea y los predetermina hacia canales específicos. Estas ideas, que ya eran importantes en la teoría de los "campos semánticos", han adquirido un renovado ímpetu con los escritos del fallecido Benjamín Lee Whorf, que han despertado un interés considerable en Norteamérica. Los estudios de Whorf se referían a la gramática más que al vocabulario, pero es en la semántica donde puede verse más claramente el impacto del lenguaje sobre el pensamiento, y en esta esfera ya se han logrado algunos resultados prometedores.

Cabe señalar también, como una indicación del rumbo de los acontecimientos venideros, la introducción de métodos matemáticos e incluso electrónicos en la semántica. El uso de tales métodos probablemente habrá de ser bastante restringido, pero algunos problemas importantes pueden ser abordados de esta manera con mayor precisión de la que ha sido factible hasta ahora, y aun cuando el lingüista no esté capacitado para seguir cada detalle de las operaciones implicadas, no puede desentenderse de sus resultados.

Finalmente, ha habido de poco tiempo acá una notable transformación en las relaciones entre la lingüística y la filosofía. La vinculación entre las dos disciplinas no es cosa nueva; lo que es trascendente, sin embargo, es que los filósofos contemporáneos están tan preocupados con los problemas de la significación que han desarrollado su propia y particular concepción o concepciones de la semántica. Para los más esotéricos, la semántica filosófica es una rama de la lógica simbólica o, más específicamente, de la "teoría de los signos"¹. Para los más prácticos, es una técnica para corregir ciertos abusos del lenguaje, tales como el uso no crítico de abstracciones mal definidas². Las conexiones entre la semántica lingüística y la filosofía han sido hasta aquí bastante tenues, pero de una manera más general no cabe duda de que los filósofos y los lingüistas pueden ayudarse unos a otros grandemente y de que tienen muchos

¹ Véanse especialmente R. CARNAP, *Introduction to Semantics*, Cambridge, Mass., 1942, y CH. MORRIS, *Signs, Language and Behavior*, Nueva York, 1946. Cf. también L. LINSKY (ed.), *Semantics and the Philosophy of Language*, Urbana, 1952, y P. ZIFF, *Semantic Analysis*, Ithaca, 1960.

² Véanse especialmente A. KORZYBSKI, *Science and Sanity. An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*, 3.^a ed., Lakeville, 1948; H. R. WALPOLE, *Semantics. The Nature of Words and their Meanings*, Nueva York, 1941, y los escritos de S. CHASE, S. Hayakawa y otros eruditos relacionados con la revista *Etc.*

problemas en común, aun cuando tiendan a abordarlos desde ángulos diferentes.

En las páginas que siguen procuraré presentar, en breve esbozo, una perspectiva de la escena contemporánea en los estudios semánticos. Naturalmente, los problemas tradicionales tales como los cambios de significado no serán descuidados, pero se acomodarán a las normas generales de la investigación actual. Los tres primeros capítulos discutirán los principios fundamentales, comenzando con la estructura del lenguaje en su conjunto, y estrechando luego el círculo hacia las palabras y, más específicamente, hacia sus significados. A estos seguirán cuatro capítulos sobre semántica descriptiva, uno sobre el cambio semántico, y un capítulo final sobre la estructura general del vocabulario. Me esforzaré por dar una información razonablemente intemporal y representativa de una ciencia que avanza velozmente, sin descartar los resultados válidos de la investigación anterior y sin tratar tampoco de meter vino nuevo en odres viejos.

CAPÍTULO 1

CÓMO SE CONSTRUYE LA LENGUA

EL ACTO DE HABLAR

La lengua en abstracto no es directamente accesible al observador, excepto a través del medio artificial del diccionario y del libro de gramática. En la experiencia efectiva, siempre aparece bajo la forma de actos individuales de habla. Cualquier análisis de la estructura de la lengua está por tanto constreñida a partir de un examen de tales actos.

El análisis más penetrante de un acto de habla es el proporcionado por L. Bloomfield en su libro *Language*¹, en donde se describe en términos "behaviouristas" como una secuencia de estímulos y respuestas. Un ejemplo concreto ayudará a mostrar las diferencias básicas entre el comportamiento lingüístico y el no lingüístico. Supongamos que, sentado en mi estudio, de repente siento sed. Iré hasta el grifo más próximo, llenaré un vaso de agua y lo beberé. En la terminología de Bloomfield, habré experimentado un estímulo (E) "práctico", es decir, no lingüístico, una sensación de sed, y esta me habrá incitado a una reacción (R) práctica, una serie de movimientos que me llevan a beber un vaso de agua. En esta secuencia de acontecimientos no ha ocurrido ningún habla, y la reacción práctica fue ejecutada por la misma persona que había recibido el estímulo original. El proceso entero puede simbolizarse en la fórmula:

$$E \rightarrow R$$

en donde las letras mayúsculas significan que tanto el estímulo como la reacción eran de naturaleza no lingüística.

Supóngase ahora que yo tengo una sensación repentina de sed, no en mi propia casa, sino durante una comida en un restaurante. En lugar de obtener el agua por mí mismo haré una seña al camarero y diré algo como esto: "May I have a glass of water?" [¿Me

¹ L. BLOOMFIELD, *Language*, Nueva York, 1933, págs. 22 y sgs. Para un análisis del acto de hablar con una orientación un tanto diferente, véase sir ALAN GARDINER, *The Theory of Speech and Language*, 2.^a ed., Oxford, 1951, c. II; cf. asimismo la Retrospección a la segunda edición.

puede dar un vaso de agua?] El camarero, habiendo entendido mi petición si fue pronunciada en un inglés comprensible, ejecutará las acciones necesarias y me traerá un vaso de agua. Esta cadena de acontecimientos difiere de la precedente en dos aspectos. En primer lugar, el modelo se ha complicado por la introducción de procesos lingüísticos entre el estímulo original y la respuesta final. El estímulo práctico de la sed educirá de mí una reacción lingüística (r) en forma de una prolación. Las ondas sonoras generadas por la prolación cruzarán el espacio entre el que habla y el que escucha y actuarán sobre el último como un estímulo lingüístico (e) impulsándolo (posiblemente después de un intercambio lingüístico ulterior) a una reacción práctica (R): irá a buscar un vaso de agua. Tenemos así dos acontecimientos lingüísticos (r) y (e), intercalados entre los dos no lingüísticos. Simbólicamente:

$$E \rightarrow r \dots e \rightarrow R$$

La otra diferencia entre las dos situaciones es que en el primer caso sólo está implicada una persona mientras que en el segundo hay dos: la persona que recibe el estímulo original y la que ejecuta la respuesta final. Como el profesor Bloomfield destaca justamente, "la división del trabajo, y, con ella, la obra entera de la sociedad humana, es debida al lenguaje" (*op. cit.*, pág. 24).

El esquema anterior puede complicarse ulteriormente de dos maneras. La comunicación puede ser "diferida" por el que escucha, pasando el mensaje a una tercera persona en lugar de efectuarlo por sí mismo. Esta tercera persona puede proceder de igual modo, y la comunicación puede diferirse varias veces hasta que se siga una acción positiva. Por otro lado, más de una persona puede estar escuchando el mismo mensaje. Normalmente será uno solo el que habla, pero en las condiciones modernas millones de personas pueden sintonizar la misma emisora de radio o televisión y ser influidas por ellas.

Si vamos más allá del análisis estrictamente behaviorista de un acto de habla, podemos sacar algunas nuevas conclusiones de la situación que acabamos de discutir. Es claro, ante todo, que hay implicados tres elementos: el que habla, el que oye, o los que oyen, y la comunicación que tiene lugar entre ellos. Un psicólogo muy conocido ha resumido este triple aspecto del lenguaje en una fórmula neta: desde el punto de vista del que habla, el acto de hablar es un *síntoma*, una indicación de lo que hay en su mente; desde el punto de vista del que escucha es una *señal*, que lo incita a realizar cierto género de acción; desde el punto de vista de la comunicación misma es un *símbolo*, un signo que representa lo que el que habla

intenta expresar¹. Los dos primeros de ellos, el habla como síntoma y como señal, son fáciles de ver, pero el tercer aspecto, la naturaleza simbólica de la prolación, requiere algún comentario más.

Cuando en el ejemplo hace poco citado, yo decía al camarero en el restaurante: "May I have a glass of water?", su reacción a mi petición mostraba que había comprendido lo que yo quería decir. ¿Cómo había acaecido esta comprensión? Restrindiendo la cuestión al término operativo, ¿cómo es que tanto él como yo aplicábamos automáticamente el mismo significado a la palabra *water*? Es obvio que no existe ninguna necesidad intrínseca para que esta sustancia particular sea denotada por esta secuencia particular de sonidos, y no es denotada así en otras lenguas: los franceses la llaman *eau*, los españoles *agua*, los finlandeses *vesi*, los griegos antiguos ὕδωρ (*hydōr*), etc. Todas estas formas son completamente diferentes unas de otras, pero todas significan "agua" en sus idiomas respectivos porque la gente ha sido acostumbrada desde la infancia a usarlas como signos convencionales y generalmente aceptados para el agua. Como Bacon escribió en el * *Advancement of Learning*, "las palabras son las fichas corrientes y aceptadas para los conceptos, como las monedas lo son para los valores". Empleando analogías diferentes, cabría decir que la palabra *agua* representa esta sustancia de la misma manera que el color negro simboliza el luto, una bandera a media asta indica muerte, o una inclinación de cabeza significa asentimiento.

El hecho de que el lenguaje se construya con signos hace necesario considerarlo dentro del contexto más amplio de los procesos simbólicos. El próximo paso en el análisis del lenguaje deberá, por tanto, ser un breve examen de las propiedades generales de los signos y de los rasgos que distinguen a los lingüísticos de los demás símbolos².

SIGNOS Y SÍMBOLOS

Desde el movimiento romántico, el pensamiento y el arte europeos se han ocupado grandemente de los símbolos y a veces casi ha

¹ K. BÜHLER, *Sprachtheorie*, Jena, 1934, págs. 24-33.

² Un intento para diferenciar los signos y los símbolos fue verificado por OGDEN y RICHARDS (*The Meaning of Meaning*, 4.ª ed., Londres, 1936, pág. 23) cuando definieron los símbolos como "aquellos signos que usan los hombres para comunicarse unos con otros y como instrumentos del pensamiento". Esta distinción, aunque útil en principio, no es consistente en el significado del término *símbolo* en su uso general, como mostrarán algunas de las citas de la sección próxima. Lo mismo puede decirse de la sugestión de SAUSSURE (*op. cit.*, 4.ª ed., París, 1949, pág. 101) de que los símbolos no son nunca completamente arbitrarios: hay siempre una especie de conexión natural entre ellos y las cosas que representan. En el presente libro no he hecho ninguna distinción sistemática entre signos y símbolos. Sobre la diferencia entre señal y símbolo, cf. MORRIS, *op. cit.*, págs. 23 y 24.

estado obsesionado con ellos. Como Emerson declaró concisa y elegantemente, "somos símbolos y habitamos símbolos" (* *Essays*, XIII). La imaginación de los poetas comenzó a poblar la naturaleza con símbolos de alcance metafísico. Wordsworth veía en los paisajes alpinos

Characters of the great Apocalypse,
The types and symbols of Eternity,
Of first, and last, and midst, and without end.

* *The Prelude*, libro VI¹.

mientras que Keats descubrió

upon the night's starr'd face,
Huge cloudy symbols of a high romance.

* *When I have fears...*².

Baudelaire tenía una visión insistente del hombre vagando entre selvas de símbolos que lo contemplaban con una mirada familiar:

L'homme y passe à travers des forêts de Symboles
Qui l'observent avec des regards familiers³.

Correspondances,

y los poetas simbolistas aceptaron la insinuación de Baudelaire⁴.

En un plano enteramente diferente, la preocupación por los signos y símbolos ha dejado su huella en muchas ramas del pensamiento científico; se muestra copiosamente, por mencionar solo algunas, en la antropología, el psicoanálisis, la teoría estética⁵, y en otros varios campos. También ha hecho un impacto directo en la filosofía. Prefigurada por el remoto filósofo griego Enesidemo⁶, explorada en el pasado siglo por el lógico norteamericano C. S. Peirce⁷, la teoría de los signos ha adquirido características propias durante

¹ "Caracteres del gran Apocalipsis, los tipos y símbolos de la Eternidad, de lo primero y lo último, del medio y lo sin fin."

² "Sobre el rostro estrellado de la noche, vastos símbolos oscuros de un sublime romance."

³ "Pasa el hombre a través de los bosques de símbolos, que lo observan con miradas familiares."

⁴ Para algunas consideraciones posteriores sobre el símbolo, véase CH. BRUNEAU, *Petite histoire de la langue française*, II, París, 1958, pág. 194.

⁵ Por ejemplo, en los escritos de Susanne K. Langer. Una discusión interesante de estas materias se encontrará en los capítulos 8 y 9 de P. HENLE (ed.), *Language, Thought, and Culture*, Ann Arbor, 1958.

⁶ Véase OGDEN-RICHARDS, *op. cit.*, Apéndice C.

⁷ Véanse *ibid.*, Apéndice D, § 6, y MORRIS, *op. cit.*, págs. 287 y sgs.

las últimas décadas, hasta convertirse en una disciplina autónoma y altamente compleja. Uno de sus frutos más tempranos y más influyentes fue *The Meaning of Meaning*, de Ogden y Richards, que apareció por primera vez en 1923¹, el mismo año que vio la publicación de otro libro importante sobre el tema, la primera parte de *Filosofía de las formas simbólicas*, de E. Cassirer. A medida que el movimiento adquiría impulso, la teoría de los signos—o “semiótica”, como algunos de sus practicantes prefieren llamarla—se dividió en tres ramas: la “semántica”² trata del significado de los signos, la “sintáctica” de las combinaciones de los signos, y la “pragmática” de su “origen, usos y efectos dentro del comportamiento en el que ocurren”³.

Resumida de este modo, la teoría de los signos parece sumamente abstracta e incluso abstrusa, pero de hecho no es, o no necesita ser, nada parecido. Se ocupa de una gran variedad de fenómenos de la vida diaria que solo tienen una cosa en común: todos son signos que representan algo distinto, que apuntan a algo diferente de ellos mismos. Algunos de ellos surgen espontáneamente y se convierten en signos solo cuando se interpretan como tales: las nubes en el cielo, que tomamos como un indicio de lluvia inminente, o el vuelo de las aves explicado como un presagio por los augures de la antigua Roma. Luego hay los signos usados por los animales para comunicarse entre sí o con los humanos—signos que van desde los simples sonidos y movimientos, tales como los del perro que araña en la puerta, hasta el increíblemente complejo y delicado sistema de señales usado por las abejas y descubierto en los famosos experimentos de Max von Frisch. Finalmente, hay la vasta multiplicidad de signos empleados en la comunicación humana. Estos se incluyen en general en dos grupos. Por un lado tenemos los símbolos no lin-

¹ En *The Shape of Things to Come*, de H. G. Wells, hay un relato entretenido, pero indebidamente pesimista del experimento de Ogden-Richards: “Un interesante y valioso grupo de investigadores, cuya obra todavía prosigue, apareció primero en forma rudimentaria en el siglo XIX. El jefe de este grupo era una tal lady Welby (1837-1912), que era francamente considerada por la mayoría de sus contemporáneos como un palmazo ininteligible. Ella correspondía copiosamente a todo el que quería escucharla, machacando perpetuamente sobre la idea de que la lengua debía hacerse más exactamente expresiva, de que tenía que ser una “ciencia de las significaciones”. C. K. Ogden y un colega miembro del Magdalene College, I. A. Richards, se hallaban entre los pocos que la tomaron en serio. Los dos produjeron un libro, *The Meaning of Meaning*, en 1923, que está reputado como uno de los primeros intentos de mejorar el mecanismo del lenguaje. El llamado inglés básico fue un subproducto de estas investigaciones. La nueva ciencia estaba prácticamente indotada, atrajo a pocos operarios, y se perdió de vista durante las décadas del desastre. Solo resucitó en la primera veintena del siglo.”

² Véase anteriormente, págs. 12 y 13.

³ MORRIS, *op. cit.*, págs. 217 y sgs.

güísticos, tales como los gestos expresivos, señales de varias clases, luces de tráfico, indicaciones en las carreteras, banderas, emblemas y muchos más; por otro lado, está el lenguaje mismo, tanto hablado como escrito, y todos sus derivados: taquigrafía, códigos morse y similares, los alfabetos de los sordomudos, el braille, los símbolos de la matemática y la lógica, etc. Puesto que el lenguaje es con mucho la forma más importante y más articulada de expresión simbólica, es obligado que mantenga una posición clave en cualquier teoría de los signos. El lingüista, por su parte, está vivamente interesado en estos estudios, ya que espera que una comprensión más profunda del simbolismo en general puede arrojar una luz valiosa sobre los problemas puramente lingüísticos. Esto ya resultó claro para Saussure cuando escribió, muchos años antes que apareciese una teoría independiente de los signos en la filosofía moderna:

On peut concevoir une science qui étudie la vie des signes au sein de la vie sociale; elle formerait une partie de la psychologie sociale, et par conséquent de la psychologie générale; nous la nommerons *sémiologie* (du grec *semeion*, "signe"). Elle nous apprendrait en quoi consistent les signes, quelles lois les régissent ¹.

Los signos pueden clasificarse de varias maneras². Cabe distinguir, por ejemplo, entre un tipo intencional y otro no intencional. Los signos que encontramos en la naturaleza inanimada son aintencionales excepto para los supersticiosos, que pueden ver en ellos portentos o advertencias dirigidas a ellos por algún agente sobrenatural. Los síntomas de expectación manifestados por un animal son también aintencionales: en los conocidos experimentos de Pavlov con los reflejos condicionales, el perro solía segregar saliva cuando oía el sonido que acompañaba usualmente a su alimento. En la esfera humana, el rubor como señal de embarazo es aintencional, aunque con los seres humanos nunca se puede estar completamente seguro de que un signo al parecer espontáneo no haya sido ideado

¹ "Se puede concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social; formaría parte de la psicología social y, por consiguiente, de la psicología general; la llamaremos *semiología* (del griego *semeion*, "signo"). Nos enseñaría en qué consisten los signos y qué leyes los rigen." (*Op. cit.*, pág. 33.) Entre los intentos de abordar el problema desde el punto de vista lingüístico, véanse especialmente E. BUYSENS, *Les langages et le discours*, Bruselas, 1943; íd., "Le signe linguistique", *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, xxxviii (1960), págs. 705-17; J. KURYLOWICZ, "Linguistique et théorie du signe", *Journal de Psychologie*, XLII (1949), págs. 170-80; H. SPANG-HANSEN, *Recent Theories on the Nature of the Language Sign*, "Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague", IX (1954).

² Véanse especialmente BUYSENS, *op. cit.*, y P. GUIRAUD, *La Sémantique*, París, 1955, págs. 13 y sgs.

deliberadamente: como Yago, podemos "izar el pabellón y la insignia del afecto, simple insignia verdaderamente"¹. En contraposición a estos signos no intencionales, los usados por animales y hombres con propósitos de comunicación—incluidos el lenguaje y sus sustitutos—pertenecen obviamente al tipo intencional.

Una segunda diferencia y muy importante es la que hay entre los signos sistemáticos y los no sistemáticos. Algunos signos, tales como, por ejemplo, los gestos, no forman ningún sistema coherente, mientras que otros están organizados en un modelo. Dentro del tipo sistemático hay a su vez numerosas posibilidades. El sistema puede constar de un número muy pequeño de elementos que alternan en un orden fijado, como en el caso de las luces de tráfico. De otra parte, como por ejemplo en las partituras musicales, el número de elementos también es limitado, pero pueden entrar en toda clase de combinaciones. En el otro extremo de la escala tenemos el vocabulario de una lengua viva, cuyos recursos son tan vastos y fluidos que virtualmente son ilimitados, aun cuando aquí la mente humana tenderá a introducir cierto género de norma y organización, como se verá en el último capítulo de este libro.

Cabe asimismo clasificar los signos según el sentido sobre el que están basados. Se dan casos en que hay implicados simultáneamente más de un sentido: una representación operística se dirige tanto a la vista como al oído. La mayoría de los signos, sin embargo, están limitados a un solo sentido. Los signos no intencionales pueden pertenecer a cualquier sentido: las impresiones caloríficas, gustativas, olfativas, o táctiles pueden tener mucho más valor sintomático—por ejemplo, para el médico que hace un diagnóstico—que las sensaciones visuales y acústicas. Los signos intencionales están reducidos usualmente a la esfera del oído y de la vista, los más diferenciados de nuestros sentidos. Aunque el lenguaje mismo es acústico, la mayoría de sus formas derivativas—escritura, símbolos matemáticos, alfabeto de los sordomudos, etc.—son visuales. En el braille tenemos el caso raro de un sistema simbólico basado exclusivamente en el sentido del tacto.

Una distinción más fundamental todavía es la que hay entre dos tipos de signos: los que son semejantes a aquello que denotan, y los que no lo son. Los primeros son llamados a veces "icónicos" (del griego *eikōn*, "imagen"), mientras que los últimos se conocen como "convencionales". La diferencia entre los dos tipos es con frecuencia más bien de grado que de género. "Las fotografías, los retratos, los mapas, los indicadores de carretera, los modelos son icónicos en alto grado; los sueños, las pinturas distintas de los retratos, las partituras

¹ **Otelo*, acto I, escena I. Trad. Astrana Marín; Shakespeare, *Obras completas*, 10.^a ed., Aguilar, Madrid, 1951, pág. 1468.

musicales, las películas, el teatro, los rituales, los espectáculos públicos, la danza, el vestido, el juego y la arquitectura son icónicos en grado variable"¹. Por otro lado, hay muchos signos con significado puramente convencional: los códigos, varias especies de señales, los puntos y rayas del morse, y otros. El alfabeto es un claro ejemplo de un sistema de signos convencionales: la forma de las letras no guarda ninguna relación con el sonido que transcriben.

¿El lenguaje ordinariamente hablado es icónico o convencional? Evidentemente, esta pregunta no puede responderse por un simple sí o no. Muchas de las palabras que usamos son convencionales, símbolos arbitrarios, mientras que otras, términos onomatopéyicos como *sniff* [sorber] o *hiccup* [hipo], son indudablemente icónicas. Este problema, que suscita muchas consecuencias de una importancia de gran alcance, será plenamente discutido en el capítulo cuarto; aquí es suficiente hacer notar que en muchos aspectos el lenguaje se comporta como si fuera un sistema de símbolos convencionales.

Desde otro punto de vista todavía, se pueden distinguir dos clases de signos: los que son directamente representativos de las cosas que significan, y los que son derivados de otros signos. La escritura en su forma presente es un sistema derivativo: traslada los sonidos del lenguaje hablado a símbolos visuales. La situación era muy diferente en las primeras etapas de nuestro alfabeto; los jeroglíficos egipcios, por ejemplo, eran pinturas que representaban los objetos y no sus nombres. Gradualmente, sin embargo, los símbolos escritos adquirieron valores fonéticos y llegaron a representar la palabra hablada o alguna parte de ella: una sílaba o incluso un solo sonido. La escritura moderna ha dado origen también a ciertos sistemas subsidiarios que son derivativos en segundo grado: el braille, por ejemplo, se deriva de la escritura que, a su vez, se deriva del lenguaje hablado. Hay, asimismo, otros sustitutos no ortodoxos de la palabra hablada, tales como el lenguaje de silbidos de la isla de Gomera en las Canarias, que no es un código convencional, sino una transposición ingeniosa de la fonética del dialecto español local².

La comprensión de que el lenguaje debe ser considerado sobre el fondo de una teoría general de los signos ha puesto en contacto a los lingüistas con una variedad de disciplinas, que van desde la ingeniería eléctrica hasta la teoría estética. Dos de estos contactos prometen ser particularmente fructíferos. El interés por los signos ha enfocado la atención sobre los reflejos condicionados y otros procesos de aprendizaje observados en los animales. Los clásicos experimentos de Pavlov causaron una impresión profunda sobre los lin-

¹ MORRIS, *op. cit.*, pág. 192.

² Véase A. CLASSE, "Phonetics of the Silbo Gomero", *Archivum Linguisticum*, IX (1957), págs. 44-61.

güistas, y los desarrollos más recientes en este campo pueden arrojar nueva luz en los trabajos sobre el lenguaje¹. Más importantes aún son quizá los contactos entre la lingüística y la teoría de la "información". Hay una voluminosa literatura a este respecto, la mayor parte de ella realizada por matemáticos e ingenieros de comunicación², pero también por lingüistas de mentalidad matemática³. Inevitablemente, el nacimiento mismo de estos estudios ha creado serios problemas en cuanto a la comunicación. Aunque los lingüistas están intensamente interesados y pueden tener una valiosa contribución que hacer, a menudo se ven obstaculizados por la falta del necesario equipo matemático. Existe también el peligro de que estos múltiples contactos, añadidos a los que siempre había tenido con las disciplinas vecinas, hagan progresivamente difícil para el lingüista examinar la materia entera en todas sus ramificaciones. La solución se halla obviamente en los simposia y en los proyectos de investigación emprendidos conjuntamente por trabajadores de los diferentes campos, y semejantes empresas están de hecho volviéndose cada vez más frecuentes a ambos lados del Atlántico.

LENGUA Y HABLA

Habiendo esbozado la posición del lenguaje dentro de una teoría general de los signos, podemos ahora limitar nuestra atención a los símbolos lingüísticos. Los lingüistas modernos han hallado conveniente definir la lengua contrastándola con el habla. Esta distinción fundamental se remonta hasta Saussure, quien opuso, consistente y sistemáticamente, *la langue*, "lengua", a *la parole*, "habla", y vio en ellos dos aspectos complementarios de una entidad más amplia, *le*

¹ Véanse recientemente R. W. BROWN-D. E. DULANEY, "A Stimulus-Response Analysis of Language and Meaning", *Language, Thought, and Culture*, páginas 49-95.

² Véanse, por ejemplo, C. CHERRY (ed.), *Information Theory*, Londres, 1956; id., *On Human Communication*, Nueva York-Londres, 1957; G. HERDAN, *Language as Choice and Chance*, Groningen, 1956; G. A. MILLER, *Language and Communication*, Nueva York-Toronto-Londres, 1951; L. APOSTEL, B. MANDELBROT, A. MORE, *Logique, langage et théorie de l'information*, París, 1957.

³ Véanse especialmente las obras de J. WHATMOUGH ("Statistics and Semantics", *Sprachgeschichte und Wortbedeutung, Festschrift A. Debrunner*, Berna, 1954, págs. 441-6; *Language, A Modern Synthesis*, Londres ed., 1956) y P. GUIRAUD (*Les caractères statistiques du vocabulaire*, París, 1954; "Langage, connaissance et information", *Journal de Psychologie*, IV (1958), págs. 302-18; *Problèmes et méthodes de la statistique linguistique*, París, 1959); cf. también las actas del VII y el VIII Congreso Internacional de Lingüistas (Londres, 1956, y Oslo, 1958). Para un breve examen, véase R. JAKOBSON, "Linguistics and Communication Theory", en *Structure of Language and its Mathematical Aspects* (Proceeding of Symposia in Applied Mathematics, vol. XII, 1961), págs. 245-52.

langage, "lenguaje"¹. Ninguna otra parte de la doctrina de Saussure ha dado lugar a tantas discusiones y exégesis; incluso después de medio siglo, el debate continúa, lo cual es un tributo a la vitalidad de la teoría original².

Si aceptamos la distinción entre lengua y habla, encontraremos cierto número de diferencias fundamentales entre los dos fenómenos:

1) La lengua es un vehículo de comunicación, y el habla es el uso de ese vehículo por un individuo dado en una ocasión dada. Expresándolo más explícitamente: la lengua es un *código*, mientras que el habla es la codificación de un mensaje particular que luego será descifrado por el que, o los que escuchan.

2) La lengua existe en un estado *potencial*: es un sistema de signos almacenado en nuestra memoria, presto para ser actualizado, traducido a sonidos físicos, en el proceso del habla. La lengua, por tanto, no consiste en sonidos en sentido físico, sino en las impresiones sonoras que dejan atrás los sonidos actuales que nosotros mismos pronunciamos o escuchamos de otros. Estas impresiones sonoras constan de elementos acústicos y motores: recordamos la cualidad del sonido y los movimientos articulatorios que ejecutamos cuando lo pronunciamos, y con estas impresiones se combina una disposición a repetir los mismos movimientos. La dificultad que algunas personas experimentan en pronunciar un sonido extranjero muestra que el proceso de invención no ha tenido un éxito completo. Otros elementos del sistema lingüístico—palabras, formas gramaticales, construcciones sintácticas, etc.—están, probablemente, depositados en nuestra memoria como impresiones, modelos y disposiciones. La naturaleza psicológica precisa de estas impresiones no es aquí directamente pertinente, si bien los de mentalidad behaviorista las podrían considerar como "engramas": "huellas residuales de una adaptación a un estímulo realizada por el organismo"³. Sea lo que fuere

¹ *Le langage* no tiene equivalente exacto en inglés; comprende la facultad del lenguaje en todas sus varias formas y manifestaciones. Véase SAUSSURE, *op. cit.*, págs. 25 y sgs. y 112; en el último pasaje establece muy claramente: "La langue est pour nous le langage moins la parole." "La lengua es para nosotros el lenguaje menos el habla." La historia de estos términos ha sido recientemente investigada por H. G. KOLL, *Die französischen Wörter "langue" und "langage" im Mittelalter*, Ginebra-París, 1958.

² Los principales temas del debate son examinados en el útil artículo del doctor N. C. W. SPENCE, "A Hardy Perennial: the Problem of *la Langue* and *la Parole*", *Archivum Linguisticum*, ix (1957), págs. 1-27. Otra revisión crítica del problema íntegro se encontrará en E. COSERIU, *Sistema, norma y habla*, Montevideo, 1952. Sobre la aplicabilidad de la distinción a los estudios semánticos, cf. A. GILL, "La distinction entre *langue* et *parole* en sémantique historique", *Studies in Romance Philology and French Literature Presented to John Orr*, Manchester, 1953, págs. 90-101.

³ OGDEN-RICHARDS, *op. cit.*, pág. 53.

sobre el particular, el punto esencial es que la lengua es potencial, mientras que el habla está actualizada.

3) El habla es el uso de la lengua por una persona en una situación específica; es un acto individual¹. La lengua, por su parte, trasciende lo individual; es una propiedad de la sociedad en general. Puede servir como medio de comunicación tan solo si es sustancialmente la misma para todos los que hablan; es, como declara Saussure, una "institución social" (*op. cit.*, pág. 33). En otras palabras, la lengua es la suma total de los sistemas lingüísticos que los miembros individuales de la comunidad llevan en su memoria. Citando de nuevo a Saussure: "Si nous pouvions embrasser la somme des images verbales emmagasinées chez tous les individus, nous toucherions le lien social qui constitue la langue"².

4) Otra diferencia importante se refiere a la actitud del individuo que habla con respecto a la lengua y al habla. Es dueño y señor de su habla; depende de él solo lo que dirá, cómo lo dirá y hasta si lo dirá en todo caso. Puede, si así lo desea, desviarse del uso ordinario, e incluso crear una lengua privada, propiamente suya, como hizo James Joyce en *Finnegans Wake*, aunque al obrar así correrá el riesgo de resultar ridículo o ininteligible. Pero mientras que el individuo tiene el control exclusivo sobre el habla, no es más que un recipiente pasivo en relación con la lengua; lo asimila en la primera infancia y no puede hacer nada, o muy poco, por alterarlo. Es verdad que algunos individuos privilegiados—un político, un científico, un escritor, un lexicógrafo, un gramático—o un grupo de individuos tales como la Academia Francesa, pueden ejercer cierta influencia sobre la lengua, pero incluso ellos apenas afectarán su contextura básica; y el curso ordinario de los hombres será completamente impotente con respecto a él: lo que harán, en palabras de Saussure, será "registrarlo pasivamente" (*op. cit.*, pág. 30).

5) El habla, como vio Saussure, es un acto único estrictamente limitado en el tiempo. Aun si se considera un largo discurso como un solo acto de habla, rara vez excederá de una hora o dos, en tanto que la inmensa mayoría de las expresiones se acaban en cuestión de minutos, o incluso de segundos. El habla es pasajera, efímera e irre recuperable; en la famosa imagen de Horacio, "et semel emissum volat irrevocabile verbum"—"una palabra, una vez soltada de la jaula, no puede ser llamada de nuevo"³. En contraste con esta naturaleza evanescente del habla, la lengua se mueve tan lentamente que, a veces,

¹ "La parole est un acte individuel de volonté et d'intelligence." "El habla es un acto individual de voluntad y de inteligencia." (SAUSSURE, *op. cit.*, pág. 30.)

² "Si pudiéramos abarcar la suma total de las imágenes verbales almacenadas en todos los individuos, llegaríamos al lazo social que constituye la lengua." (*Ibid.*)

³ *Epístolas, I, XVIII v. 7.

parece casi completamente quieta. Los ajustes menores en el vocabulario prosiguen durante todo el tiempo, pero pocas personas percibirán cualquier alteración importante en su lengua materna a lo largo de su propia vida; usualmente se requieren varias generaciones ó, incluso, siglos para que un cambio fonético o gramatical siga su curso. Como declara pintorescamente un lingüista norteamericano: "la lengua es, probablemente, el más cerrado, el más macizamente resistente de todos los fenómenos sociales. Es más fácil destruirlo que desintegrar su forma individual"¹.

6) El habla tiene dos aspectos diferentes, uno físico y el otro psicológico. Los sonidos efectivos son acontecimientos físicos, mientras que las significaciones que expresan son fenómenos psicológicos. La lengua, en cambio, es puramente psicológica: está constituida de impresiones de sonidos, palabras y rasgos gramaticales depositados en nuestra memoria, en donde permanecen constantemente a nuestra disposición, de una manera muy semejante a como el dinero ingresado en una cuenta bancaria es utilizable por el depositante².

Colocando en forma de tabla las diferencias principales entre la lengua y el habla obtenemos el siguiente cuadro:

Lengua	Habla
Código	Codificación de un mensaje
Potencial	Actualizada
Social	Individual
Fija	Libre
Lentamente movable	Efímera
Psicológica	Psico-física

Si consideramos más atentamente esta serie de diferencias observamos que son básicamente variaciones sobre dos temas: el contraste entre lo actual y lo potencial y entre lo individual y lo social. Esto ha hecho que algunos lingüistas se pregunten si no sería mejor separar los dos criterios³. A este fin se ha sugerido que debería in-

¹ E. SAPIR, *Language. An Introduction to the Study of Speech*, Nueva York, 1921, reimpr. 1949, pág. 206. Cf. SAUSSURE, *op. cit.*, págs. 107 y sgs.: "La langue est de toutes les institutions sociales celle qui offre le moins de prise aux initiatives. Elle fait corps avec la vie de la masse sociale, et celle-ci, étant naturellement inerte, apparaît avant tout comme un facteur de conservation." "La lengua es de todas las instituciones sociales la que ofrece menos ocasión para las iniciativas. Forma cuerpo con la vida de la masa social, y esta, siendo naturalmente inerte, aparece ante todo como un factor de conservación."

² Cf. SAUSSURE, *op. cit.*, pág. 32.

³ Véase ya O. JESPERSEN, *Mankind, Nation and Individual from a Linguistic Point of View*, Oslo, etc., 1925, cap. I. El problema entero ha vuelto a ser examinado en SPENCE, *loc. cit.*

sertarse un término medio entre los dos extremos propuestos por Saussure. Este término medio sería la "lengua individual" o, como ciertos lingüistas norteamericanos lo han denominado, el "idiolecto": "la totalidad de los hábitos de habla de una persona particular en un tiempo dado"¹. Es fácil ver que este nuevo término se halla a medio camino entre los dos polos de Saussure: es individual como el habla, a diferencia del carácter social de la lengua; al mismo tiempo es potencial como la lengua, a diferencia del habla, que es por definición actual. Desde otro punto de vista, también representa una casa a mitad del camino: el sistema lingüístico, tal como existe en la memoria de un individuo, es menos concreto, más difícilmente accesible para el observador que lo son los actos particulares del habla, pero es más concreto y de más fácil acceso que la lengua de una comunidad entera. Surge, sin embargo, la cuestión de si se ha ganado algo introduciendo un tercer término y embotando así el filo de la distinción de Saussure. Hay que recordar la navaja de Occam: "las entidades no deben multiplicarse sin necesidad".

La respuesta a esta cuestión dependerá del punto de vista desde el que se mire el problema. El lingüista rara vez se interesará por la lengua en sí de un solo individuo². Es posible que tenga que contar con él extensamente como una fuente de información; los que operan en este campo explorando una lengua no registrada, con frecuencia derivarán la mayor parte de su material de un atento estudio de los hábitos de habla de un pequeño número de informantes. Pero incluso entonces, no se detendrán en esta etapa, sino que tratarán de establecer la norma más amplia sobre la que se basan estos "idiolectos", el sistema lingüístico de toda la comunidad³. En tales casos, el estudio de los "idiolectos" será un medio para un fin, una fase intermedia en la investigación, y en circunstancias más favorables no será necesaria en modo alguno esta fase.

El concepto de "idiolecto" será, no obstante, muy útil en las indagaciones psicológicas y estilísticas. Se ha demostrado con datos experimentales que hay una conexión definida entre la lengua y la personalidad; un psicólogo ha encontrado incluso una correlación estadística entre la proporción de verbos y adjetivos y la estabilidad

¹ C. F. HOCKETT, *A Course in Modern Linguistics*, Nueva York, 1958, pág. 321; cf. también R. A. HALL, Jr., "Idiolect and Linguistic Super-ego", *Studia Linguistica*, v (1951), págs. 21-7. *Idiolecto* viene del griego *idios*, "propio, privado" + el elemento griego *lecto*, "habla", como en *dialecto*.

² Tales estudios existen, sin embargo, como, por ejemplo, el tratado clásico del ARBÉ ROUSSELOT, *Modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin (Charente)*, 1891.

³ Cf. H. HOLIER, "Native Reaction as Criterion in Linguistic Analysis", en las *Actas del VIII Congreso Internacional de Lingüistas*.

emocional de una persona¹. En los estudios estilísticos, uno de los métodos más populares es investigar el empleo de las palabras de un escritor particular con objeto de determinar lo que es único e idiosincrásico en su manejo de la lengua². Haciéndose eco de la famosa fórmula de Buffon, "Le style, c'est l'homme même", Schopenhauer definió el estilo como "la fisonomía de la mente", y esta fisonomía puede captarse mejor examinando el "idiolecto" del autor tal como está depositado en sus escritos de una forma más o menos estilizada.

Parecería, por tanto, que el concepto de "idiolecto" puede prestar valiosos servicios al psicólogo y al estudioso del estilo, y tener su puesto en ciertos tipos de investigación lingüística, pero que, en la esfera más amplia de la lingüística general, sería poco oportuno mitigar la distinción entre la lengua y el habla introduciendo un tercer término entre los dos.

LAS UNIDADES DE LA LENGUA

La lengua, como hemos visto, solo puede ser alcanzada mediante el habla; es, por consiguiente, analizando las expresiones específicas como cabe esperar identificar las unidades de que se compone la lengua³. En vista de la naturaleza mixta, psico-física, del habla, dos caminos se abren ante nosotros: podemos analizar un trozo de un discurso trabado, desde el punto de vista físico, como una sarta de sonidos, y desde el punto de vista psicológico, como un portador de significado. Como la mayoría de las expresiones constan de más de un elemento significativo, precisaremos de un tercer criterio: tendremos que estudiar las relaciones que existen entre las varias unidades.

1. Unidades de sonido

Un análisis puramente fonético del habla coordinada distinguirá varios segmentos acústicos que pueden romperse ulteriormente en sonidos singulares. Estos sonidos son las mínimas unidades físicas del habla y, como ya sabemos, existen en la lengua como sonidos potenciales, almacenados en nuestra memoria como impresiones acústicas y motoras que pueden ser actualizadas siempre que sea necesario.

Esto, sin embargo, no constituye, en modo alguno, la historia completa. Si consideramos los sonidos no desde el punto de vista del

¹ Cf. mi artículo "Psychologie et stylistique", *Journal de Psychologie*, XLVI (1955), págs. 135-56; págs. 149 y sgs.

² Véase mi *Style in the French Novel*, págs. 25 y sgs. y pág. 35. Cf. también T. A. SEBOK (ed.), *Style in Language*, Nueva York-Londres, 1960, págs. 378 y 427.

³ Sobre toda esta cuestión, véase ahora C. L. EBELING, *Linguistic Units*, La Haya, 1960.

fonetista, sino como unidades de lengua dotadas de una función específica, pronto advertiremos una diferencia esencial entre dos tipos de sonidos. Tomemos las siguientes parejas de palabras:

<i>kill</i> [matar]	<i>coal</i> [carbón]
<i>kin</i> [parentesco]	<i>con</i> [meditar]
<i>kit</i> [vasija]	<i>coat</i> [levita]

Para el fonetista, la [k] de la primera columna no es idéntica a la de la segunda, ya que su punto de articulación es diferente: es una [k] con el punto de articulación más adelantado que la otra. Para el lingüista, esta diferencia es de importancia secundaria porque es enteramente mecánica: es causada, pura y simplemente, por el hecho de que en la primera columna la [k] va seguida de una vocal palatal, y la segunda de una vocal velar. El contraste entre las dos [k] no puede tener, por tanto, ninguna función distintiva; no hay en inglés ninguna pareja de palabras que se distingan solamente por este contraste y que sin él fueran homónimas. *Kill*, con una [k] con punto de articulación adelantado, o *coal*, con una [k] con punto de articulación retrasado, son imposibles en inglés.

Consideremos ahora las parejas siguientes:

<i>cap</i> [gorra]	<i>gap</i> [agujero]
<i>came</i> [venía]	<i>game</i> [juego]
<i>coal</i> [carbón]	<i>goal</i> [meta]

Aquí tenemos de nuevo una diferencia puramente fonética: la que hay entre una consonante sorda y otra sonora articuladas en el mismo punto. Pero esta vez el contraste es de vital importancia, puesto que nos permite distinguir entre palabras que de otra manera serían idénticas. Los sonidos [k] y [g] puede decirse así que forman una "oposición distintiva" en inglés, y que por sí mismos son sonidos distintivos, "*fonemas*". El contraste entre las dos variedades de [k], por otro lado, no es distintivo, porque no sirve para diferenciar entre los significados; en consecuencia, no son fonemas separados, sino, por decirlo así, "alófonos"¹ del fonema [k].

No es necesario penetrar aquí en las complicaciones de la teoría de los fonemas que, durante las últimas tres décadas, ha resultado de un valor inmenso para la lingüística general². No obstante, deben

¹ Del griego *alos*, "otro" + *phōnē*, "voz, sonido".

² Entre las numerosas obras sobre el fonema y problemas afines, cabe mencionar en particular a N. S. TRUBETZKOY, *Principes de phonologie*, trad. francesa, París, 1949; D. JONES, *The Phoneme: Its Nature and Use*, 2ª ed., Cambridge, 1961; B. BLOCH, "A Set of Postulates for Phonemic Analysis", *Language*, xxiv (1948), págs. 3-46. Una información moderna se encontrará en HOCKETT, *op. cit.*

mencionarse los siguientes puntos, ya que están directamente relacionados con el tema principal de este libro. En primer lugar, no todas las oposiciones distintivas están basadas en los simples sonidos¹. En lenguas con un acento libre, por ejemplo, la posición del último puede bastar para distinguir las palabras: así los vocablos ingleses *'invalid* [inválido, persona baldada]—*in'valid* [inválido, nulo], los rusos *'muka*, “tormento”—*mu'ka*, “harina”. En segundo lugar, las formas gramaticales pueden diferenciarse de la misma manera que las palabras: el mismo contraste entre [æ] y [e] que distingue *bat* [garrote] de *bet* [apuesta], *pan* [cazo], de *pen* [pluma], etc., marca la diferencia entre el singular y el plural en *man* [hombre], *men* [hombres]. En tercer lugar, los fonemas de cada lengua forman un modelo que difiere de un sistema a otro y que incluso puede variar dentro de la historia del mismo idioma. Así la oposición entre las consonantes sonoras y sordas en inglés, que admitimos como distintivas en el caso de [g] y [k], reaparece en parejas como *bear* [oso]—*pear* [pera], *down* [debajo]—*town* [ciudad], *wet* [mojar]—*whet* [afilar], *vat* [tinaja]—*fat* [grasa], *joke* [chancear]—*choke* [ahogar], etc.

Una de las consecuencias más importantes de la teoría del fonema ha sido la introducción de puntos de vista semánticos en el estudio de los sonidos. Estos, por supuesto, no tienen significación propia independiente, salvo en el raro caso de palabras que constan de un solo sonido, tales como la francesa *eau* [o], “agua”, o la latina *i*, imperativo de *ire*, “ir”. Pero esto no quiere decir que los sonidos no tengan nada que ver con el significado; la distinción entera entre los fonemas y los alófonos está dictada por consideraciones semánticas. Como dijo una vez uno de los arquitectos de la teoría del fonema, el profesor Jakobson, “el fonema participa en la significación, pero sin tener ningún significado propio”².

La función semántica de los fonemas es esencialmente negativa: permiten a las palabras y a otros elementos tener significado haciéndolos fonéticamente diferentes y distinguibles unos de otros. Esto es lo que Saussure dio a entender cuando describió los fonemas como unidades “opositivas, relativas y negativas” (pág. 164), y cuando, de una manera más general, declaró: “Dans la langue il n'y a que des différences”³.

caps. 2-13. Para las aplicaciones de la teoría de los fonemas a los problemas históricos, véase especialmente A. MARTINET, *Economie des changements phonétiques*, Berna, 1955; cf. también sus *Elements de linguistique générale*, París, 1960, cap. 6.

¹ Los rasgos distintivos que trascienden los límites de los simples sonidos se denominan a veces fonemas “suprasegmentales” o “prosódicos”.

² *Actes du VI^e Congrès International des Linguistes*, París, 1949, pág. 8.

³ “En la lengua no hay más que diferencias.” (*Op. cit.*, pág. 166.) Una crítica de esta concepción se encontrará en H. GALTON, “Is the Phonological System a Reality?”, *Archivum Linguisticum*, VI (1954), págs. 20-30.

Sería ir demasiado lejos, sin embargo, afirmar, como hace un reciente libro de texto, que "los sonidos y las diferencias entre ellos tienen una función y solo una en la lengua: *mantener separadas las expresiones*"¹. Además de esta función negativa tienen también un papel positivo menos importante, pero en modo alguno desdeñable: en las palabras onomatopéyicas están directamente relacionados con el significado y dan una representación "icónica" de él². Lo mismo cabe decir de los rasgos fonéticos que trascienden los simples sonidos, tales como el acento de intensidad y el tono. En algunas lenguas, el acento tendrá un papel puramente distintivo, mientras que en otras proporcionará un vehículo para expresar emociones; en francés, por ejemplo, existe el llamado "accent emotivo", una fuerte tensión espiratoria que recae sobre la primera sílaba de las palabras que empiezan con una consonante, y sobre la segunda sílaba de las que principian con una vocal: '*misérable!*—*d'abominable!* Las funciones semánticas de los sonidos y de otros rasgos fonéticos son de interés directo para el estudioso del significado y tendrán su lugar en la descripción de las lenguas particulares³.

Desde el punto de vista del método lingüístico, la aparición de la teoría del fonema quiere decir que ahora tenemos dos disciplinas que tratan de los sonidos: la fonética y la *fonología* (o "fonémica"). La fonética estudia los aspectos acústicos y articulatorios de los sonidos, mientras que la fonología investiga sus funciones puramente lingüísticas. La diferencia entre estos dos modos de acceso es precisamente que el fonólogo opera con criterios semánticos, y el fonetista, no. Sin embargo, los dos son por necesidad interdependientes, y la fonética sigue siendo una parte esencial del equipo de todo lingüista.

2. Unidades de significado

Aristóteles, como se recordará, definió las palabras como las más pequeñas unidades significativas del habla⁴. Esta definición fue aceptada por los lingüistas durante mucho tiempo, y es solo recientemente cuando los modernos métodos de análisis, emulando los procedimientos (y a veces la terminología) de la física nuclear, han descubierto unidades semánticas por bajo del nivel de la palabra. Es necesario, por tanto, un nuevo término para denotar los más pequeños elementos significativos del habla: en la teoría lingüística contemporánea se conocen como "*morfemas*"⁵. En la oración: "John

¹ HOCKETT, *op. cit.*, pág. 15. (La bastardilla es del autor.)

² Véase anteriormente, pág. 20.

³ Cf. mi *Précis de sémantique française*, cap. 2: "Fonctions sémantiques des sons français"; véase también *ibid.*, págs. 104-15.

⁴ Véase más arriba, pág. 5.

⁵ "Los morfemas son los más pequeños elementos individualmente significa-

treats his older sisters very nicely" [Juan trata a sus hermanas mayores muy amablemente], el último libro clásico sobre lingüística estructural¹ distingue no menos de trece morfemas: (1), *John*; (2), *treat*; (3), *-s*; (4), *hi*; (5), *-s*; (6), *old*; (7), *-er*; (8), *sister*; (9), *-s*; (10), *very*; (11), *nice*; (12), *-ly*, y (13), la entonación de la frase. Se verá que—con la solitaria excepción de la forma *his*²—los detalles del análisis no son nada revolucionarios; lo que es nuevo es la inclusión de todos estos elementos diversos dentro de una sola categoría.

Si miramos más atentamente el análisis de la oración anterior, hallamos que contiene cinco tipos diferentes de morfemas: palabras independientes (*John*, *treat*, *old*, *sister*, *very*, *nice*); un tema, que no es palabra independiente (*hi-*); un sufijo derivativo (*-ly*); sufijos inflexionales que, a su vez, son de tres géneros diferentes: verbal (la *-s* en *treats*), nominal y pronominal (el posesivo *-s* en *his*, y el plural *-s* en *sisters*), adjetival (la *-er* en *older*), y finalmente, la entonación. Y esta lista no agota todas las posibilidades; en un verbo como *induce* [inducir], por ejemplo, hay un prefijo derivativo *in-* más una forma que nunca aparece ni como una palabra ni siquiera como un tema no independiente, pero que se encuentra en la misma posición y con un significado aproximadamente igual en otros verbos: *deduce* [deducir], *produce* [producir], *reduce* [reducir]³. Aun cuando nadie discutiría el valor del morfema en el análisis del lenguaje⁴, cabe preguntar legítimamente si debe considerarse como uno de los elementos clave de la estructura lingüística. Es una categoría extremadamente mezclada constituida por formas totalmente diferentes en cuanto a la función y al estado y que se mantienen juntas por el solo criterio de que no pueden dividirse en unidades significativas más pequeñas. Parece más que dudoso que una rama homogénea de la lingüística pueda construirse sobre una base semejante.

La heterogeneidad del morfema es, sin embargo, más aparente

tivos en las expresiones de una lengua." (HOCKETT, *op. cit.*, pág. 123.) Del griego *morphē*, "forma" + la misma terminación que en *fonema*. En la terminología del profesor Martinet, estas unidades son llamadas *monemas*. (*Éléments*, pág. 20.)

¹ HOCKETT, *op. cit.*, págs. 123-26.

² *His* se divide en dos componentes: un tema no independiente *hi-*, que también aparece en *him*, aunque en ninguna otra parte, y el sufijo posesivo *-s*. (Cf. *Paul's book* [el libro de Pablo], *the king's horses* [los caballos del rey].)

³ Cf. HOCKETT, *op. cit.*, págs. 173 y 241.

⁴ Excedería el alcance de este libro penetrar en los detalles del análisis morfémo, desarrollado con mucha finura e ingenio por estructuralistas como Z. S. Harris, E. A. Nida, K. Topeby y otros. Algunos lingüistas han juzgado necesario tener un término especial, *semantema* o *semema*, para denotar el significado de un morfema. (Cf. BLOOMFIELD, *Language*, pág. 162.) Sobre este concepto, véanse recientemente C. E. BAZELL, "The Sememe", *Litara*, I (1954), págs. 17-31, y J. VENDRYES, "Sémantème et morphème", *Archivio Glottologico Italiano*, xxxix (1954), págs. 48-55.

que real. Tras una inspección más detenida, se encuentra que hay dos clases de morfemas. A la primera clase pertenecen los que son, o bien palabras independientes, o bien constitutivos de palabras: temas y raíces no independientes, como *hi-* en *his* y *-duce* en *induce*; prefijos y sufijos derivativos, etc. La segunda clase comprende la entonación y elementos inflexionales de varios géneros, que se refieren no a palabras aisladas, sino a relaciones gramaticales y a la estructura de la oración en su conjunto. Esto da a la *palabra* una posición clave en la jerarquía de la estructura lingüística.

¿Qué es, pues, una palabra? La pregunta parece bastante fútil, puesto que, en la vida diaria, no se tiene ninguna dificultad en reconocer las palabras, y al escribir esta página las separo unas de otras sin la más ligera vacilación. Pero una cosa es identificar las palabras y otra establecer los criterios mediante los cuales se las identifica. En efecto, hay una desorientadora multiplicidad de definiciones rivales¹. Muchas de las más antiguas se basaban, directa o indirectamente, en la concepción aristotélica de las palabras como las más pequeñas unidades significativas del habla; pretendían, por tanto, definir la palabra en términos puramente o, al menos, predominantemente semánticos². Ahora sabemos que la más pequeña unidad significativa no es la palabra, sino el morfema; debemos, por consiguiente, tratar de abordar el problema entero desde un ángulo diferente.

El intento más afortunado hasta ahora de definir la palabra por criterios formales más bien que semánticos fue el realizado por Leonard Bloomfield hace más de treinta años³. El eje de su argumento es la relación de la palabra con la oración. Distingue dos tipos de formas lingüísticas: las que nunca se usan como frases son las *formas ligadas (bound forms)*, mientras que las que se presentan como

¹ Véanse especialmente las monografías de A. J. B. N. REICHLING (*Het Woord*, Nijmegen, 1935) y A. ROSETTI (*Le mot*, 2.^a ed., Copenhagen-Bucarest, 1947), así como los siguientes artículos: J. H. GREENBERG, "The Definition of Linguistic Units", *Essays in Linguistics*, Chicago-Londres, 1957, cap. 2; W. HAAS, "On Defining Linguistic Units", *Transactions of the Philological Society*, 1954, páginas 54-84; F. HJORTH, "On Defining Word", *Studia Linguistica*, XII (1958), págs. 1-26; W. PORZIG, "Die Einheit des Wortes", *Sprache-Schlüssel zur Welt, Festschrift für Leo Weisgerber*, Düsseldorf, 1959, págs. 158-67; K. TOGBY, "Qu'est-ce qu'un mot?", *Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague*, V (1949), págs. 97-111. Cf. asimismo las primeras definiciones discutidas en mis *Principles of Semantics*, págs. 43 y sgs.

² Como, por ejemplo, en la famosa fórmula de Antoine Meillet: "Un mot est défini par l'association d'un sens donné à un ensemble donné de sons susceptible d'un emploi grammatical donné." "Una palabra está definida por la asociación de un sentido dado con un conjunto dado de sonidos susceptible de un empleo gramatical dado." (*Linguistique historique et linguistique générale*, 2 vols., París, nueva ed., 1948-52: vol. I, pág. 30.)

³ En su artículo "A Set of Postulates for the Science of Language", *Language*, II (1926), págs. 153-64; cf. *op. cit.*, págs. 177 y sgs.

frases son denominadas *formas libres* (*free forms*). Las palabras son, evidentemente, formas libres, ya que pueden—en las respuestas, exclamaciones, etc.—subsistir por sí mismas y actuar además como una expresión completa. Lo que las distingue de otras formas libres es que no pueden dividirse sin residuo en formas libres menores. En nuestro ejemplo precedente, la palabra *nicely* contiene la forma *nice*, pero también el sufijo *-ly*, que no es una forma libre, porque no puede subsistir por sí misma. Este es el sentido de la fórmula de Bloomfield, con frecuencia citada, de que una palabra es una *forma libre mínima*. Debería añadirse inmediatamente que hay una clase de palabras a las que no se aplica esta fórmula: los compuestos constituidos por dos palabras independientes, tales como *penknife* [cortaplumas], *candlestick* [candelero] y similares. Esto pueden considerarse como a caballo entre las palabras y las frases¹. Aparte de esta excepción única, la fórmula parece ser, generalmente, válida. Una ojeada a la oración considerada más arriba mostrará que los seis morfemas que fueron presentados como palabras independientes (*John, treat, old, sister, very, nice*) son todos capaces de actuar como una expresión completa ('What is his name?' [¿Cuál es su nombre?]*—John*'; 'Are you happy?' [¿Eres feliz?]*—Very* [mucho], etc.), mientras que ninguno de los demás puede subsistir por sí mismo. Cuatro de las siete palabras de la oración (*treats, older, sisters, nicely*) pueden descomponerse en otra palabra más una forma ligada (*-s, -er, -s, -ly*); dos palabras son inanalizables (*John, very*); la séptima, *his*, se clasifica como una palabra independiente a pesar de su función puramente gramatical ('Whose fault is it, his or hers?' [¿De quién es la culpa, de él o de ella?]*—His* [De él], y puede dividirse, como hemos visto, en dos morfemas, *hi-* y *-s*, ninguno de los cuales es una forma libre. Es claro que la fórmula sigue siendo buena, y en la mayoría de los casos puede ser aplicada con suma facilidad.

La palabra desempeña un papel tan crucial en la estructura de la lengua que precisamos de una rama especial de la lingüística para examinarla en todos sus aspectos. Esta rama se llama *lexicología*², y constituye, junto a la fonología, la segunda división básica de la ciencia lingüística. La lexicología se ocupará no solo de las palabras, sino de todos los tipos de morfemas que entran en la composición de las palabras. Algunos de estos ya han sido mencionados: temas no independientes, prefijos y sufijos derivacionales, etcétera. Otros procesos de la formación de palabras también caerán dentro del campo de la lexicología: las palabras entrecruzadas o "portmanteau", tales como *chortle*, de Lewis Carroll, una mezcla

¹ BLOOMFIELD, *Language*, págs. 180 y sgs.

² Del griego *lexis*, "palabra"; *lexikos*, "de o relativo a las palabras"; cf. *léxico*.

El enlace entre la semántica y la etimología se ha hecho progresivamente más íntimo y fructífero en los últimos años¹. La vieja escuela de etimologistas se atenía principalmente a los criterios fonológicos para la reconstrucción de palabras y raíces extinguidas, si bien procuraba hacer más pausable el resultado citando paralelos semánticos de otras lenguas. Hubo algunas voces disidentes², pero, en su conjunto, la semántica se mantuvo como un mero aditamento de la etimología. Posteriormente, sin embargo, se ha prestado más atención al lado semántico de la reconstrucción³, y de una manera más general, la etimología ha sido profundamente afectada por el progreso de los estudios semánticos, como se verá en el capítulo final de este libro.

3. Unidades de relación

Las palabras, como hemos visto, son las más pequeñas unidades de una lengua capaces de actuar como una expresión completa. Hay algunas lenguas, tales como el esquimal, en donde una oración entera, que expresa cierto número de ideas diferentes, constará de una sola palabra compleja. En la lengua coriata de Siberia, la oración:

punto de partida con el punto de llegada... Debe, por el contrario, pintarnos el vasto fresco de las vicisitudes que la palabra ha atravesado... La búsqueda de la raíz de una palabra o de un grupo de palabras ya no es hoy la única tarea de la etimología. Debe seguir al grupo en cuestión durante todo el tiempo en que pertenece a una lengua, en todas sus ramificaciones y todas sus relaciones con otros grupos." (W. v. WARTBURG, *Problèmes et méthodes de la linguistique*, París, 1946, págs. 109 y sgs.) Sobre etimología, véanse recientemente A. S. C. ROSS, *Etymology, with Especial Reference to English*, Londres, 1958; K. BALDINGER, "L'Etymologie hier et aujourd'hui", *Cahiers de l'Association Internationale des Etudes Françaises*, XI (1959), págs. 233-64; y una serie de importantes artículos por Y. MALKIEL, especialmente: "The Place of Etymology in Linguistic Research", *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXI (1954), págs. 78-90, y "A Tentative Typology of Etymological Studies", *International Journal of American Linguistics*, XXIII (1957), págs. 1-17.

¹ Cf. mi artículo "Sémantique et étymologie", *Cahiers de l'Association Internationale des Etudes Françaises*, XI (1959), págs. 323-35.

² Cf. E. TAPPOLET, "Phonetik und Semantik in der etymologischen Forschung", *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen*, CXV (1905), págs. 101-23.

³ Véase especialmente E. BENVENISTE, "Problèmes sémantiques de la reconstruction", *Word*, x (1954), págs. 251-64. Cf. también lo siguiente: W. S. ALLEN, "Relationship in Comparative Linguistics", *Transactions of the Philological Society*, 1953, págs. 52-108; G. BONFANTE, "On Reconstruction and Linguistic Method", *Word*, I (1945), págs. 132-61; J. ELLIS, "General Linguistics and Comparative Philology", *Lingua*, VII (1958), págs. 134-74; N. M. HOLMER, "Comparative Semantics: a New Aspect of Linguistics", *International Anthropological and Linguistic Review*, I (1953), págs. 97-106; E. REIFLER, "Linguistic Analysis, Meaning and Comparative Semantics", *Lingua*, III (1952-53), págs. 371-90. Véanse asimismo las *Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists*, págs. 103-11 y 401-23.

"Ellos siempre nos están mintiendo", se traducirá por la siguiente palabra monstruo:

nakomajn'ytamjun'n'ybolamyk

que literalmente significa: "ellos ahora nos engañan mucho continuamente"¹. En los idiomas europeos, las palabras-oración, aunque no infrecuentes, son, en su mayor parte, elípticas: tienen que ser complementadas o bien por el contexto verbal, o bien por el "contexto de situación"². Cuando, paseando por la calle, oigo de repente que alguien grita: "¡Cuidado!", solo la situación me dirá si es que me está avisando para no ser atropellado por un coche o para que no me alcance una teja que cae.

En una lengua como el inglés, las palabras no se usan normalmente aisladas, sino combinadas en unidades que expresan una cierta relación: "John writes" [Juan escribe] afirma una relación entre el sujeto y el predicado, "red rose" [rosa roja], una relación entre el calificativo y lo calificado, etc. Tales combinaciones son denominadas "frases". Una frase puede definirse como "una forma libre que consta enteramente de dos o más formas libres menores"³. La diferencia entre una palabra y una frase estriba, pues, en que la palabra no puede dividirse sin residuo en formas libres menores, mientras que la frase, sí. Y a esto se debe que los compuestos como *penknife* estén a horcajadas en la frontera entre las palabras y las frases (véase más arriba, págs. 77 y sgs.): son frases porque están constituidos enteramente por formas libres menores, en este caso *pen* + *knife*; al mismo tiempo, el acento principal ['pennaɪf] muestra que los dos elementos están más estrechamente enlazados que en una frase ordinaria y que deben ser tratados, por tanto, como una sola palabra.

Una frase, como cualquiera otra forma libre, es susceptible de actuar como una oración. Dependerá de la naturaleza de la frase el que la oración que forma sea completa en sí misma ("Spring has arrived" [la primavera ha venido]) o que sea elíptica y tenga que ser complementada por el contexto ("Very interesting" [muy interesante]). Por otro lado, dos o más frases pueden combinarse de varias maneras para formar una oración. El estudio de las frases y sus combinaciones constituye la tercera gran división de la lingüística, la *sintaxis*. Puesto que las frases y sus combinaciones tienen a la vez forma y significado, la sintaxis, como la lexicología, tendrá una subdivisión morfológica y otra semántica. La primera se ocupará de la

¹ W. J. ENTWISTLE, *Aspects of Language*, Londres, 1953, pág. 171. Las lenguas de este tipo se conocen como "polisintéticas" o "aglutinantes", y las palabras-sentencias mismas como "holofrases" (del griego *holos*, "todo" + *phrasis*, "habla").

² Sobre este concepto, véase cap. 2, sección (3).

³ BLOOMFIELD, *Language*, pág. 178.

inflexión, el orden de las palabras, la concordancia (conveniencia), el régimen¹, y otros artificios útiles para la expresión de relaciones, mientras que la parte semántica de la sintaxis investigará los significados y las funciones de los elementos sintácticos. En muchos casos, la forma y el significado serán inseparables, pero en otros será perfectamente posible centrarse sobre aquella o sobre éste: cabe estudiar la formación de los tiempos y los modos sin más que una referencia pasajera a su significado, y se puede también limitar la atención a sus significados y funciones independientemente de su forma².

Recapitulando: las cuatro unidades básicas de la lengua son el fonema, el morfema, la palabra y la frase. De ellas, el morfema es demasiado heterogéneo para formar la materia de una parte especial de la lingüística. Cada una de las otras tres tiene asignada una rama separada de la ciencia lingüística para su estudio:

fonema	fonología
palabra	lexicología
frase	sintaxis

Tanto la lexicología como la sintaxis poseen una subdivisión morfológica y otra semántica. Se comprende, por supuesto, que la lexicología trata no solo de las palabras, sino también de los componentes de las palabras, y que la sintaxis estudia no solo las frases, sino también las combinaciones en que estas entran.

Apenas es necesario insistir en que este esquema no es más que uno de los varios modos posibles de dividir el campo de la lingüística. En los últimos años se ha prestado bastante cuidado a la estructura de la ciencia lingüística, y el asunto ha sido examinado desde todos los ángulos en congresos internacionales y en publicaciones especializadas, sin llegar a un sistema aceptable para todos³. La

¹ Por ejemplo, la preposición latina *ante* se dice que "rige" acusativo; el verbo *fruitur*, ablativo, etc.

² Ya que el término "semántica" *tout court* ha quedado especializado como el nombre de la ciencia del significado de las palabras, el estudio del significado en la sintaxis debería ser referido explícitamente como "semántica sintáctica". Cf. N. CHOMSKY, *Syntactic Structures*, La Haya, 1957, cap. 9.

³ El esquema presente tiene sus orígenes en la monografía de J. RIES, *Was ist Syntax?* (2.^a ed., Praga, 1927). Para discusiones recientes sobre la estructura de la lingüística, véanse especialmente las *Proceeding of the Sixth* (págs. 19 y sgs. y 261 y sgs.) y del *Eighth International Congress of Linguists* (págs. 363 y sgs.). Cf. también G. DEVOTO, "Sémantique et syntaxe", *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, XI (1952-53), págs. 51-62; O. FUNKE, "On the System of Grammar", *Archivum Linguisticum*, VI (1954), págs. 1-19; P. GUIRAUD, *La Grammaire*, Paris, 1958, págs. 35 y sgs.; J. PERROT, "Morphologie, syntaxe, lexique", *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris* XI (1952-53), págs. 63-74; R. H. ROBINS, "Some Considerations on the

presente disposición, que se ha experimentado tanto en la investigación como en la enseñanza, tiene al menos la ventaja de la simplicidad; tiene también la ventaja negativa de abolir la habitual distinción entre la morfología y la sintaxis, que entrañaba muchas anomalías y casos límites. En el esquema sugerido no surge el problema, dado que la morfología, el estudio de las formas, se opone a la semántica, el estudio de las significaciones, y ambas tienen su puesto en la sintaxis, así como en la lexicología. Pero si esta dificultad particular ha sido evitada, hay otras que son inherentes al presente esquema. Una de ellas concierne a las alteraciones en el tema de ciertas palabras. ¿Deben pertenecer tales alteraciones a la lexicología o a la sintaxis? La respuesta dependerá de la naturaleza de la propia alternación. En la pareja *leaf-leaves* [hoja-hojas], la debilitación de la *f* ante la *-s* del plural no tiene ninguna función sintáctica; la forma con *v* es una mera variante de la otra, y así es obvio que pertenece a la lexicología¹. Otras alternaciones tienen una definida función sintáctica, como por ejemplo la modificación de la vocal en la serie *sing-sang-sung* [cantar-cantaba-cantado], que marca la diferencia entre tres categorías verbales; semejantes alternaciones tendrán evidentemente que ser alojadas en la sintaxis².

Una segunda y más seria dificultad se suscita con respecto a la posición de ciertas categorías gramaticales. La mayoría de estas categorías cae naturalmente dentro de la sintaxis. La distinción entre sujeto, objeto, predicado y otras partes de la oración es por definición sintáctica. El caso y el número en los nombres, adjetivos y pronombres, los grados de comparación en los adjetivos y adverbios, el tiempo, el modo, la voz y otras categorías de los verbos son asimismo partes de la sintaxis, puesto que es en la oración, en el contexto de una expresión concreta, donde un nombre estará en singular o plural, un verbo en presente o en pretérito, etc.; estos rasgos gramaticales no pertenecen a la palabra en cuanto tal, sino que entrarán en juego solamente en el nivel sintáctico. Hay, no obstante, dos categorías cuya posición es algo diferente: el género y las clases de palabras. Muchas lenguas, tales como el finés o el húngaro, carecen en absoluto de género; pero cuando existe, incluso si está gramaticalizado y divorciado de toda conexión con el sexo y de cualquier distinción entre lo animado y lo inanimado³, es una parte

Status of Grammar in Linguistics", *Archivum Linguisticum*, XI (1959), páginas 91-114; I. SEIDEL-SLOTTY, "Syntax und Semantik", *Bulletin Linguistique*, XI (1943), págs. 23-32.

¹ Como dirían algunos estructuralistas, la forma con *v* es un "alomorfo" del morfema *leaf*. (Cf. HOCKETT, *op. cit.*, pág. 272.) Un "alomorfo" estaría así en la misma relación con un morfema que un "alófono" con un fonema. (Cf. más arriba, pág. 28.)

² Para un análisis diferente, véase HOCKETT, *ibid.*

³ Véase L. HJELMSLEV, "Animé et inanimé, personne et non-personne", *Tra-*

de la constitución de cada nombre; hasta un nombre aislado, desgajado de todo contexto, tendrá su género, y este se hallará debidamente registrado en los diccionarios. En principio, pues, se estaría tentado a incluir el género en la lexicología. Por otro lado, está íntimamente asociado con otras categorías gramaticales, tales como el número y el caso, y desempeña un importante cometido, mediante la concordancia, en la estructura de la oración, de suerte que será más oportuno, en general, tratarlo en la sintaxis.

Las clases de palabras, o partes de la oración, son también difíciles de acomodar en el esquema. Es una característica esencial de cada palabra el pertenecer a una específica clase de palabras, y cuando la misma forma aparece en más de una clase, como sucede frecuentemente en el inglés, las consideramos como otras tantas palabras separadas (por ejemplo, *to run* [correr], verbo, distinto de *a run* [una carrera], nombre). Un lingüista incluso ha sugerido que una palabra se define por dos factores: su "núcleo" semántico y la clase a la que pertenece¹. Podría por tanto parecer lógico tratar las clases de palabras como una categoría léxica. Pero hay dos argumentos en favor de su colocación dentro de la sintaxis: la estrecha conexión que existe entre las partes de la oración y las partes de una oración (nombre—sujeto y objeto, verbo—predicado, adjetivo—calificativo, etc.), y el hecho de que las clases de palabras se diferencian por medios sintácticos, tales como la inflexión y el orden de las palabras. Una vez más, el peso de la prueba parecería justificar su asignación a la sintaxis.

Otro problema más es la situación de los pronombres, artículos, preposiciones y demás "partes menores de la oración", que son palabras en ciertos aspectos, y meros "instrumentos gramaticales" en otros. Esta materia será considerada en el próximo capítulo, como parte del problema más amplio de la independencia de nuestras palabras.

Una objeción final al presente esquema es la de que no da ninguna atribución a la gramática en cuanto tal. Realmente, es fácil ajustar la gramática dentro del sistema, una vez que se ha percibido que se hallará a horcajadas en la frontera entre la lexicología y la sintaxis. Es habitual de los lingüistas distinguir entre la fonología, la gramática y el léxico de una lengua². La diferencia esencial entre

vaux de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris, I (1956), págs. 155-59; reimpresso en *Essais linguistiques*, Copenhague, 1959, págs. 211-49.

¹ V. BRONDAL, "La constitution du mot", *Essais de linguistique générale*, Copenhague, 1943, cap. 13. Cf. también J. v. LAZICZIUS, "La définition du mot", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, v (1945), págs. 32-7.

² Cf., por ejemplo, BLOOMFIELD, *Language*, pág. 138; GUIRAUD, *La grammaire*, pág. 6; O. JESPERSEN, *The Philosophy of Grammar*, Londres, reimp. 1929, págs. 31-5. Cf. las observaciones de SAUSSURE en *op. cit.*, págs. 186 y sgs.

la gramática y el léxico consiste en que la primera trata de los "hechos generales de la lengua" y el segundo de los "hechos especiales"¹. En lo fundamental es una cuestión de lo general contra lo particular. Hay, como siempre, casos límites, pero en su conjunto la distinción es francamente clara. Según esta interpretación, la gramática incluiría la totalidad de la sintaxis, más aquellas partes de la lexicología relativas a los "hechos generales", tales como la formación de derivados, pero no el estudio de las palabras individuales. La gramática sería así competente para tratar de los significados de los prefijos y sufijos, así como de los numerosos problemas semánticos que surgen en la sintaxis; pero la semántica en sentido estricto, el estudio de los significados de las palabras propiamente dichas, quedaría fuera de su órbita.

¹ JESPERSEN, *op. cit.*, pág. 32, que se hace eco de H. SWEET, *Collected Papers* (ed. H. C. Wyld), Oxford, 1913, págs. 40 y sgs. Sobre la posición de la gramática en la lingüística contemporánea, véase el reciente artículo de R. H. Robins mencionado anteriormente en la pág. 38, n. 3.

CAPÍTULO 2

LA NATURALEZA DE LAS PALABRAS

And so the Word had breath, and wrought
With human hands the creed of creeds
In loveliness of perfect deeds,
More strong than all poetic thought¹.

Este pasaje de **In Memoriam*, de Tennyson, es un ejemplo típico de los numerosos intentos realizados por los poetas para cristalizar, en forma de imagen, su visión interna de la palabra. Muchas de estas imágenes son de origen bíblico; su principal fuente de inspiración es el capítulo inicial del Evangelio de San Juan. Otras repiten el repertorio de metáforas de la antigüedad clásica. La comparación entre las palabras y el dinero, que hemos encontrado en Bacon² y que reaparece en varios escritores modernos, ya era corriente entre los antiguos autores griegos y romanos³; Horacio, por ejemplo, habla de emitir palabras nuevas marcadas con la impresión del cuño del año⁴. Algunas de estas imágenes están arraigadas en una analogía intemporal y universalmente válida, otras reflejan modas cambiantes, otras en fin brotan de un modo de percepción altamente personal. En esta rica y variada imaginaria centrada sobre la palabra, se destacan claramente uno o dos temas persistentes. Así es usual pintar a las palabras como armas afiladas. Esta noción no se limita a nuestra civilización; los indios *kwakiutl*, de la isla de Vancouver, tienen un símil notable: "las palabras del habla hieren a los huéspedes, como una lanza hiere la caza o como los rayos del sol hieren la tierra"⁵. En *Much Ado About Nothing*, Benedicto dice de Beatriz: "Habla puñales y cada palabra suya es un golpe" (Acto II, escena I)⁶, y Oscar Wilde se refiere a las palabras que cortan el

¹ "Y así la Palabra tuvo aliento, y forjó con manos humanas el credo de los credos en la belleza de las obras perfectas, más fuerte que todo pensamiento poético."

² Véase anteriormente, pág. 16.

³ Véase H. WEINRICH, "Münze und Wort, Untersuchungen an einem Bildfeld", *Romanica. Festschrift für Gerhard Rohlf*, Halle a. S., 1958, págs. 508-21.

⁴ "... licuit semperque licebit Signatum praesente nota producere nomen." (*Ars Poetica*, vs. 58 y sgs.)

⁵ F. BOAS, "Metaphorical Expressions in the Language of the Kwakiutl Indians", en *Donum Natalicium Schrijnen*, Nijmegen-Utrecht, 1929, págs. 147-53.

⁶ SHAKESPEARE, *Obras completas*, trad. Astrana Marín, 10.^a ed., Aguilar, Madrid, 1951, pág. 1158.

aire como una daga (*Dorian Grey*, cap. 5). Tenemos una variación del tema de las armas cuando Swift habla de la "artillería de las palabras" (**Ode to Sancroft*), o Emerson de "palabras tan duras como balas de cañón" (**Essays II*), y una versión todavía más moderna en expresiones corrientes como una "andanada" o una "cortina de humo" de palabras.

Otro tema metafórico favorito es la descripción de la palabra como un agente o sustancia química. Encontramos esto en una forma simple en **Progress of Poesy*, de Thomas Gray:

Bright-eyed Fancy, hovering o'er,
Scatters from her pictured urn
Thoughts, that breathe, and words, that burn¹,

y en una forma muy elaborada en el famoso episodio de las palabras heladas en Rabelais:

Lors nous jecta sus le tillac pleines mains de paroles gelées, et sembloient dragée perlée de diverses couleurs. Nous y vismes des mots de gueule, des mots de sinople, des mots d'azur, des mots dorés. Lesquels estre quelque peu eschauffés entre nos mains fondoient comme neiges, et les oyons réalement².

Proust habla repetidamente de palabras que forman una costra y obstruyen los canales de nuestra vida interior, mientras que otras, "ligeras, fluidas y respirables", circulan libremente en nuestro sistema³. De esta extraña química de la palabra solo hay un paso a lo que Rimbaud llamó su "alquimia"⁴. Este escritor abrigaba la esperanza de que podría "inventar un lenguaje poético que fuese un día accesible a todos los sentidos". Maupassant ha hablado de la luz que algunas palabras emiten cuando entran en contacto con otras, y en nuestro propio tiempo el novelista Jean Giono ha descrito la palabra como algo que apela a todos nuestros sentidos, algo que tiene un peso, una luz y un gusto propios⁵.

¹ "La Fantasía ojialegre, revoloteando, esparce de su pintada urna pensamientos que alientan y palabras que arden."

² "Entonces nos arrojó sobre la tilla manojos de palabras heladas, y parecían grageas perladas de diversos colores. Vimos allí palabras de gules, palabras de sinople, palabras de azur, palabras doradas. Las cuales al calentarse un poco entre nuestras manos se fundían como nieve, y las oíamos realmente." (*Quart Livre*, cap. 56.)

³ Véase mi *Style in the French Novel*, pág. 202.

⁴ Cf. la sección "Alchimie du verbe", en *Une saison en enfer*.

⁵ "Avant d'écrire un mot, je le goûte comme un cuisinier goûte le produit qu'il va mettre dans sa sauce; je l'examine aux lumières comme un décorateur examine un vase chinois qu'il veut mettre en valeur; je le pèse comme un chi-

La fascinación que poseen las palabras para el escritor creador explica el hábito de personificarlas y visualizarlas como animales o seres humanos. Ya hemos visto que Horacio las comparaba con los pájaros, y Shelley, en una vena más siniestra, con una nube de serpientes aladas (págs. 11 y 48). A Milton se le aparecían como "ágiles y aéreos servidores girando en derredor a nuestro mandato"¹ (**Apology for Smectymnus*), y en *David Copperfield* Dickens trazó un cuadro similar de un "grande y superfluo establecimiento de palabras" que nos sirven como criados de librea en una ocasión de gran ceremonia². La suprema forma de personificación es alcanzada en el poema de Víctor Hugo, *Réponse à un acte d'accusation. Suite*, en donde un *crescendo* de imágenes casi surrealistas nos conduce a una verdadera apoteosis de la Palabra. Entre las innumerables maneras como aparece la palabra en este poema hay algunas metáforas animales perturbadoras: las palabras bullen en enjambres en nuestra mente, abren sus manos, garras y alas, se mueven como pólipos negros en el océano del pensamiento o se arrastran como serpientes monstruosas, devorándolo todo, oscureciendo la tierra como moscas sobre un campo. Otras personificaciones asimilan la palabra a los seres humanos:

Le mot veut, ne veut pas, accourt, fée ou bacchante...
 Tel mot est un sourire, et tel autre un regard...
 Les mots sont les passants mystérieux de l'âme...

Algunas de las imágenes evocan visiones aterradoras de la palabra manteniendo en cautiverio a la tierra y minando la vitalidad de los hombres:

...présent partout, nain caché sous les langues,
 Le mot tient sous ses pieds le globe et l'asservit...
 Mets un mot sur un homme, et l'homme frissonnant
 Sèche et meurt, pénétré par la force profonde...

miste qui verse dans une éprouvette un corps qui peut faire tout sauter; et je n'emploie que des mots dont je sais la saveur intime et la puissance d'évocation et de retentissement." "Antes de escribir una palabra, yo la gusto como un cocinero gusta el producto que va a poner en su salsa; la examino a la luz como un decorador examina un jarrón chino que quiere hacer resaltar; la peso como un químico que vierte en una probeta un cuerpo que puede hacer volar todo, y no empleo más que palabras de las que sé el sabor íntimo y la potencia de evocación y de resonancia." (Cf. *Style in the French Novel*, pág. 228, n. 3.)

¹ "Nimble and airy servitors tripping about us at command."

² "Large superfluous establishment of words." Cap. 52, pág. 707, de la ed. Eyreman. Cf. JESPERSEN, *Growth and Structure of the English Language*, 6.^a ed., Leipzig, 1930. pág. 126.

mientras que otras, en una paráfrasis poética del Génesis, celebran su potencia cósmica y su fuerza creadora:

A son haleine, l'âme et la lumière aidant,
L'obscur énorment lentement s'exfolie...¹.

El poema culmina en un *fortissimo* que ya ha sido citado (pág. 6): seis poderosas imágenes estallan en un solo verso y son seguidas por una proclamación triunfante que tiene ecos de las palabras del Evangelio:

Il est vie, esprit, germe, ouragan, vertu, feu;
Car le mot, c'est le Verbe, et le Verbe, c'est Dieu.

El propósito de esta digresión era esclarecer indirectamente la actitud hacia las palabras del hombre ordinario que habla, mostrando cómo aparecen a la exaltada sensibilidad del escritor imaginativo. No cabe duda de que la apreciación de las palabras, como distintas de otras unidades lingüísticas, yace en la raíz misma de la concepción entera que el hombre tiene del lenguaje. En la página escrita y en la impresa, se enfrenta con palabras netamente delimitadas como elementos discretos, y en el diccionario las encuentra en estado "puro", libres de asociaciones contextuales, cada una de ellas puesta a la vista como una entidad independiente con su propio significado o significados. El vocabulario da así la impresión de un vasto sistema ordenado en el que todos los artículos de nuestra experiencia están registrados y clasificados. Estamos tan convencidos de la validez de nuestras palabras que automáticamente suponemos la existencia de cosas detrás de los rótulos, e implícitamente creemos en la realidad de las ideas abstractas. Es esta aceptación sin crítica de los *-ismos* y otros "fantasmas debidos al poder refractor del medio lingüístico"², lo que los filósofos y otros críticos del lenguaje nunca se cansan de denunciar (cf. págs. 12 y 13).

No solo está convencido el hablante ordinario del valor y efectividad de sus palabras; incluso está receloso de su poder y su "tiranía"³. Como un medio de autoprotección se ha rodeado de varios

¹ "La palabra quiere, no quiere, acude, como un hada o una bacante... Tal palabra es una sonrisa, tal otra una mirada... Las palabras son los transeúntes misteriosos del alma..., presente en todas partes, un enano escondido bajo las lenguas, la palabra tiene bajo sus pies el globo y lo esclaviza... Pon una palabra sobre un hombre, y el hombre tembloroso se seca y muere, penetrado por la fuerza profunda... A su aliento, con la ayuda del alma y la luz, la oscura enormidad lentamente se exfolia."

² OGDEN-RICHARDS, *op. cit.*, pág. 96.

³ Véanse especialmente S. CHASE, *The Tyranny of Words*, ed. Londres, 1938; *id.*, *The Power of Words*, ed. Londres, 1955; T. T. SEGERSTEDT, *Die Macht des Wortes*, trad. alemana, Zurich, 1947.

tabús verbales que van desde las supersticiones burdas hasta las prohibiciones y rituales elaborados, tales como la evitación del nombre de Dios en algunas religiones. Tales tabús, que se encuentran en todos los niveles de civilización, han dejado su huella en nuestro vocabulario y han desempeñado un papel importante en los cambios semánticos; serán considerados en detalle en el último capítulo.

Hasta la gente que normalmente no piensa mucho acerca de las palabras puede apreciarlas fácilmente. Esto se halla confirmado por ciertas observaciones hechas por el fallecido Edward Sapir sobre el habla de los indios americanos: "El indio ingenuo", escribe, "completamente desacostumbrado al concepto de la palabra escrita, no tiene, sin embargo, ninguna dificultad seria en dictar un texto a un erudito lingüista palabra por palabra; tiende, por supuesto, a juntar sus palabras como en el habla real, pero si se le hace parar y se le da a entender lo que se desea, prontamente puede aislar las palabras en cuanto tales, repitiéndolas como unidades" (*op. cit.*, págs. 33 y sgs.). Esta apreciación potencial de las palabras se aguzará naturalmente con la instrucción; de hecho, se ha sugerido que una palabra podría definirse como "un segmento de una oración limitada por puntos sucesivos en el que es posible una pausa"¹.

La apreciación de las palabras por el hablante ordinario, en la medida en que puede indagarse por métodos objetivos, es un hecho psicológico de considerable importancia²; no proporciona, sin embargo, una guía segura para la estructura real del lenguaje. Se deben buscar, por tanto, criterios puramente lingüísticos, que confirmarán, invalidarán o limitarán esta creencia implícita en la independencia de la palabra. A este fin consideraré brevemente las palabras desde tres puntos de vista: como elementos fonológicos, como unidades gramaticales y como portadores de significado.

1. La palabra como unidad fonológica

En el fluir del habla, las palabras individuales rara vez se destacan como unidades fonéticas. Dos o más palabras pueden combinarse en un solo grupo fónico, sin interrupción, y dentro de estos grupos, las palabras pueden perder su énfasis e incluso quedar mutiladas y unidas. En francés, este proceso de encaje y de pérdida de énfasis puede conducir a veces a la ambigüedad, como en el retruécano atribuido a Luis XVIII en su lecho de muerte: "Allons, finissons-en, charlatans"³, en donde la última palabra puede también

¹ HOCKETT, *op. cit.*, pág. 167.

² Cf. A. MIRAMBEL, "Essai sur la notion de conscience linguistique", *Journal de Psychologie*, IV (1958), págs. 266-301.

³ "Vamos, acabemos, charlatanes."

interpretarse como "Charles attend"¹. En un pareado de Marc Monnier, citado con frecuencia, los dos versos son fonéticamente idénticos, aunque están constituidos por palabras enteramente diferentes:

Gal, amant de la reine, alla, tour magnanime,
Galamment de l'Arène à la Tour Magne, à Nîmes².

Semejante pérdida de independencia en el habla trabada puede tener efectos permanentes en la forma de una palabra. Puede dar por resultado o bien una "reconfiguración"³ de su sustancia, o bien el uso de dos o más formas variantes según el contexto. Hay diversos ejemplos de reconfiguración en inglés. Algunas palabras han perdido una [n] inicial a causa de que se percibía como perteneciente al artículo indefinido; así *nafu-gār* del antiguo inglés, "nave-borer", se ha convertido en *an auger* [un taladro]; *naedre*, del antiguo inglés, ha dado *an adder* [una serpiente], y, entre las palabras extranjeras, *naperon*, del antiguo francés, se ha cambiado en *an apron* [un delantal], *nonper* en *an umpire* [un árbitro], y el vocablo árabe *nāranj*, en el inglés y francés *orange*⁴. También hay testimonios del proceso opuesto, en el que una [n] se separa del artículo indefinido y se une a la palabra siguiente: *a newt* [una lagartija] procede de *an ewt*, y *a nickname* [un apodo] de *an eke-name*, literalmente un "nombre adicional". No todas las reconfiguraciones son debidas a la confusión con el artículo indeterminado: *for the nonce* [al presente] debería ser realmente *for then once*; el verbo *to atone* [acordar] proviene de la frase *at one* [a una]; los tres *Ridings* [distritos] de Yorkshire fueron originalmente *thridings*, "terceras partes, tercios", cuya [th] inicial se confundió con la [t] o la [th] final de *East*, *West* y *North* [este, oeste y norte]. Análogamente, el vocablo francés *lierre*, "yedra", se remonta a *l'ierre* (latín *hedera*), en donde el artículo determinado *l'* se unió erróneamente a la palabra; *dinde*, "pava", se deriva de *coq d'Inde*, *poule d'Inde*, "gallo de India, gallina de India", mientras que el término griego *apothēkē* ha perdido su vocal inicial absorbida por el artículo determinado en la palabra francesa *boutique*, "tienda". Una mutilación más reciente y drástica es el término francés *chandail*, "chaleco de punto", que procede de *marchand d'ail*, "vendedor

¹ "Carlos espera", una referencia al futuro Carlos X, hermano de Luis XVIII y heredero del trono.

² "Gal, amante de la reina, marchó, gesto magnánimo, galantemente de la Arena a la Torre Magna en Nîmes."

³ HOCKETT, *op. cit.* págs. 287 y sgs., considera la "reconfiguración" como un caso especial de la "reinterpretación" o "metanálisis". Cf. JESPERSEN, *Language: its Nature, Development and Origin*, Londres, reimp. 1934, pág. 173.

⁴ Cf., en cambio, el término español *naranja* y el húngaro *narancs*, en los que se ha conservado la *n*.

de ajos", ya que esta prenda era popular entre los verduleros del Mercado Central de París (Bloch-Wartburg).

La existencia de dos o más formas variantes usadas en diferentes contextos fonéticos se conoce en la lingüística con el nombre de *sandhi*, un término tomado de la antigua gramática hindú, que significa literalmente "acumulación". Un ejemplo muy conocido es la elisión y la ligazón en francés: *le garçon—l'homme* [el muchacho—el hombre], *les garçons—les hommes* [los muchachos—los hombres]. Estos rasgos pueden desempeñar un papel importante en la diferenciación de homónimos: *l'être* "el ser"—*le hêtre* "la haya", plural *les êtres—les hêtres*. La razón de que exista la llamada "h aspirada", es decir, un hiato compulsorio, en *le héros*, "el héroe", pero no en el femenino *héroïne* ni en el adjetivo *héroïque*, se debe a la necesidad de evitar la confusión en el plural entre *les héros*, "los héroes", y *les zéros*, "los ceros"¹. Algunas palabras francesas tienen tres formas diferentes según su entorno fonético: el numeral *six* [seis] se pronuncia [sis] al final de un grupo emitido sin interrupción, [siz] delante de una palabra que empieza por vocal (*six ans*), y [si] ante una palabra que comienza por consonante (*six garçons*). Las lenguas célticas tienen un sistema de reglas *shandi* todavía más intrincado: en el irlandés moderno, [ʲuv], "huevo", adquiere una *t*- en [an ʲtuv], "el huevo", una *n*- en [na ʲnuv], "del huevo", y una *h*- en [a ʲhuv], "su huevo (de ella)"².

Resulta claro de lo que precede que las palabras individuales no son tratadas normalmente como unidades fonéticas en el habla. Surge ahora la cuestión de si deberían ser consideradas como unidades fonológicas en la lengua. Hace un cuarto de siglo, K. Bühler sugirió que las palabras tienen un "sello fonemático" distintivo³, y recientes investigaciones han descubierto, en efecto, cierto número de rasgos que sirven para indicar los límites de las palabras⁴ o para mostrar de una manera más general la unidad fonológica de la palabra:

¹ Esto ya fue reconocido por el gramático del siglo XVII Vaugelas; cf. J. ORR, *Words and Sounds in English and French*, Oxford, 1953, pág. 138.

² BLOOMFIELD, *Language*, pág. 188.

³ *Op. cit.*, págs. 297 y sgs. Véanse sobre estos problemas REICHLING, ROSETTI y TRUBETZKOY, *op. cit.*; CH. BALLY, *Linguistique générale et linguistique française*, 3.ª ed., Berna, 1950, págs. 320 y sgs., y artículos por B. COLLINDER (*Språkvetenskapliga Sällskapet i Upsala Föreläsningar*, 1937-39, págs. 63-75), P. DELATTRE (*Le Français Moderne*, VIII (1940), págs. 47-56), H. GALTON (*Archivum Linguisticum*, VII (1955), págs. 123-39), A. W. DE GROOT (*Neophilologus*, XXIV (1939), págs. 221-33), D. JONES (*Le Maître Phonétique*, IX (1931), págs. 60-5), etc. Sobre las conexiones entre los límites de las palabras y la "juntura" ("transición abrupta") como en *night rate*—variación nocturna—en contraposición a *nitrate*—nitrato—, véase HOCKETT, *op. cit.*, págs. 58 y sgs.

⁴ "Signos delimitativos" (*Grenzsignale*) en la terminología de Trubetzkoy. Cf. recientemente V. M. ZHIRMUNSKIJ, *Voprosy Jazykoznanija*, 1961, núm. 3, págs. 3-21.

1) *Acento*.—En las lenguas con acento fijo, este no tendrá evidentemente ninguna función distintiva (ver más arriba, págs. 28 y sgs.), sino que actuará meramente como un “signo delimitativo” que manifiesta dónde empieza o dónde termina una palabra. En finés, en húngaro y en checo todas las palabras están acentuadas en la primera sílaba, en polaco en la penúltima, y en francés—en la medida en que existe en todo caso un acento independiente—en la última sílaba. Las reglas latinas de acentuación son más complejas, pero en tanto que hay reglas generales, el acento puede estimarse como una indicación de las fronteras de las palabras.

2) *Alargamiento compensatorio*.—En algunas lenguas, la pérdida de un sonido es compensada por el alargamiento de otro sonido de la misma palabra. Al vocablo finlandés *antura*, “quilla”, corresponde en estoniano la forma *andu*, con [n] larga, en donde la pérdida de la vocal final está contrapesada por el alargamiento de la [n]¹.

3) *Sonidos iniciales y combinaciones de sonidos*.—Cada lengua tiene unas formas propias y características de estructuración de las palabras. Ciertos sonidos, o combinaciones de sonidos, por ejemplo, nunca o pocas veces se encuentran al comienzo de las palabras en una lengua particular. Así el sonido [z], que es muy común en el interior o al final de las palabras inglesas o francesas, es extremadamente raro en la posición inicial: hay menos de doscientos ejemplos en el *Shorter Oxford English Dictionary*², y casi el mismo número en el *Nouveau Petit Larousse* (ed. 1954), y la mayoría de las escasas palabras que empiezan con una [z] son términos raros, cultos y extranjeros. Análogamente, algunas lenguas no toleran ciertas combinaciones de sonidos iniciales que son comunes en otros y que en un tiempo fueron aceptables dentro de una lengua; así la oclusiva en los grupos iniciales [kn-] y [gn-] viene siendo muda en inglés desde el siglo XVII, aunque todavía se escribe *knave* [bribón], *gnaw* [roer], etc., y el grupo inicial [ps-] ha ido desenvolviéndose en el mismo sentido, dando así P. G. Wodehouse su celebrado equívoco: “Psmith — la p es muda”. Es de todos sabido que las palabras tomadas de una lengua extranjera a menudo se adaptan a la estructura fonética del idioma receptor: tanto la palabra finesa como la húngara para significar “libre” se basan en formas eslavas del tipo de *svobod*, pero el grupo inicial [sv-] se ha reducido por desaparición del primer elemento o del segundo: en finés *vapaa*, en húngaro *szabad*.

4) *Armonía vocálica*.—En algunas lenguas la unidad fonológica de la palabra está eficazmente subrayada por la armonía vocálica, lo cual quiere decir que la estructura vocálica del tema determina la de los sufijos e inflexiones que le siguen. Muchos de tales sufijos

¹ COLLINDER, *loc. cit.*, pág. 67.

² 3.^a ed. revisada, reimp. 1952.

e inflexiones tienen dos formas, una con una vocal o vocales palatales y la otra con vocales velares, y dependerá de la estructura del tema cuál de las dos variantes le será añadida¹. Como las lenguas de este tipo (finés, húngaro y turco) son altamente aglutinantes e inclinadas al empleo de numerosas inflexiones y sufijos alineados en un orden fijo, con frecuencia cabe encontrar una serie entera de semejantes elementos ajustándose todos a la misma norma vocálica, como en las siguientes palabras húngaras:

kegy-etlen-ség-ük-ben "en su crueldad (de ellos)", literalmente: "humanidad-in-su-en"

gond-atlan-ság-uk-ban "en su negligencia (de ellos)", literalmente: "consideración-in-su-en"

en donde las inflexiones y sufijos están soldados en una palabra unificada de acuerdo con la norma predeterminada de la armonía vocálica, reforzada por una vigorosa acentuación en la sílaba inicial.

Resultará claro así que las lenguas tienen sus medios propios, algunos muy enérgicos, otros más discretos, para mostrar la unidad de la palabra en el plano fonológico, independientemente de lo que pueda acontecerle en el plano fonético, en la fluencia efectiva del habla.

2. La palabra como unidad gramatical. Palabras plenas y palabras-formas

La consideración de la palabra como elemento gramatical suscita, ante todo, una cuestión bastante trivial: las formas del mismo tema modificadas por inflexión ¿han de ser consideradas como una palabra sola o como varias? En los diccionarios y vocabularios son tratadas usualmente como una sola palabra, aun en el caso extremo conocido como "suplección", en donde un paradigma es proporcionado por dos o más temas separados: *good — better* [bueno — mejor], *go — went* [ir — fui], en francés *je vais* "yo voy" — *nous allons* "nosotros vamos" — *j'irai* "yo iré", etc. Esta cuestión nos lleva a otra más interesante: el contraste entre la estructura "concreta" y la "abstracta" de las palabras². En el latín y en otras lenguas de

¹ Puede haber incluso tres variantes, una con una vocal velar, otra con una vocal palatal cerrada y la tercera con una vocal palatal abierta: en húngaro, *ajtó*, "puerta" — *ajtóhoz*, "hacia la puerta"; *tűz*, "fuego" — *tűzhöz*, "hacia el fuego"; *víz*, "agua" — *vízhez*, "hacia el agua".

² Véanse A. MEILLET, "Le caractère concret du mot", *op. cit.*, II, págs. 9-13, y P. NAERT, "Réflexions sur le caractère concret du mot dans les langues anciennes et dans les langues modernes", *Acta Linguistica*, II (1940-41), págs. 185-91.

abundante inflexión sucede a menudo que una palabra no existe en estado abstracto, como una pura designación de la cosa que representa: hay *annus*, nominativo singular; *annum*, acusativo singular; *annorum*, genitivo plural, etc., pero no hay ninguna forma particular que denote la idea de "año" en cuanto tal, sin especificar su función en la oración. En este sentido, la palabra latina es concreta, es decir, gramaticalmente determinada, mientras que el francés *an* o el inglés *year* son abstractas, gramaticalmente neutrales hasta que son colocadas en una expresión específica.

Una distinción más importante relacionada con la situación gramatical de la palabra es la que se da entre las "*palabras plenas*" y las "*palabras-formas*". Esta dicotomía se remonta a Aristóteles¹ y ha reaparecido, en diversos aspectos y bajo diferentes nombres, en muchas obras filosóficas y lingüísticas; los términos aquí utilizados fueron introducidos por Henry Sweet en su *New English Grammar*². La distinción se basa en un criterio puramente semántico. Consideremos los dos grupos siguientes de palabras:

<i>tree</i> [árbol]	<i>the</i> [el, la, los, las]
<i>sing</i> [cantar]	<i>it</i> [ello]
<i>blue</i> [azul]	<i>of</i> [de]
<i>gently</i> [suavemente]	<i>and</i> [y]

Es obvio que las palabras de la primera columna tienen algún significado aun cuando aparezcan aisladas, tal como ocurre en esta página, mientras que las de la segunda columna no tienen significado propio independiente: son elementos gramaticales que contribuirán al significado de la frase o de la oración cuando se usen en conjunción con otras palabras³. Como diría una moderna escuela de pensamiento, las palabras plenas son "autosemánticas", significativas en sí mismas, en tanto que los artículos, preposiciones, conjunciones, pronombres, adverbios pronominales y similares son "sinsemánticas", es decir, significativas solo cuando se encuentran en compañía de otras palabras⁴.

Dejando de lado por el momento la cuestión de si cualquier palabra puede ser estimada como significativa en sí misma, el contraste entre los dos tipos de palabras parece ser evidente de suyo y funda-

¹ Véase ROBINS, *Ancient and Mediaeval Grammatical Theory*, págs. 19 y sgs.; cf. anteriormente, pág. 5.

² Oxford, 1892, vol. I, págs. 22 y sgs.

³ Por esto Aristóteles las denominó σύνδεσμοι, "conjunciones", dando a este término una significación mucho más amplia que aquella en la que lo usamos hoy.

⁴ Esta distinción fue propuesta primero por A. Marty y desarrollada posteriormente por O. Funke; véanse más recientemente las *Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists*, págs. 252 y sgs. Cf. B. TRNKA, *Omăgiu lui Al. Graur*, Bucarest, 1960, págs. 761-3.

mental. Hay, no obstante, una dificultad. Los lingüistas modernos se muestran hostiles a reconocer ninguna categoría gramatical sobre bases semánticas únicamente; solo reconocen tales categorías cuando reciben expresión formal en una lengua determinada. Las palabras-formas no pueden, por tanto, establecerse como una categoría especial, a menos que pueda probarse que existen algunos rasgos fonológicos o gramaticales que las distingan de las palabras plenas.

En el nivel fonológico, semejantes rasgos no son numerosos, pero hay algunos ejemplos bien definidos. El caso más sorprendente en inglés es el tratamiento del grupo *th-* inicial. En las palabras plenas, este sonido es siempre sordo: *thank* [agradecer], *theft* [hurto], *thin* [delgado], *thorn* [espinas], *thread* [hilo], *thump* [porrazo], etc., mientras que en las palabras-formas es regularmente sonoro: *than* [que], *the* [el], *then* [entonces], *there* [allí], *they* [ellos], *this* [este], *those* [aquellos], *though* [aunque], *thus* [así], etc. Solo hay una excepción: *through* [a través de], que es la única palabra-forma que principia por *th-* más consonante; la presencia aquí de la *r* haría difícil pronunciar una *th-* sonora. Una formulación más precisa de la regla sería la de que el grupo *th-* inicial seguido de una vocal es sonoro en las palabras-formas y sordo en las palabras plenas.

En francés, cierto número de palabras-formas están constituidas por una consonante más la llamada "e muda", y la *e* se elide usualmente cuando la palabra siguiente empieza por vocal, de suerte que la palabra-forma se reduce a una consonante sola. Esta estructura mínima de las palabras se encuentra en el artículo y el pronombre *le*, la preposición *de*, la conjunción *que*, la partícula negativa *ne* y cierto número de formas pronominales: *ce*, *je*, *me*, *se*, *te*. No se encuentra en ninguna palabra plena en francés.

En el sistema gramatical, ciertas palabras-formas no solo desempeñan el mismo papel que las inflexiones, sino que en algunos casos son intercambiables con ellas. "My friend's mother" significa exactamente lo mismo que "the mother of my friend" [la madre de mi amigo]. En latín *aptus*, "apto", puede construirse o bien con el dativo o bien con la preposición *ad* más el acusativo. En inglés, algunos comparativos y superlativos se forman con las terminaciones *-er*, *-est*; otros con los adverbios *more*, *most*, y hay casos en que ambos son permisibles: *stupidest* — *most stupid* [estupidísimo — muy estúpido]. El efecto estilístico del "curiouser and curiouser" de Alicia en el País de las Maravillas, es debido a esta posibilidad de elección. Esta afinidad entre las inflexiones y las palabras-formas distingue a las últimas de una manera muy definida de las palabras ordinarias.

La diferencia entre los dos tipos de palabras puede también ponerse de relieve en el orden de las palabras. En francés, el pronombre personal átono puede estar separado de su verbo por una o más palabras-formas, pero nunca por una palabra plena: *je crois*, "yo

creo"; *je ne le crois pas*, "yo no lo creo"; *je n'y crois pas*, "yo no creo en ello". La estructura inglesa es muy diferente de la francesa a este respecto: "I rarely see HIM" — *je LE vois rarement* [yo lo veo raramente].

A la luz de semejantes criterios formales, se puede aceptar con seguridad la distinción tradicional entre palabras-formas y palabras plenas. Pero inmediatamente surgirá otra cuestión: si las palabras-formas se diferencian así de las palabras plenas y si tienen una función puramente gramatical, ¿pueden, en modo alguno, ser consideradas como palabras? Esta pregunta, como la precedente, habrá de responderse en primer lugar con argumentos formales en vez de semánticos.

El primer punto a dilucidar es el de si las palabras-formas satisfacen la definición de la palabra dada en la pág. 32: si son "formas mínimas libres" capaces de actuar como una expresión completa. Algunas palabras-formas, tales como los pronombres o los adverbios pronominales, con frecuencia aparecen aisladas, pero las preposiciones, conjunciones y artículos rara vez subsistirán por sí mismos, aunque cabe imaginar oraciones sumamente elípticas en las que sí subsistan: una persona impaciente puede interrumpir las palabras de alguna otra con un "¿Y?" aislado para apresurar el relato. En el caso del artículo, Bloomfield ha sugerido una salida ingeniosa de esta dificultad: puesto que el uso del artículo es estrechamente paralelo al de los pronombres *this* y *that*, que son, indudablemente, formas libres, el artículo también debería clasificarse como tal:

this thing: that thing: the thing [esta cosa: esa cosa: la cosa]

*this : that : (the)*¹ [esta: esa: la]

Desde el punto de vista fonológico, las palabras-formas están sometidas a las mismas reglas de estructura que las palabras plenas, teniendo, además, como hemos visto, algunas peculiaridades propias. Si todas las palabras de una lengua están acentuadas en la primera sílaba, todas las palabras-formas lo estarán de esa manera. Si los grupos [kn] y [gn] iniciales no son permisibles en las palabras inglesas, ninguna palabra-forma comenzará con estos grupos. En las lenguas con armonía vocálica, las palabras-formas se regirán por las mismas reglas que el resto del vocabulario: en húngaro, la postposición *alatt*, "debajo", da la forma posesiva *alatt-am*, "debajo de mí", mientras que *fölött*, "encima", da *fölött-em*, "encima de mí". El criterio de la "pausa potencial" después de cada palabra, que se mencionó más arriba (pág. 46), es aplicable igualmente a las palabras-formas: el hablante ordinario, acostumbrado como está a escribirlas y verlas

¹ *Language*, pág. 179.

escritas como palabras separadas, no tiene ninguna duda sobre su condición independiente.

¿Pueden reputarse las palabras-formas como unidades independientes desde el punto de vista gramatical? Muchos eruditos responderían negativamente. Argüirían que los artículos, las preposiciones y los pronombres personales con oficio de sujeto son, en inglés y en francés, exactamente paralelos a las declinaciones y terminaciones verbales en latín—siendo la única diferencia real la de que estas son sufijos, mientras que aquellos están prefijados a las palabras que modifican—. Veamos el contraste entre el latín y el francés:

soror-i, "a la hermana"	à la soeur
soror-is, "de la hermana"	de la soeur
dic-o, "digo"	je dis
dic-is, "dices"	tu dis

Un lingüista ha descrito la construcción francesa moderna como una especie de "inflexión por prefijos" (flexión par l'avant)¹. Hay, indudablemente, alguna verdad en este argumento; pero sería erróneo equiparar las palabras-formas del inglés o del francés con las terminaciones inflexionales del latín. Existen dos diferencias importantes. En primer lugar, las palabras-formas inglesas y francesas son separables de los términos que modifican, mientras que las inflexiones latinas no lo son². Así, puede colocarse un adjetivo entre el artículo y el nombre: "à la soeur — à la *jolie* soeur", "to the sister — to the *pretty* sister" [a la hermana — a la linda hermana], mientras que el dativo singular latino *sorori* es una unidad indivisible. Análogamente, los pronombres personales sujetos pueden separarse de su verbo en inglés y en francés (ver más arriba, págs. 52-53), pero en latín nada puede intercalarse entre el tema verbal y la desinencia. En segundo lugar, algunos pronombres personales sujetos son inversibles en inglés y en francés: "il dit — dit-il", "he says — says he" [él dice — dice él], en tanto que en latín las terminaciones inflexionales nunca pueden invertirse. Resulta así sobradamente claro que las palabras-formas inglesas y francesas no son equivalentes a las inflexiones latinas y que tienen mucha más independencia que estas.

Resumiendo: cabe probar por criterios puramente formales, sin recurrir al significado, que las palabras-formas tienen algunos rasgos en común con las palabras plenas, pero que difieren de ellas en otros aspectos. Dado su carácter híbrido, he sugerido en otra parte que po-

¹ J. VENDRYES en "Meillet", *op. cit.*, vol. I, pág. 17; cf. BALLY, *op. cit.*, pág. 301.

² Este no es, sin embargo, un criterio universalmente válido. En portugués, por ejemplo, el futuro se forma añadiendo ciertas terminaciones al infinitivo, pero los dos pueden estar separados por un pronombre personal o reflexivo con oficio de objeto: *servir-ei*, "yo serviré" — *servir-me-ei*, "yo me serviré".

drían denominarse "seudo-palabras"¹. No debe pensarse, sin embargo, que la frontera entre las dos categorías es absoluta e inmutable; como la mayoría de las fronteras de la lengua, puede ser cruzada, y algunos elementos incluso pueden encontrarse a horcajadas sobre ella. Se ha cruzado, por ejemplo, cuando el nombre latino *casa* se convirtió en la preposición francesa *chez*, "en", y el nombre latino *homo* en el pronombre personal indefinido francés *on*, "uno, se", o cuando la frase española *vuestra merced* se contrajo hasta dar el pronombre de tratamiento *usted*. Otros elementos, tales como *considering* y *notwithstanding*, usados como preposiciones ("considering his age" = "in view of..." [en vista de su edad], "notwithstanding his resistance" = "despite..." [a pesar de su resistencia]), parecen hallarse a horcajadas sobre la línea de demarcación: en lo que atañe a su función, son palabras-formas, pero, gracias a su conexión con los verbos *consider* [considerar] y *withstand* [oponer], conservan algo de la autonomía semántica de las palabras plenas. Un caso interesante es el de algunos participios pasados franceses, tales como *compris*, "incluido"; *vu*, "visto", etc., que, cuando se usan preposicionalmente, no concuerdan en número y género con el nombre que los sigue: "*compris* quelques réponses", "incluido algunas respuestas" (en lugar de *comprises*), "*vu* sa charge énorme", "visto su carga enorme" (en vez de *vue*)². Esta falta de concordancia muestra claramente que han de estimarse como palabras-formas, pero una vez más conservan algo de su condición semántica independiente a causa de su asociación con sus verbos.

Puede ocurrir inclusive que el mismo término pertenezca a varias clases de palabras, de las cuales unas son palabras plenas y otras palabras-formas. *Down*, como adverbio y como preposición [abajo, debajo de], es una palabra-forma, pero también puede ser usada como una palabra plena: como adjetivo en "*down* train" [tren descendente], como verbo en "*to down* tools" [tirar las herramientas], como nombre en "*ups and downs* [altos y bajos] y en la locución familiar "*have a down* on somebody" [tener dominio sobre alguien]. Pero si bien la línea divisoria no es definitiva, y puede ser fluida en ciertos puntos, no cabe duda sobre su importancia fundamental en la estructura de la lengua.

Se ha dicho bastante ya acerca de las palabras-formas para mostrar que su función es más sintáctica que léxica. Aunque poseen cierto grado de autonomía, son funcionalmente más afines a las inflexiones que a las palabras plenas: su cometido en la economía de la lengua es el de instrumentos gramaticales, más bien que el de términos independientes. En consecuencia, su estudio caerá dentro

¹ *The Principles of Semantics*, pág. 59.

² Cf. M. GREVISSE, *Le bon usage*, 7.^a ed., Gembloux-París, 1959, págs. 692 y sgs.

de la sintaxis, no de la lexicología, y los importantes y complicados problemas semánticos relacionados con ellas serán tratados en la parte semántica de la sintaxis. Como el presente libro se ocupa solamente del significado léxico, no se prestará más atención a la semántica de las palabras-formas.

3. *La palabra como unidad de significado.* *El papel del contexto*

"Cuando yo uso una palabra", dijo Humpty Dumpty en *Alicia en el País de las Maravillas*, "esta significa justamente lo que yo quiero que signifique—ni más ni menos". Algunos lingüistas, en su anhelo por subrayar la importancia del contexto y por demoler la creencia de que hay un significado "propio" inherente a cada palabra, van casi tan lejos como Humpty Dumpty en sus afirmaciones dogmáticas. Declaraciones como la de que "le mot n'est que par le contexte et n'est rien par lui-même"¹, que se oyen con frecuencia en nuestros días, no son ni exactas ni realistas. Aunque es perfectamente cierto, e incluso una perogrullada, que las palabras se encuentran casi siempre encastradas en contextos específicos, hay casos en que un término subsiste enteramente por sí mismo, sin ningún apoyo contextual, y todavía tendrá sentido. Un título de una sola palabra, tal como *Resurrección*, de Tolstoy; *Espectros*, de Ibsen, o *Persuasión*, de Jane Austen, puede estar poderosamente cargado de significado y hasta títulos tan elípticos como *If* [Sí], de Kipling, y *Nothing* [Nada], de Henry Green, evocarán alguna suerte de idea. En la vida diaria uno se pregunta a menudo: "¿Qué significa tal o cual palabra", o "¿Cómo dirías tal o cual palabra en francés?", y si bien en algunos casos es difícil o incluso imposible contestar, en otros puede hacerse así sin un momento de vacilación; nadie que sepa francés tendrá ninguna dificultad en dar el equivalente de un adjetivo como *amarillo*; de un verbo como *escribir*; de un nombre concreto como *lápiz*, o de un nombre abstracto como *igualdad*. Si las palabras no tuvieran significado fuera de los contextos sería imposible compilar un diccionario. "No hay escape ante el hecho", escribe un eminente semántico, "de que las palabras particulares *tienen* significados más o menos permanentes, de que se refieren realmente a ciertos referentes y no a otros, y de que esta característica es la base indispensable de toda comunicación"². Esto es solo sentido común, y ha sido confirmado

¹ "La palabra no existe más que por el contexto y no es nada por sí misma." (ROSETTI, *op. cit.*, pág. 38.) Sobre este problema, véase ahora T. SLAMA-CAZACU, *Langage et contexte*, La Haya, 1961, esp. parte II, cap. 3. Cf. también L. ANTAL, "Sign, Meaning and Context", *Lingua*, XI (1961), págs. 211-19.

² STERN, *op. cit.*, pág. 85.

recientemente por datos experimentales. Una serie de pruebas destinadas a estudiar la influencia del contexto ha mostrado que hay usualmente en cada palabra un sólido núcleo de significación que es relativamente estable y que solo puede ser modificado por el contexto dentro de ciertos límites¹.

Al mismo tiempo, nadie negaría la importancia decisiva del contexto en la determinación del significado de las palabras. En lo que concierne al papel del *contexto verbal*, esto ya fue reconocido como fundamental por algunos de los pioneros de la semántica moderna; Darmesteter, por ejemplo, habló de los diversos elementos de una oración que "concurren", por su distribución y su colocación, a modificar el significado de las palabras individuales². Análogamente, la cita de contextos fue reconocida como un principio guía en la lexicografía por el doctor Johnson, y más tarde por los editores del *Oxford English Dictionary*³. Los lingüistas modernos, sin embargo, no solo han dado mayor énfasis al contexto, sino que han ensanchado considerablemente su radio de acción y han indagado más profundamente también su influencia sobre los significados de las palabras.

El alcance del término "contexto" ha sido ampliado en varias direcciones⁴. Incluso el contexto estrictamente verbal ya no está restringido a lo que precede y sigue inmediatamente, sino que puede abarcar todo el pasaje, y a veces el libro entero, en que se encuentra la palabra. Esta tendencia es particularmente notable en la crítica estilística, en donde con frecuencia se reconoce que la significación completa de un término importante sólo puede captarse a la luz de la obra en su conjunto. Cuando se comienza a leer la novela *La peste*, de Camus, la palabra "*peste*" parece referirse al principio a la enfermedad específica que devastó la ciudad de Orán por los años de 1940. Al avanzar la lectura percibimos gradualmente que el término tiene asimismo diversas capas superpuestas de significación simbólica: es una alegoría de la ocupación alemana de Francia y, en un sentido más amplio, del mal en todos sus aspectos metafísicos y morales, y todas estas implicaciones continúan ensanchándose y ahondándose hasta la oración final del libro⁵.

Además del contexto verbal, el lingüista debe también prestar atención al llamado "*contexto de situación*", que ya ha sido mencio-

¹ T. CAZACU, "Le principe de l'adaptation au contexte", *Revue de Linguistique*, 1 (1956), págs. 79-118, esp. págs. 93 y sgs. (Editions de l'Académie de la République Populaire Roumaine.)

² *Op. cit.*, París, ed. 1946, pág. 126; cf. BRÉAL, *op. cit.*, 6.^a ed., París, 1924, págs. 145 y sgs., y J. STÖCKLEIN, *Bedeutungswandel der Wörter*, Munich, 1898.

³ Cf. J. R. FIRTH, *Papers in Linguistics*, Londres, 1957, pág. 7.

⁴ Cf. I. A. RICHARDS, *The Philosophy of Rhetoric*, Nueva York, 1936, páginas 32 y sgs.

⁵ Véase J. CRUICKSHANK, *Albert Camus and the Literature of Revolt*, Londres, 1959, cap. 8.

nado brevemente (pág. 37). Este útil concepto fue introducido en la lingüística por el antropólogo Bronislaw Malinowski, quien lo derivó de sus trabajos experimentales sobre la lengua y la cultura de los habitantes de la isla Trobriand, en el Pacífico Sur¹. Significa, en primer lugar, la situación efectiva en que se encuentra una expresión, pero conduce a una visión todavía más amplia del contexto que abraza el fondo cultural entero frente al cual ha de colocarse un acto de hablar.

"La concepción del contexto", escribe Malinowski, "debe rebasar los límites de la mera lingüística y trasladarse al análisis de las condiciones generales bajo las cuales se habla una lengua... El estudio de cualquier lengua, hablada por un pueblo que vive en condiciones diferentes de las nuestras y que posee diferente cultura, debe llevarse a cabo en conjunción con el estudio de su cultura y de su medio ambiente" (*op. cit.*, pág. 306).

Este principio es de vital importancia para la semántica histórica. El significado pleno y el tono de ciertas palabras solo puede apraxarse cuando las restituimos al contexto cultural del período. El vocablo latino *rex* no es un equivalente exacto del inglés *king* o del francés *roi*; desde el derrocamiento de la monarquía en los primeros tiempos de la historia romana, adquirió una connotación nefanda y se convirtió en el símbolo de la tiranía: "después de la expulsión de Tarquino el pueblo romano no podía tolerar el oír la palabra *rey*", escribe Cicerón en *De re publica* (Lewis and Short). El contexto cultural es más apropiado aún para una comprensión cabal de las llamadas "palabras-claves"², que compendian los ideales de una civilización particular: el *καλοκάγαθός*³ de la antigua Grecia, el *cortegiano* del Renacimiento italiano, el *honnête homme* de la Francia del siglo XVII⁴, y sobre todo el *gentleman* inglés⁵. Este último ha sobrevivido a sus réplicas continentales, pero ha habido sutiles alteraciones de énfasis y cambios de implicación y de matiz, como puede medirse comparando los pasajes siguientes:

I do not think a braver gentleman,
More active-valiant or more valiant-young,

¹ "The Problem of Meaning in Primitive Languages", Suplemento I a *Meaning of Meaning*, de OGDEN-RICHARDS. Cf. J. R. FIRTH, *op. cit.*, págs. 181 y sgs.

² Sobre las palabras-claves, véase G. MATORÉ, *La méthode en lexicologie. Domaine français*, París, 1953, págs. 67 y sgs.

³ "Un hombre perfecto, un hombre como debe ser" (literalmente: "bello y bueno") (Liddell and Scott).

⁴ Sobre el desarrollo de este concepto, véase recientemente M. WANDRUSZKA, *Der Geist der französischen Sprache*, Hamburgo, 1959, págs. 92 y sgs.

⁵ K. NYROP, "Qu'est-ce qu'un gentleman?", en *Linguistique et histoire des mœurs*, París, 1934, cap. 2.

More daring or more bold, is now alive
To grace this latter age with noble deeds.

* *King Henry the Fourth*, parte I, acto V, escena 1¹.

He was the mildest manner'd man
That ever scuttled ship or cut a throat,
With such true breeding of a *gentleman*,
You never could divine his real thought.

* Byron, *Don Juan*, canto III, est. 41².

And thus he bore without abuse
The grand old name of *gentleman*,
Defamed by every charlatan,
And soil'd with all ignoble use.

* Tennyson, *In Memoriam*, CXI³.

Tea, although an Oriental,
Is a *gentleman* at least;
Cocoa is a cad and coward,
Cocoa is a vulgar beast.

* G. K. Chesterton, *The Song of Right and Wrong*⁴.

Esta ampliación de los contextos, lingüísticos y no lingüísticos, ha abierto nuevos horizontes al estudio del significado. A lo que ahora hemos de apuntar es a una "contextualización en serie de nuestros hechos, con un contexto dentro de otro contexto, siendo cada uno una función, un órgano del contexto mayor y hallando todos los contextos un lugar en lo que puede denominarse el contexto de la cultura"⁵.

La moderna semántica ha empezado también a comprender más precisamente el impacto del contexto sobre el significado de las palabras. Este impacto, que tiene numerosos aspectos, quedará más claro en los ulteriores capítulos de este libro, y será suficiente en esta etapa mencionar brevemente algunas de sus formas principales. Hablando en términos generales, hay dos clases de influencias con-

¹ "No me parece que exista hoy más bravo caballero, de una actividad más valiente o de una más corajuda juventud, más atrevido o más intrépido y que sea más a propósito para adornar esta edad nuestra con nobles acciones." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.ª ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 449.

² "Era el hombre de modales más dulces que jamás barrenó un barco o cercenó una garganta, con tan verdadera educación de caballero que nunca podías adivinar su pensamiento real."

³ "Y así llevaba sin abuso el grande y viejo nombre de caballero, difamado por todos los charlatanes, y ensuciado con los usos más innobles."

⁴ "El té, aunque oriental, es al menos un caballero; el cacao es un grosero y un cobarde, el cacao es una bestia vulgar."

⁵ FIRTH, *op. cit.*, pág. 32.

textuales: las que afectan a cualquier palabra y las que afectan a unas palabras más que a otras. Toda palabra, por precisa e inequívoca que sea, derivará del contexto una cierta determinación que, por la naturaleza misma de las cosas, solo puede surgir en expresiones específicas. Hasta los nombres propios, las más concretas de todas las palabras, tienen una variedad de aspectos, uno solo de los cuales será adecuado para una situación particular; únicamente el contexto mostrará si, cuando hablamos de la reina Victoria, nos estamos refiriendo a la joven reina aconsejada por lord Melbourne, a la anciana señora que reinaba en la época de la guerra bóer, o a otra etapa cualquiera de los ochenta y dos años de su vida. Otro factor que depende en gran medida del contexto es el lado emotivo del significado de las palabras. En principio, prácticamente cualquier término puede adquirir tonos emotivos en un contexto conveniente; a la inversa, incluso palabras con una fuerte carga emotiva pueden ser empleadas en ocasiones de una manera puramente objetiva. *Home*, por ejemplo, es una de las grandes palabras emocionales de la lengua, y se usa en tal sentido en muchos contextos ("*Home, sweet home*" [Hogar, dulce hogar]; *"*England, home and beauty*" [Inglaterra, patria y belleza]; *"*Home is the sailor, home from the sea*" [En su casa está el marinero, en su casa desde el mar], etc.), pero está desprovista de toda emoción en *Home Office* [Oficina de asuntos interiores] o en *B. B. C. Home Service* [Servicio nacional de la radiodifusión británica].

Aparte de esta influencia general, el contexto puede desempeñar un papel vital en la fijación del significado de palabras que son demasiado vagas o demasiado ambiguas para tener sentido por sí mismas. Tomando un caso extremo, el verbo *do* [hacer] tiene tan extensa variedad de usos que virtualmente carece de significado en sí mismo. Es interesante señalar, sin embargo, que, en casos menos avanzados de ambigüedad, hay a veces una especie de jerarquía entre los diversos significados, que en gran parte es independiente del contexto. Recientes experimentos han mostrado, por ejemplo, que cuando se les pide a individuos alemanes que construyan una oración que contenga la palabra *Nagel*, todos los sujetos la toman automáticamente en la acepción de "clavo"; al parecer, nunca se les ocurre pensar que también significa "uña"¹.

Otro tipo de ambigüedad que solo el contexto disipará se encuentra en vocablos que pertenecen a más de una clase de palabras. Esto es particularmente común en inglés, en donde las palabras pueden pasar libremente — por un proceso conocido como "con-

¹ H. WISSEMAN, "Erlebte und abstrahierte Wortbedeutung", *Sybaris-Festschrift H. Krahe*, 1958, págs. 195-202: pág. 201.

versión"—de una clase a otra. Ya hemos visto (pág. 55) que la palabra *down* puede pertenecer a no menos de cinco partes de la oración. Aquí también hay, sin duda, una jerarquía de funciones: *fire* [fuego] es primariamente un nombre, aunque cabe usarlo como un verbo; *have* [haber] es primordialmente un verbo, si bien se convierte en nombre en "the *haves* and the *have-nots*"; *savage* [salvaje], que normalmente es adjetivo o nombre; se emplea a veces como verbo: "he was *savaged* by his horse" [fue maltratado por su caballo]. La conversión puede transformarse también en un artificio estilístico, como en "it *out-herods* Herod" [supera a Herodes], de Shakespeare; "*but* me no *buts*" [excepto yo, ningún, pero], de Sir Walter Scott (*NED*), o "*feel-of-primrose* hands" [manos hechas a tocar primaveras], de Gerard Manley Hopkins (*The Habit of Perfection*).

El papel del contexto es más esencial aún en el caso de los homónimos. Carecería evidentemente de sentido pedir a alguien que encuentre el equivalente de la palabra inglesa *sole* en un idioma extranjero; primero habría que especificar a cuál de los tres *soles* se refiere: al adjetivo ["solo"], al pez ["lenguado"] o a la suela del zapato—por no mencionar *soul* ["alma"] que, aunque se escribe de distinta manera, se pronuncia igual. El equívoco shakespeariano:

Not on thy *sole*, but on thy *soul*, harsh Jew,
Thou mak'st thy knife keen.

The Merchant of Venice, acto IV, escena 1^a.

se basa en esta ambigüedad.

Resulta claro así que la influencia del contexto es sumamente variable: difiere de una palabra a otra y de una lengua a otra. Los idiomas infectados de homónimos, por ejemplo, contarán ampliamente con el contexto para desvanecer esta forma particular de ambigüedad. La frecuencia de la conversión en el inglés aumenta la importancia del contexto en esta lengua. Cierta número de factores que gobiernan el papel del contexto aparecerán gradualmente al ir considerando las peculiaridades de nuestras palabras. No obstante, será necesario, en primer lugar, que examinemos más atentamente el núcleo de toda la teoría semántica: la naturaleza del significado mismo.

¹ "No es en tu suela, sino en tu alma, áspero judío, donde sacas filo a tu cuchillo." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1082.

CAPÍTULO 3

EL SIGNIFICADO

I. EL CONCEPTO DE SIGNIFICADO

El "significado" es uno de los términos más ambiguos y más controvertidos de la teoría del lenguaje. En *The Meaning of Meaning*, Ogden y Richards recogieron no menos de dieciséis definiciones de él—veintitrés si se cuenta separadamente cada subdivisión¹—. Desde entonces, muchos nuevos usos, implícitos o explícitos, se han añadido a esta formidable fuente de ambigüedad², y en opinión de algunos tratadistas el término se ha vuelto inutilizable para los propósitos científicos. Como se declara ingeniosamente en un reciente libro sobre la teoría de los signos: "Las informaciones del significado lanzan usualmente un puñado de masilla al blanco de los fenómenos de los signos, mientras que una semiótica (= teoría de los signos) técnica debe proporcionarnos palabras que sean flechas aguzadas...; por eso es deseable que la semiótica renuncie a ese término y que introduzca términos especiales para los varios factores que el "significado" no logra discriminar"³. La mayoría de los tratadistas, sin embargo, son reacios a abandonar un término tan fundamental; prefieren definirlo de nuevo y añadirle varias calificaciones.

La ambigüedad puede reducirse, aunque en modo alguno desaparecer, si limitamos nuestra atención a los significados de las palabras. Cabe decir que muchos elementos lingüísticos distintos de las palabras tienen un "significado" de alguna especie: todos los morfemas son por definición significativos (pág. 30), e igualmente lo son las combinaciones en que entran, y todos éstos varios significados desempeñan su papel en el significado total de la expresión. Como el profesor J. R. Firth escribió, en un artículo precursor, hace un cuarto de siglo:

Propongo dividir el significado o función en una serie de funciones componentes. Cada función será definida como el uso de alguna forma o elemento del lenguaje en relación a algún contexto. Esto quiere decir que el significado ha de considerarse como un complejo de relaciones contextuales, y que la

¹ *Op. cit.*, págs. 186 y sgs.

² Véase C. C. FRIES, "Meaning and Linguistic Analysis", *Language*, xxx (1954), págs. 57-68: pág. 62 y sgs.

³ MORRIS, *op. cit.*, pág. 19.

fonética, la gramática, la lexicografía y la semántica manejan cada una sus propios componentes del complejo en su contexto apropiado².

Otros tratadistas han juzgado conveniente distinguir entre el "significado léxico" y el "estructural"²—una elección de términos bastante desafortunada, puesto que parece implicar que el vocabulario no tiene estructura; "significado léxico" y "gramatical" quizá sería preferible³. Sea como fuere, el presente libro se ocupa solamente del significado de las palabras.

Se ha escrito mucho en los últimos años sobre la definición del significado de las palabras, y aunque no estamos más cerca de una respuesta—realmente no puede haber una sola y definitiva respuesta a tal cuestión—estamos al menos comenzando a ver más claramente las líneas principales del pensamiento contemporáneo sobre el problema⁴. Hablando en términos generales, hay dos escuelas de pensamiento en la lingüística actual: la tendencia "analítica" o "referencial", que intenta apresar la esencia del significado resolviéndolo en sus componentes principales, y la tendencia "operacional", que estudia las palabras en acción y se interesa menos por lo que es el significado que cómo opera.

¹ *Op. cit.*, pág. 19 (el artículo original apareció en 1935 en las *Transactions of the Philological Society*, bajo el título de "The Technique of Semantics").

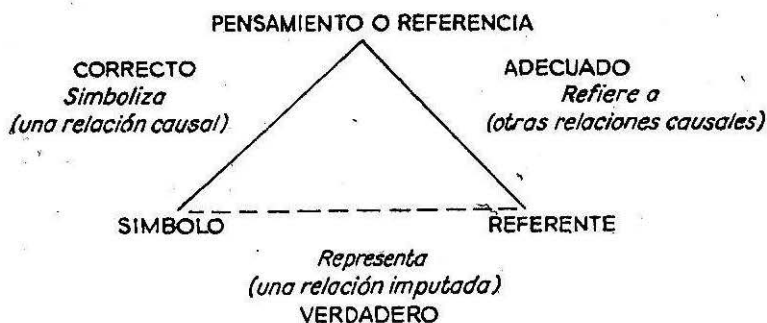
² FRIES, *op. cit.*, págs. 65 y sgs.

³ BLOOMFIELD, *Language*, pág. 264. Cf. A. RAUN, "Grammatical Meaning", *Verba Docent (Festschrift L. Hakulinen)*, Helsinki, 1959, págs. 346-8; A. V. ISAGENKO, "O grammaticheskoy znachenij", *Voprosy Jazykoznanija*, 1961, núm. 1, págs. 28-43.

⁴ Los libros y artículos siguientes ayudarán a orientar al lector en la vasta bibliografía sobre la materia: BLOOMFIELD, *Language*, cap. 9, y "Meaning", *Monatshefte für deutschen Unterricht*, xxxv (1943), págs. 101-6; FIRTH, *op. cit.*, caps. 3 y 15; FRIES, *loc. cit.*; GILL, *loc. cit.*; W. HAAS, *loc. cit.*; R. S. HATTORI, "The Analysis of Meaning", *For Roman Jakobson. Essays on the Occasion of his Sixtieth Birthday*, La Haya, 1956, págs. 207-12; W. HENZEN, "Wortbedeutung und Wortnatur", *Sprachgesichte und Wortbedeutung. Festschrift A. Debrunner*, Berna, 1954, págs. 179-94; C. E. OSGOOD, G. J. SUCI, P. H. TANNENBAUM, *The Measurement of Meaning*, Urbana, Ill., 1957, págs. 2-10; A. W. READ, "The Term Meaning in Linguistics", *Etc.*, xiii (1956), págs. 37-45; R. H. ROBINS, "A Problem in the Statement of Meanings", *Lingua*, iii (1952-53), págs. 119-37; S. ULLMANN, "The Concept of Meaning in Linguistics", *Archivum Linguisticum*, viii (1956), págs. 12-20; R. WELLS, "Meaning and Use", *Word*, x (1954), págs. 235-50. Véanse también las *Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists*, págs. 5-17 y 181-233; K. L. PIKE, *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*, parte III, ed. preliminar, Glendale, California, 1960, cap. 16; K. AMMER, *Einführung in die Sprachwissenschaft*, vol. I, Halle a. S., 1958, parte I, cap. 6; H. S. SORESENSEN, *Word-classes in Modern English, with Special Reference to Proper Names, with an Introductory Theory of Grammar, Meaning and Reference*, Copenhagen, 1958; P. ZIFF, *Semantic Analysis*, cap. 5.

1. Definiciones analíticas (referenciales) del significado

El más conocido modelo analítico del significado es el "triángulo básico" de Ogden y Richards (pág. 11):



La característica esencial de este diagrama es que distingue tres componentes del significado. Según esta interpretación, no hay relación directa entre las palabras y las cosas que aquellas "representan": la palabra "simboliza" un "pensamiento o referencia" que a su vez "refiere" al rasgo o acontecimiento sobre el que estamos hablando. No hay nada fundamentalmente nuevo en este análisis del significado; los escolásticos medievales ya sabían que "vox significat median-tibus conceptibus" (la palabra significa mediante los conceptos), y Robert Browning expresó la misma idea en un contexto algo diferente:

Art may tell a truth
Obliquely, do the thing shall breed the thought,
Nor wrong the thought, missing the mediate word.

The Ring and the Book, XII, vers. 858-60¹.

Para un estudio lingüístico del significado, el triángulo básico ofrece a la vez muy poco y demasiado. Demasiado porque el referente, el rasgo o acontecimiento no lingüístico² en cuanto tal, cla-

¹ "El arte puede decir una verdad oblicuamente, la cosa engendrará el pensamiento, y no es erróneo el pensamiento cuando falta la palabra intermediaria." Cf. S. W. HOLMES, "Browning: Semantic Stutterer", *Publications of the Modern Language Association of America*, LX (1945), págs. 231-55; pág. 236.

² El referente puede ser un fenómeno lingüístico en los raros casos en que usamos el lenguaje para hablar del lenguaje; cf. BLOOMFIELD, "Secondary and Tertiary Responses to Language", *Language*, xx (1944), págs. 45-55.

ramente queda fuera de la provincia lingüística. Un objeto puede permanecer inalterado y, sin embargo, el significado de su nombre puede cambiar para nosotros si hay alguna alteración de nuestra percepción de él, de nuestro conocimiento acerca de él o de nuestro sentimiento hacia él. El átomo es lo mismo que era hace cincuenta años, pero desde que ha sido desintegrado sabemos que no es el constitutivo más pequeño de la materia, como su etimología sugiere¹; además, se ha enriquecido con nuevas connotaciones, unas fascinantes, otras aterradoras, desde el advenimiento de la era atómica y de la bomba atómica. El lingüista será, por tanto, lo bastante avisado como para limitar su atención al lado izquierdo del triángulo, a la conexión entre el "símbolo" y el "pensamiento o referencia".

Antes de proseguir, será necesario adaptar la terminología a la tarea entre manos. No nos interesa aquí la simbolización en general, sino la definición del significado de las palabras. Se podrían elegir o acuñar algunos términos técnicos especializados, tales como "signifiant" y "signifié" de Saussure (*op. cit.*, págs. 97 y sgs.), pero personalmente me ha parecido más oportuno, en la enseñanza y en la investigación, utilizar palabras inglesas simples y cotidianas, dándoles un poco más de precisión de la que tienen en el uso ordinario. Los tres términos que yo sugeriría son: "nombre" (*name*), "sentido" (*sense*) y "cosa" (*thing*). El "*nombre*" es la configuración fonética de la palabra, los sonidos que la constituyen y también otros rasgos acústicos, tales como el acento. El "*sentido*", expresado en términos generales sin encerrarse en ninguna doctrina psicológica particular, es "la información que el nombre comunica al oyente", mientras que la "*cosa*" es el "referente" de Ogden y Richards, el rasgo o acontecimiento no lingüístico sobre el que hablamos. La última, como hemos visto, cae fuera del ámbito del lingüista, pero la relación entre el nombre y el sentido tendrá que ser considerada más atentamente.

Es en este punto donde el esquema de Ogden y Richards no va lo suficientemente lejos. Da cuenta de cómo actúa la palabra sobre el que escucha, pero parece descuidar el punto de vista del que habla. Para el oyente, la secuencia de acontecimientos será como se muestra en el triángulo básico: al oír la palabra, supongamos *puerta*, pensará en una puerta y así comprenderá lo que el que habla está diciendo. Para este último, la secuencia será justamente la inversa: pensará, por una razón u otra, en una puerta, y esto le hará pronunciar la palabra. Hay, por tanto, una *relación recíproca y reversible entre el nombre y el sentido*: si uno oye la palabra pensará en la cosa, y si piensa en la cosa dirá la palabra. Es esta relación recíproca y reversible entre el sonido y el sentido lo que yo propongo lla-

¹ Del griego *atomos*, "que no puede cortarse, indivisible".

mar el "significado" de la palabra. La elección de los términos es, por supuesto, de importancia secundaria, mientras sea aceptado el análisis mismo¹.

La anterior definición del significado, y el análisis subyacente, no son en manera alguna nuevos: fueron enunciados explícitamente por algunos semánticos hace más de treinta años², y están implícitos en la teoría del signo lingüístico de Saussure y en varios desarrollos de su doctrina³. Es sintomático de la popularidad de este modo de acceso el que, en una conferencia sobre semántica celebrada en Niza en 1951, la definición del significado en la línea que acabamos de mencionar fue uno de los pocos principios fundamentales sobre los que hubo un alto grado de conformidad⁴. Por otro lado, la teoría ha estado expuesta al ataque violento de varias direcciones en los últimos años, y las discusiones han revelado una profunda escisión de opiniones acerca de las miras y los métodos de la lingüística. Las críticas se agrupan bajo tres títulos principales:

a) Se ha expresado el temor de que, al excluir el "referente", el rasgo o acontecimiento no lingüístico referido, la semántica habrá de "caer presa de un formalismo esotérico extremo"⁵. Una breve reflexión mostrará que esto no es así. Es verdad que el referente en cuanto tal queda excluido, pero todos sus rasgos lingüísticamente apropiados están incluidos en tanto que forman parte del "sentido". Al excluir el referente separamos meramente lo que es lingüísticamente apropiado de lo que es inapropiado. En palabras de Bloomfield,

es claro que debemos discriminar entre los rasgos *no distintivos* de la situación tales como el tamaño, la figura, el color, etc., de una manzana (apple) particular, y los *distintivos*, o *significado lingüístico* (los rasgos *semánticos*) que son comunes a todas las situaciones que ocasionan la emisión de la forma

¹ "La experiencia muestra que no es provechoso empezar el estudio de una materia pretendiendo definir los términos populares o técnicos que están asociados con ella. Es mucho mejor examinar simplemente el objeto de nuestra curiosidad, y luego, cuando tropezamos con un rasgo que parece merecer un nombre, asignar a este rasgo un término familiar que parezca ajustarse aproximadamente al caso. O si no, podemos preferir inventar alguna palabra nueva para nombrar el rasgo que hemos visto." (BLOOMFIELD, *Meaning*, pág. 101.)

² Z. GOMBOCZ, *Jelentéstan* ("Semántica"), Pécs, 1926, págs. 31 y sgs., y L. WEISGERBER, "Die Bedeutungslehre — ein Irrweg der Sprachwissenschaft?", *Germanisch-Romanische Monatschrift*, IX (1927), págs. 161-83.

³ Por ejemplo, la distinción entre "expresión" y "contenido" de la escuela danesa de "glosemática"; véase L. HJELMSLEV, *Prolegomena to a Theory of Language* (trad. F. J. Whitfield), Baltimore, 1953.

⁴ G. DEVOTO, "La Conferenza di semantica di Nizza", *Archivio Glottologico Italiano*, XXXVI (1951), págs. 82-4.

⁵ H. WERNER, *Language*, XXVIII (1952), pág. 255.

lingüística, tales como los rasgos que son comunes a todos los objetos para los que la gente que habla inglés emplea la palabra *apple* (*Language*, pág. 141).

Esta distinción es inherente a la naturaleza genérica de nuestras palabras, lo cual será discutido en el Capítulo 5.

b) La segunda objeción es mucho más seria y más difícil de impugnar. Está íntimamente ligada con una de las más grandes cuestiones filosóficas de la lingüística contemporánea: la controversia entre los "mentalistas" y los "mecanicistas"¹. Los estructuralistas norteamericanos en particular² son hostiles a operar con entidades mentales vagas y elusivas, que son inaccesibles al análisis y solo pueden observarse mediante el método notoriamente indigno de confianza de la introspección. Se oponen a admitir que, "previamente a la emisión de una forma lingüística, tenga lugar dentro del que habla un proceso no físico, un *pensamiento, concepto, imagen, sentimiento, acto de voluntad*, o algo parecido, y que el oyente, igualmente, al recibir las ondas sonoras, experimente un proceso mental equivalente o correlativo" (Bloomfield, *Language*, pág. 142). Con el fin de evitar el tener que recurrir a estos factores psicológicos, los antimentalistas prefieren eliminar el vértice superior del triángulo y establecer una relación directa entre el "nombre" y la "cosa". De aquí la famosa definición de Bloomfield del significado de una forma lingüística como "la situación en que la emite el que habla y la respuesta que ocasiona en que escucha" (*ibid.*, pág. 139). Esta definición se refiere primariamente al significado de una expresión entera, pero el significado de las palabras individuales se obtiene por la misma vía; como explica en otra parte bajo la forma de una parábola divertida, un visitante de otro planeta advertiría pronto que las expresiones humanas están asociadas con ciertas situaciones y acompañadas por ciertas respuestas, y "aprendería a reconocer las partes recurrentes de las expresiones, y a ver que palabras como *cerradura, puerta, manzana*, aparecían en locuciones que estaban relacionadas con actos de cerrar algo y con objetos de cierto tipo definido" (*Meaning*, pág. 101).

Es fácil probar que la concepción de Bloomfield del significado, que virtualmente equipara a este con el "referente", es insostenible. Por no mencionar más que una o dos de sus debilidades, no tiene en cuenta los innumerables casos en que la cosa referida no está presente en el momento de hablar, ni mienta las enunciaciones sobre

¹ Sobre esta controversia, véanse especialmente BLOOMFIELD, *Language*, páginas 32 y sgs., y su artículo sobre las respuestas secundarias y terciarias en el lenguaje (véase anteriormente, pág. 64, n. 2), así como la réplica de L. SPITZER en *Language*, xx (1944), págs. 245-51.

² Para una objeción similar de los no estructuralistas, véase el artículo de A. Gill aludido anteriormente, en la pág. 23, n. 2.

fenómenos abstractos. Bloomfield estima tales situaciones como "usos desplazados del habla" que "se derivan de un modo francamente uniforme de su valor primario, y que no requieren ninguna discusión especial" (*Language*, pág. 141); pero es perfectamente claro que un enunciado acerca de un terremoto a miles de millas de distancia, o sobre los males del totalitarismo, solo puede ser comprendido si las palabras *terremoto* y *totalitarismo* corresponden a algo en la memoria del oyente. Otra dificultad es la de que el mundo exterior no solo está registrado en el lenguaje, sino dividido, analizado y clasificado en cada idioma de una manera diferente. Este hecho, que será discutido en el capítulo final, es reconocido por Bloomfield (*ibid.*, pág. 280), pero no hay modo de ajustarlo a su definición del significado.

Una consecuencia inevitable de la concepción de Bloomfield del significado es que este queda relegado fuera de la lingüística propiamente dicha. Puesto que el significado es un rasgo o acontecimiento en el mundo no lingüístico, es natural que Bloomfield sugiera que debemos definirlo, siempre que podamos, en términos de alguna otra ciencia, diciendo, por ejemplo, que "el significado ordinario de la palabra inglesa *salt* [sal] es "cloruro sódico" ("sodium chloride", NaCl)" (*ibid.*, págs. 139 y sgs.). Pero cabe preguntar si es este realmente el significado de la palabra por el hablante medio, el cual probablemente no tiene idea de la composición química de la sal. Cuando llega a definir sentimientos y otros estados de ánimo, el sesgo anti-mentalista que está en la raíz de la teoría de Bloomfield conduce a métodos que solo pueden ser calificados de "procustianos"¹:

Los términos relacionados con el comportamiento social, tales como *amor*, *amigo*, *benévolo*, *odio*, podrían definirse en términos de la etnología, el folklore y la sociología, con tal que estos estudios hubiesen alcanzado una perfección y una exactitud insospechadas en la actualidad. Los términos que se refieren a los estados del cuerpo del que habla, que son perceptibles para él solo, tales como *nauseoso*, *asqueado*, *triste*, *alegre*, *contento*, *feliz*, podrían definirse únicamente si tuviéramos un conocimiento minucioso de lo que pasa dentro del cuerpo de una persona viva (*ibid.*, pág. 280).

Completamente aparte del intento de reducir la tristeza, la felicidad y otros sentimientos a "estados del cuerpo"², cabe preguntar

¹ Cf. ROBINS, *Lingua*, III, pág. 131. Como correctamente apunta Mr. Robins, "los sentimientos y pensamientos deberían ser reconocidos como una parte irreductible de muchos contextos de situación, contextos que a su vez serían definidos como abstracciones analizadas por nosotros de la totalidad de nuestra experiencia". (*Ibid.*, pág. 134.)

² Cf. M. SCHLAUCH, "Early Behaviorist Psychology and Contemporary Linguistics", *Word*, II (1946), págs. 25-36.

si una definición rigurosamente científica de tales palabras, aun cuando fuese factible, correspondería a lo que significan para el hablante ordinario. En vista de estas normas nada realistas¹, no es sorprendente que Bloomfield llegase a una conclusión desalentadora: "La exposición de los significados es, por tanto, el punto débil del estudio del lenguaje, y permanecerá así hasta que el conocimiento humano avance mucho más allá de su estado presente" (*ibid.*, pág. 140). Aunque es enteramente injusto decir que Bloomfield no prestó ninguna atención al significado², no cabe duda de que su actitud tuvo una influencia negativa sobre muchos de sus seguidores y contribuyó a apartarlos de los problemas semánticos.

El fracaso del experimento de Bloomfield muestra claramente que no se puede obtener una definición referencial del significado sin poner un término medio entre el nombre y el referente. Esto no quiere decir, sin embargo, que hayamos de recaer en una forma ingenua de mentalismo, establecer entidades psicológicas espúreas, y operar con conceptos vagos y nebulosos, tales como "ideas", "imágenes mentales" y similares. La experiencia del significado, en la medida en que en todo caso puede ser indagada científicamente, ha de ser dilucidada por el psicólogo, y aunque los recientes estudios sobre los reflejos condicionados y procesos semejantes han empezado a arrojar cierta luz sobre el problema³, sería imprudente para el lingüista encerrarse en cualquier teoría psicológica particular. La exacta naturaleza psicológica del significado no es de importancia extraordinaria para el lingüista: este se halla más interesado por la información que una palabra proporciona realmente al hablante ordinario. Incluso esto es, por supuesto, extremadamente difícil de establecer, ya que el mismo término puede ser usado en incontables situaciones por millones de personas. El estudio paciente de una amplia y representativa muestra de contextos, como en la compilación de un gran diccionario, puede contribuir de algún modo a la solución del problema, y el lingüista puede recibir también cierta ayuda de las modernas técnicas experimentales, según se verá más adelante en este capítulo.

c) Otra crítica dirigida contra las teorías referenciales del significado es la de que están inspiradas por la vieja—y declarada—

¹ "Lo que él [Bloomfield] parece desear, la reciente filosofía de la ciencia ha mostrado que es algo sin esperanza. Lo que él quiere, en principio, es renunciar a todas las *construcciones* y *variables interpuestas*, y correlacionar directamente los observables con los observables. Puesto que la desesperanza de este vasto sueño no se demostró hasta mediados de los años treinta, y todavía no es de conocimiento común..., no hay que tachar a Bloomfield de ignorancia. Baste reconocer que lo que era plausible en su tiempo no lo es ahora, dos décadas más tarde." (R. WELLS, *Word*, x, pág. 241.)

² Véase sobre esta cuestión FRIES, *Language*, xxx, pág. 58 y sgs.

³ OSGOOD y otros, *The Measurement of Meaning*, págs. 3 y sgs.

mente anticuada—metafísica del cuerpo y el alma. “Así como, en una persona humana, se supone que el alma o espíritu acompaña al cuerpo en su comportamiento exterior, así también en un signo lingüístico se supone que un significado acompaña a la forma en sus varias manifestaciones. El signo lingüístico se supone que surge de una correspondencia, de una especie de paralelismo psico-físico, entre una forma y un significado”¹. Habría que advertir que esta crítica no se limita a las definiciones “mentalistas” del significado, sino que se aplica a todas las teorías referenciales, incluso al intento de definir el significado en términos de distribución².

Esta objeción, si fuese válida, atacaría la raíz misma de todas las definiciones mencionadas hasta aquí, ya que pone en duda el dualismo sobre el que se basan. Parece, no obstante, que la crítica brota de un malentendido sugerido por una metáfora de la que se ha abusado mucho y que ya fue desechada como insatisfactoria por Saussure hace medio siglo (*op. cit.*, pág. 145). El dualismo de sonido y sentido, que está implícito en todas las teorías referenciales, nada tiene que ver con la metafísica del cuerpo y del alma. Es un género completamente diferente de dualismo: el inherente a cualquier signo, lingüístico o de otra clase. Todos los signos, por definición, apuntan a algo distinto, se refieren a algo más allá de sí mismos (ver anteriormente, pág. 18). Esto es verdad de cualquier signo, desde el más simple al más complejo, desde las luces de tráfico a los más recónditos símbolos del poeta; y las palabras no son una excepción a la regla. Negar la naturaleza dual—bifronte como Jano—de las palabras sería equivalente a negar que son signos, y la mayoría de los lingüistas serían reacios a dar ese paso.

Si se requiriese alguna analogía para ilustrar la relación entre el sonido y el sentido, se podría, con Saussure, comparar una palabra a una hoja de papel, cuyas dos caras son dos facetas de un todo indisoluble, de suerte que no es posible cortar una cara sin cortar también la otra³. Pero quizá es más seguro evitar las metáforas y símiles cuando se definen conceptos fundamentales. Es suficiente decir que las palabras tienen una estructura dual, sencillamente porque son

¹ HAAS, *Transactions of the Philological Society*, 1954, pág. 71; cf. FIRTH, *op. cit.*, págs. 19 y 227; id., “A Synopsis of Linguistic Theory, 1930-1955”, *Studies in Linguistic Analysis*. Volumen especial de la Philological Society, Oxford, 1957, págs. 1-32; READ, *Etc.*, XIII, pág. 38.

² HAAS, *loc. cit.*, págs. 72 y sgs. La teoría distribucional aludida es la propuesta por Z. S. HARRIS, *Methods in Structural Linguistics*, Chicago, 1951.

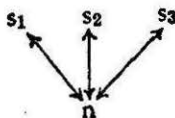
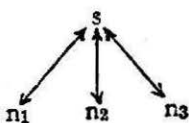
³ “La langue est... comparable à une feuille de papier: la pensée est le recto et le son le verso; on ne peut découper le recto sans découper en même temps le verso; de même dans la langue, on ne saurait isoler ni le son de la pensée, ni la pensée du son.” (*Op. cit.*, pág. 157). Si bien este pasaje se refiere a la lengua en general, resulta claro de otras partes del libro (cf. págs. 99 y sgs. y 144 y sgs.) que el mismo principio se aplica a las palabras individuales.

signos; si se interpreta esta estructura dual en términos "mentalistas" o de cualquier otro tipo, es una cuestión que no se suscita en este contexto.

Ninguna de las críticas precedentes compelerá, pues, al lingüista a abandonar las definiciones referenciales del significado. Tales definiciones, sin embargo, tendrán que expandirse en dos direcciones antes que puedan ser utilizadas en la investigación efectiva. Habrá de hacerse, en primer lugar, una provisión de significados múltiples. En las situaciones idealmente simples examinadas hasta ahora, sólo un nombre y un sentido estaban implicados—una relación que puede representarse simbólicamente por una sola línea que une dos polos:



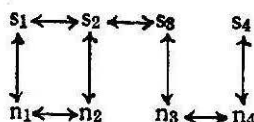
en donde n = nombre, s = sentido, y las dos flechas muestran que la relación es recíproca y reversible. Como se verá con mayor detalle en los capítulos 6 y 7, este esquema puede complicarse de dos maneras: varios nombres pueden estar conectados con un solo sentido, como en los sinónimos *little* [pequeño] y *small* [chico], y viceversa, diversos sentidos pueden estar ligados a un solo nombre, como en *conductor*, "director de orquesta; conductor de autobús o tranvía; cosa que transmite el calor o la electricidad". En forma de diagrama:



En segundo lugar, la definición referencial del significado no debe llevarnos a una visión atomística del lenguaje, en la que cada palabra fuese considerada como una unidad aislada y cerrada en sí misma. Además de la relación muy especial y *sui generis* que enlaza al nombre con el sentido, las palabras están también asociadas con otras palabras con las que tienen algo en común, en cuanto al sonido, al sentido, o en ambas cosas. El nombre *light* [luz], por ejemplo, estará conectado con *darkness* [oscuridad], *day* [día], *sun* [sol], etc., por asociaciones entre los sentidos; con el adjetivo *light* [ligero, no pesa-

do] porque las dos palabras son homónimas¹; y con el adjetivo *light* [claro, no oscuro], el verbo *to light* [iluminar], el nombre *lightning* [relámpago], etc., tanto sobre bases formales como semánticas.

Este principio desempeña un papel importante en los cambios de significado y en la estructura del vocabulario, según se verá en los dos últimos capítulos de este libro. Esquemáticamente podría representarse de esta manera:



Las dos primeras palabras están conectadas a la vez por el sonido y por el sentido, la segunda y la tercera por el sentido únicamente, y la tercera y la cuarta solo por el sonido. Si se tiene presente que los tres tipos de asociación pueden irradiar en varias direcciones desde una misma palabra, y que el modelo puede además complicarse con significados múltiples, se tendrá una idea de la infinita complejidad de las relaciones semánticas.

Las definiciones referenciales del significado suscitan una interesante cuestión de metodología lingüística. Como el significado es una relación recíproca y reversible entre el nombre y el sentido, puede ser investigado partiendo de cualquiera de los dos extremos: cabe comenzar por el nombre y buscar el sentido o los sentidos ligados a él, como hacen todos los diccionarios alfabéticos; pero también se puede empezar por el sentido y buscar el nombre o los nombres conectados con él. Se ha afirmado categóricamente que "en todo estudio del lenguaje debemos partir de las formas y no de los significados"². Esto no es enteramente cierto. En la mayoría de las investigaciones habrá obvias ventajas en tomar las formas como nuestro punto de partida; hay, sin embargo, importantes y fecundos tipos de indagación en los que se ha de proceder justamente de la otra manera³. Los dialectólogos y los geógrafos lingüistas a menudo se interesarán por hallar las palabras para denotar objetos o procesos particulares en un área dada. Los diccionarios conceptuales,

¹ Para una explotación estilística de esta homonimia, véase más adelante, pág. 217.

² BLOOMFIELD, *Meaning*, pág. 103.

³ Véase, en el campo de la sintaxis, la obra monumental de F. BRUNOT, *La pensée et la langue*, 3.^a ed., París, 1936. Cf. igualmente JESPERSEN, *The Philosophy of Grammar*, págs. 39 y sgs., y para la estilística, mi *Style in the French Novel*, pág. 20.

tales como el *Thesaurus* de Roget, se compilan según el mismo principio¹, y el estudio de ciertas nomenclaturas sólidamente organizadas ("campos semánticos"), que serán discutidas en el último capítulo, tiene una orientación similar. Esta rama de la semántica que parte del sentido y trata de identificar el nombre o los nombres ligados a él se conoce como "onomasiología"². Se ha intentado en el pasado separar la onomasiología de la semántica y considerar a las dos como ciencias paralelas, ocupándose la semántica del significado y la onomasiología de la "designación"³. Esto es completamente innecesario si se adopta una definición referencial del significado: los dos modos de acceso se verán entonces, no como dos disciplinas distintas, sino como métodos paralelos que parten de extremos opuestos. Los dos métodos son complementarios, y en ciertos tipos de investigación incluso pueden combinarse con resultados interesantes⁴.

2. Definiciones operacionales (contextuales) del significado

En los últimos años ha empezado a tomar forma dentro y fuera de la lingüística una nueva y enteramente diferente concepción del significado. Recibió su formulación más acentuada y más provocativa en las *Philosophical Investigations*, de L. Wittgenstein, que se publicaron póstumamente en 1953. Un cuarto de siglo antes, P. W. Bridgman había recalcado, en *The Logic of Modern Physics*, el carácter puramente operacional de conceptos científicos como "longitud", "tiempo" o "energía". "Entendemos por cualquier concepto", argüía, "nada más que una serie de operaciones; el concepto es sinónimo con el correspondiente conjunto de operaciones"⁵. Este modo de acceso, conocido con el nombre de "operacionalismo", se extendió de los conceptos científicos a las palabras en general, y fue resumido en la famosa fórmula: "El verdadero significado de una palabra ha de encontrarse observando lo que un hombre hace con ella,

¹ Véase especialmente la introducción del libro de F. DORNSEIFF, *Der deutsche Wortschatz nach Sachgruppen*, 5.^a ed., Berlín, 1959.

² Del griego *onoma*, "nombre". Una útil perspectiva de la investigación en este campo se encontrará en B. QUADRI, *Aufgaben und Methoden der onomasiologischen Forschung*, Romanica Helvetica, XXXVII, Berna, 1952.

³ Véanse mis *Principles of Semantics*, págs. 161 y sgs.

⁴ K. JABERG, *Aspects géographiques du langage*, París, 1936.

⁵ Nueva York, 1927, pág. 5. Cf. *ibid.*: "Si el concepto es físico, como el de longitud, las operaciones son operaciones físicas efectivas, a saber, aquellas por las que se mide la longitud; o si el concepto es mental, como el de continuidad matemática, las operaciones son operaciones mentales, a saber, aquellas por las que determinamos si un agregado dado de magnitudes es continuo." Cf. también pág. 6: "La definición propia de un concepto no es en términos de sus propiedades, sino en términos de sus operaciones efectivas."

no lo que dice acerca de ella”¹. Wittgenstein da un paso más: no dice meramente que podemos establecer el significado de una palabra observando su uso; afirma audazmente que el significado de una palabra *es* su uso: “Para un *gran* número de casos—aunque no para todos—en que empleamos la palabra “significado”, este puede definirse así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje” (pág. 20). Esta idea reaparece en formas variantes en el libro, aunque a veces parecería que Wittgenstein tuviese ciertas vacilaciones sobre ella (págs. 53, 215); es como si sintiera que había algo más que el uso en el significado de una palabra, pero que este algo eludía nuestra captura y nada podía decirse provechosamente acerca de él.

Wittgenstein utiliza diferentes analogías para mostrar las implicaciones de su fórmula. “El lenguaje—escribe—es un instrumento. Sus conceptos son instrumentos” (pág. 151). En otra parte desarrolla la semejanza entre las palabras y las herramientas: “Pensad en los utensilios de una caja de herramientas: hay allí un martillo, alicates, un serrucho, un destornillador, una regla, un bote de cola, cola, clavos y tornillos. Las funciones de las palabras son tan diversas como las funciones de estos objetos” (pág. 6). Como Saussure², pero sin duda independientemente de él, compara el lenguaje a un juego de ajedrez: “La pregunta “¿Qué es una palabra realmente?” es análoga a “¿Qué es una pieza en el ajedrez?” (pág. 47); y de nuevo: “Digamos que el significado de una pieza es su papel en el juego” (página 150). También habla del “campo de fuerza de una palabra” (página 219) y de “todas las extensas ramificaciones del enlace efectuado por cada una de las palabras” (*ibid.*). Todas estas comparaciones ponen de relieve una notable afinidad entre su pensamiento y la teoría lingüística contemporánea. No es sorprendente, por tanto, encontrarlo usando un procedimiento que es conocido en la moderna lingüística como la “prueba de sustitución”. Al discutir el verbo *es* en las dos oraciones: “la rosa *es* roja” y “dos veces dos *es* cuatro”, escribe: “La regla que muestra que la palabra *es* tiene significaciones diferentes en estas oraciones es aquella que nos permite reemplazar la palabra *es* de la segunda oración por el signo de igualdad, y que prohíbe esta sustitución en la primera oración” (pág. 149). Este es el método empleado por los lingüistas para la identificación de los fonemas y de otros elementos distintivos: sustituyendo los fonemas unos por otros obtenemos palabras diferentes: (*pat* [apto] — *bat* [garrote] — *pet* [mimar] — *pad* [cojín]), y sustituyendo unas palabras por otras, conseguimos sentencias diferentes: (“A young man came into

¹ Cf. STUART CHASE, *The Tyranny of Words*, pág. 7 y cap. 8; FIRTH, *Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists*, pág. 8.

² *Op. cit.*, págs. 125 y sgs.; cf. anteriormente, pág. 10.

the garden [un joven llegó al jardín] — An *old* man came into the garden [un viejo llegó al jardín] — A young *woman* came into the garden [una joven llegó al jardín] — A young man *ran* into the garden [un joven corrió al jardín] — A young man came into the *house* [un joven llegó a la casa]”). En una fecha tan lejana como 1935, el profesor J. R. Firth había definido la palabra como una “ficha léxica de sustitución”¹, y esta concepción se ajusta muy fácilmente a la filosofía del lenguaje de Wittgenstein.

Las ideas de Wittgenstein tuvieron algunas repercusiones inmediatas en la lingüística², y han fortalecido la posición de aquellos lingüistas que, antes que él, habían definido el significado en términos semejantes³. Su fórmula atraerá al estudioso del lenguaje no solo por su nitidez y simplicidad y porque está muy en la línea de las tendencias corrientes en la lingüística, sino también porque ofrece varias ventajas sólidas. Por el lado negativo, evita cualquier recurso a estados o procesos mentales vagos, intangibles y subjetivos. Por el lado positivo, tiene el mérito de definir el significado en términos contextuales, es decir, puramente empíricos. La cuestión crucial que ahora se plantea es esta: ¿cómo se comporta la definición operacional comparada con la referencial (a) en cuanto instrumento de investigación, y (b) en cuanto hipótesis de trabajo en la teoría semántica?

a) ¿Cuál es el valor de la definición operacional en el estudio de palabras particulares, por ejemplo, en lexicografía? La respuesta dependerá de cómo se interprete la definición. Si se la toma como queriendo decir que el investigador debe reducirse a reunir y analizar contextos en los que se encuentre la palabra, entonces la tarea parecería tan ingrata como poco concluyente. Se ha sugerido que “las sustituciones de *gato*, en unidades más comprensivas tales como *El — coge al ratón, Compré pescado para mí —*, etc., manifiestan su significado; su privilegio de aparición en estos contextos, con una cierta distribución de frecuencias entre las apariciones, es el significado lingüístico de *gato*”⁴. Tales contextos podrían, por supuesto,

¹ *Op. cit.*, pág. 20. Cf. también HAAS, *loc. cit.*, pág. 80.

² Véase especialmente WELLS, *op. cit.* Cf. asimismo HAAS, *loc. cit.*, pág. 81, n. 1, y mi artículo “The Concept of Meaning in Linguistics”, mencionado más arriba.

³ “Propongo dividir el significado o función en una serie de funciones componentes. Cada función será definida como el uso de alguna forma o elemento del lenguaje en relación a algún contexto” (FIRTH, *op. cit.*, pág. 19; cf. más arriba, pág. 129); “el significado de una porción del habla es una función de ella...; la función de una porción del habla es su presencia distintiva en ciertos ambientes” (HAAS, *Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists*, pág. 191; cf. *loc. cit.*, págs. 79 y sgs.). El doctor Haas llama “funcional” a su teoría, pero en vista de la ambigüedad de este término en lingüística, podría ser calificada mejor de “operacional” o “contextual”.

⁴ HAAS, *Transactions of the Philological Society*, 1954, pág. 80.

multiplicarse indefinidamente, y algunos de los más frecuentes entre ellos serían los menos informativos: *Vi un —*; *El — tiene hambre*; *Nuestro — es negro*. ¿Cuál sería el valor último de un método tan indirecto?

Si, por otra parte, el lexicógrafo intentase, como seguramente desearía, identificar algunos usos típicos de la palabra extrayendo el rasgo o los rasgos comunes de una selección representativa de contextos, entonces recaería inmediatamente en la teoría referencial del significado. La terminología sería diferente, pero reaparecería el dualismo básico, con el "uso", desempeñando el mismo papel que el "sentido", la "referencia" u otros términos de teorías más abiertamente referenciales.

b) Cualquier definición del significado debería considerarse nada más que como una hipótesis de trabajo. Su valor dependerá de cómo obre: de la ayuda que pueda prestar en la descripción, interpretación y clasificación de los fenómenos semánticos. Desde este punto de vista sería prematuro elegir entre los dos tipos de definición. Todas las obras principales sobre teoría semántica se han basado hasta ahora en conceptos referenciales del significado; la doctrina operacional no ha tenido todavía oportunidad de probar sus méritos¹, aunque debe admitirse que es difícil ver cómo podría idearse un examen comprensivo y ordenado del campo de la semántica sobre una base semejante. Parecería, por ejemplo, que ciertos aspectos importantes de la materia no tendrían sitio en una teoría estrictamente operacional. ¿Dónde se acomodarían en tal armazón los diccionarios conceptuales, los "campos semánticos", los estudios y atlas onomasiológicos?² Adoptar una doctrina que excluiría partes tan vitales de la materia entrañaría limitaciones que pocos semánticos estarían dispuestos a aceptar.

Todo esto no quiere decir en modo alguno que la definición operacional tenga que ser descartada. Debería ser reputada, no como una alternativa, sino como un complemento válido de la teoría referencial. Contiene la saludable advertencia que tanto los semánticos como los lexicógrafos harían bien en atender, de que el significado de una palabra *solamente* puede averiguarse estudiando su uso. No hay ningún atajo hacia el significado mediante la introspección o cualquier otro método. El investigador debe comenzar por reunir una muestra adecuada de contextos y abordarlos luego con un espíritu abierto, permitiendo que el significado o los significados emerjan de los contextos mismos. Una vez que se ha concluido esta fase,

¹ El intento de R. WELLS (*loc. cit.*, págs. 245 y sgs.) de estudiar el uso de algunos adjetivos ingleses a la luz de la teoría de Wittgenstein, aunque interesante en sí, es demasiado limitado en su alcance para dar una idea de las posibilidades de este modo de acceso.

² Véase anteriormente, pág. 72.

puede pasar con seguridad a la fase "referencial" y procurar formular el significado o los significados así identificados. La relación entre los dos métodos, o más bien entre las dos fases de la indagación, es, en definitiva, la misma que hay entre la lengua y el habla: la teoría operacional trata del significado en el habla; la referencial, del significado en la lengua. No hay, absolutamente, necesidad de colocar los dos modos de acceso uno frente a otro; cada uno maneja su propio lado del problema, y ninguno es completo sin el otro.

Como este libro se ocupa primordialmente del significado en la lengua, no en el habla, adoptará la definición referencial citada en la página 65, según la cual el significado es una "relación recíproca y reversible entre el nombre y el sentido"¹, con las correcciones mencionadas en las páginas 71 y sgs. concernientes al significado múltiple, así como a las relaciones asociativas entre las palabras.

II. ¿PUEDE MEDIRSE EL SIGNIFICADO?

La teoría referencial del significado ha sido recientemente vindicada por un interesante experimento que no sería posible acomodar en la teoría contextual, ya que prescinde enteramente del contexto. Durante los pasados años, un grupo de investigadores norteamericanos que se denominan a sí mismos "psicolingüistas", han estado trabajando sobre un método para "medir el significado". Una serie de escritos sobre la materia fue seguida por la publicación en 1957 de un libro más importante, *The Measurement of Meaning*, por C. E. Osgood, G. J. Suci y P. H. Tannenbaum. Si bien el procedimiento incluye algunas operaciones matemáticas precisas que implican el uso de un calculador electrónico, el principio básico es muy simple. El punto de partida es una serie de pruebas realizadas por medio de un artificio llamado la "diferencial semántica". Esta consiste en cierto número de escalas, cada una con siete divisiones, cuyos extremos están formados por adjetivos opuestos: *áspero* — *suave*, *sincero* — *falaz*, *fuerte* — *débil*, etc., y a los diversos sujetos se les pide que coloquen un "concepto" dado en aquella división de cada escala que les parezca más apropiada. Tomemos un ejemplo proporcionado por los propios autores:

¹ Aunque esta definición diferencia cuidadosamente entre el "sentido" y el "significado" de una palabra, sería innecesario y pedantesco adherirse sistemáticamente a esta distinción a todo lo largo del presente libro. En ocasiones, "significado" puede usarse sin peligro como sinónimo de "sentido"; en las definiciones o en dondequiera que haya algún riesgo de ambigüedad, los dos términos serán empleados, por supuesto, en las acepciones técnicas dadas en la pág. 65.

los experimentos más interesantes registrados en el libro fue el análisis "ciego" de un caso famoso de múltiple personalidad¹. Cada una de las tres personalidades fue sometida a las pruebas con la diferencial semántica, y los resultados, conseguidos de un modo completamente independiente, no solo confirmaron el diagnóstico de los dos psiquiatras encargados, sino que les proporcionaron algunas indicaciones útiles sobre el tratamiento ulterior.

La víspera de su publicación, *The Measurement of Meaning* fue saludado en el Congreso de lingüistas de Oslo en términos bastante extravagantes². Desde entonces, varios aspectos del método han sido criticados: la teoría lingüística en la que se basa, la manera de verificar la selección de muestras y el análisis factorial, la inconveniencia de algunas de las escalas y otros puntos³. La crítica más seria concierne al título del libro, o más bien a la pretensión que está implícita en el título. ¿Es, realmente, el "significado", lo que Osgood y sus colegas han estado midiendo? Esta objeción fue anticipada por los autores cuando declararon cándidamente: "Es cierto que no estamos proporcionando un índice de lo que los signos refieren, y si la referencia o designación es el *sine qua non* del significado, como insistirán algunos lectores, entonces concluirán que este libro está mal titulado" (pág. 325). Debe quedar perfectamente claro para cualquier observador imparcial que lo que mide la diferencial semántica no es el "significado" en ninguno de los sentidos aceptados del término⁴. Pero está igualmente claro que lo que mide es un componente importante del significado: se acerca mucho a lo que usualmente se denomina "connotación emotiva", un factor que se examinará en el capítulo 5. Es quizá una lástima que los autores reivindicaran más de lo que habían logrado efectivamente, pero esto no debe oscurecer

¹ Págs. 258 y sgs.: véanse también C. H. THIGPEN-H. M. CLECKLEY, *The Three Faces of Eve*, ed. Londres, 1957. (Existe traducción española.)

² U. WEINREICH, *Proceedings of the Eight International Congress of Linguists*, pág. 790.

³ Véanse especialmente J. B. CARROLL, *Language*, xxv (1959), págs. 58-77, y U. WEINREICH, "Travels through Semantic Space", *Word*, xiv (1958), págs. 346-66; cf. también la réplica de OSGOOD en *Word*, xv (1959), págs. 192-200. Véase asimismo R. WELLS, "A Mathematical Approach to Meaning", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, xv (1957), págs. 117-36. Sobre una técnica diferente para medir los datos semánticos, véase F. HJORTH, "Distances of Meaning and Semantical Tests", *Synthese*, xi (1959), págs. 33-62. Véanse igualmente J. COHEN, E. J. DEARNLEY, C. E. M. HANSEL, "A Quantitative Study of Meaning", *The British Journal of Educational Psychology*, xxviii, 2 (1958), págs. 141-8.

⁴ "La significación del "significado" para el que deseamos establecer un índice es psicológica: la del proceso o estado en el comportamiento de un organismo que usa signos, lo cual se supone que es una consecuencia necesaria de la recepción de signos-estímulos y un antecedente necesario para la producción de signos-respuestas." (*The Measurement of Meaning*, pág. 9.)

el hecho de que no sea una mezquina proeza el haber reducido un componente capital del significado al análisis cuantitativo.

La importancia del experimento de Osgood y de las perspectivas que abre para la investigación futura, resulta evidente si recordamos algunas de las dificultades mencionadas anteriormente en este capítulo (págs. 66 y sgs.). El gran tropezadero en las teorías referenciales del significado siempre ha sido el tener que operar con procesos mentales subjetivos e intangibles. Como escribió uno de los más agudos críticos de estas teorías: "Una ciencia empírica no puede contentarse con fiar en un procedimiento de gentes que inspeccionan sus espíritus, cada uno el suyo propio"¹. Esta fue la razón principal por la que varios autores se apartaron del método tradicional y procuraron definir el significado sobre líneas enteramente diferentes. Ahora parece posible, al menos, considerar una teoría referencial que se apoye sobre fundamentos empíricos firmes. Con palabras de los propios autores: "Puede argüirse que los datos de que nos ocupamos en la medición semántica son esencialmente subjetivos—introspecciones sobre los significados por parte de los sujetos—y que todo lo que hemos hecho es objetivar las expresiones de estos estados subjetivos. Esto es enteramente verdad, pero no es una crítica del método. La objetividad se refiere al papel del observador, no a lo observado. Nuestros procedimientos eliminan completamente las idiosincrasias del investigador al llegar al índice final del significado, y esta es la esencia de la objetividad" (págs. 125 y sgs.). En otras palabras: cada persona registra sus propias reacciones privadas, enteramente subjetivas, pero en el momento en que el análisis ha sido completado el resultado representará una especie de "promedio semántico" alcanzado por métodos estadísticos puramente objetivos².

Experimentos como el de Osgood están destinados también a tener un efecto benéfico sobre la posición de la semántica. Desde entonces el rigor científico se ha convertido en la mayor aspiración de los lingüistas, la naturaleza "acientífica" del significado ha llevado a este concepto, y con él a la semántica en general, al descrédito. Uno de los principales estructuralistas norteamericanos admitió que

¹ HAAS, *Transactions of the Philological Society*, 1954, pág. 74.

² "Técnicas tales como las utilizadas por Osgood y sus colaboradores consiguen la mayor objetividad posible porque el descriptor, en lugar de interrogarse a sí mismo, interroga a una muestra representativa de la comunidad de habla, y trata el grado de conformidad entre las respuestas como una variable significativa y mensurable. Con el fin de impedir que las respuestas varíen demasiado violentamente y de hacerlas adecuadas para el análisis cuantitativo, la técnica prescribe que los sujetos realicen una elección múltiple de entre una serie preseleccionada de respuestas posibles. La descripción cuasi-semántica resultante es compendiada ulteriormente por medio de manipulaciones estadísticas. Todos estos son rasgos que la lexicografía experimental puede en el futuro verse obligada a aceptar." (WEINREICH, *Word*, XIV, pág. 364.)

"para muchos investigadores lingüistas la palabra *significado* se ha convertido casi en anatema"¹. La situación ha sido hábilmente resumida por el profesor W. S. Allen en su lección inaugural en Cambridge: "El significado, al menos como lo ha expresado un lingüista, se ha convertido en una "palabra sucia"; pero si el nombre tiende a ser evitado, no cabe duda de que todo lingüista emplea el concepto, aunque algunos estarían reacios a admitir pensamientos tan impropios. Y, ciertamente, sin el significado la lingüística no puede existir"². En el Congreso de lingüistas de Londres, esta actitud ambivalente fue descrita como la "cripto-semántica"³. Es de esperar que el progreso ulterior a lo largo de la senda marcada por Osgood y su equipo pondrá fin a este estado de cosas.

III. LOS NOMBRES PROPIOS

La posesión de un nombre es, y ha sido desde tiempo inmemorial, el privilegio de todo ser humano. "Nadie, ya sea de baja o elevada condición, está sin nombre una vez que ha venido al mundo", leemos en la *Odisea*; "a cada uno le imponen un nombre sus padres en el momento de nacer"⁴. Heródoto, y Plinio trae de él, mencionan como una aberración de la Naturaleza a los atarantes (o atlantes) del Norte de Africa, que son los únicos seres humanos conocidos que no tienen nombres unos para otros⁵. Los nombres desempeñan un papel tan importante en las relaciones humanas que, con frecuencia, son dotados de poderes mágicos y rodeados de elaboradas supersticiones y tabús. Por no citar más que un ejemplo sobre otros muchos, entre los *masais* de Africa el nombre de una persona muerta nunca se menciona, y si ocurre que una palabra ordinaria suena de modo parecido a ese nombre, tendrá que ser reemplazada: "si una persona sin importancia llamada Ol-onana (el que es blando, o débil, o manso) estuviese a punto de morir, la mansedumbre no se denominaría *en-nanai* en ese *kraal*, ya que es el nombre de un cadáver, sino que se llamaría con otro nombre, tal como *epolpol* (lo que es suave)"⁶. Semejantes supersticiones no se limitan en manera alguna a las sociedades primitivas: Cicerón nos cuenta que en sus levás, los ro-

¹ FRIES, *loc. cit.*, pág. 58.

² *On the Linguistic Study of Languages*, Cambridge, 1957, pág. 22.

³ O. FUNKE (citando a C. L. Wrenn) en *Proceedings of the Seventh International Congress of Linguists*, pág. 197.

⁴ VIII, vs. 552-54; citado en E. PULGRAM, "Theory of Names", *Beiträge zur Namenforschung*, v (1954), págs. 149-96: pág. 151.

⁵ *Ibid.*, pág. 150.

⁶ R. M. ESTRICH-H. SPERBER, *Three Keys to Language*, Nueva York, 1952, pág. 6. Sobre los tabús de los nombres, véase R. F. MANSUR GUÉRIOS, *Tabus lingüísticos*, Río de Janeiro, 1956, págs. 41 y sgts.

manos tenían cuidado de enrolar en primer lugar a gentes con nombres tan propicios como Víctor o Félix, y encabezar la lista del censo con un nombre de venturoso augurio¹.

El nombre está tan estrechamente identificado con su poseedor que pronto llegó a representar su reputación, buena o mala. La sinonimia del nombre y la fama está ya atestiguada en Homero², y se reitera en varios autores griegos y romanos. La Julieta de Shakespeare puede, bajo la violencia de su amor contrariado, implorar a Romeo: "rechaza tu nombre, y, a cambio de ese nombre, que no forma parte de ti, tóname a mí toda entera" (acto II, escena 2); mas para una persona responsable es una decisión capital el cambiar de nombre. Uno de los últimos pensamientos de Hamlet es acerca de su nombre: "¡Horacio, qué nombre más execrable me sobrevivirá de quedar así las cosas ignoradas!" (* Acto V, escena 2), y Yago borda sobre el mismo tema con mayor detalle:

Good name in man and woman, dear my lord,
Is the immediate jewel of their souls:
Who steals my purse steals trash; 'tis something, nothing;
'Twas mine, 'tis his, and has been slave to thousands;
But he that filches from me my good name
Robs me of that which not enriches him
And makes me poor.

(* Acto III, escena 3)³.

En una novela de F. Molnár, un miembro de una cuadrilla de muchachos, acusado de un comportamiento indigno, experimenta la suprema humillación de ver su "pobre y honrado nombre" escrito con una inicial minúscula.

El concepto del nombre propio está así profundamente arraigado en la tradición, y en la vida diaria no tenemos ninguna dificultad en reconocer tales nombres y distinguirlos de los nombres comunes escribiéndolos con letra mayúscula. Sin embargo, no siempre es fácil establecer los fundamentos sobre los que se hace la distinción. Cierta número de criterios se ha propuesto varias veces para la definición de un nombre propio:

1) *Unicidad*.—En el siglo II a. de J. C., el gramático Dionisio

¹ OGDEN-RICHARDS, *op. cit.*, pág. 37.

² *Odisea*, XIII, v. 248; véanse LIDDEL AND SCOTT, *s. v.*, ὄνομα.

³ "Mi querido señor, en el hombre y en la mujer, el buen nombre es la joya más inmediata a sus almas. Quien me roba la bolsa, me roba una porquería, una insignificancia, nada; fue mía, es de él y había sido esclava de otros mil; pero el que me hurta mi buen nombre, me arrebató una cosa que no le enriquece y me deja pobre en verdad" SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1494.

el Tracio resumió la diferencia entre el nombre propio y el común en los siguientes términos: "Un nombre es una parte declinable de la oración que significa un cuerpo o una actividad, un cuerpo como "piedra" y una actividad como "educación", y que puede usarse tanto comúnmente como individualmente; comúnmente como "hombre", "caballo", e individualmente como "Sócrates". En otra parte el mismo escritor define el nombre propio como "aquel que significa un ser individual, tal como "Homero", "Sócrates"¹. Esta noción que reaparece en algunos autores posteriores, pasa por alto el hecho de que muchas personas diferentes y no emparentadas, e incluso varios lugares diferentes, pueden tener el mismo nombre. Si, por otro lado, la fórmula se toma en el sentido de que la mayoría de los nombres propios se usan en el habla efectiva con referencia a una persona o cosa específica, entonces este criterio coincide con el inmediato, que expresa la misma idea en términos más precisos.

2) *Identificación*.—Muchos filósofos y lingüistas están de acuerdo en considerar los nombres propios como marcas de identificación. A diferencia de los nombres comunes cuya función es subsumir especímenes particulares bajo un concepto genérico—digamos varias casas, independientemente del material, tamaño, color o estilo, bajo el concepto-clase "casa"—, un nombre propio sirve meramente para identificar a una persona u objeto singularizándolo de entre entidades semejantes. El *locus classicus* de esta doctrina está en el libro I, capítulo 2, de *A System of Logic*, de John Stuart Mill. Mill cristaliza su intención en un símil sorprendente y oportuno:

Si, como el ladrón de las Mil y una noches, hacemos una marca con tiza en una casa, que nos permita reconocerla, la marca tiene un propósito, pero no tiene propiamente ningún significado... El objeto de hacer la marca es meramente la distinción... Morgiana señaló con tiza todas las demás casas de una manera parecida, y frustró el plan: ¿cómo?, simplemente borrando la diferencia de aspecto entre esa casa y las otras... Cuando imponemos un nombre propio, ejecutamos una operación en cierto grado análoga a la que proyectaba el ladrón al señalar con tiza la casa. Ponemos una marca, no realmente sobre el objeto mismo, sino, por decirlo así, sobre la idea del objeto. Un nombre propio es solo una marca sin significado que relacionamos en nuestra mente con la idea del objeto, con el fin de que siempre que la marca encuentre vuestra vista o se presente a nuestra memoria, podamos pensar en ese objeto individual².

¹ Citado según sir ALAN GARDINER, *The Theory of Proper Names*, 2.^a ed., Oxford, 1954, pág. 5. Véase también PULGRAM, *loc. cit.*, págs. 177 y sgs.

² *A System of Logic, Rationative and Inductive*, 10.^a ed., Londres, 1879, vol. I, págs. 36 y sgs.

Otra comparación que se emplea con frecuencia para ilustrar la misma idea es la de un "letrado" fijado sobre una persona o cosa para identificarla distinguiéndola de elementos similares. Esta analogía, a pesar de su apariencia moderna, parece ser muy antigua: letrados conteniendo nombres propios ya se encuentran en inscripciones y papiros egipcios¹.

3) *Denotación contra connotación*.—Otro criterio famoso adelantado por Mill es la función "denotativa" de los nombres propios en oposición al valor "connotativo" de los nombres comunes. "Los nombres propios—dice—no son connotativos: denotan a los individuos que son llamados por ellos, pero no indican ni implican ningún atributo como perteneciente a estos individuos." Aun cuando originalmente se derivasen de elementos expresivos, el significado es inadecuado: *Dartmouth* recibió, sin duda, su nombre de su situación en la desembocadura del Dart, pero continuaría teniendo ese nombre aunque la desembocadura del río quedara obstruida por la arena, o su curso desviado por un terremoto. Y Mill concluye que "siempre que los nombres dados a los objetos comunican alguna información, esto es, siempre que tienen propiamente algún sentido, el sentido no reside en lo que *denotan*, sino en lo que *connotan*. Los únicos nombres de objetos que no connotan nada son los nombres *propios*; y estos no tienen, estrictamente hablando, ninguna significación"².

Se ha argüido que si bien los nombres propios no tienen significado aisladamente, "connotarán" mucho cuando se aplican en un contexto específico a una persona o lugar particular. Jespersen ha invertido, en efecto, la fórmula de Mill, pretendiendo que "los nombres propios (tal como se usan de hecho) *connotan* el mayor número de atributos"³. Pero, ciertamente, hay aquí alguna confusión entre la lengua y el habla. Es perfectamente exacto decir que los nombres propios están henchidos de ricas connotaciones, cuando se aplican a personas o lugares bien conocidos, tanto por el que habla como por el que escucha, pero en sí mismos, desgajados del contexto, no significarán a menudo nada en absoluto. Un nombre común usado aisladamente tendrá, como hemos visto (págs. 56 y sgs.), algún significado, por vago y ambiguo que sea, mientras que un nombre propio como *Tomás* o *Alejandro* no comunicará ninguna información más allá del hecho desnudo de que denota a una persona; ni siquiera sabemos si tomarlo como un apellido o como un nombre de pila. Esto es justamente otra manera de decir que la función específica del nombre propio es identificar y no significar, de suerte que este

¹ B. MIGLIORINI, *Dal Nome proprio al nome comune*, Génova, 1927, pág. 5, n. 1.

² MILL, *op. cit.*, págs. 33-6; cf. GARDINER, *op. cit.*, págs. 41 y sgs.

³ *The Philosophy of Grammar*, pág. 66.

no es, realmente, un nuevo criterio, sino meramente un aspecto especial del anterior.

4) *Sonido distintivo*.—En su tratado *The Theory of Proper Names*, Sir Alan Gardiner acepta la identificación como el propósito esencial de los nombres propios, pero añade a este otro criterio, el del sonido distintivo. Es, por supuesto, característico de todas las palabras (excepto en los casos bastante especiales de los homónimos) el tener una configuración distintiva propia, que las diferencia de otros términos; el principio fonémico entero se basa, como ya se apuntó (págs. 28 y sgs.), sobre esta necesidad. Sir Alan siente, sin embargo, que en el caso de los nombres propios, tal "distintividad" es de especial importancia. Da dos razones principales para esta opinión:

En primer lugar, las cosas llamadas con nombres propios son ordinariamente miembros de un conjunto en el que las semejanzas superan a las diferencias, de tal modo que se requieren, por así decir, rótulos especiales para marcar la distinción. Y en segundo lugar, el nombre efectivo fuerza nuestra atención con mayor insistencia que las demás palabras. Piénsese en el lugar ocupado en nuestras vidas por los bautizos y la presentación de personas por el nombre y por las indagaciones del nombre de lugares, etc. (pág. 38).

La fusión de los dos criterios, identificación y distintividad fonética, produce la siguiente definición cuidadosamente enunciada, que se encuentra en su forma decisiva en la Retrospección a la segunda edición del libro:

Un nombre propio es una palabra, o grupo de palabras, que es reconocida como teniendo la identificación como su propósito específico, y que logra, o tiende a lograr, ese propósito por medio de su sonido distintivo solamente, sin consideración a ningún significado poseído por ese sonido desde el comienzo, o adquirido por él en virtud de su asociación con el objeto u objetos con los que se identifica¹.

5) *Criterios gramaticales*.—La diferencia semántica y funcional entre los nombres propios y los comunes se refleja también en ciertas peculiaridades gramaticales. Estas varían de una lengua a otra, y a veces de un período a otro en la misma lengua. Algunas de

¹ *Op. cit.*, pág. 73. En términos bastante diferentes, E. Pulgram define el nombre propio como sigue: "un nombre usado *κατ'ἑξοχὴν*, en una función no universal, con o sin valor léxico corriente reconocible, cuyo significado potencial coincide y nunca excede a su significado actual, y que está ligado como un rótulo a un ser animado o a un objeto inanimado (o a más de uno en el caso de los nombres colectivos) con el propósito de una distinción específica de entre un número de seres u objetos iguales o semejantes en algunos aspectos, que o bien no se distinguen de ninguna manera uno de otro, o bien, por lo que atañe a nuestro interés, no se distinguen suficientemente" (*loc. cit.*, pág. 196).

ellas son puramente convencionales, otras están dictadas por la función especial de los nombres propios. En fijiano, por ejemplo, los nombres de lugares y los nombres de personas van precedidos por el prefijo *ko*, los nombres comunes por el prefijo *na*: [na vanua levu], "la (o una) gran tierra, gran isla" — [ko vanua levu], "la Gran Isla", el nombre de la mayor de las islas del grupo de las Fiji¹. En inglés, el mismo contraste se marcaría por la presencia o ausencia del artículo: "*the* (or *a*) *long island* — Long Island", "*the* (or *a*) *white chapel* [la, o una, capilla blanca] — Whitechapel". La sintaxis del artículo y de otros "determinadores" es, realmente, uno de los más difundidos criterios gramaticales que distinguen los nombres propios de los comunes², pero opera diferentemente en las diversas lenguas. En inglés, los nombres de personas no toman ningún artículo salvo en circunstancias especiales ("*the* Lloyd George we knew" — el Lloyd George que conocimos). En francés, el artículo no se usa normalmente con los nombres de personas, pero los nombres de las mujeres famosas (o infames) a menudo van precedidos por él, como en el poema de Musset a una actriz, "*Stances à la Malibran*", y asimismo lo están algunos nombres célebres de origen italiano: *Le Tasse* (el Tasso), *Le Tintoret* (el Tintoretto). En italiano es totalmente normal que un apellido esté precedido por el artículo determinado, excepto cuando va acompañado por el nombre de pila: *il Croce*, pero *Benèdetto Croce*. En alemán, el artículo determinado puede usarse con los nombres de pila: *die Marie*. El tratamiento de los nombres de lugares es igualmente diverso. En inglés, los nombres de lugares, o bien no toman ningún artículo o bien se hallan regularmente acompañados por el artículo determinado, como en los nombres de ríos, cordilleras, grupos de islas y algunos otros (*the Thames*, *the Alps*, *the Shetlands*, etcétera). El francés difiere del inglés en que los nombres de países están precedidos regularmente por el artículo determinado: *la France*, *l'Angleterre* — *France*, *England*. Esto no ocurría en el antiguo francés, en donde los nombres de países y provincias no tenían artículo. Resulta así claro que cada lengua tiene sus propias reglas, que pueden cambiar en el transcurso del tiempo. Enteramente aparte de estas variaciones, la presencia o ausencia del artículo no es un criterio universalmente válido, puesto que muchas lenguas, tales como el latín, el finés y la mayor parte de los idiomas eslavos, carecen por completo de artículos.

Otro criterio gramatical que con frecuencia se ha aducido es que la gran mayoría de los nombres propios no tienen plural³. Como

¹ HOCKETT, *op. cit.*, págs. 311 y sgs.

² Véanse especialmente BLOOMFIELD, *Language*, pág. 205; GARDINER, *op. cit.*, págs. 21 y sgs.; PULGRAM, *loc. cit.*, págs. 190 y sgs.

³ Para un examen cabal de este problema, véase E. COSERIU, "El plural en

tendencia general esto es, sin duda, exacto, e incluso inevitable, ya que la función identificadora de los nombres propios no va bien con la idea de pluralidad. Hay, sin embargo, numerosas excepciones. Ciertos nombres propios se utilizan solamente en plural: entre ellos se incluyen algunos de los nombres colectivos acabados de mencionar, tales como los archipiélagos y las cadenas de montañas, y también las constelaciones (*las Pléyades*), algunos nombres tribales (*el Ramnes* latino, etc.), así como un ocasional nombre de lugar tal como la ciudad de Atenas en griego y en latín (*Ἀθῆναι*, *Athenae*). Algunas categorías de nombres propios pueden emplearse tanto en singular como en plural: los nombres nacionales (*a Spaniard* — *two Spaniards*, un español — dos españoles), de familias y dinastías, etc. Por lo que respecta a las familias, hay una diferencia interesante entre el inglés y el francés: mientras que el inglés usa la forma plural, como en "I had dinner with the *Martins*" [comí con los Martin], el francés emplea el singular, como en el título de la crónica de familia de Roger Martin du Gard, *Les Thibault*. Un grupo final de excepciones incluye el uso del plural en contextos especiales: "there are two *Pauls* in this form" [hay dos Pablos en esta forma]. Estos casos deben distinguirse del plural de los nombres propios usados como nombres comunes: "I saw several *Turners* (= paintings by Turner) in the gallery" [vi varios Turners (= cuadros de Turner) en la galería].

Parecería, pues, que de los cinco criterios recién discutidos, el segundo es el más útil. La diferencia esencial entre los nombres comunes y los propios estriba en su función: los primeros son unidades significativas; los segundos son meras marcas de identificación. Este criterio puede complementarse con el importante pero no muy preciso factor de la "distintividad" fonética. Los demás criterios, o bien son de alcance limitado, o ya están implícitos en la función identificadora de los nombres propios.

Aunque es bastante fácil distinguir los nombres propios de los comunes, la frontera entre las dos categorías no es, en modo alguno, decisiva. Muchos nombres propios derivados de nombres comunes muestran todavía huellas claras de su origen: nombres propios tales como *Blackpool* [Charca negra] y *Newcastle* [Castillo nuevo], apellidos como *Smith* [Herrero] y *Carpenter* [Carpintero]; nombres de pila como *Pearl* [Perla] y *Heather* [Brezol]. Otros, aun cuando menos transparentes, tienen al menos algún elemento analizable, como los diversos nombres de lugares que terminan en *-caster*, *-cester*, *-chester*, derivados, como todo el mundo sabe, del latín *castra*, "campamento". Otros muchos nombres se han vuelto enteramente opacos, si bien el etimólogo puede reconstruir, o al menos conjeturar, su de-

rivación; así el nombre *Bordeaux* [Burdeos], latín *Burdigala*, se ha resuelto con dos elementos pre-indoeuropeos: el ibérico **burdo*; "mulo" (cf. el español *burro* y el francés *bourrique*), y el ligurino **cala*, **gala*, "roca" (cf. el latino *calculus* y el francés *caillou*, "guijarro")¹. El estudio de los nombres propios, que puede arrojar luz sobre muchos aspectos de la historia política, económica y social, se ha erigido recientemente como una rama casi independiente de la lingüística, y tiene sus propios congresos y revistas especializadas. Esta ciencia, conocida como *onomástica*, tiene dos divisiones principales: la *toponimia*², el estudio de los nombres de lugares, y la *antroponimia*³, el estudio de los nombres personales.

No menos frecuente es el proceso inverso, en que un nombre propio se convierte en un nombre común. Estos cambios son demasiado conocidos para que requieran una discusión detallada. Se hallan comprendidos, hablando en términos generales, en dos grupos. Unos son "metafóricos", basados en algún género de semejanza o rasgo común. Este es el factor operativo cuando una persona o un lugar dan su nombre a una clase entera de personas o lugares similares: Cicerón, para todos los guías gárrulos conocidos como *cicerone-s*, o la ciudad belga de *Spa*, renombrada por la influencia curativa de sus manantiales de aguas minerales, para todos los balnearios de la misma índole. El segundo grupo es "metonímico", fundado sobre alguna relación distinta de la semejanza: la que hay entre el inventor y el invento, entre el producto y el lugar de origen, etc. Ejemplos de todos estos procesos surgirán prontamente en la mente de cada uno. La transparencia del nombre común dependerá principalmente de la amplitud con que sea conocido el nombre propio: ni siquiera podemos sospechar que *chauvinismo* se originó de un nombre propio hasta que nos enteramos de la existencia de un tal Nicolas Chauvin de Rochefort, un soldado del ejército de Napoleón, cuyo patriotismo ingenuamente expresivo fue ridiculizado en dibujos y en la escena (Bloch-Wartburg y *NED*). La derivación de un nombre común a partir de un nombre propio también puede estar oscurecida por diferencias fonéticas. *Sherry* procede de la ciudad española de *Xeres* (ahora Jerez de la Frontera), pero la palabra inglesa ha perdido su -s final, que era erróneamente interpretada como signo del plural: "a good *sherris-sack* hath a twofold operation in it" [un buen jerez produce un doble efecto], dice Falstaff en *King Henry the Fourth*, parte II⁴. La opacidad puede resultar asimismo de la falta de un enlace ostensible entre un nombre propio y un nombre común homó-

¹ G. ALESSIO, *Le origini del francese*, Florencia, 1946, págs. 36 y sgs.

² Del griego *topos*, "lugar" + *onoma*, "nombre".

³ Del griego *anthrōpos*, "hombre" + *onoma*.

⁴ Acto IV, escena 3; cf. E. WEEKLEY, *The Romance of Words*, 3.^a ed., Londres, 1917, pág. 116.

nimo. ¿Qué conexión plausible podría haber entre la palabra francesa para expresar un "coche de alquiler", *fiacre*, y el santo irlandés del mismo nombre que vivió en el siglo VII? No obstante, hay una conexión, aunque puramente fortuita: un testigo ocular, el lexicógrafo Ménage, del siglo XVII, ha indicado que estos carruajes se llamaron así porque solían estacionarse enfrente de una casa de la rue Saint-Antoine, de París, en la cual había colgado un retrato del santo (Bloch-Wartburg).

Conviene advertir que cuando un nombre propio se convierte en una palabra ordinaria, no siempre se transforma en un nombre común; puede usarse, por ejemplo, como verbo. En 1818, cierto doctor T. Bowdler publicó una edición expurgada de Shakespeare, y el verbo *to bowdlerize* surgió de su nombre veinte años más tarde (*NED*). Un caso más interesante aún es el de Burke, que fue ejecutado en Edimburgo en 1829, por haber estrangulado a varias personas y haber vendido luego sus cuerpos para la disección. Según el relato publicado en un periódico de la época, los espectadores gritaban durante la ejecución: "*Burke him, Burke, him — give him no rope!*" [¡Estrangúlalo, estrangúlalo — no le pongas la cuerda!]. El verbo se encuentra en el sentido físico en las *Ingoldsby Legends*: "*The rest of the rascals jump'd on him and Burk'd him*" [los demás pícaros saltaron sobre él y lo estrangularon]; pero apenas diez años después del suceso, ya había adquirido la significación figurada en que todavía se usa (*NED* y Weekley, *op. cit.*, pág. 41).

Semánticamente, el cambio de un nombre propio en una palabra ordinaria implica una gran ampliación o extensión de su alcance. Por citar un ejemplo más, un tal Poubelle, prefecto del departamento del Sena en la segunda mitad del siglo pasado, hizo obligatorio el empleo de cajones para la basura, y desde entonces todos estos objetos se han llamado *poubelles*. Cuando un nombre común pasa a ser un nombre propio, el cambio puede ir acompañado de una restricción en su alcance, pero este no es el caso necesariamente¹. Hay ciertamente una restricción cuando un nombre común se convierte en un nombre de lugar: hay muchos *black forests* [bosques negros] y *new markets* [mercados nuevos], pero en cuanto nombres propios *The Black Forest* y *Newmarket* denotarán un solo lugar o quizá un pequeño número de lugares homónimos. Sin embargo, no hay restricción en algunos apellidos y nombres de pila que se derivan de nombres comunes; sería ocioso especular sobre si hay más "herreros" (*smiths*) que *Smiths* en el mundo, más personas llamadas *George* o más "agricultores", siendo este el significado de la palabra γεωργός en griego. En todos estos procesos, la ampliación o restricción que puede haber ocurrido es de importancia secundaria; el punto principal es que

¹ Cf. PULGRAM, *loc. cit.*, pág. 171.

una marca de identificación se ha convertido en un símbolo significativo, o viceversa.

Habiendo examinado así algunos de los principios fundamentales de la teoría semántica, podemos pasar ahora a cuestiones más empíricas. Los cuatro próximos capítulos tratarán de ciertos aspectos de la semántica descriptiva: la transparencia u opacidad de nuestras palabras; los factores lógicos y emotivos que entran en su significado; los problemas planteados por la sinonimia y la ambigüedad. En estos capítulos se utilizarán sin reserva los datos históricos, pero solo con el fin de iluminar el estado de una lengua en un momento dado. En el capítulo 8, el modo de acceso cambiará de descriptivo a histórico, mientras que en el capítulo 9 el énfasis se trasladará de las palabras individuales a la estructura del vocabulario en su conjunto.

CAPÍTULO 4

PALABRAS TRANSPARENTES Y OPACAS

What's in a name? That which we call a rose
By any other name would smell as sweet.

Romeo and Juliet, acto II, escena 2¹.

Tis not enough no harshness gives offence,
The sound must be an echo to the sense.

POPE, *Essay on Criticism*, vs. 364-5².

Estos dos pasajes resumen en forma poética las dos tesis rivales que una y otra vez se han enfrentado entre sí en la filosofía del lenguaje. Los griegos, como se recordará³, estaban ya divididos en dos bandos: los naturalistas, que creían que las palabras poseen sus significados "por naturaleza" (φύσει), en virtud de una correspondencia intrínseca entre el sonido y el sentido, y los convencionalistas, que sostenían que el significado es una cuestión de tradición y de convención, una especie de "contrato social" (θέσει) lingüístico. Es interesante hallar a Rabelais, un experto en la explotación de los recursos onomatopéyicos del lenguaje, declarándose partidario de los convencionalistas: "C'est abus dire que ayons langage naturel: les langages sont par institutions arbitraires et convenances des peuples; les voix, comme disent les dialecticiens, ne signifient naturellement, mais à plaisir"⁴. En los siglos subsiguientes, la teoría naturalista ganó terreno en las discusiones sobre el origen del lenguaje. Leibniz, y otros muchos tras él, vieron en la onomatopeya la forma primitiva del habla humana⁵. Estas opiniones fueron reiteradas por los románticos, particularmente por Charles Nodier, quien publicó en 1808 un *Dictiõnaire raisonné des onomatopées*

¹ "¿Qué hay en un nombre? Lo que llamamos rosa exhalaría el mismo dulce aroma con cualquier otro nombre."

² "No es bastante que ninguna disonancia nos ofenda; el sonido debe ser un eco del sentido."

³ Véase anteriormente, pág. 3.

⁴ "Es un abuso decir que tenemos un lenguaje natural: los lenguajes se basan en instituciones arbitrarias y en las conveniencias de los pueblos; las voces, como dicen los dialécticos, no significan naturalmente, sino a capricho." (Libro III, cap. 19; cf. J. VENDRYES, "Sur la dénomination", *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, XLVIII (1952), págs. 1-13: pág. 9.)

⁵ G. RÉVÉSZ, *The Origin and Prehistory of Language*, trad. inglesa, Londres, 1956, págs. 37 y sgs.

françaises. Este interés por la onomatopeya condujo a especulaciones antojadizas y diletantes, que llevaron a la materia entera al descrédito y tendieron a oscurecer los importantes temas implicados.

Entre los lingüistas modernos, Saussure hizo más hincapié sobre lo que llamó "l'arbitraire du signe", el carácter convencional de nuestras palabras, en el que vio uno de los principios básicos del lenguaje (*op. cit.*, págs. 100 y sgs.). Comprendió que había algunas excepciones a este principio, pero las desechó como insignificantes. Lingüistas de un temperamento diferente, tales como Schuchardt y Jespersen, propendieron a conceder bastante más importancia a estas "excepciones". Hace unos veinte años, el viejo debate se encendió de nuevo en los volúmenes iniciales de la revista *Acta Linguistica*. Estas discusiones han contribuido a esclarecer todo el problema y a plantearlo en su perspectiva apropiada¹. Ahora sabemos que carece de objeto preguntar si el lenguaje es convencional o "motivado": todo idioma contiene palabras que son arbitrarias y opacas, sin ninguna conexión entre el sonido y el sentido, y otras que son al menos en cierto grado motivadas y transparentes. Hay tres aspectos principales de la motivación que ahora podemos ver más claramente: cómo opera en una lengua particular; cómo puede cambiar en el transcurso del tiempo; finalmente, cómo varía su radio de acción de una lengua a otra.

I. TRES TIPOS DE MOTIVACIÓN

Que muchas palabras son enteramente opacas e inanalizables es un hecho tan evidente de suyo que apenas requiere ninguna prueba². No obstante, podría ser útil mencionar brevemente algunos de los argumentos objetivos que confirman esta impresión subjetiva. Estos argumentos son de tres clases: descriptivos, históricos y comparativos. Intentaré ilustrarlos en un solo ejemplo: la palabra inglesa *meat* [carne].

1) Si hubiera una conexión necesaria entre el nombre y el sentido, sería de esperar que los mismos sonidos significaran siempre la misma cosa, y a la inversa, que la misma cosa fuese siempre denotada por los mismos sonidos. Sin embargo, el vocablo inglés *meat*

¹ Para la vasta bibliografía al respecto, véanse mis *Principles of Semantics*, págs. 83 y sgs.; cf. también E. BUYSENS, "Le structuralisme et l'arbitraire du signe", *Omaggio lui Al. Graur*, págs. 403-16; J. ENGELS, "Het Probleem der motivering", *Levende Talen*, CLXXXII (1955), págs. 521-39; GUIRAUD, *La sémantique*, págs. 17 y sgs.; VENDRYES, *loc. cit.* Cabe recordar que ya en 1868 el lingüista norteamericano W. D. Whitney había declarado: "Conexión interna y esencial entre la idea y la palabra... no hay ninguna, en ninguna lengua de la tierra," (JESPERSEN, *Language*, pág. 397, n. 1.)

² Véase anteriormente, págs. 16 y 20.

tiene varios homónimos con significados totalmente diferentes: el verbo *to meet* [encontrar], el adjetivo arcaico *meet*, "apto, idóneo", el nombre *mete*, "frontera", y el verbo *to mete (out)*, "distribuir". Por otro lado, *meat* [carne, vianda] tiene un cuasi-sinónimo en la palabra *flesh* [carne, de los animales vivos y frutas]: los dos términos están muy cercanos en cuanto al significado y con todo no tienen ni un solo sonido común.

2) Si el enlace entre el nombre y el sonido fuese necesario, cabría esperar que ambos elementos permanecieran inalterados. Pero ambos han cambiado, independientemente uno de otro, desde los tiempos del anglosajón. La forma de la palabra en el antiguo inglés era [mēte], y originalmente significaba alimento en general, como todavía sucede en *sweetmeats* [confituras, dulces] y en la frase *meat and drink*¹ [comida y bebida].

3) Las diversas lenguas tienen palabras enteramente diferentes para el mismo objeto. Al vocablo inglés *meat* corresponde *viande* en francés, *carne* en italiano, *kött* en sueco, *hús* en húngaro, etc. Recíprocamente, los mismos—o aproximadamente los mismos—sonidos representan cosas diferentes en otras lenguas: el alemán *miet-*, "alquiler", el francés *mite*, "ácaro del queso", y *mythe*, "mito", etcétera.

Aunque muchas palabras son así enteramente convencionales, otras son motivadas de varias maneras. La motivación puede radicar o bien en los sonidos mismos, o bien en la estructura morfológica de la palabra, o bien en su fondo semántico. Cada una de estas posibilidades suscita problemas diferentes y han de ser consideradas por tanto separadamente.

1. Motivación fonética (onomatopeya)²

En un pasaje del que ya se han citado algunos versos, Pope ha definido claramente el principio de la motivación por el sonido, y lo ha ilustrado con algunos ejemplos adecuados:

Tis not enough no harshness gives offence,
The sound must be an echo to the sense.
Soft is the strain when zephyr gently blows,
And the smooth stream in smoother numbers flows;
But when loud surges lash the sounding shore,
The hoarse, rough verse should like the torrent roar:
When Ajax strives some rock's vast weight to throw,

¹ Cf. BLOOMFIELD, *Language*, págs. 430 y sgs.

² Del griego *onomatopoiia*, "creación de palabras": *onoma*, -atos, "nombre" + *poieō*, "hacer". Se han sugerido otros varios términos, tales como "ecoísmo" (Jespersen) y "función fonestética" (Firth).

The line too labours, and the words move slow;
Not so when swift Camilla scours the plain,
Flies o'er the unbending corn, and skims along the main.

Essay on Criticism, II vs. 364-73¹.

Las aplicaciones de este principio en poesía son innumerables. Van desde la evocación de escenas cómicas y grotescas, tales como la marcha de las ratas en *Pied Piper*, de Browning:

And the muttering grew to a grumbling;
And the grumbling grew to a mighty rumbling;
And out of the houses the rats came tumbling...²

hasta la siniestra descripción de alucinaciones que preludian el asalto de la locura, como en el famoso verso de Racine:

Pour qui sont ces serpents qui sifflent sur vos têtes?

Andromaque, acto V, escena 5³.

que, en su orquestación, nos recuerda algunos pasajes de *Paradise Lost*:

The Serpent subtlest beast of all the field.

* Libro IV, v. 86.

he hears

On all sides, from innumerable tongues
A dismal universal hiss, the sound
Of public scorn.

Libro X. vs. 506-9⁴.

El artificio es tan viejo como la poesía misma. En el libro primero de la *Odisea* (versos 56-57) hay un ejemplo sorprendente del efecto evocativo de las líquidas y de los sonidos emparentados:

¹ "No es bastante que ninguna disonancia nos ofenda; el sonido debe ser un eco del sentido. Dulce es el acorde cuando el céfiro sopla blandamente, y la mansa corriente fluye en una cadencia más suave; pero cuando el oleaje turbulento azota la sonora costa, el verso áspero y ronco debiera asemejarse al rugido del torrente: cuando Ajax se esfuerza en arrojar la enorme carga de una roca, el verso también se afana, y las palabras se mueven lentas; no así cuando la veloz Camila recorre la llanura, y vuela sobre las erguidas mieses, rozando las más altas." Cf. ORR, *Words and Sounds in English and French*, pág. 17.

² "Y el murmullo crecía hasta el susurro; y el susurro creció hasta el alboroto; y las ratas salían de las casas dando brinco."

³ "¿Para quién son esas serpientes que silban sobre vuestras cabezas?"

⁴ "La Serpiente, la bestia más sutil de todo el campo." "Escucha por todas partes de innumerables lenguas un triste universal silbido, el sonido del público escarnio."

αἰεὶ δὲ μαλακοῖσι καὶ αἰμυλίοις λόγοις δέλγῃ.¹

Queda así fijado el modelo para uno de los grandes temas de la poesía occidental:

Les souffles de la nuit flottaient sur Galgala.

Victor Hugo, *Booz endormi*².

Wild thyme and valley-lilies whiter still

Than Leda's love, and cresses from the rill.

Keats, *Endymion*, libro I³.

Más discretamente, tales efectos también pueden surgir en la prosa artística. Tomemos por ejemplo la impresión de liquidez producida por la siguiente sentencia de la novela de Gide *L'Immoraliste*: "L'air lui-même semble un fluide lumineux où tout baigne, où tout plonge, où tout nage"⁴. Tales ejemplos, que son un gran desafío para el traductor, podrían multiplicarse indefinidamente.

En el uso de la onomatopeya como artificio estilístico, el efecto se basa no tanto en las palabras individuales como en una juiciosa combinación y modulación de los valores sonoros, que pueden ser reforzados por factores tales como la aliteración, el ritmo, la asonancia y la rima. El semántico se interesa más inmediatamente por la calidad onomatopéyica de las palabras particulares, aunque los dos problemas son a menudo inseparables, como se verá en seguida. Desde el punto de vista semántico ha de hacerse una distinción entre la onomatopeya primaria y la secundaria. Su forma primaria es la imitación del sonido mediante el sonido. Aquí el sonido es verdaderamente un "eco del sentido": el referente mismo es una experiencia acústica que es, más o menos, rigurosamente imitada por la estructura fonética de la palabra. Términos como *buzz* [zumbar], *crack* [crujir], *growl* [refunfuñar], *hum* [susurrar], *roar* [rugir], *squeak* [chillar], *squeal* [gritar], *whizz* [silbar], y otros muchos pertenecen a esta categoría. En la onomatopeya secundaria los sonidos evocan, no una experiencia acústica, sino un movimiento (*quiver* [temblar], *slink* [escabullirse], *slouch* [estar cabizbajo] *squirm* [retorcerse], *wriggle* [rebullir], o alguna cualidad física o moral, usualmente desfavorable (*gloom* [lobreguez], *grumpy* [gruñón], *maukish* [empalagoso], *slatternly* [desaliñado], *slick* [lagotero], *slimy* [viscoso], *sloppy*

¹ "Y siempre con palabras blandas y halagüeñas lo seduce."

² "El aliento de la noche flotaba sobre Galgala."

³ "El tomillo silvestre y el lirio de los valles, más blanco todavía que el amor de Leda, y el lepidio del riachuelo."

⁴ "El aire mismo parece un fluido luminoso donde todo se baña, donde todo se sumerge, donde todo nada."

[zarrapastroso], *sloth* [perezoso], *slovenly* [desgalichado], *sluggish* [haragán], *wry* [torcido]).

Se habrá reparado en que algunos de estos términos onomatopéyicos tienen ciertos elementos en común; en palabras de Bloomfield, hay un "sistema de morfemas formadores de raíces iniciales y finales, de significación vaga", con los que está asociada la "connotación intensa y simbólica" de tales términos. Por mencionar solo un grupo inicial que todavía no ha sido ejemplificado, los sonidos [sn] pueden expresar, según Bloomfield, tres tipos de experiencias: "ruidos respiratorios" (*sniff* [sorber], *snuff* [resollar], *snore* [roncar], *snort* [bufar]), "separación o movimiento rápido" (*snip* [tijeretear], *snap* [estallar], *snatch* [arrebatar]), y "acción de arrastrarse" (*snake* [culebrear], *snail* [deslizarse como un caracol], *sneak* [ratear]). Los grupos finales tienen funciones similares: son, por ejemplo, sugerencias de "luz o ruido grande" como en *blare* [bramar], *flare* [brillar], *glare* [fulgurar], *stare* [deslumbrar]¹.

Otro rasgo interesante de los modelos onomatopéyicos es que con frecuencia actúan mediante la alternancia de vocales. Sustituyendo una vocal por otra, cabe expresar ruidos diferentes: *snip* [tijeretear] — *snap* [estallar], *sniff* [sorber] — *snuff* [resollar], *flip* [chascuear] — *flap* [aletear] — *flop* [golpear]. Esto puede ocurrir incluso en la onomatopeya secundaria, como en la pareja *gleam* [centelleo] — *gloom* [tinieblas], cuyo contraste se manifiesta netamente en este pasaje de Zangwill: "The *gloom* of night, relieved only by the *gleam* from the street-lamp" [las tinieblas de la noche, solo mitigadas por el centelleo del farol]². Ejemplos similares se encuentran en otras lenguas: en francés, *craquer* "cruir" — *croquer* "rechinar", *siffler* "silbar" — *souffler* "soplar"; en húngaro, *döng* "zumbar" — *döng* "resonar". Es interesante saber que el mismo rasgo también ha sido observado en algunos idiomas africanos³. Análogamente a esta tendencia, se reduplican palabras y frases tales como *riff-raff* [gentuza³], *wishy-washy* [débil], *tit for tat* [taz a taz]; en francés, *cahincaha* [así, así], *clopin-clopant* [cojeando], *et patati et patata* [que patatín-patatán]. La "antifonía vocálica", como ha sido denominada⁴, desempeña un papel importante en las formas puramente imitativas e interjeccionales que están en los confines del lenguaje organizado: *tick-tock* [tictac], *click-clack* [clic, clac], *pit-a-pat* [pit, pat], *ding-*

¹ BLOOMFIELD, *Language*, pág. 245. Sobre modelos onomatopéyicos, véanse, v. gr., FIRTH, *op. cit.*, caps. 4 y 15; H. MARCHAND, "Motivation by Linguistic Form", *Studia Neophilologica*, XXIX (1957), págs. 54-66; ORR, *op. cit.*, cap. 3; RICHARDS, *op. cit.*, cap. 3; G. V. SMITHERS, "Some English Ideophones", *Archivum Linguisticum*, VI (1954), págs. 73-111.

² JESPERSEN, *Language*, pág. 401.

³ SMITHERS, *loc. cit.*, págs. 83 y sgs.

⁴ ORR, *op. cit.*, págs. 19 y sgs., en donde se hallarán muchos ejemplos excelentes.

dong [din, dan]; en francés, *pif, paf!* [zis, zas]. Tales alternancias vocálicas recuerdan sorprendentemente a las llamadas formas con "ablaut", o apofonía, de los verbos (*sing-sang-sung* [cantar-cantaba-cantado]), y a las parejas pronominales o adverbiales que expresan proximidad contra alejamiento: *these-those* [estos—esos]; en francés, *comme ci comme ça* "ni fu, ni fa"; en húngaro, *ez* "este"—*az* "ese", *itt* "aquí"—*ott* "allí", *igy* "de esta manera"—*úgy* "de esa manera". Conviene reparar en que muchas formas onomatopéyicas se basan no en alteraciones de vocales, sino de consonantes iniciales: *higgledy-piggledy* [a trochemoche], *helter-skelter* [al tuntún], *namby-pamby* [pamplina], *roly-poly* [rechoncho]; etc.

Apenas hay ningún aspecto de la semántica que haya despertado tanto interés como la onomatopeya. La voluminosa literatura al respecto se extiende desde las caprichosas fantasías sobre el color de los sonidos del habla hasta los experimentos realizados bajo las condiciones del laboratorio¹. Las implicaciones estilísticas², así como las puramente lingüísticas del fenómeno, han recibido igual atención³, y los valores vinculados a sonidos particulares—especialmente a la vocal [i]—han sido plenamente explorados⁴. Sería imposible exami-

¹ H. WISSEMANN, *Untersuchungen zur Onomatopöie I: Die sprachpsychologischen Versuche*, Heidelberg, 1954.

² Véanse especialmente M. CRESSOT, *Le style et ses techniques*, París, 1947, parte I, cap. 1; J. MAROUZEAU, *Précis de stylistique française*, 3.^a ed., París, 1950, cap. 1; TRUBETZKOY, *op. cit.*, págs. 16-29. Cf. también D. I. MASSON, "Some Problems in Literary Phonaesthetics", *Literature and Science*, Oxford, 1955, págs. 61-4, e I. FÓNAGY, *A költői nyelv hangtandó* ("Sobre la fonética del lenguaje de la poesía"), Budapest, 1959.

³ Una buena perspectiva bibliográfica del campo entero se encontrará en M. CHASTAING, "Le symbolisme des voyelles. Significations des i", *Journal de Psychologie*, LV (1958), págs. 403-23, 461-81. Además de las obras mencionadas ya, cabe señalar las siguientes: M. GRAMMONT, *Traité de phonétique*, 3.^a ed., París, 1946, parte III; J. M. KORINEK, "Laut und Wortbedeutung", *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, VIII (1939), págs. 58-65; R. LEHMANN, *Le sémantisme des mots expressifs en Suisse romande*, Romanica Helvetica, XXXIV, Berna, 1949; W. SCHNEIDER, "Ueber die Lautbedeutsamkeit", *Zeitschrift für deutsche Philologie*, LXIII (1938), págs. 138-79; A. SIEBERER, "Primäre oder sekundäre Lautbedeutsamkeit?", *Oesterreichische Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Klasse, Anzeiger*, LXXXIV (1947), págs. 35-52; M. WANDRUSZKA, "Ausdruckswerte der Sprachlaute", *Germanisch-Romanische Monatsschrift*, XXXV (1954), págs. 231-40. Cf. asimismo JESPERSEN, *Language*, cap. 20; KRONASSER, *op. cit.*, cap. 19; K. KNAUER, "Grenzen der Wissenschaft vom Wort", *Akademie der Wissenschaften und der Literatur, Abhandlungen der Geistes- und Sozialwissenschaften, Klasse 13*, Maguncia, 1950.

⁴ CHASTAING, *loc. cit.*; O. JESPERSEN, "Symbolic Value of the Vowel i", *Linguistica*, Copenhague-Londres, 1933, págs. 283-303; M. WANDRUSZKA, "Der Streit um die Deutung der Sprachlaute", *Festgabe E. Gamillscheg*, Tübinga, 1952, págs. 214-27. Cf. sobre un sonido diferente W. HAVERS, "Zur Entstehung eines sogenannten sakralen u-Elementes in den indogermanischen Sprachen", *Oesterreichische Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Klasse, Anzeiger*, LXXXIV (1947), págs. 139-65.

reemplazada, en consecuencia, por rivales más expresivas tales como la francesa *petit*, la italiana *piccolo*, la rumana *mic*, etc. Esto parece bastante plausible, pero la vitalidad no disminuida del vocablo inglés *small*, que debe haber sufrido las mismas trabas y que, no obstante, ha resistido la presión de su sinónimo más expresivo, *little*, es una advertencia de que no se debiera conceder demasiada importancia a tales factores.

3) Incluso allí donde los sonidos parecen más naturalmente adaptados para expresar el significado, la onomatopeya solo entrará en juego cuando el contexto le sea favorable. El "contexto" ha de tomarse aquí en el sentido más amplio definido en el capítulo 2: abarca tanto el engarce verbal como el contexto de situación. El primero puede influir sobre la onomatopeya de dos modos. Cualquiera que sea la fuerza expresiva que pueda haber latente en una palabra, solo cobrará vida si se ajusta al efecto general de la locución. El verbo *ring* en el sentido acústico es, como ya se indicó, onomatopéyico en sí mismo, pero esto es meramente una cualidad potencial que aguarda una oportunidad para manifestarse. El verbo no tendrá valor expresivo alguno en una sentencia ordinaria como "Please ring the back-door bell" [Haga el favor de tocar la campana de la puerta trasera], pero está cargado de tonalidades onomatopéyicas en la canción de Ariel: "Sea-nymphs hourly ring his knell" [las ondinas, cada hora, hacen doblar las campanas] (*The Tempest*, acto I, escena 2).

El contexto puede también reforzar la calidad expresiva de una palabra acomodándola a un modelo adecuado de sonidos. Así, el valor onomatopéyico de la palabra *silver* [plata], que se mantiene oculto en muchos contextos neutrales, se patentiza de manera sorprendente gracias a la estructura fonética del siguiente pasaje:

And the enchanted moonlight seemed transformed
Into the silvery tinkling of an old
And gentle music-box...

Edith Sitwell, *Colonel Fantock*¹.

Los efectos onomatopéyicos dependerán asimismo de la situación en que se pronuncie una palabra o una sentencia. Nada podría ser más simple y más banal que la pregunta francesa. "Qui te l'a dit?", "¿Quién te lo ha dicho?". Y, sin embargo, estas palabras están henchidas de significación trágica, poderosamente auxiliada por la onomatopeya, en la *Andromaque*, de Racine, en donde Hermíone, cegada por los celos, ordena a Orestes que asesine a Pyrrhus y, cuan-

¹ "Y la encantada luz de la luna parecía transformada en el tintineo argentino de una vieja y dulce caja de música."

do aquel viene a decirle que así lo ha hecho, se vuelve hacia él como una furia, gritando histéricamente: "Qui te l'a dît?" (acto V, escena 3).

De una manera más general, ciertas situaciones y ambientes son propicios para la onomatopeya, mientras que otros son prácticamente impermeables a ella. Florecerá en el habla emocional y retórica, cuyo efecto general contribuye a reforzar. Estará también a sus anchas en las formas de lenguaje espontáneas, expresivas y no sofisticadas, tales como la charla de los niños, el habla familiar y popular, y los dialectos y germanías. El poeta y el escritor de prosa artística explotarán hasta el máximo estos recursos. Por otro lado, las variedades de estilo más restringidas, neutras y positivas utilizadas por los científicos, diplomáticos, funcionarios públicos, comerciantes, etcétera, tendrán poco o ningún espacio para la onomatopeya; en estas formas no emocionales de locución la expresividad estaría fuera de lugar y rara vez hará acto de presencia¹.

4) Hace más de medio siglo, Maurice Grammont enunció un importante principio concerniente a la onomatopeya: "Un mot n'est une onomatopée qu'à condition d'être senti comme tel"². Esto introduce un elemento subjetivo en el estudio de la motivación fonética. Aunque habría un grado razonable de conformidad sobre los tipos más obvios de onomatopeya, tales como las interjecciones imitativas, los casos más sutiles y más interesantes serán a menudo una cuestión de opinión personal; su evaluación dependerá de la sensibilidad del que habla, de su imaginación, su fondo cultural y otros imponderables. Sería posible idear algún método estadístico, sobre las líneas de los experimentos discutidos en el último capítulo, para establecer una especie de reacción media a palabras específicas, pero todavía habría que contar con la influencia del contexto, y cabe preguntar si la red estadística sería lo bastante fina como para apresar estos delicados y elusivos fenómenos. Entre tanto, hay muchos ejemplos de escritores creadores que descubren tonos onomatopéyicos donde el hombre ordinario encontraría poca o ninguna motivación. En la *Ode to a Nightingale*, Keats especula sobre la calidad sugestiva de la palabra *forlorn* [desamparado]:

Charm's magic casements, opening on the foam
Of perilous seas, in faery lands forlorn.
Forlorn! the very word is like a bell
To toll me back from thee to my sole self.*

¹ Véase especialmente KORINEK, *loc. cit.*

² "Una palabra no es una onomatopeya más que a condición de ser sentida como tal." ("Onomatopées et mots expressifs", *Revue des Langues Romanes*, XLIV (1901), págs. 97-158: pág. 125.)

³ "El que hechizó las mágicas ventanas, abiertas a la espuma de mares peli-

El interés de los románticos franceses por la onomatopeya (véase anteriormente pág. 91) produjo algunas raras nociones sobre la materia. Balzac descubrió una "rectitud fantástica" y una "casta desnudez" en el adjetivo *vrai*, "verdadero" (*Louis Lambert*, pág. 4), mientras que Nodier, la principal autoridad en la onomatopeya, quedó admirado de la expresividad de la palabra *catacombe*: "Il est impossible de trouver une suite de sons plus pittoresques, pour rendre le retentissement du cercueil, roulant de degrés en degrés sur les angles aigus des pierres, et s'arrêtant tout à coup au milieu des tombes" ¹.

Las palabras extranjeras son particularmente idóneas para dar origen a fantasías onomatopéyicas que pueden sorprender al nativo como bastante extrañas. La palabra inglesa *Angels*, usada como nombre de lugar, le recuerda a Verlaine la calma y la frescura de un cisne ², en tanto que Vigny se entusiasma con la frase *for ever*, para siempre, que le parece incluso más melancólica que la francesa *pour toujours*, con sonidos tan vagos como la voz de los espíritus en las nubes ³.

No hace falta decir que los nombres propios ocupan una buena parte en estas especulaciones. Como hemos visto, el elemento sonoro en los nombres propios tiende a forzar nuestra atención con particular intensidad (véase anteriormente pág. 85), y nos obliga a encarecer sus posibilidades onomatopéyicas: desembarazada de cualquier significado, la fantasía del escritor tendrá el campo libre. Algunas de las asociaciones parecen perfectamente arbitrarias, aunque pueden muy bien tener un fondo personal, como cuando el poeta alemán Christian Morgenstern observa secretamente que todas las gaviotas tienen el aspecto de que su nombre fuese *Emma* ⁴. En otras ocasiones, una asonancia casual parece haber suscitado el proceso de leer significados recónditos en un nombre. Jules Romains, por ejemplo, discutiendo los ruidos de la calle Réaumur ("la rumeur de la rue Réaumur"), dice que el nombre mismo suena como un canto de ruedas y de paredes, como una trepidación de inmuebles, como la vibración del hormigón bajo el asfalto, como el zumbido de los trenes subterráneos ⁵. Es una conjetura cierta que la imaginación del

grosos, desamparado en la tierra de las hadas. ¡Desamparado!, la palabra misma es como una campana cuyo tañido me trajera de ti hacia mí propio."

¹ "Es imposible encontrar una serie de sonidos más pintorescos para traducir el estruendo del ataúd, rodando de peldaño en peldaño sobre los ángulos agudos de las piedras, y deteniéndose de golpe en medio de las tumbas." (Citado por NYROP, *Sémantique*, pág. 7.)

² "*Angels!* ô nom "revu", calme et frais comme un cygne." (*There.*)

³ *Correspondance*, ed. por Sakellariðes, pág. 139.

⁴ Sobre este pasaje citado con frecuencia, véase recientemente el comentario de P. TROST en *Omăgiu lui Iorgu Iordan*, Bucarest, 1958, pág. 869, n. 1.

⁵ "La rumeur de la rue Réaumur. Son nom même qui ressemble à un chant de roues et de murailles, à une trépidation d'immeubles, à la vibration du béton

autor fue puesta en movimiento por la similitud fonética entre las palabras *rumeur* y *Réaumur*, que se encontraban una al lado de otra al comienzo del pasaje.

En otros casos, los valores onomatopéyicos atribuidos a un nombre propio son dictados por asociaciones externas. Alphonse Daudet, por ejemplo, sentía que *Bethlehem* era un nombre "legendario y dulce, cálido como la paja del establo milagroso"¹. Proust desarrolló una verdadera *mystique* en torno a las potencias latentes de los nombres propios. Por una especie de autosugestión descubría en el sonido y en la configuración de un nombre algunas de las cosas que sabía sobre su portador; *Coutances*, por ejemplo, se le aparecía como una "catedral normanda, que su diptongo [sic] final, graso y amarillento, corona con una torre de manteca"—una referencia evidente al comercio de manteca por el que la ciudad es renombrada².

La expresividad de ciertas combinaciones de sonidos puede influir sobre un escritor en la elección de los nombres para sus personajes. Boileau ya previno a los poetas:

D'un seul nom quelquefois le son dur ou bizarre
Rend un poëme entier ou burlesque ou barbare.

L'Art poétique, canto III³.

Muchos efectos cómicos o grotescos se han obtenido de la forma ridícula de los nombres ficticios, tales como el Profesor *Teufelsdröckh* de *Sartor Resartus*, el Barón *Thunder-ten-tronckh* del *Candide*, de Voltaire, y los extraños nombres que aparecen en *Gulliver's Travels*.

Esta búsqueda de la motivación se ha extendido inclusive a la palabra escrita. Algunos escritores declaran sentir una analogía entre el significado de ciertas palabras y su figura visual. El poeta Leconte de Lisle dijo una vez que si el vocablo para designar al "pavo", *paon* (pronunciado *pâ*), llegara a escribirse sin la *o*, ya no se vería al ave desplegando su cola⁴. Yendo todavía más lejos, Paul Claudel percibe en las dos *t* del sustantivo francés *toit* "tejado" las dos

sous l'asphalte, au bourdonnement des convois souterrains..." (*Les amours enfantines*, París, Flammarion, pág. 302.)

¹ "Légendaire et doux, chaud comme la paille de l'étable miraculeuse." (*Le Nabab*, citado según NYROP, *Sémantique*, pág. 5.)

² "Coutances, cathédrale normande, que sa diptongue finale, grasse et jaunissante, couronne par un tour de beurre." (*Du côté de chez Swann*, ed. 1954, vol. II, pág. 222.) Sobre la teoría de los nombres propios de Proust, véase J. VENDRYES, "Marcel Proust et les noms propres", *Choix d'études linguistiques et celtiques*, París, 1953, págs. 80-8. Cf. también mi *Style in the French Novel*, cap. 5.

³ "El sonido duro o estrafalario de un solo nombre hace a veces a un poema entero burlesco o bárbaro."

⁴ ORR, *op. cit.*, pág. 27.

vertientes de una casa, y descubre la caldera y las ruedas en la palabra *locomotive* "locomotora"¹. Estas extravagancias parecen querer remontarse a una forma más antigua de escritura en que los símbolos visuales eran directamente representativos de las cosas que significaban y todavía no habían quedado subordinados a la palabra hablada (véase anteriormente pág. 21).

2. Motivación morfológica y semántica

Otra gran categoría de palabras está motivada por su estructura *morfológica*. Una palabra como *preacher* [predicador] es transparente porque puede ser analizada en morfemas componentes que tienen por sí mismos algún significado: el verbo *preach* [predicar] y el sufijo *-er*, que forma nombres agentes a partir de los verbos (*speak-er* [hablador], *read-er* [lector], *sing-er* [cantor], *think-er* [pensador], etc.). Un extranjero que oye la palabra *preacher* por primera vez, la comprenderá si está familiarizado con el verbo y el sufijo. Ocasionalmente puede desorientarse por una falsa analogía: un *po-ser* [problema] no es una persona que posa (*poses*), ni una *supper* [cena] es una persona que cena (*sup*). En la mayoría de los casos, sin embargo, funcionará el sistema.

Las palabras compuestas son motivadas de la misma manera. Cualquiera que conozca sus componentes comprenderá formaciones como *penholder* [portaplumas] o *penknife* [cortaplumas]; con un poco de imaginación también será capaz de adivinar el significado de *pen-friend* [aficionado a escribir], *penman* [pendolista], o *pen-name* [seudónimo]. En muchos casos la conexión entre los dos elementos puede ser remota u oscura, como por ejemplo en *butterfly* [mariposa; literalmente, manteca-mosca], *kingfisher* [alción; lit., rey-pescador] o *lady-bird* [cochinilla; lit., dama-pájaro], pero no es menos obvio que tales palabras están morfológicamente motivadas.

Un tercero y último tipo de motivación se basa en factores *semánticos*. Cuando hablamos del *bonnet* [bonete] o la *hood* [caperuza: capota] de un coche, de una *coat* [casaca: capa] de pintura, o de patatas cocidas con *jacket* [chaqueta: cáscara], estas expresiones son motivadas por la semejanza entre las prendas de vestir y los objetos referidos. Del mismo modo, cuando decimos *the cloth* [el paño: la sotana] en lugar del clero, o "town and gown" [la ciudad y la toga] en vez de "la ciudad y la Universidad", hay motivación semántica debido al hecho de que las vestiduras en cuestión están estrechamente asociadas con las personas a las que designan. Ambos tipos de expresión son figurativos: el primero es metafórico, basado

¹ BALLY, *Linguistique générale et linguistique française*, pág. 133, n. 1.

en alguna semejanza entre los dos elementos; el segundo es metonímico, fundado en alguna conexión externa.

Los tres tipos de motivación dan cuenta de una proporción muy considerable del vocabulario: abarcan todos los términos onomatopéyicos, los derivados, los compuestos y las expresiones figuradas del lenguaje. Solo aquellas palabras que no son motivadas de ninguna de estas maneras pueden calificarse de convencionales.

Aunque hay algunas diferencias importantes entre la motivación morfológica y la semántica, poseen ciertos rasgos en común que las distinguen de la onomatopeya:

1) En muchos casos, una palabra es motivada tanto morfológica como semánticamente. El nombre de la planta llamada *bluebell* [campanilla; literalmente "campana azul"], por ejemplo, tiene tal motivación mixta: es un compuesto transparente y al mismo tiempo una metáfora basada en la forma acampanada de la flor. Análogamente, el nombre del pájaro *redbreast* [petirrojo, pechicolorado] está motivado por su estructura morfológica y también por la metonimia que lo fundamenta: es denominado así por su pecho rojo, la parte da su nombre al todo¹.

2) Estos dos tipos de motivación tienen también en común el que ambos son "relativos": nos permiten analizar las palabras en sus elementos, pero no pueden explicar estos mismos elementos. Por tomar algunos de los ejemplos recién citados: *preacher* es motivado, pero *preach* no lo es; *penknife* es transparente, pero *pen* y *knife* son opacos; el *bonnet* de un coche es llamado así porque se asemeja a un cubrecabezas, pero *bonnet* es un nombre convencional. Siempre se llega a un punto en que los análisis morfológico y semántico tienen que detenerse: más allá está o bien la onomatopeya o bien el puro convencionalismo. En este sentido, la onomatopeya es la única forma de motivación que cabe describir como "absoluta". El principio de la motivación relativa fue formulado por primera vez por Saussure², pero lo limitó a los compuestos y derivados, siendo así que el lenguaje figurado opera patentemente de la misma manera.

A veces hay diversas capas de motivación, que pueden identificarse por un proceso de "reducción semántica". La palabra *coxcorn* puede servir como una ilustración de este proceso³. Cuando se

¹ Esta es la figura conocida como "sinécdoque" o "la parte por el todo". La relación entre estas varias figuras se discutirá en el cap. 8.

² *Op. cit.*, págs. 180 y sgs.; cf. BALLY, *Linguistique générale et linguistique française*, págs. 127 y sgs.; ENGELS, *loc. cit.*; I. ZAWADOWSKI, "The So-called Relative Motivation in Language", *Omgiu lui Iorgu Iordan*, págs. 927-37; *id.*, *Constructions grammaticales et formes périphrastiques*, Cracovia, etc., 1959, cap. 6, sección 1.

³ Para los ejemplos que siguen, véanse el NED y el *Shorter OED*.

aplica a los seres humanos, esta palabra significó originalmente un "simplón" y luego una "persona fatua, vana, presuntuosa, un pisa-verde". Las dos citas siguientes muestran la diferencia entre los dos significados:

O murderous *coxcomb*! What should such a fool
Do with so good a wife?

Othello, acto V, escena 2¹.

Some are bewildered in the maze of schools,
And some made *coxcombs* nature meant but fools.

Pope, *Essay on Criticism*, vs. 26-7².

Ambos usos están motivados semánticamente: son metáforas derivadas de la palabra *cockscorb* [cresta de gallo] en el sentido literal. Entre los significados propio y figurativo hubo en otro tiempo un eslabón intermedio que después desapareció: el uso del término *coxcomb* para denotar, mediante una metáfora pintoresca, el capirote rojo de un bufón:

KATHERINA: What is your crest — a *coxcomb*?

PETRUCHIO: A *combless cock*, so Kate will be my hen.

The Taming of the Shrew, acto II, escena 1³.

Pero la motivación no se detiene en esta etapa: el uso de la palabra *comb* [peine] para describir la cresta del gallo, es a su vez una metáfora basada en la semejanza de los dos objetos. Es solamente en este punto cuando el análisis alcanza sus límites: nos quedamos con dos elementos simples e inanalizables, *cock* y *comb*, que deben ser o convencionales u onomatopéyicos. De los dos, *comb* es enteramente opaco, mientras que *cock* quizá quepa considerarlo como vagamente imitativo⁴.

3) Como la onomatopeya, bien que en un grado mucho menor, la motivación morfológica y semántica implica un elemento subjetivo. Para que una palabra sea motivada así, debe *sentirse* como un compuesto, un derivado o una expresión figurada. De nuevo sería posible inventar un método estadístico con el fin de determinar,

¹ "¡Oh imbécil asesino! ¿Qué había de hacer un mastuerzo semejante con una esposa tan buena?" SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1526.

² "Unos se descarrían en el laberinto de las escuelas, y otros se hacen pisa-verdes, aunque la Naturaleza solo intentó necios."

³ "CATALINA: ¿Cuál es vuestra cimera? ¿Una cresta?—PETRUCHIO: Un gallo sin cresta, si Cata fuera mi gallina." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1017.

⁴ Cf. Bloch-Wartburg, s. v. *coq.* y Lewis and Short, s. v. *coco*.

en casos marginales, hasta qué punto la gente percibe, o puede percibir la motivación de tales palabras. Los factores principales que pueden influir en semejante percepción quedarán más claros cuando hayamos considerado los modos como puede cambiar la motivación.

II. CAMBIOS EN LA MOTIVACIÓN

Dos tendencias opuestas operan durante todo el tiempo en el desenvolvimiento de la lengua: muchas palabras pierden su motivación, mientras que otras, que eran o se habían vuelto opacas, se hacen transparentes en el transcurso de su historia.

1. Pérdida de la motivación

1) *Pérdida de la motivación fonética*¹.—El factor capital que tiende a oscurecer la motivación de las palabras es el cambio de sonidos. Aunque las “leyes de los sonidos” no obran con “ciega necesidad”, como creía la escuela neogramática a fines del siglo pasado, afectan a las palabras en una medida bastante amplia de uniformidad, sin consideración al perjuicio que puedan causar a su motivación. Además, las palabras están expuestas a toda clase de accidentes fonéticos—asimilación, disimilación y similares—que pueden también anular sus efectos onomatopéyicos. Sin entrar en detalles, será suficiente citar unas cuantas palabras que han perdido su motivación de esta manera:

Latín *mūgire* > francés *mugir*, “mugir”. Debido al cambio de la [ū] latina a la [y] francesa, la palabra francesa, que es una formación tardía modelada sobre la latina, es menos expresiva que su réplica latina.

Latín vulgar *pīpio*, *pīpionem* > francés *pigeon* (de donde el inglés *pigeon* “pichón”). El término del latín vulgar, formado del verbo onomatopéyico *pīpire*, “piar”, era una imitación del chirrido de las crías de este ave, y la palabra significaba originariamente “palomino, pichoncillo” tanto en francés como en inglés (véase Bloch-Wartburg y el *Shorter OED*). Posteriormente, todo rastro de motivación fue eliminado por el cambio de sonidos, y esto facilitó sin duda el que la palabra adquiriese su significado presente; la forma del latín vulgar,

¹ Véase especialmente J. MAROUBEAU, “L’usure des onomatopées”, *Le Français Moderne*, III (1935), págs. 289-92; la mayoría de los ejemplos que siguen están tomados de este artículo. Cf. también ORR, *op. cit.*, págs. 17 y sgs.

con sus vocales altamente entonadas, no se habría ajustado muy bien al arrullo de las palomas.

Latín *cicada* > francés *cigale*, "cigarra".

Latín *ciconia* > francés *cigogne*, "cigüeña".

Latín *cycnus* > francés *cygne*, "cisne".

Estas tres palabras tienen cierta fuerza onomatopéyica en latín, a causa de la reduplicación del sonido [k] (Marouzeau, *loc. cit.*, página 291); en su paso del latín al francés, sin embargo, perdieron todo su valor imitativo¹.

Hasta qué punto puede una palabra variar de forma y de significado a partir de sus orígenes onomatopéyicos, se ve en los descendientes modernos del vocablo griego βάρβαρος, en latín *barbarus*. Este empezó como una imitación de los ruidos extravagantes producidos en un idioma extranjero incomprensible, pero nada del significado y motivación originales queda en el inglés *brave*, el francés *brave*, el alemán *brav*, etc., que derivan con toda probabilidad de la palabra latina². Por otro lado, las formas cultas tomadas directamente del latín, tales como las inglesas *barbarous* y *barbaric*³, o la francesa *barbare*, han retenido algo de la fuerza expresiva de su ascendencia; el efecto no está muy lejos del original en la "*barbarous dissonance*" de Milton (* *Paradise Lost*, libro VII, v. 32) o en el verso de Walt Whitman: "I sound my *barbaric* yawp over the roofs of the world" (* *Song of Myself*).

La destrucción de la onomatopeya por el cambio de sonidos no siempre se acepta pasivamente. Hay tres maneras en particular según las cuales puede evitarse o repararse el daño:

a) Sonidos que normalmente habrían cambiado o desaparecido, a veces son conservados o modificados para salvaguardar los valores expresivos. El francés *charivari*, "cencerrada, algazara, barahúnda", que procede de una palabra griega que significa "dolor de cabeza", habría perdido su primera *i* si se hubiera desarrollado normalmente, pero esto habría debilitado el efecto onomatopéyico de la palabra, de suerte que la vocal ha sido mantenida (Bloch-Wartburg). El verbo latino *tinnitare* habría dado * *tenter* en francés; en lugar de ello, tenemos la forma modificada *tinter*, "tañer, retiñir", que está mucho mejor adaptada al significado de la palabra (*ibid.*).

b) Una forma cuya motivación ha sido debilitada por el cambio de sonidos puede ser reemplazada por una nueva formación más

¹ *Cigale* y *cigogne* no descienden directamente del latín, sino que fueron tomadas del provenzal. (Bloch-Wartburg.)

² MAROZEAU, *Le Français Moderne*, III, pág. 291; WANDRUSZKA, *Germanisch-Romanische Monatsschrift*, XXXV, pág. 239; *id.*, *Der Geist der französischen Sprache*, págs. 51 y sgs.

³ A través del término *barbarique* del francés antiguo (NED).

expresiva. Así, el latino *cuculus* había dado, por un desarrollo un tanto irregular, el vocablo *cocu* en el francés antiguo. Se sintió que este era inexpresivo y fue suplantado por el puramente imitativo *coucou*; aquel ha sobrevivido, sin embargo, en el francés *cocu* y en el inglés *cuckold* [cucillo: cornudo] como una metáfora burdamente jocosa basada en los notorios hábitos del pájaro (*ibid.*, y Marouzeau).

c) Puede suceder incluso que un cambio fonético modifique el efecto onomatopéyico de una palabra sin anularlo completamente, y que el significado se altere para conformarlo al nuevo modelo de sonidos. Cuando el término latino *murmur*, que era admirablemente expresivo del bramido, el rugido y ruidos análogos, fue adoptado por el francés, las [u] se cambiaron en [y] y la palabra llegó a denotar sonidos más suaves y ligeros. El inglés *murmur* [murmullo], que proviene del francés, tiene asimismo un esquema vocálico y un valor onomatopéyico diferentes. Un ejemplo de poesía en cada lengua ayudará a poner de relieve el contraste:

magno misceri *murmure* caelum.

Eneida, libro IV, v. 160¹.

Ou l'onde qui *murmure* en caressant ces rives.

Lamartine, *Chant d'amour*².

The surge *murmurs* of the lonely sea.

Keats, *Endymion*, libro I³.

Un caso interesante es el de la palabra **retinnitire* del latín vulgar, que pertenece a la misma familia que el verbo *tinnitare*, en francés *tinter*. Como acabamos de ver, este último conservó su motivación modificando el sonido vocálico crucial. En **retinnitire*, las leyes fonéticas pudieron seguir su curso, dando *retentir* en el francés moderno, pero el significado se ha alterado levemente para ajustarse a la forma: de la idea de "tañer" o "tintinear" ha pasado a la de "resonar" (Marouzeau).

2) *Pérdida de la motivación morfológica y semántica.*—La pérdida de la transparencia morfológica puede ocurrir de tres modos principales:

a) Los cambios fonéticos pueden desempeñar una vez más un papel decisivo en la destrucción de la motivación. Las partes de que está constituido un compuesto pueden enlazarse hasta tal punto que aquel se convierta en una unidad opaca e inanalizable. La pala-

¹ "Un sonido confuso y retumbante se originó en el cielo."

² "O la onda que susurra al acariciar estas riberas."

³ "Los murmullos agitados del mar solitario."

bra inglesa *lord* [señor], por ejemplo, procede del inglés antiguo *hlāford*, anteriormente *hlāfweard*, un compuesto perfectamente transparente de *hlāf*, "loaf" [pan, hogaza], y *weard*, "ward" [guardián] (NED). Como los dos elementos se han fundido, la palabra se ha vuelto un morfema indivisible. Algunos compuestos no han ido tan lejos en el camino hacia la coalescencia. Aunque la etimología de *breakfast* [desayuno; literalmente: rompe-ayuno], *blackguard* [pela-fustán; literalmente: negro-guarda], *boatswain* [contraemaestre; literalmente: bote-zagal] y cierto número de palabras similares ha sido oscurecida por factores fonéticos y de otra índole (cf. más arriba, pág. 34), la ortografía tradicional todavía mantiene un poco de transparencia. El proceso puede incluso retroceder antes de seguir demasiado lejos: *grindstone* [piedra de amolar] se pronunciaba antiguamente [grinstən], pero se ha restituido a su pronunciación etimológica¹.

El cambio de sonidos puede también romper el vínculo entre un derivado y su palabra-raíz, privando así al primero de su motivación. Del vocablo latino *directus*, se formó en el latín vulgar un verbo transparente, **directiare*. Posteriormente, *directus* se convirtió en *droit*, "derecho, recto", en el francés, mientras que **directiare* se transformó en *dresser*, "enderezar, adiestrar, etc.". Para el hablante moderno ya no hay ninguna conexión entre los dos términos, ni guardan ninguna semejanza con la forma culta *direct* [directo], tomada del latín en la Edad Media (Bloch-Wartburg). Esto se refleja asimismo en el inglés, donde nadie, salvo un etimologista, conectará *dress* [aderezo, atavío] con *direct* [directo, derecho].

b) Los compuestos y derivados pueden perder también su motivación si cualquiera de sus elementos cae en desuso. Los días de la semana son un caso a propósito. Solamente *Sunday* [domingo; literalmente: día del Sol] y, quizá, *Monday* [lunes; literalmente: día de la Luna] son plenamente analizables en inglés; los demás se han vuelto opacos desde la desaparición de las deidades paganas en las que se basaban. Las palabras inglesas están al menos parcialmente motivadas por la presencia del elemento *-day*, pero los nombres franceses ni siquiera tienen ese apoyo: el *-di*, del latín *dies* "día", no ha sobrevivido como una palabra independiente, sino como un oscuro sufijo en *lundi* [lunes], *mardi* [martes], etc., y en *midi* [mediodía], y como un prefijo en *dimanche* [domingo]; la palabra ordinaria para "día", *jour*, proviene de la latina *diurnum*².

El mismo factor puede anular también la motivación de los derivados. *Visage* fue motivado en el antiguo francés por la existencia

¹ O. JESPERSEN, *A Modern English Grammar on Historical Principles*, parte I, 4.^a ed., Heidelberg, 1928, pág. 118.

² Cf. W. V. WARTBURG, *Von Sprache und Mensch*, Berna, 1956, cap. 3.

de su palabra-raíz, el sustantivo *vis* "cara"; desde la desaparición del último, *visage* ha cesado de ser analizable.

c) Hasta cuando los elementos están vivos y fonéticamente intactos, los compuestos y derivados perderán su motivación si hay una brecha demasiado amplia en cuanto al significado entre ellos y sus componentes. El término francés *débonnaire* [bondadoso, complaciente], que también ha pasado al inglés, procedía de la frase *de bonne aire*, que originariamente significaba "de buena cepa", pero sólo el etimologista advertirá su conexión con *aire*, "nido de ave de rapiña": para el hombre ordinario, *débonnaire* es enteramente opaco (cf. Bloch-Wartburg, s. v. *aire*). Los derivados están expuestos al mismo proceso: ¿quién asociaría *contemplate* [contemplar] con *temple* [templo], *consider* [considerar] con *sideral*, o el francés *regarder* [mirar] con *garder* [guardar]? En inglés la última pareja incluso se escribe de modo diferente: *regard* — *guard*, lo cual es usualmente una señal de que no se percibe ninguna conexión entre dos palabras.

La pérdida de la *motivación semántica* puede resultar de los mismos factores. El cambio fonético no es de gran importancia aquí, aunque cabe que se haga sentir en circunstancias especiales. Así, el vocablo francés *pavillon*, inicialmente significaba "tienda de campaña" y provenía del latino *papilio*, *papilionem* "mariposa"; fue, al comienzo, una metáfora gráfica sugerida por la semejanza entre una tienda y las alas extendidas del insecto. Pero ninguna huella de esta conexión queda en el francés moderno, en donde la mariposa se llama *papillon*, una forma irregular que no muestra el cambio normal francés de [p] a [v] entre vocales (Bloch-Wartburg). Puede suceder igualmente que los significados literal y traslaticio de una palabra se diferencien por estar ligados a formas variantes: en alemán *Rabe* "cuervo" — *Rappe* "caballo negro"; en inglés *person* [persona] — *parson* [clérigo], etc.¹.

Si el sentido literal de una palabra cae en desuso, su significado figurativo perderá su motivación². Quizá el ejemplo más famoso de este proceso sea la palabra francesa para designar la "cabeza", *tête*, cuyo antepasado latino *testa*, significaba "olla, cántaro, carapa-

¹ Véase ya H. PAUL, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, cap. 14. Sobre el desenvolvimiento semántico de la palabra *person*, véase H. RHEINFELDER, "Das Wort 'Persona', *Beihefte zur Zeitschrift für Romanische Philologie*, LXXVII (1928).

² Lo mismo es aplicable a las frases y locuciones figuradas, que se vuelven opacas cuando su significado literal no puede ya comprenderse. Hay un análisis interesante del proceso en una novela inglesa reciente que describe el estado del mundo después de una guerra nuclear: "Tan poco sabía ella de lo que el futuro le tenía reservado como lo había sabido antes; solo sabía que en lugar de temerle lo anhelaba, que en lugar de una helada que entumeciera sus facultades, era una suave mañana de primavera, preñada de promesas. Así pensaba ciertamente en él, con metáforas diseñadas desde hacía mucho tiempo. El hábito mental

cho" y se aplicó a la cabeza metafóricamente en el latín vulgar¹. Cuando el primitivo significado desapareció, *tête* "cabeza" se volvió opaco y ahora está rodeado de sinónimos más expresivos y iocosos, tales como *poire* "pera" y *citrouille* "calabaza". Un ejemplo menos conocido es la historia de la palabra *scrupule*. En latín, *scrupulus* significaba literalmente una "piedra pequeña, afilada o puntiaguda", y figuradamente "inquietud, escrúpulo, ansiedad"². Puesto que el significado literal ha desaparecido y solo ha sobrevivido el figurado, la palabra ha quedado inmotivada³.

Cuando la fisura entre el significado original y el traslaticio se hace demasiado ancha, se pierde la motivación y los dos sentidos se percibirán como pertenecientes a dos palabras separadas. Hay muchos ejemplos de esta tendencia: *pupil*, "pupilo, discípulo" y "pupila, niña del ojo"; *collation*, "comparación" y "refacción ligera", etc. Para restablecer el enlace entre los dos sentidos de la última palabra, se requiere alguna información especial acerca de su historia; se sabe entonces que en los monasterios benedictinos se solían leer antes de las completas pasajes de las *Collationes Patrum*, de Casiano, y estas lecturas iban seguidas de una comida ligera que se llamó *collation* a causa de su conexión fortuita con el libro (*NED*). En algunos casos, la pérdida de motivación puede estar acompañada por diferencias en la ortografía, pero este no es un criterio infalible. En inglés, *metal* [metal] y *mettle* [temple, coraje], que originariamente eran una sola palabra, se escriben de modo diferente y sin embargo cabe dudar que la conexión haya sido completamente olvidada; en *Julius Caesar* (acto I, escena 1) encontramos escrito *metal* en el sentido figurado: "See whe'r their basest *metal* be not mov'd" [Ved cómo no se conmovió su rudo temple], y hay algunas pruebas de que las dos palabras todavía están conectadas en la actualidad en el habla de ciertas gentes⁴.

muere difícilmente; los supervivientes de la tercera guerra mundial ayudaban a sus pensamientos con imágenes de preguerra. En el Nuevo Mundo no había heladas ni suaves mañanas de primavera: la guerra las había barrido, junto con todos los demás cambios de clima, temperatura y estación; tenían este marzo uniforme y perpetuo, con un viento de levante que realmente se hacía más agudo hacia el anochecer y un cielo gris que el sol nunca traspasaba por completo. Pero el lenguaje no se había adaptado a las nuevas condiciones meteorológicas; era todavía, como el nuestro es ahora, un almacén de metáforas muertas; todavía conservaba frases como *con las dagas desenvainadas*, aunque nadie en el Nuevo Estado tenía una daga." (L. P. HARTLEY, *Facial Justice*, Londres, 1960, págs. 115 y sgs.)

¹ Sobre el significado exacto de esta metáfora, véase recientemente BENVENISTE, *Word*, x, págs. 255 y sgs.

² Véase LEWIS and SHORT.

³ La existencia de otra palabra *scruple*, que significa "una unidad de peso o de tiempo, una cantidad o porción pequeña" (*NED*, s. v. *scruple*, sb. ¹), no proporciona ninguna motivación para *scruple* en el sentido abstracto.

⁴ Véase WEEKLEY, *op cit.*, págs. 144 y sgs., en donde se cita un artículo de pe-

Como ya se ha apuntado (pág. 106), la motivación morfológica y semántica es hasta cierto punto una cuestión subjetiva. Un escritor interesado por las palabras, sensible a sus matices e implicaciones, y familiarizado con su historia apreciará mejor su derivación que un hombre no sofisticado. Podría incluso intentar, cuando se le ofreciese la oportunidad, *revitalizarlas* devolviéndolas a sus orígenes etimológicos. Esto puede hacerse o bien por un comentario explícito o bien implícitamente, colocando la palabra en un contexto que revele de repente su fondo escondido. Chaucer usa el primer método cuando desvela la etimología de la palabra *daisy* [margarita]:

That men by resoun wel it calle may
The *dayesie*, or elles the *ye of day*,
The emperice, and floure of floures alle.

The Legend of Good Women, prólogo, vs. 183-5¹.

T. S. Eliot elige la técnica más sutil del efecto de contraste cuando procura restituir a la palabra *revision* su pleno valor etimológico:

And time yet for a hundred indecisions,
And for a hundred *visions* and *revisions*,
Before the taking of a toast and tea.

*The Love Song of J. Alfred Prufrock*².

Rabelais procede de la misma manera cuando "remotiva" el verbo *avaler*. Este verbo, derivado del antiguo sustantivo *val* "valle", originalmente significaba "bajar", y aún conserva esta acepción en algunos usos técnicos; su significado principal, sin embargo, es "tragar, engullir". Rabelais revive audazmente la conexión empleando el verbo en su significado ordinario y contrastándolo además con *monter* "subir, ascender": "Si je montasse aussi bien comme je *avalle*, je feusse désjà au dessus la sphere de la lune"³.

riódico que dice que un creciente número de personas no discriminan entre *metal* y *mettle*, y escribirían, por ejemplo: "Margaret was on her *metal*."

¹ "Que los hombres porque resuena bien llaman a la maya margarita, o de otro modo el ojo del día, la emperatriz y la flor de todas las flores."

² "Y pasan el tiempo en cien indecisiones, y en cien visiones y revisiones, antes de tomar una tostada y té." Cf. M. SCHLAUCH, *The Gift of Tongues*, ed. Londres, 1943, págs. 247 y sgs. (posteriormente titulado *The Gift of Language*, Nueva York, 1955).

³ "Si yo subiera tan bien como engullo, ya estaría por encima de la esfera de la luna." (Citado por W. v. WARTBURG, *Evolution et structure de la langue française*, 5.^a ed., Berna, 1958, pág. 161.) Otros ejemplos de metáforas revitalizadas en el francés se encontrarán en las *Proceedings of the Eighth International Congress of Romance Linguistics*, págs. 471-76.

Esta restauración de las etimologías es usualmente una forma de ingenio o de humor, pero puede adquirir implicaciones serias y hasta siniestras. En su novela corta *Thésée*, Gide resume la trascendencia simbólica de la automutilación de Edipo jugando con el *double entendre* de la frase *crever les yeux* "sacar, saltar los ojos — ser obvio, saltar a los ojos": "J'ai crevé mes yeux pour les punir de n'avoir pas su voir une évidence qui, comme on dit, aurait dû me crever les yeux"¹. En la pieza de Camus, *L'Etat de siège*, la Peste, símbolo de la ocupación nazi, amplía cínicamente la propiedad de la expresión diaria *s'exécuter* "someterse, cumplirse, obligar", conectándola con la idea de una "ejecución": "Magnifique! On y trouve tout! L'image de l'exécution d'abord qui est une image attendrissante et puis l'idée que l'exécuté collabore lui-même à son exécution, ce qui est le but et la consolidation de tout bon gouvernement"².

Esta técnica de "reducción etimológica", como ha sido llamada, puede convertirse en una verdadera obsesión para algunos escritores y pensadores³. Valéry, que, como otros simbolistas franceses, era un estudioso atento a las etimologías, revivió la motivación de algunas de las palabras discutidas en las páginas precedentes. La antigua conexión entre un guijarro y un escrúpulo cobra vida en la frase: "le ruisseau scrupuleux", "el arroyo escrupuloso"; el enlace que hay entre *templo* y *contemplar*, y entre *sideral* y *considerar* vuelve a forjarse en la grávida fórmula: "En insistant un peu sur les étymologies, on pourrait dire, avec une sorte de précision, que le croyant *contemple* le ciel, tandis que le savant le *considère*"⁴. Algunos filósofos van incluso más lejos y creen que pueden apresar la significación esencial de las palabras descubriendo su derivación. La lengua alemana, en donde la motivación es, como veremos, particularmente enérgica, se presta admirablemente a este género de etimologización. Este método desempeña un papel sobresaliente en la filosofía de Martin Heidegger, quien arguye, por ejemplo, que la palabra alemana *Entschlossenheit*, "resolución", significa realmente "apertura, estado de abierto", ya que está formada por la unión de la par-

¹ "Me he saltado los ojos para castigarlos por no haber sabido ver una evidencia que, como se dice, habría debido saltarme a los ojos." (59.^a ed., París, 1946, pág. 117.)

² "¡Magnífico! ¡En ella se encuentra todo! En primer lugar, la imagen de la ejecución, que es una imagen enternecedora, y después, la idea de que el ejecutado colabora en su propia ejecución, lo cual es la meta y la consolidación de todo buen gobierno." (París, 1948, págs. 117 y sgs.)

³ Véase sobre esta cuestión el interesante artículo de M. WANDRUSZKA, "Etymologie und Philosophie", *Etymologica*, págs. 857-71. Los ejemplos que siguen están tomados de este ensayo.

⁴ "Insistiendo un poco sobre las etimologías, se podría decir, con una especie de precisión, que el creyente *contempla* el cielo, mientras que el científico lo *considera*." (Citado por WANDRUSZKA, *loc. cit.*, pág. 865, de *Variété II*, pág. 52.)

tícula privativa *ent-* con el verbo *schliessen*, “cerrar”. Tales análisis parecen retroceder a la etapa precientífica de la etimología, cuando se creía firmemente que la derivación de las palabras puede dar una clave para su significado “real” y “propio”; el término *etimología* procede, en efecto, del griego *τὸ ἐτυμολογόν*, “verdad”. Las reconstrucciones de Heidegger no son tan ingenuas como las del etimologista del siglo VII, Isidoro de Sevilla, que conectaba el vocablo latino *mors*, “muerte”, con *amarus*, “amargo”, y con el dios *Mars*, “Marte”, pero son tan irreales como aquellas: así, saca toda clase de conclusiones de la relación entre los términos alemanes *hell*, “claro”, y *hallen*, “resonar”, pero olvida que la conexión es puramente histórica y no es aplicable al estado presente del lenguaje.

2. Adquisición de la motivación

1) *Adquisición de motivación fonética*.—El caprichoso cambio de sonidos, que anula la expresividad de muchas palabras, puede dotar a otras de nuevos efectos onomatopéyicos. Del inexpressivo vocablo latino *fagus*, “haya”, el francés ha derivado la forma diminutiva *fouet*, “látigo, azote”, y el verbo *fouetter*, “azotar”, que tienen cierta calidad imitativa (cf. Saussure, pág. 102). Los verbos franceses *gémir*, “gemir, sollozar”, y *geindre*, “gimotear, lloriquear”, tienen más fuerza onomatopéyica que el latino *gemere*, del que se han derivado a través de una serie de cambios fonéticos y morfológicos. El nombre propio *Cicero* se ha vuelto más expresivo en el italiano *cicerone*, en donde las [k] se han cambiado en [tʃ], y esto puede haber influido a su vez en el significado, puesto que el nuevo sonido estaba admirablemente adaptado a la cháchara de un guía¹.

2) *Adquisición de motivación morfológica y semántica*.—La motivación morfológica puede adquirirse por el proceso comúnmente conocido como “etimología popular”². Este término ha sido criticado a menudo, y ciertamente “popular”, apenas es una descripción adecuada, ya que algunos de estos errores fueron cometidos no por el “pueblo”, sino por la gente ilustrada o semi-ilustrada: los copistas medievales, los humanistas del Renacimiento y similares. “Eti-

¹ MIGLIORINI, *op. cit.*, pág. 141; cf. anteriormente, pág. 89.

² Para la rica bibliografía al respecto, véanse las obras reseñadas en mis *Principles of Semantics*, pág. 91, n. 2, a las que cabe añadir las recientes aportaciones siguientes: G. GOUGENHEIM, “La fausse étymologie savante”, *Romance Philology*, I (1948), págs. 277-86; J. ORR, “L'étymologie populaire”, *Revue de Linguistique Romane*, XVIII (1954), págs. 129-42; V. PISANI, “Ueber Volksetymologie”, *Omaggio lui Al. Graur*, págs. 633-43; A. W. READ, “English Words with Constituent Elements having Independent Semantic Value”, *Philologica: The Malone Anniversary Studies*, Baltimore, 1949, págs. 306-12; J. VENDRYES, “Pour une étymologie statique”, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, XLIX (1953), págs. 1-19.

mología asociativa", término sugerido por el profesor Orr¹, sería más apropiado, pero, probablemente, es demasiado tarde para cambiar el uso lingüístico sobre este punto. La fuerza impulsora que hay detrás de la etimología popular es el deseo de motivar lo que es o se ha vuelto opaco en la lengua. Como ha declarado un lingüista francés recientemente, "l'étymologie populaire est une réaction contre l'arbitraire du signe. On veut à tout prix expliquer ce dont la langue est bien incapable de fournir l'explication"². La motivación que las palabras reciben de este modo es psicológica más que histórica; se basa en las asociaciones del sonido con el sentido, y nada tienen que ver con los hechos de la etimología científica.

La etimología popular es uno de los aspectos más conocidos de la semántica; bastará, por tanto, mencionar brevemente sus formas más características e ilustrarlas con uno o dos ejemplos:

1) En algunos casos, la nueva motivación afectará al significado de una palabra, pero dejará intacta su forma. El adjetivo francés *ouvrable* se deriva del antiguo verbo *ouvrer* (latín *operari*), "obrar, trabajar", que fue reemplazado por *travailler* en el siglo XVII, y solo ha sobrevivido en el uso técnico. Desde el eclipse virtual de *ouvrer*, *ouvrable* ha entrado en la órbita del verbo *ouvrir*, "abrir", de suerte que *jour ouvrable*, "día laborable", es comúnmente interpretado como un día en que están abiertas las tiendas, oficinas, etc.

2) Inversamente, hay casos en que la nueva motivación alterará la forma de una palabra, mientras que el significado permanecerá invariable. Un ejemplo muy conocido es el vocablo inglés *bridegroom*, "novio", que procede del antiguo inglés *brȳdguma*, un compuesto de *brȳd*, "bride" [boda] y *guma*, "man" [hombre]. Cuando el último término desapareció, el segundo elemento del compuesto se volvió opaco y posteriormente se identificó con la palabra *groom*, "mozo"; de aquí la forma moderna, que se remonta al siglo XVI (*NED*).

3) En muchos casos, la etimología popular ejercerá su impacto tanto en la forma como en el significado de las palabras. El nombre alemán del diluvio bíblico, *Sündflut*, fue originariamente *sint-vluot*, "diluvio universal", el cual se alteró bajo la influencia de la palabra *Sünde* "pecado". Esta interpretación históricamente errónea no solo ha afectado a la forma, sino que también ha introducido la idea del pecado, y del castigo por los pecados, en el significado de la palabra. Un ejemplo interesante es el término arcaico y dialectal *sand-blind* "medio ciego, corto de vista, cegato". Usualmente es considerado como una deformación del antiguo inglés **samblind*, cuya pri-

¹ *Words and Sounds in English and French*, pág. 96.

² "La etimología popular es una reacción contra la arbitrariedad del signo. Se quiere explicar a todo trance aquello cuya explicación es incapaz de proporcionar el lenguaje." (VENDRYES, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, XLVIII, pág. 6.)

mera sílaba, el prefijo * *sam*, "medio, semi-", se volvió opaco y fue identificado falsamente con *sand* [arena]. Esta asociación no solo es responsable de la forma moderna, sino que también parece haber repercutido en su significado; en el diccionario del doctor Johnson encontramos la definición: "el que tiene un defecto en los ojos, en virtud del cual parece que flotan pequeñas partículas delante de ellos" ¹. En *The Merchant of Venice*, acto II, escena 2, la conexión espúrea con *sand* se manifiesta forzosamente cuando Launcelot Gobbo dice: "This is my true-begotten father, who, being more than *sand-blind*, high-gravel blind, knows me not" ².

4) En las lenguas que tienen un sistema no fonético de ortografía, la etimología popular puede limitarse a la palabra escrita sin afectar a su pronunciación. Así, el vocablo inglés *island* [isla] debe su *s* a la influencia de la palabra *isle*, islote, con la que no tiene conexión histórica, y la *g* de *sovereign* [soberano] es debida a la confusión con *reign* [reino] ³. Siempre hay una posibilidad de que tales letras mudas cobren vida merced a lo que se conoce como "pronunciación ortográfica". El término francés *legs* "legado, manda" se escribía originalmente *lais* y se derivaba del verbo *laisser* "dejar"; luego se remodeló su escritura bajo la influencia de la palabra latina *legatum*, y se asoció con el verbo *léguer* "legar". Finalmente, la ortografía empezó a reaccionar sobre el sonido, y hoy mucha gente pronuncia la palabra con una [g] ⁴.

Las palabras extranjeras son particularmente vulnerables a la etimología popular: se hallan inmotivadas y sin raíces en el idioma receptor, de tal manera que las asociaciones entre el sonido y el sentido tendrán el campo libre. Hay muchos ejemplos harto conocidos: el vocablo francés *choucroute* [col fermentada], del alsaciano *sürkrüt* (alemán *Sauerkraut*), como si fuera un compuesto de las palabras francesas *chou* "col" y *croûte* "corteza, costra"; el inglés *crayfish* o *crawfish* [cangrejo; literalmente: pez que se arrastra] del antiguo francés *crevice* (francés moderno *écrevisse*); los términos franceses *contredanse* [contradanza], de *country dance* [lit.: baile campesino], y *âne salé* (literalmente: "asno salado") de *Aunt Sally* [la tía Sara], y muchos más.

El contraste entre la etimología científica y la popular es otra advertencia de la necesidad de distinguir entre el punto de vista histórico y el descriptivo en la lingüística. Las ideas del hombre ordinario

¹ NED y STERN, *op. cit.*, pág. 234.

² "Este es el verdadero autor de mis días, que estando más que medio ciego, tres cuartos ciego [literalmente: más que ciego de arena, ciego de grava], no me conoce."

³ Shorter OED: cf. Bloch-Wartburg.

⁴ Véanse BLOCH-WARTBURG, y P. FOUCHÉ, *Traité de prononciation française*, París, 1956, pág. 421.

acerca de la derivación de las palabras son un hecho lingüístico digno de la atención del filólogo, incluso cuando contradicen su propio conocimiento de las etimologías. Esto ya era evidente para algunos de los gramáticos del sánscrito, y ha sido vigorosamente recalcado por Gilliéron y otros geógrafos lingüistas. Es, quizá, una señal de los tiempos el que en la primera edición del libro de Saussure, la etimología popular fuese desechada como un "fenómeno patológico", mientras que esta descripción desapareció de las ediciones sucesivas¹. El radio de acción de la etimología popular pudiera ser mucho más amplio de lo que hasta ahora se ha admitido. Sería interesante verificar una investigación estadística para encontrar por qué mucha gente conecta, efectivamente, *noise* [ruido] con *noisome* [fétido], *scare* [espantar] con *scarify* [escarificar], *nigger* [negro] con *niggard* [tacaño]², y otras parejas análogas de palabras no relacionadas históricamente. Entre tanto, el profesor Orr ha resumido con gran nitidez la afinidad fundamental entre la etimología culta y la popular:

L'étymologie populaire... ne diffère pas essentiellement de sa soeur savante, l'étymologie des philologues. Plus vivante, plus 'opérative' que cette dernière, elle fait instinctivement, intuitivement et du premier jet ce que fait l'autre intentionnellement, à grand renfort de bouquins et de fiches³.

La etimología popular puede también proporcionar *motivación semántica* a un término opaco. Cuando dos palabras son idénticas en sonido y no demasiado desemejantes en cuanto al significado, habrá una tendencia a reputarlas como una sola palabra con un sentido literal y otro traslaticio. (Un ejemplo interesante en inglés es *ear*, "oreja", nombre del órgano, y su homónimo *ear* que significa "espiiga o cabeza de los cereales". Las dos proceden de raíces enteramente diferentes, estando la primera relacionada con la alemana *Ohr* y la latina *auris*, y la segunda con la alemana *Ahre* y la latina *acus*, *aceris*. Su homonimia en inglés ha conducido a la invención de un en-

¹ *Op. cit.*, pág. 241; cf. I. IORDAN-J. ORR, *An Introduction to Romance Linguistics*, Londres, 1937, pág. 173, n. 1.

² Cf. las siguientes citas en READ, *loc. cit.*: "Skiing down a vast open side of a valley, with clear expanses of snow on all sides (a less *noisome* place would be difficult to find)." "Esquiando por la vasta y abierta ladera de un valle, con claras extensiones de nieve por todas partes (un lugar menos *fétido* sería difícil de encontrar)." "Truly a *scarifying* experience." "Verdaderamente una experiencia *escarificadora*." "Such conduct I should call, sir—with no disrespect to the coloured population—*niggardly*." "Tal conducta, señor, yo la calificaría—sin ningún desprecio para la población de color—*tacañamente*."

³ "La etimología popular no difiere esencialmente de su hermana culta, la etimología de los filólogos. Más viva, más *operativa* que esta última, hace intuitivamente, intuitivamente y del primer golpe lo que la otra hace intencionadamente, con gran refuerzo de libros y de fichas." (*Revue de Linguistique Romane*, XVIII, pág. 142.)

lace semántico totalmente injustificado por la historia: la mayoría de la gente consideraría, probablemente, la "oreja de los cereales" como una metáfora basada en la similitud entre la espiga y el órgano (Bloomfield, *Language*, pág. 436). Una vez más sería útil tener algunos datos estadísticos objetivos para mostrar por qué muchas personas perciben, o pueden percibir, estas conexiones espúreas.

La etimología popular puede entrar en juego incluso cuando las dos palabras no son idénticas, sino de un sonido meramente parecido. En tales casos, la forma de una de las palabras se alterará para hacerla homónima con la otra. Así, la francesa *souci* "caléndula, maravilla", proviene de *solsequia*, del antiguo latín, y originalmente nada tenía que ver con *souci* "cuidado, solicitud", derivada de la latina *sollicitare*. En el siglo xvi, sin embargo, la flor llegó a ser considerada como el símbolo del cuidado¹, y se acomodó su nombre de conformidad con ello: de una primitiva *soucie* y otras variantes, cambió a su forma moderna y así se identificó con la otra *souci* (Bloch-Wartburg). Un ejemplo análogo es la palabra francesa *flamme* "fleme, lanceta", que no tiene ninguna conexión histórica con *flamme* "llama"; procede de la greco-latina *phlebotomus* y tenía la forma *flieme* en el francés antiguo, que pasó al inglés como *fleam*. Posteriormente se asoció con la otra *flamme*, y su forma cambió hasta lograr la identificación completa (*ibíd.*). En el francés moderno, tanto *souci* "maravilla" como *flamme* "fleme", son motivadas; son consideradas como significados traslaticios de las palabras para designar "cuidado" y "llama".

III. CONVENCIONALISMO Y MOTIVACIÓN EN EL LENGUAJE

Fue uno de los descubrimientos más importantes de Saussure el de que la proporción de palabras transparentes y opacas varía característicamente de una lengua a otra y, a veces, de un período a otro en el mismo idioma. Incluso previó la posibilidad de que las lenguas pudieran clasificarse algún día sobre este fundamento, y esbozó una "tipología" rudimentaria basada en la motivación morfológica: distinguió entre lenguas "lexicológicas", que tienen preferencia por las palabras convencionales, y lenguas "gramaticales", que favorecen el tipo transparente. El inglés, en su opinión, es menos motivado que el alemán; el chino representa la forma extrema de opacidad, mientras que el indoeuropeo primitivo y el sánscrito están en el límite opuesto de la escala. En la historia de una misma lengua puede ha-

¹ Cf. un simbolismo similar en el nombre de la flor *pensée*, "pensamiento, trinitaria", considerada como símbolo de la *pensée*, "pensamiento, recuerdo". En el siglo xvi, la flor también era conocida como *herbe de la pensée*, "yerba del recuerdo". (Bloch-Wartburg, s. v. *penser*.)

ber un movimiento desde la motivación al convencionalismo, o viceversa, y el equilibrio de los dos elementos puede alterarse notablemente en el transcurso del tiempo. Así, el francés comparado con el latín muestra un aumento enorme en la proporción de términos opacos: la palabra latina *fabrica* "taller", basada sobre *faber* "forjador, herrero, etc.", ha quedado reducida por el cambio fonético a la inanalizable *forge*; *magister*, apoyada por *magis* "más", se ha vuelto puramente convencional en *maître*, y otras muchas palabras han evolucionado sobre líneas parecidas¹.

Aunque los términos "lexicológica y gramatical" no están muy felizmente escogidos, Saussure tuvo el mérito de formular el problema en todos sus aspectos principales. Sus ideas fueron seguidas por Bally y otros, y las conclusiones que han surgido de estos estudios no solo han arrojado nueva luz sobre la estructura de las palabras, sino que también han tenido repercusiones fuera de la lingüística².

Se habrá reparado en que las observaciones de Saussure sólo se aplican a la motivación morfológica. Con el fin de obtener un cuadro completo de la interacción de las palabras transparentes y las opacas, habría que examinar separadamente los tres tipos de motivación. Esto, sin embargo, está al presente más allá de nuestras fuerzas: aunque se pueden tener ciertas impresiones completamente definidas acerca de la frecuencia de la onomatopeya o la metáfora en una lengua dada, sería difícil formularlas con algún grado de precisión. Con la motivación morfológica estamos en un terreno más firme: es el más preciso y menos subjetivo de los tres tipos, y se destacan claramente ciertas amplias tendencias aun cuando no puedan ser estadísticamente formulables³. Me limitaré, por tanto, a este

¹ *Op. cit.*, págs. 183 y sgs.

² Véanse BALLY, *Linguistique générale et linguistique française*, págs. 341 y sgs.; V. GROVE, *The Language Bar*, Londres, 1949; E. LEISI, *Das heutige English*, 1.^a ed., cap. 12; WARTBURG, *Evolution et structure*, págs. 263 y sgs.; *id.*, *Problèmes et méthodes de la linguistique*, págs. 171 y sgs.; *id.*, *La posizione della lingua italiana*, Florencia, 1940, págs. 89-97; cf. también mi *Précis de sémantique française*, págs. 125 y sgs.

³ En su interesante reseña de mi *Précis de sémantique française* en *Language*, xxxi (1955), págs. 537-43, el profesor Weinreich se niega a admitir la relativa escasez de motivación morfológica en francés hasta que haya sido demostrada por datos estadísticos. Es, sin embargo, difícil de imaginar una prueba estadística para un rasgo que abraza el vocabulario entero de una lengua; además, uno de los puntos esenciales es la facilidad con que se forman nuevos compuestos y derivados en alemán en oposición al francés, y ninguna indagación estadística podría abarcar este fluido y elusivo proceso. En todo caso, la tendencia es tan obvia que no se precisa ninguna demostración numérica; de aquí el consenso general de la opinión sobre este punto. Cuando el profesor Weinreich sugiere que cabe hallar un ejemplo contrario para cada uno de los casos que yo he citado, esto quizá sea verdad del número limitado de ilustraciones dadas en el texto, pero sería difícil hacer otro tanto con respecto a las veintenas de casos similares que pueden sacarse sin esfuerzo de cualquier diccionario. De hecho, el

tipo de motivación e ilustraré el problema sobre un ejemplo concreto: la estructura del francés moderno en comparación con el inglés y el alemán, así como con los períodos primitivos de la historia del propio francés.

1. Inglés, francés y alemán

1) *Compuestos*.—Hasta una ojeada superficial a un diccionario alemán revelará que los compuestos son mucho más numerosos y formados con mucha más facilidad, en esa lengua que en francés o en inglés. Consideremos los siguientes ejemplos, en donde un compuesto transparente en alemán está emparejado con un término simple e inanalizable o con una formación culta greco-latina en los otros dos idiomas:

<i>Schlittschuh</i> ("trineo-zapato")	<i>skate</i>	<i>patin</i> [patín]
<i>Schnittlauch</i> ("corte-puerro")	<i>chive</i>	<i>cive</i> [cebollino]
<i>Fingerhut</i> ("dedo-sombrero")	<i>thimble</i>	<i>dé</i> [dedal]
<i>Handschuh</i> ("mano-zapato")	<i>glove</i>	<i>gant</i> [guante]
<i>Erdeil</i> ("tierra-parte")	<i>continent</i>	<i>continent</i> [continente]
<i>Wasserleitung</i> ("agua-conducto")	<i>aqueduct</i>	<i>aqueduc</i> [acueducto]
<i>Kehlkopf</i> ("garganta-cabeza")	<i>larynx</i>	<i>larynx</i> [laringe]
<i>Nilpferd</i> ("Nilo-caballo")	<i>hippopotamus</i>	<i>hippopotame</i> [hipopótamo]

El mismo modelo de los compuestos alemanes frente a las palabras greco-latinas en inglés y en francés reaparece en la terminología de muchas ciencias¹. Tomemos por ejemplo la lingüística y sus ramas principales:

<i>Sprachwissenschaft</i> ("lenguaje-ciencia")	<i>linguistics</i>	<i>linguistique</i> [lingüística]
<i>Lautlehre</i> ("sonido-doctrina")	<i>phonetics</i>	<i>phonétique</i> [fonética]
<i>Formenlehre</i> ("formas-doctrina")	<i>morphology</i>	<i>morphologie</i> [morfología]
<i>Bedeutungslehre</i> ("significado-doctrina")	<i>semantics</i>	<i>sémantique</i> [semántica]

profesor Weinreich solo da dos de tales ejemplos, uno de los cuales, el francés *parce que* — en alemán *weil*, "porque", no es pertinente, ya que concierne a las palabras-formas, mientras que el otro, el vocablo francés *petit-fils* — en alemán *Enkel*, "nieto", es un caso muy especial que surgió en el siglo XVI, en parte bajo la influencia de *grand-père*, "abuelo", y de términos afines, y en parte debido a la ambigüedad de la palabra *neveu* (latín *nepos*), que podría significar o bien "nieto" o bien "sobrino". (Bloch-Wartburg.) Sobre la necesidad de la estadística, véase también G. MOUNIN, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, LV (1960), pág. 50.

¹ Conviene notar que en muchos de estos casos el término culto también existe en alemán.

O tomemos algunos de los nombres tradicionales de los elementos químicos en alemán:

<i>Wasserstoff</i> ("sustancia acuosa")	<i>hydrogen</i>	<i>hydrogène</i> [hidrógeno]
<i>Sauerstoff</i> ("sustancia ácida")	<i>oxygen</i>	<i>oxygène</i> [oxígeno]
<i>Stickstoff</i> ("sustancia asfixiante")	<i>nitrogen</i>	<i>azote</i> [nitrógeno]

Hay también muchos compuestos alemanes que se traducen al inglés o al francés, no por una sola palabra, sino por una frase: *Kammerzofe*, "lady's maid" [camarera, doncella]; *Bedeutungswandel*, "change of meaning" [cambio de significado]; *Schuldbewusstsein*, "sense of guilt" [conciencia de culpabilidad] (literalmente: "ser consciente de culpa"); *Kadavergehorsam*, "blind obedience" [obediencia ciega] (literalmente: "obediencia de cadáver"); *Minderwertigkeitskomplex*, "inferiority complex" [complejo de inferioridad], etc. La facilidad con que pueden multiplicarse los ejemplos muestra, sin necesidad de estadística alguna, cuán fundamental es este rasgo en las tres lenguas. Como convendrán de buen grado todos los lectores de la prosa académica alemana, algunos de estos compuestos son extremadamente difíciles de verter al inglés y al francés, en especial cuando de ellos se forman derivados; hay que recurrir entonces a toscas paráfrasis, traduciendo *geisteswissenschaftlich* por "pertaining to the humane sciences" [perteneciente a las ciencias del espíritu], *geistesgeschichtlich* por "connected with the history of ideas" [relacionado con la historia de las ideas], etc.¹

2) *Derivados*.—La comparación de los derivados en inglés, francés y alemán nos proporciona un resultado muy semejante. La extraordinaria riqueza del alemán en tales formas es bien conocida; en su libro *The Language Bar*, el doctor Víctor Grove ha recogido más de setenta palabras derivadas por medio de prefijos y sufijos de un solo verbo, *nehmen* "tomar" (*op. cit.*, págs. 41 y sgs.). En muchos casos, tales derivados alemanes corresponden a términos simples y opacos en las otras dos lenguas.

<i>Vergangenheit</i> ("preteretel-dad")	<i>past</i>	<i>passé</i> [pasado]
<i>Scheidung</i> ("separa-ción")	<i>divorce</i>	<i>divorce</i> [divorcio]
<i>Ehelosigkeit</i> ("sin-matrimonio-dad")	<i>celibacy</i>	<i>célibat</i> [celibato]
<i>Ursache</i> ("materia original")	<i>cause</i>	<i>cause</i> [causa]
<i>anfangen</i> ("poner manos a")	<i>begin</i>	<i>commencer</i> [empezar]

Ocasionalmente, el inglés está más cerca del alemán que el francés: usará un verbo seguido de una preposición cuando el alemán

¹ Cf. R. PRIEBSCHE-W. E. COLLINSON, *The German Language*, 3.^a ed., Londres, 1952, pág. 439.

tenga un prefijo y el francés un término simple: *eintreten* — *come in* — *entrer* [entrar]; *hinausgehen* — *go out* — *sortir* [salir]; *überfahren* — *run over* — *écraser* [atropellar], etc.¹. En la mayoría de los casos, sin embargo, el inglés mostrará la misma norma que el francés.

Aquí también sucede a menudo, como con los compuestos, que un derivado alemán tiene que ser traducido por una frase en inglés y en francés. Los diminutivos son un caso a propósito. En alemán, los sufijos diminutivos *-chen* y *-lein* pueden añadirse sin reservas a nombres con un significado adecuado: *Schwester* “hermana” — *Schwesterchen* “hermanita”, *Frau* “señora” — *Fräulein* “señorita”. En inglés y en francés esto solo puede hacerse en una escala muy limitada (*lamb* “cordero” — *lambkin* “corderito”; *pig* “cerdo” — *piglet* “cerdito”; *roi* — *roitelet*, *king* — *kinglet*, “rey — reyezuelo”, etcétera); normalmente, los diminutivos alemanes habrán de traducirse por una frase adjetival: *Schwesterchen* — “little sister” — “petite soeur”. Otros derivados alemanes pueden también tener que ser traducidos por una frase: *Urtext*, “original text” [texto original]; *ver-deutschen*, “translate into German” [traducir al alemán]; *Ausnahmslosigkeit*, “working without exceptions” [actuación sin excepciones], y muchos más.

Cuando es necesario tener un derivado, el francés y el inglés son con frecuencia incapaces, o reacios, para formarlo de sus recursos existentes, y en su lugar utilizan un término greco-latino. Esta norma se encuentra en cierto número de parejas híbridas—nombres y adjetivos u otras combinaciones—en donde una palabra ordinaria está al lado de un derivado culto:

<i>Gesetz</i> — <i>gesetzlich</i>	<i>law</i> — <i>legal</i>	<i>loi</i> — <i>légal</i> [<i>ley</i> — <i>legal</i>]
<i>Kirche</i> — <i>kirchlich</i>	<i>church</i> — <i>ecclesiastical</i>	<i>église</i> — <i>ecclésiastique</i> [iglesia— eclesiástico]
<i>Bischof</i> — <i>bischöflich</i>	<i>bishop</i> — <i>episcopal</i>	<i>évêque</i> — <i>épiscopal</i> [obispo — episcopal]
<i>Stadt</i> — <i>städtisch</i>	<i>town</i> — <i>urban</i>	<i>ville</i> — <i>urbain</i> [ciudad—urbano]
<i>Mund</i> — <i>mündlich</i>	<i>mouth</i> — <i>oral</i>	<i>bouche</i> — <i>oral</i> [boca—oral]
<i>Sprache</i> — <i>sprachlich</i>	<i>language</i> — <i>linguistic</i>	<i>langue</i> — <i>linguistique</i> [lengua— lingüístico] ² .

Desde un punto de vista histórico, algunas de estas parejas se remontan a la misma raíz (*language* y *linguistic* al latín *lingua*, *bishop*

¹ Véase J. ORR, “English and French — a Comparison”, *Words and Sounds in English and French*, cap. 8, pág. 59.

² Algunas de estas palabras tienen también derivados regulares, como *churchy*, *mouthy* [bucal], los franceses *loyal* [leal] y *vilain* [feo, desagradable], pero estos tienen significados y tonos especializados, mientras que los términos cultos son puramente descriptivos y rigurosamente paralelos al nombre.

y *episcopal* al latín cristiano *episcopus*, de origen griego, etc.), en tanto que otras proceden de fuentes totalmente diferentes: así, el vocablo inglés nativo *mouth* está desvinculado del latino *oral*; la palabra del escandinavo antiguo *law* lo está de la latina *legal*; *church*, un término de origen griego, lo está, asimismo, de *ecclesiastical*, que se deriva de otra palabra griega, etc. Para el lingüista descriptivo estas etimologías están, por supuesto, fuera de propósito: ya procedan o no de una misma raíz los dos términos, el hablante ordinario no percibe ninguna conexión entre ellos.

El francés va bastante más lejos que el inglés en la evitación de la derivación¹. A muchas de las palabras francesas más comunes es completamente imposible adherirles un sufijo. Así, mientras que en inglés tenemos derivados transparentes como *water* — *watery*, *fire* — *fiery*, los correspondientes nombres franceses son improductivos, y hay que introducir adjetivos cultos para llenar la brecha: *eau* — *aqueux*, *feu* — *fougueux* [agua — acuoso, fuego — fogoso]. La misma disparidad se repite en otros muchos casos:

<i>soot</i> — <i>sooty</i>	<i>suie</i> — <i>fuligineux</i> [hollín—fuliginoso]
<i>month</i> — <i>monthly</i>	<i>mois</i> — <i>mensuel</i> [mes—mensual]
<i>week</i> — <i>weekly</i>	<i>semaine</i> — <i>hebdomadaire</i> [semana—semanal]
<i>heaven</i> — <i>heavenly</i>	<i>ciel</i> — <i>céleste</i> [cielo—celeste]
<i>blind</i> — <i>blindness</i>	<i>aveugle</i> — <i>cécité</i> ² [ciego—ceguera]

En palabras como *eau*, *feu* o *suie*, sería fonéticamente muy difícil unir ciertos sufijos al tronco, ya que esto crearía un hiato embarazoso (**eau-eux*), pero en otros muchos casos no habría tal dificultad, y la repugnancia a formar derivados brota de una razón más honda: la costumbre tradicional de llenar las lagunas del vocabulario acudiendo a las dos lenguas clásicas.

Se han citado bastantes ejemplos para mostrar que el francés se inclina muy marcadamente hacia la opacidad en la estructura de las palabras, mientras que el alemán prefiere, con la misma evidencia, el tipo motivado. El inglés, fiel a sus orígenes mixtos, oscila entre las dos soluciones, pero, en general, está más próximo al modelo francés. Todo esto no quiere decir, por supuesto, que no haya muchos compuestos y derivados transparentes en inglés y en francés; ciertos procesos derivacionales son, en efecto, más productivos que nunca, aunque están limitados principalmente a las partes más cultas del vocabulario (*automation*, *electronic*, *supersonic*, *deration*, *decontrol*,

¹ Véanse especialmente A. DAUZAT, "L'Appauvrissement de la dérivation en français", *Le Français Moderne*, v (1937), págs. 289-300, y J. MAROUZEAU, "Les déficiences de la dérivation française", *ibid.*, xix (1951), págs. 1-8.

² La palabra *aveuglement* existe en francés, pero se refiere a la "ceguedad moral".

decongest, disinflate, disincentive, meritocracy, etc.). En su conjunto, sin embargo, es claro que el inglés, y especialmente el francés, son más sobrios que el alemán en el uso de formas transparentes construidas con elementos nativos. Una ojeada a la historia del francés mostrará los factores capitales que han conducido a la situación presente.

2. De la motivación al convencionalismo.

Como Saussure vio rectamente (véase anteriormente pág. 119), el cambio de sonidos ha desempeñado un papel importante en la conversión del francés en un idioma relativamente opaco. La sustancia fonética de las palabras latinas ha sido drásticamente reducida; los sonidos se han desarrollado de diferente manera según su ambiente, su posición en la palabra y la influencia del acento, y todos estos factores han cortado muchas conexiones etimológicas y han incrementado el elemento convencional de la lengua¹. Un ejemplo de entre muchos será suficiente para patentizar cómo el cambio fonético ha oscurecido la transparencia de las palabras. Tomemos los siguientes términos latinos y sus descendientes franceses:

<i>pes, pedem</i>	<i>pied, "pie"</i>
<i>pedō, pedōnem</i>	<i>pion, "vigilante de estudios; peón (pieza de juego)"</i>
<i>*pedaticum</i>	<i>péage, "peaje"</i>
<i>pedica</i>	<i>piège, "lazo, trampa"</i>
<i>impedicare</i>	<i>empêcher, "impedir, estorbar"</i>
<i>pedestris</i>	<i>piètre, "mezquino, miserable"</i>

El resultado neto de todos estos cambios es que cinco palabras que eran derivados transparentes de *pes, pedem* en el latín clásico o en el vulgar han pasado después a la categoría de términos opacos. Esto ha ocurrido, sin duda, igualmente en otras lenguas: la conexión entre los vocablos ingleses *thumb* [pulgar] y *thimble* [dedal], o entre el verbo *to sew* [coser] y los nombres *seam* [costura] y *seamstress* o *sempstress* [costurera], ha sido rota casi del mismo modo. Pero aunque los cambios de sonidos operan usualmente contra la transparencia, hay pocas lenguas en donde hayan causado un estrago en tan gran escala como en el francés.

La razón principal para la opacidad del francés estriba, no obstante, en la historia del vocabulario. Durante el Renacimiento, se introdujeron en el francés palabras latinas y griegas en número muy considerable, y este proceso jamás se ha abolido. Como consecuen-

¹ Cf. anteriormente, pág. 109; véase también, además de las obras citadas en esta sección, A. MEILLET, "La notion de radical en français", *op. cit.*, vol. II, págs. 123-7.

cia de ello, los recursos nativos han permanecido en gran medida obstruidos, y muchas de las palabras transparentes acuñadas en antiguo francés, fueron descartadas como redundantes o sustituidas por formas clásicas. Antes de implantarse la moda de los términos cultos, la lengua era rica en derivados; a veces había, realmente, una plétora de ellos. A partir del sustantivo *fin* "fin" y del verbo *finir*, se podían formar en antiguo francés los siguientes nombres abstractos: *finage*, *finail*, *finaille*, *finance*, *fine*, *finée*, *finement*, *finison*, *finissement*, *finité*, *finitive*¹. De estos trece derivados solo *finance* ha sobrevivido, e incluso este con un significado especializado que lo ha aislado de su raíz. En otros muchos casos, una formación transparente ha sido reemplazada por un término clásico: *murison* "madurez", del adjetivo *mûr* (latín *maturus*) "maduro", ha sido suplantada por la palabra culta *maturité*; *feintise* "fingimiento", del verbo *feindre* (latín *fingere*) "fingir", por *fiction* "ficción", etc.². Aun allí donde el término nativo y el latino provienen de la misma raíz, esta no proporcionará ninguna motivación, ya que la palabra francesa usualmente ha cambiado más allá de todo reconocimiento desde los tiempos romanos; cf. parejas tales como *êteindre* "extinguir" — *extinction*, en contraposición a la italiana *estinguere* — *estinzione*; *chien* "can" — *canin* frente a la italiana *cane* — *canino*, y muchas otras.

La influencia culta también ha sido el factor principal que ha favorecido la opacidad del inglés. El antiguo inglés era un medio plástico en el que los compuestos y los derivados podían formarse con gran soltura. El Dr. Grove ha reunido casi cincuenta términos derivados de la palabra *heofon* "heaven" [cielo]; entre ellos se incluyen compuestos tan pintorescos como *heofon-candel* "sol, luna, estrellas" y *heofon-weard* "Guardián del cielo, Dios" (*op. cit.*, páginas 45 y sgs.). La lengua contaba extensamente, aunque no de manera exclusiva, con formaciones nativas para la traducción de los nuevos conceptos religiosos y científicos introducidos por el cristianismo: *thriness*, por "trinity" [trinidad]; *tungol-witegan* (literalmente: "estrella + hombre sabio"), por los tres Magos; *sunfolgend* ("sol + seguidor"), por "heliotrope" [heliotropo]; *foresetness*, por "preposition" [preposición], etc.³. Con el influjo subsiguiente de las palabras francesas y clásicas se permitió que estos recursos quedaran atrofiados. De vez en cuando se hicieron intentos por remontar la corriente: en el siglo XVI, Sir John Cheke pretendió reemplazar *lunatic* [lunático] por *mooned*, *publican* [publicano] por *toller*, *prophet* [profeta]

¹ Citado según GODEFROY, *Lexique de l'ancien français*, París, 1901, pág. 232.

² WARTBURG, *Evolution et structure*, pág. 263.

³ Véase JESPERSEN, *Growth and Structure of the English Language*, páginas 41 y sgs.

por *foresayer*, etc.¹, y tres siglos más tarde, el poeta de Dorset, William Barnes, sugirió *sky-sill* por *horizōn* [horizonte], *folkwain* por *omnibus*, *hearsomeness* por *obedience* [obediencia], y otros "sajonismos" del mismo tipo². En algunos casos, los esfuerzos de los puristas tuvieron éxito: así, *foreword* [preámbulo, prólogo] y *folklore*, formadas a mediados del siglo pasado, se han arraigado, y un poco antes, la palabra *handbook* [manual], que había existido en antiguo inglés, pero que posteriormente fue desplazada por *manual*, fue introducida de nuevo a imitación del vocablo alemán *Handbuch*. Estos éxitos aislados no afectaron, sin embargo, a la norma esencial de la formación de palabras del inglés. Comentando la recepción de *handbook*, que había de establecerse frente a una oposición feroz —el arzobispo Trench la denunció como un término "muy feo y muy innecesario"—, Jespersen declaraba: "No puedo menos de juzgar muy antinatural el estado de una lengua en el que una palabra muy simple, inteligible y expresiva, tiene que luchar para abrirse paso en lugar de ser admitida de golpe en la mejor sociedad" (*Growth and Structure*, pág. 46). Que sean "antinaturales" o no, tales reacciones son altamente sintomáticas de la actitud inglesa hacia esta forma de motivación.

Conclusiones de largo alcance se han sacado a veces del predominio de los términos transparentes o de los opacos. Se ha sugerido, por ejemplo, que la preferencia de la lengua francesa por las palabras puramente convencionales que no contienen ninguna clave para su significado es la que ha fomentado la afición francesa por el contraste y la antítesis, por la acuñación de fórmulas tersas y memorables, y por la formación de clichés³. Posiblemente haya un grano de verdad en estas ideas, pero sería muy difícil apoyarlás con pruebas tangibles. Entre tanto, hay otros efectos importantes de la motivación que pueden ser demostrados con mucha más precisión. Puesto que estos efectos trascienden los límites de la semántica propiamente dicha, solo pueden ser mencionados con gran brevedad.

1) La preponderancia del tipo transparente o del opaco en una lengua dada tendrá una relación directa con el tratamiento de las palabras extranjeras. En un idioma flexible, rico en compuestos y derivados, el purismo y el chauvinismo lingüístico encontrarán un suelo más fértil que en una lengua donde tales recursos son parcamente usados. En el caso del alemán, esto ya fue reconocido en el siglo XVII por un tal Justus Georg Schottel, quien elogiaba su lengua materna por estar firmemente ligada a sus raíces nativas. En sus famosos *Dis-*

¹ A. C. BAUGH, *A History of the English Language*, 2.^a ed., Nueva York-Londres, 1959, pág. 277.

² GROVE, *op. cit.*, pág. 103; LEISI, *op. cit.*, pág. 71.

³ BALLY, *Linguistique générale et linguistique française*, págs. 344 y sgs. y *passim*.

courses a la nación alemana, escritos en la época en que Berlín estaba ocupado por las tropas napoleónicas, Fichte ensalzó la misma cualidad del vocabulario alemán; en su fervor patriótico, llegó tan lejos como para equiparar la formación de palabras con la vitalidad de una lengua, mientras que un idioma como el francés solo tenía, en su opinión, una "apariencia de vida" y estaba realmente muerto en sus raíces¹. El hábito alemán de reemplazar los términos internacionales por compuestos nativos—las llamadas "traducciones de préstamo"²—es bien conocido y todavía muy en evidencia, como se ve en la versión del vocablo *televisión* por *Fernsehen*, "lejos-ver", según el modelo de palabras más antiguas en las que el término griego *tēle*, "lejos", se traducía por el alemán *fern*: *telescopio*—*Fernrohr*, "lejos-tubo"; *teléfono*—*Fernsprecher*, "lejos-locutor". Es digno de señalar que algunas de estas formas nativas viven al lado del término internacional, e incluso puede suceder que el último tenga más amplia circulación y que su rival alemán quede confinado al uso oficial; así, *Telephon*, y no *Fernsprecher*, es la palabra diaria, y hay un verbo solamente: *telefonieren*.

Cuando una ola de nacionalismo barrió toda Europa en el siglo XIX, muchos de los países nuevos o resurgidos empezaron a purificar su vocabulario. Algunos fueron más lejos todavía que Alemania. En el húngaro, que es una lengua sumamente motivada, el término internacional *theatre* desapareció ante su rival nativo *színház*, literalmente "escenario-casa". Sustituciones similares ocurrieron en el checo y en el servio-croata; a decir verdad, el nacionalismo se transformó en aldeanismo cuando los servios y los croatas escogieron términos diferentes para el mismo objeto, de suerte que el teatro se llama *kazaliste* en Zagreb, y *pozoriste* en Belgrado³.

2) La motivación es de aplicabilidad directa para el aprendizaje y la enseñanza de las lenguas extranjeras. No se podría decir en general que los idiomas transparentes son más cómodos de adquirir que los opacos, porque las ventajas y los inconvenientes están muy netamente equilibrados; pero los métodos de estudio deben adaptarse al esquema básico de la lengua. El aprendizaje de los términos ordinarios y cotidianos en alemán implicará en muchos casos menos memorización que en francés; así, las palabras francesas *gare* "estación", *camion* y *avion* tienen que ser aprendidas de memoria, en tanto que los correspondientes términos alemanes son compuestos auto-explicativos constituidos por elementos bien conocidos: *Bahnhof* "ferrocarril-patio", *Lastauto* "carga-automóvil", *Flugzeug* "vuelo-

¹ Véase WANDRUSZKA. *Etymologica*, págs. 865 y sgs.

² Para la literatura sobre este particular, véanse mis *Principles of Semantics*, pág. 40, n. 1, y L. DEROY, *L'Emprunt linguistique*, París, 1956.

³ A. MEILLET, "Les interférences entre vocabulaires", *op. cit.*, vol. II, páginas 36-43; pág. 38.

cosa". La norma de derivación es, ciertamente, más simple en alemán que en francés: *Russ, russig* es más fácil de recordar que *suie, fuligineux*, y *Woche, wöchentlich* más coherente que *semaine, hebdomadaire*. Como contrapartida están todas las palabras internacionales, especialmente los términos científicos, que deben aprenderse de nuevo en alemán: no es, probablemente, una ayuda para un médico encontrar que la *pleuresía* se llama *Rippenfellentzündung* "inflamación de la membrana de las costillas", y el *duodeno*, *Zwölffingerdarm* "doce dedos- intestino", ni el químico reconocerá rápidamente su familiar *oxígeno* en *Sauerstoff*, aparte del hecho de que no puede ser muy exacto describir ese elemento como "sustancia ácida".

3) El contraste entre las lenguas transparentes y opacas puede tener también importantes consecuencias sociales y culturales. En el inglés, la presencia de incontables palabras griegas y latinas—"términos de tintero", como se denominaban en el siglo XVI—ha contribuido a erigir una "barrera lingüística" entre los que poseen una educación clásica y los que no la poseen. Para los más privilegiados, muchas de estas palabras serán motivadas y se ajustarán fácilmente a una norma; para sus compatriotas menos afortunados aparecerán como opacas, embarazosas, prohibitivas y confusas. El problema, que fue convincentemente diagnosticado en el libro del Dr. Grove, no es nuevo, si bien la creciente importancia de la ciencia en la vida diaria lo hace más agudo que nunca. Las facilidades educativas y las actitudes humanas han cambiado más allá de todo reconocimiento desde el retrato de Goldsmith del maestro de escuela de pueblo:

While words of learned length and thund'ring sound
Amazed the gazing rustics rang'd around,
And still they gaz'd, and still the wonder grew,
That one small head could carry all he knew.

The Deserted Village, vs. 213-6¹;

pero el problema aún está ante nosotros y se halla ligado a la estructura fundamental del lenguaje.

El peor rasgo de la barrera en la lengua es que perpetúa y agrava las diferencias de clases y llena a la gente del lado malo de la barrera de un sentimiento de inseguridad e inferioridad. Hay frecuentes vacilaciones acerca de la pronunciación, el significado y el uso de los términos greco-latinos *. *Alicia en el País de las Maravillas* podía arriesgarse impunemente a emplear *latitud* y *longitud*, aunque "no

¹ "Entre tanto, las palabras de erudita longitud y atronador sonido aturdián a los rústicos que miraban atónitos colocados en derredor, y en silencio avizoraban, y en silencio crecía el asombro de que una cabecita pudiera contener todo lo que él sabía." Cf. GROVE, *op. cit.*, pág. 84.

* Ullmann se refiere aquí especialmente a Inglaterra. (*N. del T.*)

tenía la más ligera idea de lo que era latitud, ni longitud tampoco, pero pensaba que eran palabras exquisitas y elevadas para decirlas". Estaba menos segura con respecto a *antipodas*: "Las Antipatías, pienso yo" — se alegró bastante de que no *hubiera* nadie escuchando, esta vez, ya que en modo alguno sonó correcta la palabra". Realmente, el "malapropismo" es endémico en el inglés, y debe de haber sido muy anterior a Mrs. Malaprop, de Sheridan; es ya un artificio común en Shakespeare:

"She is given too much to allicholy and musing."

(Mrs. Quickly en *The Merry Wives of Windsor*, acto I, escena 4)¹.

"O villain! thou wilt be condemn'd into everlasting redemption for this."

(Dogberry en *Much Ado about Nothing*, acto IV, escena 2)².

QUINCE: "He is a very paramour for a sweet voice."

FLUTE: "You must say "paragon". A paramour is—God bless us!—thing of naught."

(*A Midsummer Night's Dream*, acto IV, escena 2)³.

Jespersen observó una vez que "ninguna literatura del mundo abunda tanto como la inglesa en personajes ridiculizados ante el lector por la manera como desajustan o tergiversan las palabras "grandes" (*Growth and Structure*, pág. 133). Sería erróneo reducir todo el problema del "malapropismo" y de la barrera de la lengua a una cuestión de transparencia y opacidad; los temas en litigio son mucho más delicados y complejos. Pero no puede negarse que la falta de motivación es uno de los factores capitales responsables de este estado de cosas: los términos griegos y latinos cultos se perciben como "palabras ásperas", precisamente porque están inmotivadas, sin raíces en la lengua y sin ninguno de "esos hilos invisibles que entretejen las palabras en la mente humana"⁴.

¹ "Es demasiado dada a la melancolía y a la mística."

² "¡Oh villano! Serás condenado por esto a redención eterna."

³ "QUINCE: No admite amante su dulce voz.—FLUTE: Debes decir *parangón*. Un amante es—¡Dios nos asista!—una cosa de nada." Cf. LEISI, *op. cit.*, págs. 64 y 68.

⁴ JESPERSEN, *ibid.*

CAPÍTULO 5

FACTORES LOGICOS Y EMOTIVOS DEL SIGNIFICADO

I. PALABRAS DE BORDES EMBOTADOS

A lo largo de los siglos, los escritores y pensadores han criticado los defectos del lenguaje. Algunas de sus quejas se mantuvieron en términos generales; otras singularizaron a la palabra como el principal ofensor. En su *Epístola séptima*, Platón hizo algunas declaraciones extravagantes sobre el asunto: "Ningún hombre inteligente será nunca tan audaz como para expresar en el lenguaje aquellas cosas que su razón ha contemplado...; si se arriesgara a obrar así, entonces, ciertamente, no los dioses, sino los mortales, han arruinado por completo su juicio"¹. En uno de sus epigramas, Schiller presentó el problema bajo la forma de una paradoja: "¡Por qué no puede el espíritu viviente aparecerse al espíritu! Cuando el alma habla, ¡ay!, ya no es el alma quien está hablando"². Algunos escritores modernos son igualmente escépticos con respecto a las palabras. Valéry las ha comparado a planchas ligeras colocadas sobre un abismo: se puede cruzar por ellas, pero no debemos detenernos³. Camus ha considerado incluso la posibilidad de un lenguaje sin significado que expresa el aislamiento fundamental del hombre: "Il s'agit de savoir si même nos mots les plus justes et nos cris les plus réussis ne sont privés de sens, si le langage n'exprime pas, pour finir, la solitude définitive de l'homme dans un monde muet"⁴.

Las críticas más específicas de la palabra se centran de ordinario sobre su carencia de precisión. El Fausto de Goethe resume esta posición en una tersa y vigorosa imagen cuando explica por qué él no

¹ Citado por W. M. URBAN, *Language and Reality*, Londres, 1939, pág. 53.

² "Warum kann der lebendige Geist dem Geist nicht erscheinen! Spricht die Seele, so spricht ach! schon die Seele nicht mehr." (*Votivtafeln*, 84: "Die Sprache".)

³ "J'en suis venu, hélas, à comparer ces paroles par lesquelles on traverse si lentement l'espace d'une pensée, à des planches légères jetées sur un abîme, qui souffrent le passage et point la station." (*Monsieur Teste*, 32.^a ed., París, pág. 74.)

⁴ "Se trata de saber si hasta nuestras palabras más justas y nuestros gritos más logrados no están privados de sentido, si el lenguaje no expresa, en conclusión, la soledad definitiva del hombre en un mundo mudo." ("Sur une philosophie de l'expression", *Poésie* 44, núm. 17, págs. 15-23, citado por J. CRUICKSHANK, *French Studies*, x, 1956, pág. 245.)

tiene ningún nombre para Dios: "El nombre es sonido y humo que nublan el ardor del cielo"¹. Voltaire es más explícito sobre la vaguedad de las palabras: "Il n'est aucune langue complète, aucune qui puisse exprimer toutes nos idées et toutes nos sensations; leurs nuances sont trop imperceptibles et trop nombreuses... On est obligé, par exemple, de désigner sous le nom général d'*amour* et de *haine*, mille amours et mille haines toutes différentes; il en est de même de nos douleurs et de nos plaisirs"². Byron también se queja de la ineficacia de nuestras palabras:

Oh that my words were colours! but their tints
May serve perhaps as outlines or slight hints.

Don Juan, canto VI, estancia cix³.

En nuestros propios días, Wittgenstein ha hablado de conceptos con "bordes embotados" y los ha comparado a fotografías borrosas, añadiendo: "¿Es siempre una ventaja reemplazar un retrato confuso por otro bien delineado? ¿No es con frecuencia el confuso el que necesitamos?" (*op. cit.*, pág. 34). Algunas de las modernas escuelas de poesía convendrían de todo corazón con Wittgenstein y valorarían el poder sugestivo y evocador de las palabras mucho más alto que ninguna precisión lógica. Este fue un principio básico del movimiento simbolista y fue desarrollado en el famoso poema de Verlaine, *Art poétique*:

Il faut aussi que tu n'aïlles point
Choisir tes mots sans quelque méprise:
Rien de plus cher que la chanson grise
Où l'Indécis au Précis se joint⁴.

Mallarmé expone el mismo punto más breve e irónicamente en su poema *Toute l'âme résumée*:

Le sens trop précis rature
Ta vague littérature⁵.

¹ "Name ist Schall und Rauch, umnebelnd Himmelsglut."

² "No hay ninguna lengua completa, ninguna que pueda expresar todas nuestras ideas y todas nuestras sensaciones; sus matices son demasiado imperceptibles y demasiado numerosos... Nos vemos obligados, por ejemplo, a designar bajo el nombre general de *amor* y de *odio* mil amores y mil odios totalmente diferentes; y lo mismo sucede con nuestros dolores y nuestros placeres." (Citado por NYROP, *Sémantique*, pág. 444.)

³ "¡Oh, si mis palabras fueran colores! Solo sus matices pueden servir quizá como bosquejos o leves alusiones."

⁴ "Es menester también que no vayas a escoger tus palabras sin algún error: nada más grato que la canción gris en la que se junta lo Indeciso con lo Preciso."

⁵ "El sentido demasiado preciso tacha tu vaga literatura."

Gide observa en su autobiografía¹ que en sus primeros tiempos, cuando se hallaba bajo la influencia del simbolismo, era un apasionado de palabras tales como *incertain*, *infini* e *indicible*, que dan rienda suelta a la imaginación. Semejantes palabras abundan en alemán y dotaban a este, a los ojos del joven escritor, de un aura de poesía. No fue hasta mucho más tarde cuando comprendió que su propio lenguaje está dominado por la necesidad de precisión.

Parecería, pues, que la vaguedad de nuestras palabras es un obstáculo en algunas situaciones, y una ventaja en otras. Si se mira más atentamente esta vaguedad, pronto se descubre que el término mismo es bastante vago y ambiguo: la condición a que se refiere no es un rasgo uniforme, sino que tiene muchos aspectos y puede resultar de una variedad de causas. Algunas de estas son inherentes a la naturaleza misma del lenguaje, mientras que otras entran en juego solamente en circunstancias especiales².

1) Una de las principales fuentes de vaguedad es el carácter *genérico* de nuestras palabras. A excepción de los nombres propios y de un pequeño número de nombres comunes que se refieren a objetos únicos, las palabras denotan, no entidades singulares, sino clases de cosas o de acontecimientos ligados por algún elemento común. Como Bloomfield expresó muy claramente en un pasaje ya citado página 66), debemos discriminar entre los "rasgos no distintivos", tales como el tamaño, la figura o el color de cualquier manzana, y los "rasgos distintivos" que son comunes a todos los objetos a los que aplicamos la palabra *manzana*. En el caso de términos más complejos, el proceso de generalización opera de un modo un tanto diferente. Wittgenstein ha examinado, por ejemplo, la naturaleza del concepto de *juego*. Al comparar varios tipos de juegos—juegos de tablas, juegos de cartas, juegos de pelota, juegos olímpicos, etc.—encontró una "complicada red de similitudes que se superponen y entrecruzan", con rasgos comunes que aparecen y desaparecen a medida que consideramos más y más juegos: unos son divertidos, otros no lo son; unos son competitivos, otros solitarios; unos implican destreza, otros mero azar, y así sucesivamente. Wittgenstein concluye que estas similitudes son más bien como "parecidos de familia":

¹ *Si le grain ne meurt*, 37.^a ed., París, 1928, pág. 246.

² Véanse sobre estas materias H. DELACROIX, *Le Langage et la pensée*, París, 1924, págs. 361 y sgs.; K. O. ERDMANN, *Die Bedeutung des Wortes*, 4.^a ed., Leipzig, 1925; K. JABERG, "Sprache als Aeusserung und Sprache als Mitteilung", *Sprachwissenschaftliche Forschungen und Erlebnisse*, París-Zurich-Leipzig, 1937, págs. 137-85; F. PAULHAN, "Qu'est-ce que le sens des mots?", *Journal de Psychologie*, xxv (1928), págs. 289-329; C. SPEARMAN, *The Nature of "Intelligence" and the Principles of Cognition*, Londres, 1923, cap. 11. Cf. también I. COTEANU, "Contributions à l'établissement d'un système en sémantique" (en rumano, con sumario en francés), en *Probleme de Lingvistică Generală*, vol. I, Bucarest, 1959, páginas 11-33.

"las varias semejanzas entre los miembros de una familia: constitución, facciones, color de los ojos, porte, temperamento, etc., etc., se superponen y entrecruzan de la misma manera". En este sentido se podría decir que los diversos fenómenos conocidos como *juegos* forman una familia (*op. cit.*, págs. 31 y sgs.).

Salvo en el caso de términos científicos o técnicos rigurosamente definidos¹, este proceso de generalización encerrará, inevitablemente, un elemento de vaguedad. Esto ha llevado a algunos filósofos a describir la palabra como algo burdo y banal que priva a nuestras experiencias de su contenido personal y de sus más finos matices, y que interpone una pantalla entre nosotros y el mundo no lingüístico. Bergson habla de "le mot brutal, qui emmagasine ce qu'il y a de stable dans les impressions de l'humanité, écrase ou tout au moins recouvre les impressions délicates et fugitives de notre conscience intellectuelle"². En otra parte escribe el mismo filósofo: "Le mot, qui ne note de la chose que sa fonction la plus commune et son aspect banal, s'insinue entre elle et nous... Nous ne saisissons de nos sentiments que leur aspect impersonnel, celui que le langage a pu noter une fois pour toutes parce qu'il est à peu près le même, dans les mêmes conditions, pour tous les hommes"³. Esto es perfectamente exacto y en cierto modo lamentable, pero es el precio que hemos de pagar por tener un medio de comunicación social lo bastante flexible para enfrentarnos con la infinita variedad de nuestras experiencias.

La naturaleza genérica de nuestras palabras ha sido descrita con frecuencia como un elemento de "abstracción" del lenguaje. Hay aquí cierto peligro de ambigüedad, ya que la oposición usual entre abstracto y concreto no corresponde a la que hay entre genérico y particular. Una palabra puede ser extremadamente general en cuanto al significado y permanecer en el plano concreto; así, los términos *animal* y *planta* son los de más vasto alcance en el sistema entero de la clasificación zoológica y botánica, y, no obstante, son concretos en el sentido de que los animales y plantas específicos son cosas tangibles, materiales, en contraposición a las abstracciones puras tales como la *libertad* o la *inmortalidad*. En un sentido más amplio, sin

¹ Sobre los varios métodos de definición, véase R. ROBINSON, *Definition*, Oxford, 1950.

² "La palabra brutal, que almacena lo que hay de estable, de común y, por consiguiente, de impersonal en las impresiones de la humanidad, aplasta o al menos recubre las impresiones delicadas y fugitivas de nuestra conciencia intelectual." (Citado de *La conscience* en NYROP, *Sémantique*, pág. 448.)

³ "La palabra, que solo nota de la cosa su función más común y su aspecto trivial, se insinúa entre ella y nosotros... No captamos de nuestros sentimientos más que su aspecto impersonal, el que el lenguaje ha notado de una vez para siempre porque es aproximadamente el mismo, en las mismas condiciones, para todos los hombres." (*Le rire*, 15.ª ed., París, 1916, págs. 156 y sgs.; cf. NYROP, *Sémantique*, pág. 447.)

embargo, los términos genéricos pueden reputarse como "abstractos", es decir, más esquemáticos, más pobres en notas distintivas que los términos particulares; como diría el lógico, tienen mayor extensión y menor intensión: se aplican a un campo más dilatado de entidades, pero nos dicen menos acerca de ellas. La palabra *árbol*, por ejemplo, es más general, y por tanto más "abstracta" que *haya*; de la misma manera, *planta* es más abstracta que *árbol*—en efecto, es un concepto tan amplio y general que no existía en el latín clásico y solo surgió en el curso de la Edad Media: la palabra latina *planta* significaba "vástago, retoño, esqueje", y no "planta"¹.

Prácticamente todas nuestras palabras son genéricas en mayor o menor grado, pero hay mucha variación entre las diferentes lenguas: unas parecen favorecer los términos particulares, mientras que otras se inclinan hacia el tipo abstracto y general. Durante largo tiempo fue habitual entre los lingüistas, psicólogos y antropólogos considerar las lenguas de las razas primitivas como ricas en términos específicos y pobres en los genéricos. Esto se interpretaba comúnmente como un signo de "mentalidad pre-lógica", de facultades de generalización no desarrolladas. Estas razas, se pensaba, literalmente no podían ver el bosque por culpa de los árboles: estaban inmersos en las experiencias particulares y eran incapaces de elevarse por encima de ellas, de analizarlas y clasificarlas. Se relataba, por ejemplo, que los zulúes no tienen ninguna palabra para decir "vaca", solamente expresiones específicas para "vaca roja", "vaca blanca", etc.; los aborígenes tasmanianos no tenían ningún término peculiar para "árbol", pero poseían nombres para cada variedad de eucalipto y de zarza; en la lengua bakajiri del Brasil central, cada papagayo tiene su nombre especial, pero no hay ninguna palabra para "papagayo", en general². Hay tantos relatos de esta índole, y suenan de una manera tan plausible, que bien puede haber algo de verdad en la teoría. Por desgracia, sin embargo, las pruebas son sospechosas; a veces se basan en observaciones defectuosas de los primeros misioneros, que fueron aceptadas sin crítica por las sucesivas generaciones de lingüistas, que se citaban unos a otros. De este modo, el mito de que no hay ningún término para "lavar" en la lengua de los indios *cherokis* se perpetuó hasta que fue demostrada su falsedad hace pocos años por un especialista norteamericano³. Los lingüistas norteamericanos, que han hecho muchas exploraciones valiosas sobre las lenguas indias, se oponen, por cuestión de principios, a la noción de "lenguas primitivas"; como apuntó un filósofo durante un reciente simpo-

¹ Citado de un artículo de Wartburg en BALDINGER, *Cahiers de l'Association Internationale des Etudes Françaises*, xi, pág. 259.

² JESPERSEN, *Language*, pág. 429; cf. también KRONASSER, *op. cit.*, cap. 11.

³ A. A. HILL, "A Note on Primitive Languages", *International Journal of American Linguistics*, xviii (1952), págs. 172-7.

sium sobre lenguaje y cultura, todo el mundo estaba "ansioso de hablar del primitivismo de ciertas culturas", pero la mayoría de la gente era "reacia a hablar del primitivismo del lenguaje"¹. Hasta que todos los testimonios hayan sido escudriñados cuidadosamente mediante los modernos métodos científicos, es mejor abstener el juicio sobre este asunto².

Conviene advertir también que la riqueza en términos particulares no es, necesariamente, un síntoma de incapacidad de generalizar; puede ser debida a la influencia del medio ambiente y de las condiciones de vida. Así, no es en absoluto sorprendente saber que los esquimales y los lapones tienen una multiplicidad de términos para diferentes clases de nieve, mientras que los aztecas usan el mismo tronco verbal para "frío", "nieve" y "hielo"³. Cada ambiente crea sus propias necesidades y problemas particulares; para los habitantes de las regiones árticas la nieve es un factor de tan abrumadora importancia que cualquier estado y aspecto de ella tiene que ser cuidadosamente especificado. Análogamente, los indios *paiutes*, que viven en su área desértica, "hablan una lengua que permite la más detallada descripción de los rasgos topográficos, una necesidad en un país donde pueden requerirse instrucciones complejas para la localización de cavidades con agua"⁴. El lenguaje es, en palabras de Sapir, "un inventario complejo de todas las ideas, intereses y ocupaciones que acaparan la atención de la comunidad"⁵. Este problema aparecerá de nuevo en el último capítulo, ya que tiene una relación directa con la estructura del vocabulario.

Incluso entre las lenguas basadas en la misma civilización puede haber marcadas diferencias en el empleo de términos generales y específicos. El francés es considerado usualmente como una lengua preeminentemente "abstracta"⁶, mientras que el alemán y aun el inglés son "concretos" en comparación. Hay varios síntomas de esta vena abstracta del francés. En algunos casos, un solo término

¹ H. HOJER (ed.), *Language in Culture. Conference on the Interrelations of Language and other Aspects of Culture*, Chicago, 1954, pág. 219.

² Sobre los testimonios del lenguaje infantil con respecto a este punto, cf. W. KAFER, *Kindersprache mit Hilfe des Kindes*, Groninga, 1959, pág. 11.

³ Véanse SEGERSTEDT, *op. cit.*, págs. 56 y sgs., y HENLE, *op. cit.*, pág. 5.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.* (Citado de *Selected Writings by Edward Sapir*, ed. D. Mandelbaum, Berkeley, 1949, págs. 90 y sgs.)

⁶ Véanse especialmente V. BRONDAL, *Le français, langue abstraite*, Copenhague, 1936; BALLY, *Linguistique générale et linguistique française*, págs. 346 y sgs.; W. J. ENTWISTLE, "French, Audible, Visible and Real", *Studies... Presented to John Orr*, págs. 82-9; A. EWERT, *Of the Precellence of the French Tongue* (Conferencia Zaharoff), Oxford, 1958; E. LERCH, *Französische Sprache und Wesensart*, Francfort, 1933, págs. 178 y sgs.; J. ORR, "English an French — a Comparison", *Words and Sounds in English and French*, cap. 8. Cf. asimismo WEINREICH, *Language*, XXXI (1955), pág. 539.

genérico en francés—complementado si fuese necesario por el contexto—corresponderá a tres o cuatro expresiones particulares en alemán. Esta última lengua especificará, por ejemplo, las diversas formas de locomoción que están agrupadas todas juntas en el francés en el término genérico *aller*, “ir”: *gehen*, “andar, caminar”; *reiten*, “cabalgar”; *fahren*, “viajar en tren, o en coche, etc.”. Es posible por supuesto, indicar los medios de locomoción en francés, añadiendo una frase suplementaria al verbo (*aller à pied*, “a pie”; *à cheval*, “a caballo”, etc.), pero esto se hará solamente cuando sea preciso, mientras que los términos alemanes, más diferenciados, expresarán automáticamente esta información extra. Consideremos también los siguientes grupos de palabras en inglés, alemán y francés:

<i>to set</i>	<i>sitzen</i>	} <i>être, se trouver</i> , “to be” [estar, encontrarse].
<i>to stand</i> (intransitivo)	<i>stehen</i>	
<i>to lay</i>	<i>liegen</i>	

Aquí de nuevo añadiré el francés detalles suplementarios cuando sea necesario: *être assis*, “to sit” [estar sentado]; *debout*, “to stand” [de pie]; *couché*, “to lie” [echado]; pero no hará así cuando no sea menester. Los correspondientes verbos transitivos muestran la misma norma:

<i>to set</i>	<i>setzen</i>	} <i>mettre</i> , “to put” [poner].
<i>to stand</i> (transitivo)	<i>stellen</i>	
<i>to lay</i>	<i>legen</i>	

En otros muchos casos, la “abstracción” del francés está asociada con su preferencia por las palabras simples e inmotivadas. Ya hemos visto (pág. 123) que el alemán gusta de unir prefijos al verbo con objeto de especificar sus varios aspectos y matices. Estas gradaciones del significado, que pueden expresarse en inglés añadiendo una preposición al verbo, quedan las más de las veces sin formular en francés:

<i>to set</i>	<i>setzen</i>	} <i>mettre</i> [poner]
<i>to put on</i>	<i>ansetzen</i>	
<i>to write</i>	<i>schreiben</i>	} <i>écrire</i> [escribir].
<i>to write down</i>	<i>niederschreiben</i>	
<i>to grow</i>	<i>wachsen</i>	} <i>grandir</i> [crecer].
<i>to grow up</i>	<i>heranwachsen</i>	

La predilección alemana por la precisión puede verse igualmente en ciertos adverbios compuestos. “El alto alemán”, escriben

los profesores Priebisch y Collinson, "es único en la distinción entre una relación dirigida hacia el que habla (*herein, heraus, herunter*, etcétera) y otra dirigida desde el que habla (*hinein, hinaus, hinunter*, etc.)"¹. Estos detalles usualmente se pasan por alto en francés, así como en inglés. El alemán también introducirá toda suerte de adverbios y preposiciones para especificar cada aspecto de una acción, para "trazar la trayectoria entera de un movimiento" (Bally, *op. cit.*, pág. 350). La siguiente sentencia es típica de esta superabundancia de detalles: "Wir segelten vom Ufer her über den Fluss hin nach der Insel zu", "Nos hicimos a la vela desde la orilla (aquí) (encima) del río (allí) (en dirección) hacia la isla" (*ibid.*). El francés, como el inglés, se limitaría a una sola preposición en cada caso.

Cabe mencionar aquí dos síntomas más de la "abstracción" del francés. Uno es el uso frecuente de un derivado allí donde el inglés y el alemán tienen un compuesto más explícito:

<i>ashtray</i> [ceniza-bandeja].	<i>Aschenbecher</i> ("ceniza-ta-za").	<i>cendrier</i> ("ceniza" + sufijo) [cenicero].
<i>teapot</i> [té-olla].		
<i>apple-tree</i> [manzana-árbol].	<i>Teekanne</i> (id.).	<i>théière</i> ("té" + sufijo) [terera].
<i>chimney-sweep</i> [chimenea-limpiador].	<i>Apfelbaum</i> (id.).	<i>pommier</i> ("manzana" + sufijo) [manzano].
	<i>Schornsteinfeger</i> (id.).	<i>ramoneur</i> ("deshollinar" + sufijo) [deshollinador].

Otro factor que contribuye a la "abstracción" del francés es la popularidad de la "sintaxis nominal"²: el empleo de un nombre abstracto donde el inglés, por ejemplo, preferiría un verbo. El profesor Orr ha recogido algunas muestras divertidas de anuncios y pasquines (*Words and Sounds*, págs. 59 y sgs.):

<i>Stick no bills</i> [No fijar carteles].	<i>Défense d'afficher</i> (literalmente: "Prohibición de fijar carteles").
<i>No smoking allowed</i> [Prohibido fumar].	<i>Défense de fumer</i> (literalmente: "Prohibición de fumar").
<i>Please do not touch</i> [Se ruega no tocar].	<i>Prière de ne pas toucher</i> (literalmente: "Ruego de no tocar").

¹ *Op. cit.*, pág. 441. Para más detalles, véase M. STAUB, *Richtungsbegriff, Richtungsdruck; Versuch zu einem Vergleich von deutscher und französischer Ausdrucksweise*, Berna, 1949.

² Véase especialmente A. LOMBARD, *Les constructions nominales dans le français moderne*, Estocolmo-Upsala, 1930; cf. también mi *Style in the French Novel*, cap. 3.

La boga del llamado "style substantif" en la prosa francesa moderna es sintomática de la misma tendencia. Así, la oración: "Ils cédèrent parce qu'on leur promit formellement qu'ils ne seraient pas punis" ("Cedieron porque se les prometió formalmente que no serían castigados") es considerada menos elegante que la más concisa y abstracta "Ils cédèrent à une promesse formelle d'impunité" ("Cedieron ante la promesa formal de impunidad"). En los últimos años se han expresado algunos recelos sobre la difusión de estas construcciones nominales, pero la tendencia está profundamente arraigada en la estructura del idioma.

Todos estos rasgos, a los que se podría añadir otros¹, convierten al francés moderno en un instrumento sumamente abstracto, intelectual, discreto y alusivo. Significan también que la palabra francesa individual es en muchos casos más esquemática, menos rica en detalles expresivos que su réplica alemana. El inglés está a este respecto mucho más cerca del alemán que del francés, aunque no va tan lejos como el primero en la acumulación de detalles. El carácter abstracto y genérico del vocabulario francés acrecienta la importancia del contexto en esta lengua: una palabra vaga, indiferenciada, como *aller*, *mettre* o *être* tiene obviamente menos autonomía y es más dependiente del contexto que un término más particularizado (ver más arriba, pág. 61). La misma falta de autonomía es, como hemos visto, característica de la palabra francesa en tanto que unidad fonética (págs. 46 y sg.). El profesor Orr ha resumido netamente este rasgo fundamental del francés cuando escribió:

En el francés, la palabra está más sumergida en la oración y sus sonidos componentes son funcionalmente menos patentes que en el inglés. El detalle está subordinado al conjunto como en la construcción clásica. Esta supremacía de lo general sobre lo particular, este predominio más completo de lo intelectual sobre lo físico es igualmente evidente en la formación de palabras y en la fraseología (*op. cit.*, pág. 59).

2) Nuestras palabras nunca son completamente homogéneas: hasta las más simples y las más monolíticas tienen un cierto número de facetas diferentes que dependen del contexto y de la situación en que se usan, y también de la personalidad del que las usa. Esta *multiplicidad de aspectos* es otra fuente importante de vaguedad. Como ya hemos visto (pág. 61), incluso los nombres propios, las más concretas de todas las palabras, están sujetos a tales "cambios de aplicación": solo el contexto especificará qué aspecto de una persona, qué fase de su desarrollo, qué lado de sus actividades tenemos en la mente. Si tomamos un nombre común ordinario con una acep-

¹ Cf. cap. 5 de mi *Précis de sémantique française*

ción concreta, tal como *libro*, su significación variará según sus usuarios: querrá decir cosas bastante diferentes para un autor, un editor, un impresor, un librero, un coleccionista de libros, un bibliotecario, un lector especialista, un lector no especialista, un bibliógrafo y otros. Con las palabras abstractas, tales diferencias de aplicación son más marcadas todavía. Pongamos por caso los tres ejemplos siguientes del adjetivo *mortal* en *Paradise Lost*:

chase

Anguish and doubt and fear and sorrow and pain
From *mortal* and immortal minds.

Libro I, vs. 557-9.

the fruit

Of that forbidden tree whose *mortal* taste
Brought death into the World.

Libro I, vs. 1-3.

Man's *mortal* crime.

to redeem

Libro III, vs. 214-15¹.

Evidentemente, el adjetivo tiene tres diferentes matices de significado en los tres pasajes; en el primero significa "sujeto a la muerte, destinado a morir", en el segundo "causante de la muerte", y en el tercero pecado "grave", como opuesto a "venial". De hecho, Milton obtiene un efecto verdaderamente sorprendente al jugar con la diversidad de estos significados superpuestos. Una lectura más completa del último pasaje dice así:

Which of ye will be *mortal*, to redeem
Man's *mortal* crime, and just, the unjust to save? ²

En algunas palabras, el proceso de diversificación puede prolongarse notablemente sin destruir la unidad fundamental de su significado. El término *estilo* es un ejemplo a propósito. Procede del latín *stilus*, el nombre del punzón para escribir, y originalmente sólo era aplicable a la escritura, pero en el transcurso de los siglos ha extendido enormemente su radio de acción. En palabras de Sir Walter Raleigh:

¹ "Expulsan la angustia y la duda y el miedo y el pesar y el dolor de las mentes mortales e inmortales." "El fruto de ese árbol prohibido cuyo gusto mortal trajo la muerte al mundo." "Para redimir el crimen mortal del hombre."

² "¿Quién de vosotros será mortal para redimir el crimen mortal del hombre, y justo para salvar al injusto?"

... el hecho de que usemos la palabra *estilo* al hablar de arquitectura y de escultura, de pintura y de música, de danza, de representación teatral y de *cricket*, de que podamos aplicarla a las acciones cautelosas del ladrón y del envenenador y a los movimientos animales espontáneos de los miembros del hombre o de la bestia, es el más noble de los tributos inconscientes a la facultad de letras ¹.

Como puede verse por estos ejemplos, tales mutaciones en la aplicación pueden conducir fácilmente al significado múltiple; las encontraremos de nuevo en el capítulo sobre la ambigüedad.

3) Otro factor más que coopera a la vaguedad es la *falta de fronteras bien delimitadas* en el mundo no lingüístico. Aquí es necesario una vez más distinguir entre las experiencias concretas y las abstractas. Hasta en nuestro medio físico nos enfrentamos a menudo con fenómenos que se funden unos con otros y que tenemos que dividir, lo mejor que podemos, en unidades discretas. El espectro de los colores es, por ejemplo, una banda continua; somos nosotros quienes introducimos en ella un cierto número de distinciones más o menos arbitrarias, que pueden variar de una lengua a otra, y a veces incluso de un período a otro dentro del mismo idioma. Las consecuencias de esta situación será considerada en el capítulo final de este libro. Otra esfera concreta en la que con frecuencia faltan las líneas de demarcación claramente precisadas es el cuerpo humano. Esto explica ciertos cambios de significado en los que el nombre de una parte del cuerpo ha llegado a denotar una región vecina ². Así, la palabra latina para designar la "cadera", *coxa*, ha dado *cuisse* en francés, que significa "muslo" y no "cadera". Como se verá más tarde, esto fue una parte de toda una serie de alteraciones, de una especie de reacción semántica en cadena; no obstante, no habría podido ocurrir si hubiera habido una frontera definida entre las dos áreas de nuestra anatomía. Mutaciones similares de significado ha habido igualmente entre varias partes de la región facial. La mayoría de las palabras romances para traducir "mouth" que han reemplazado a la latina *os, oris*: la francesa *bouche*, la italiana *bocca*, la española *boca*, derivan del vocablo latino *bucca*, "carrillo hinchado"; el rumano *bucă* todavía significa "carrillo, mejilla" (Bloch-Wartburg). Un intercambio más intrincado puede verse en la historia de la palabra inglesa *chin* [barba, mentón] y de términos emparentados. El alemán *Kinn* y el holandés *kin* tienen el mismo significado que la palabra inglesa, pero el sueco *kind* quiere decir "mejilla", igual que el latino *gena* de la misma familia, mientras que otra forma emparentada, la

¹ *Style*, 2.^a ed., 1897, págs. 1-2.

² Véase ya A. ZAUNER, "Die romanischen Namen der Körperteile", *Romanische Forschungen*, xiv (1895), págs. 339-530.

sánscrita *hanuh*, significa "quijada, mandíbula", y la griega *γενο* puede significar o bien "quijada" o bien "mejilla"¹.

Cuando examinamos los fenómenos abstractos, esta carencia de linderos es aún más palmaria, puesto que las distinciones son en gran parte hechas por el hombre: no tienen existencia real sin las formas lingüísticas de que están revestidas. Delimitar tales conceptos es con frecuencia una operación difícil y delicada. El ejemplo clásico es, sin duda, la frontera entre *talento* y *genio*. Owen Meredith escribió una vez: * "El genio hace lo que debe, y el talento hace lo que puede"², pero ya se acepte esta fórmula o cualquiera otra, siempre habrá casos límites que se encontrarán a horcajadas de la linde, en dondequiera que pueda trazarse esta³.

Para el especialista es de la máxima importancia definir sus términos claramente y distinguirlos con exactitud unos de otros. De aquí las interminables y a menudo acerbas discusiones en las obras filosóficas, en los tribunales de justicia y en las conferencias diplomáticas, sobre la definición y delimitación precisa de palabras abstractas. Un jurista evitará cuidadosamente cualquier confusión entre *felonía* y *delito*; un teólogo, entre pecados *veniales* y *mortales*, un psiquiatra entre *neurosis* y *psicosis*, un lingüista entre *fonemas* y *alófonos*. Los términos abstractos de la lengua ordinaria son, sin embargo, mucho menos precisos y queda para el diccionario el introducir cierta apariencia de orden en sus usos superpuestos. Sucede ocasionalmente que un período particularmente consciente de la lengua hace un esfuerzo sistemático por volver a definir su vocabulario abstracto. Esto ocurrió en Francia en gran escala durante el siglo XVII. Las distinciones realizadas entonces sorprenderán con frecuencia al lector moderno como forzadas, demasiado sutiles o francamente pedantescas; son, no obstante, de extraordinario interés cuando se refieren a términos claves de la época, a las palabras que compendian sus ideales y aspiraciones, sus odios y sus temores. He aquí, por ejemplo, la definición de Vaugelas—casi cabría decir el "análisis químico"—del término decisivo *galant*: "un composé où il entroit du je ne sçay quoy ou de la bonne grâce, de l'air de la Cour, de l'esprit, du jugement, de la civilité, de la courtoisie et de la gayeté, le tout sans contrainte, sans affectation, et sans vice"⁴. Me-

¹ Cf. BLOOMFIELD, *Language*, págs. 425 y sgs.

² "Genius does what it must, and Talent does what it can."

³ Véase sobre este problema L. P. SMITH, "Four Words: Romantic, Original, Creative, Genius", *Society for Pure English Tracts*, XVII (1924), reimpresso en su libro *Words and Idioms*; cf. también P. ZUMTHOR en *Zeitschrift für Romanische Philologie*, LXVI (1950), págs. 170-201, y G. MATORÉ-A.-J. GREIMAS en *Le Français Moderne*, XXV (1957), págs. 256-72.

⁴ "Un compuesto en el que entra un no sé qué de gracia, de aire de la corte, de ingenio, de juicio, de urbanidad, de cortesía y de alegría, todo ello sin violen-

dio siglo más tarde, La Bruyère intentó distinguir, en un tono bastante diferente, entre otros tres términos claves del período: un hombre hábil ("habile homme"), un caballero ("honnête homme") y un hombre bueno ("homme de bien"). Su análisis está expresado en términos casi matemáticos. El caballero, dice, se halla en cierto modo entre los otros dos tipos, pero está más cerca del hombre hábil que del hombre bueno; realmente, añade con un toque de cinismo, la distancia entre un caballero y un hombre hábil se acorta de día en día y está a punto de desvanecerse por completo. Pasa luego a examinar, en términos tersamente irónicos, los rasgos distintivos de los tres tipos humanos, e indica que mientras que todo hombre bueno es por definición un caballero, la inversa evidentemente no es verdadera¹. Estos ejercicios de definición y análisis han desempeñado un papel importante en la tradición de la disciplina lingüística, que es aún uno de los pilares del sistema educativo francés.

4) Todavía otra fuente de vaguedad en las palabras es la *falta de familiaridad* con las cosas que representan. Es este, por supuesto, un factor altamente variable, dependiente del conocimiento general y de los intereses especiales de cada individuo. Mucha gente de la ciudad tendrá nociones extremadamente nebulosas sobre el significado de nombres de animales y plantas o de términos agrícolas que serán perfectamente claros para cualquier hortelano o labriego. ¿Cuántos lectores, por ejemplo, serán capaces de visualizar algunas de las plantas mencionadas por Ofelia: "Aquí os traigo *hinojo* y *aguileñas*. Aquí, *ruda* para vos, y también algo de ella para mí" (Acto IV, escena 5)?² En un plano enteramente diferente, ¿cuántas personas podrían dar una información razonablemente clara de lo que se quiere decir con *existencialismo*, *positivismo lógico*, *surrealismo*, *relatividad*, *enzima*, *electrón* o *cibernética*? Sin embargo, estas palabras, y otras muchas como ellas, son términos claves en la civilización del siglo XX, y algunas al menos suelen ser utilizadas, en escritos no técnicos e incluso en la prensa y en la radio, sin ninguna explicación.

Aparte de estos términos especializados, hay otros incontables que el inglés ha tomado de lenguas extranjeras, vivas o muertas, y cuyo significado es oscuro para muchos interlocutores. La barrera de la lengua, que fue discutida en el capítulo precedente, es un potente factor que contribuye a la vaguedad en el inglés. Los "malapropismos" citados más arriba (págs. 130 y sgs.), no son más que sínto-

cia, sin afectación y sin vicio" (citado según F. BRUNOT, *Histoire de la langue française*, vol. III, parte I, pág. 238 y sgs.).

¹ "Des jugements", en *Caractères*, ed. Nelson, pág. 420. Sobre estos y otros conceptos afines ver recientemente M. WANDRUSZKA, *Der Geist der französischen Sprache*, págs. 94 y sgs.

² "There's *fennel* for you, and *columbines*. There's *rue* for you; and here's some for me."

mas extremos de esta profunda inseguridad lingüística. Jespersen cuenta la divertida pero reveladora anécdota de un patán que, al ser preguntado por un cura qué significaba para él la palabra felicidad (*felicity*), replicó: "Algo en el interior de un cerdo, pero no sé decir cabalmente el qué" (*Growth and Structure*, pág. 91). Esto sucedía hace aproximadamente un siglo, y desde entonces la situación ha mejorado más allá de todo reconocimiento; no obstante, esta forma de vaguedad continúa representando un serio problema social y educativo.

II. TONALIDADES EMOTIVAS

Se ha admitido durante mucho tiempo, y se ha recalcado, con fuerza en los últimos años, que la lengua no es meramente un vehículo de comunicación: es también un medio de expresar emociones y de despertarlas en otros. En rigor, cabría argüir que ambos elementos, el comunicativo, así como el emotivo, deben estar presentes en toda locución aun cuando uno de ellos puede eclipsar completamente al otro. Como declara un psicólogo francés, "todo lenguaje tiene algún valor emotivo: si lo que yo digo fuese indiferente para mí, no lo diría. Al mismo tiempo, todo lenguaje aspira a comunicar algo. Si uno no tuviera absolutamente nada que decir, no diría nada"¹.

Estas consideraciones han conducido a algunos eruditos a distinguir entre dos usos del lenguaje: uno simbólico o referencial, y el otro emotivo. Esta doctrina, que ha sido llamada la teoría de la "gran vertiente", fue establecida en términos simples por Ogden y Richards: "El uso simbólico de las palabras es la *enunciación*; el registro, el apoyo, la organización y la comunicación de referencias. El uso emotivo de las palabras es una cuestión más simple, es el uso de las palabras para expresar o excitar sentimientos y actitudes"².

¹ H. DELACROIX, *op. cit.*, págs. 41 y sgs.

² *Op. cit.*, pág. 149; cf. también I. A. RICHARDS, *Principles of Literary Criticism*, Londres, ed. 1938, cap. 34. Entre los numerosos trabajos que tratan del lenguaje emotivo y de problemas afines, pueden mencionarse los siguientes: M. BLACK, E. L. STEVENSON, I. A. RICHARDS, "Symposium on Emotive Meaning", *The Philosophical Review*, LVII (1948), págs. 111-57; B. BOURDON, *L'Expression des émotions et des tendances dans le langage*, París, 1892; W. EMPSON, *The Structure of Complex Words*, Londres, 1951; E. GAMILLSCHEG, "Zur Einwirkung des Affekts auf den Sprachbau", *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, Supl., 1937; L. HAVAS, "Words with Emotive Connotations in Bilingual Dictionaries", *Acta Linguistica Academiae Scientiarum Hungaricae*, VI (1957), páginas 449-68; C. S. LEWIS, *Studies in Words*, Cambridge, 1960, cap. 9; F. PAULHAN, "La double fonction du langage", *Revue Philosophique*, CIV (1927), páginas 22-73; M. PIRON, "Caractérisation affective et création lexicale. Le cas du wallon ramponé", *Romanica Gandensia*, I (1953), págs. 119-70; A. SIEBERER, "Vom Gefühlswert der Wörter", *Oesterreichische Akademie der Wissenschaften, Phil.*

Se notará que la dualidad es más aparente que real, puesto que el lenguaje emotivo combina cierto número de funciones diversas: expresar sentimientos no es lo mismo que excitarlos, y hay también una gran diferencia entre sentimientos y actitudes. De aquí una malla más fina de distinciones del Dr. Richards, en *Practical Criticism* y en otras partes, entre cuatro aspectos del significado: sentido, tono, sentimiento e intención.

Otros tratadistas han intentado refinar el esquema original de varias maneras. Uno de los primeros semánticos, K. O. Erdmann, reconoció tres factores: "significado esencial o central", "significado aplicado o contextual" y "tono sentimental"¹. En los años recientes se han propuesto cierto número de esquemas más complejos; uno de los últimos distinguiría no menos de nueve componentes diferentes del significado². En vez de penetrar en las complicaciones de estas teorías, algunas de las cuales sobrepasan los límites de la semántica propiamente dicha, consideraré tres problemas específicos, a la luz de ejemplos concretos: las fuentes de las tonalidades emotivas, los artificios lingüísticos que ayudan a reforzarlas, y los varios modos como pueden debilitarse o perderse.

1. Fuentes de las tonalidades emotivas

1) *Factores fonéticos*. — La estructura fonética de una palabra puede dar origen a efectos emotivos de dos maneras diferentes. La primera de ellas es la onomatopeya. Cuando hay armonía intrínseca entre el sonido y el sentido, esto puede acercarse a lo anterior, en contextos adecuados, y contribuir a la expresividad y al poder sugestivo de la palabra. Este proceso ha sido examinado en el capítulo precedente.

Los sonidos pueden producir asimismo efectos puramente estéticos, agradables o desagradables, con independencia del significado que expresan. Esto es con frecuencia un factor enteramente subjetivo; es también bastante raro, ya que el significado y las asociaciones de la palabra colorearán casi inevitablemente la impresión causada por los sonidos. Puede verse mejor en algunos elementos marginales del lenguaje—nombres de lugar, palabras extranjeras, neologismos y similares—en donde interfieren menos los factores semán-

Hist. Kl., Anzeiger, LXXXIV (1947), págs. 35-52. Una útil perspectiva de las ideas corrientes sobre la materia se encontrará en caps. 5-6 de Henle, *op. cit.* (por W. K. FRANKENA). El significado emotivo es uno de los problemas centrales de la estilística, y muchos de sus aspectos se discuten en las obras de CH. BALLY, M. CRESSOT y J. MAROUZEAU sobre el particular.

¹ *Op. cit.* Los términos ingleses son los sugeridos por el profesor FIRTH, en "The Technique of Semantics", *loc. cit.*

² W. K. FRANKENA, *loc. cit.*

ticos. Algunos poetas franceses han ensalzado la nítida belleza fonética de ciertos nombres de lugar ¹:

S'il est un nom bien doux, fait pour la poésie,
Oh, dites, n'est-ce pas le nom de la *Voulzie*?

(Hégésippe Moreau) ².

Créqui, Fronsac, beaux noms chatoyants de satin.

(Albert Samain) ³.

Aun aquí pueden deslizarse asociaciones externas; cuando, por ejemplo, Théophile Gautier ridiculizó el nombre de una aldea del escabroso país vasco:

Urrugne,

Nom rauque dont le son à la rime répugne ⁴,

sus reacciones fueron influidas probablemente por la situación del lugar. Juicios parecidos se han dictado a veces sobre neologismos y palabras extranjeras. Vaugelas, por ejemplo, describió la nueva palabra *exactitude* como un monstruo contra el que todo el mundo protestaba, aunque al final acabaron por usarla ⁵. Las palabras inglesas adoptadas por el francés han estado sometidas a muchas críticas adversas a causa de su alegada aspereza: *keepsake* [regalo, recuerdo], verbigracia, que estuvo muy de moda a comienzos del siglo XIX, fue denunciada en un artículo de una revista como una "palabra áspera, cuya peligrosa pronunciación impedirá que se haga popular" ⁶. El poeta italiano Alfieri llegó más lejos todavía: escribió un epigrama sobre la calidad sonora de la palabra italiana *capitano* [capitán], que fue deformada y "nasalizada" en la francesa *capitaine*, y reducida a un mero *captain* en las ásperas gargantas inglesas ⁷.

Ocasionalmente, hasta los términos ordinarios son juzgados por criterios puramente estéticos, aunque una vez más las consideraciones del significado tenderán a influir en el resultado. En *De vulgari eloquentia*, Dante forjó una complicada clasificación de las palabras basada en la eufonía y en otros factores. El profesor Ewert ha explicado en un reciente artículo algunas de las oscuras metáforas tex-

¹ Véase J. MAROUZEAU, *Précis de stylistique française*, 3.^a ed., París, 1950, páginas 126 y sgs., de donde están tomados los tres ejemplos inmediatos.

² "Si hay un nombre dulce, hecho para la poesía, oh, decidme, ¿no es el nombre de la *Voulzie*?"

³ "*Créqui, Fronsac*, bellos nombres tornasolados de satén."

⁴ "*Urrugne*, nombre ronco cuyo sonido repugna a la rima."

⁵ Véase F. BRUNOT, *Histoire de la langue française*, vol. III, parte I, pág. 211.

⁶ Véase A. WEIL, *Le Français Moderne*, XIII (1945), pág. 133.

⁷ Citado por A. GRAF, *L'Anglomania e l'influsso inglese nel secolo XVIII*, Turín, 1911, pág. 229.

tiles en que están expresadas sus categorías¹. Palabras tales como *amore* o *donna* se le aparecen como *pexa*, como "terciopelo fino, con todo su vello, lisa y suavemente peinado", mientras que *terra* es *hirsutum*, teniendo "la pelusa más abundante y menos llanamente acabada de una lana de buena calidad", y *corpo* es *reburum*, "sugiriendo la aspereza un tanto excesiva del fustán".

2) *Contexto*.—Como ya se ha mencionado (pág 61), cualquier palabra, hasta la más ordinaria y prosaica, puede, en ciertos contextos, estar circundada de un aura emotiva. Un nombre concreto como *wall* [muro], por ejemplo, se usará en incontables situaciones de una manera perfectamente neutra y positiva; pero es susceptible de adquirir poderosas tonalidades. Un muro puede incluso ser apostrofado:

PYRAMUS: Thou *wall*, O *wall*, O sweet and lovely *wall*,
Show me thy chink, to blink through with mine eyne.
Thanks, courteous *wall*. Jove shield thee well for this...
O wicked *wall*, through whom I see no bliss;
Curs'd be thy stones for thus deceiving me!

THESEUS: The *wall*, methinks, being sensible, should curse again.

A Midsummer Night's, acto V, escena 1².

Para el preso o el inválido cercado de muros, estos estarán henchidos de intensa significación emocional:

I saw the dungeon *walls* and floor
Close slowly round me as before...
These heavy *walls* to me had grown
A hermitage—and all my own.

Byron, *The Prisoner of Chillon*, X y XIV³.

Análogamente, en la novela de Camus *La peste*, las gentes de Orán que van a morir son descritas tersamente como "atrapadas de-

¹ A. EWERT, "Dante's Theory of Diction", *MHRA, Annual Bulletin of the Modern Humanities Research Association*, n.º 31 (1959), págs. 15-30: págs. 24 y siguientes.

² "PIRAMO: ¡Oh muro!, ¡oh muro!, ¡oh dulce y adorado muro!, muéstrame tus grietas para a través de ti echar una mirada. ¡Gracias, cortés muro! ¡Protéjate Júpiter por esto...! ¡Oh malvado muro, por entre el cual no veo la dicha! ¡Malditas sean tus piedras, que así me has engañado!" "THESEUS: Puesto que el muro está dotado de palabra, debiera maldecirlo a su vez." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.ª ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 939.

³ "Vi los muros y el suelo del calabozo cerrarse lentamente en torno a mí como antes... Estos pesados muros se habían convertido para mí en una ermita—y en toda mi propiedad."

trás de centenares de *muros* crepitantes de calor”¹. De este modo, los muros pueden transformarse en un símbolo de la reclusión y la claustrofobia, tanto físicas como morales. Es significativo que uno de los relatos cortos de Sartre, y realmente del volumen entero en que aparece, se titule *Le mur*.

Aun los muros de la cárcel tendrán un sentido diferente para el cautivo confinado dentro de ellos y para el ciudadano cumplidor de las leyes, dejando a un lado al custodio de la ley. En una de las novelas de Anatole France hay un pasaje interesante sobre lo que representa un muro para la mente de un juez: “Son âme de juge jubilait à la vue d'un *mur*, de la chose sourde, muette et sombre qui rappelait à sa pensée ravie les idées de prison, de cachot, de peines subies, de vindicte sociale, de code, de loi, de justice, de morale, un *mur*”².

3) *Gritos de combate*. — A menudo acontece que las consignas políticas y de otra índole quedan tan intensamente cargadas de emoción que esta invalida por completo su sentido objetivo. El profesor C. S. Lewis ha acuñado recientemente la expresión “verbicidio” para describir estas y otras perversiones semejantes del significado³. La historia de palabras tales como *democracia* es una advertencia de hasta qué punto puede llegar el proceso⁴. Un crítico francés ha hecho un análisis penetrante de esta tendencia:

En ciertos momentos de la vida de una nación o de la humanidad en general, hay palabras en las que se concentra una potencia de sentimiento y de fuerza de voluntad que las hace singularmente benéficas o particularmente terribles. La mera mención de ellas desatará la ira o el entusiasmo de las turbas, de los partidos, de grupos inmensos de gente. *Libertad, igualdad, orden, patria, justicia* han mostrado alternativamente su poder temporal... Una palabra, una frase, ciertas asociaciones de sonidos están investidas de posibilidades de sugestión, de medios de actuar casi automáticamente sobre el ánimo de los individuos que forman un grupo más o menos extenso⁵.

¹ “Qu'on pense alors à celui qui va mourir, pris au piège derrière des centaines de *murs* crépitants de chaleur” (París, ed. 1958, pág. 15). Sobre el simbolismo de los muros ver mi libro, *The Image in the Modern French Novel*, Cambridge, 1960, págs. 18 y sgs., 54 y sgs. y 264 y sgs.

² “Su alma de juez se regocijaba a la vista de un *muro*, de esa cosa sorda, muda y sombría que evocaba en su pensamiento encantado las ideas de prisión, de calabozo, de penas sufridas, de vindicta social, de código, de ley, de justicia, de moral: un *muro*” (de *L'Anneau d'améthyste*, citado por NYROP, *Sémantique* página 24).

³ *Op. cit.*, págs. 7 y sgs., 131 y sgs. y 221 y sgs.

⁴ Véase esp. T. D. WELDON, *The Vocabulary of Politics*, Penguin Books, Londres, 1955, cap. 4.

⁵ PAULHAN, *Revue Philosophique*, civ, pág. 44.

4) *Derivación emotiva*. — Hay ciertos sufijos — diminutivos, aumentativos, peyorativos y demás — que añaden una nota emotiva o un juicio de valor al significado del tema. [En el inglés y el francés, en donde los derivados no se forman tan libremente como, digamos, en el alemán o el italiano (ver cap. 4), el uso emotivo de los sufijos no es muy común, pero no faltan ejemplos: *poet* [poeta] — *poetaster* [poetastro], *prince* [príncipe] — *princelet*, *princeling*, *princekin* [principito, principillo, principote]; en francés *roi* “rey” — *roitelet* “reyezuelo”; *papier* “papel” — *paperaisse* “papelote, papelucho, papelorio”, *traîner* “arrastrar” — *trâinasser* “prolongar, dar largas”. Otras lenguas son más ricas en tales recursos; en italiano, por ejemplo, se forma toda una serie de derivados emotivos a partir de la palabra *donna* “mujer”: diminutivos (*donnina*, *donnetta*, *donnettina*), peyorativos (*donnaccia*, *donnuccia*, *donnicciuola*), y otros. Las tonalidades manifestadas por estos sufijos tendrían que ser expresadas en inglés por una o más palabras separadas: una *donnetta* es una “little woman” [mujercilla], una *donnettina* es una “graceful little woman” [mujercita graciosa], una *donnuccia* una “sickly little woman” [mujeruca achacosa], etc.¹

5) Algunas palabras contienen un elemento de evaluación superpuesto al significado principal. Una *hovel* [choza] es una “morada tosca o miserable”; *to scrawl* [garrapatear] es definido por el diccionario como “escribir o dibujar de una manera desaseada y sin habilidad”; *scribble* [borrajear, emborronar] combina la idea de escritura con la de precipitación y descuido. El traductor estará atento a conservar tales matices, aun cuando no haya un equivalente exacto en el inglés; así, el vocablo francés *grabat* [camastro], bien conocido por los lectores de *Le Père Goriot*, de Balzac, habrá de ser vertido por “mean bed” [cama pobre, sórdida] o por alguna frase similar.

6) Hay palabras cuya función principal consiste en expresar una evaluación o comentario emotivo. Tales son, por ejemplo, adjetivos como *good* [bueno], *brave* [bravo], *funny* [chistoso, divertido], *stupid* [estúpido], *horrible*, y sus opuestos. En semejantes palabras, el elemento emotivo es más que una tonalidad añadida: es una parte integral de su significado central.

7) “Valores evocadores”. — Muchas de nuestras palabras deben su expresividad y su efecto emotivo a las asociaciones que despiertan. Los términos peculiares de un medio o de un nivel de estilo dados evocarán su ambiente usual aun en el caso de que se encuentren en contextos totalmente diferentes. Los arcaísmos, las palabras extranjeras, los términos técnicos o dialectales, los vulgarismos y la germanía trasladarán al lector al clima estilístico a que normalmente

¹ Cf. WARTBURG, *La posizione della lingua italiana*, págs. 89 y sgs. (véase también anteriormente, pág. 122).

pertenecen. Como dijo Proust una vez, "chaque mot a sur notre imagination une puissance d'évocation aussi grande que sa puissance de stricte signification"¹. Estos valores, que son conocidos desde Bally como "efectos evocadores"², abarcan el campo entero del sistema del lenguaje; comprenden la pronunciación y la gramática, así como el vocabulario.

Una ojeada a uno de estos recursos, el uso estilístico de *palabras extranjeras*, dará alguna idea de cómo funciona el mecanismo. Es esencial distinguir entre efectos evocadores primarios y secundarios. La función estilística primaria de los términos extranjeros es producir "color local"³: describir un personaje o un ambiente extraño empleando palabras peculiares de ellos. Es este un artificio sencillo, pero que ha de manejarse con discreción. Pocos dramaturgos modernos se atreverían a utilizar una lengua extranjera en tan pródiga escala como lo hizo Shakespeare en *King Henry the Fifth*, salvo quizá con propósitos cómicos, como por ejemplo en el vodevil de Tristan Bernard, *L'anglais tel qu'on le parle*, en donde la fuente principal de la comicidad estriba en el inglés chapurrado de los franceses y en el francés chapurrado de los ingleses. En la mayoría de los casos, sin embargo, las palabras y rótulos extranjeros se usarán más parcamente, pues de lo contrario disminuirán su fuerza evocadora; tomemos por ejemplo esta caricatura de un inglés en las acotaciones escénicas de la pieza de Vigny, *Chatterton*: "John Bell, gonflé d'ale, de porter et de roast beef"⁴.

La poesía es, por supuesto, menos hospitalaria que la prosa para las palabras extranjeras, pero aun aquí hay ocasionalmente algunos ligeros y sugestivos toques de color local:

Même alors que l'aurore allume
Les cottages jaunes et noirs.

Verlaine, *Aquarelles: Streets*⁵.

Una palabra extranjera puede usarse inclusive a causa de su aura

¹ Cada palabra tiene sobre nuestra imaginación un poder de evocación tan grande como su poder de estricta significación" (citado por MAROUZEAU, *Précis de stylistique française*, pág. 100).

² CH. BALLY, *Traité de stylistique française*, 2 vols., 3.^a ed., Ginebra-París, 1951: vol. I, págs. 203-49. Un examen de estos efectos se hallará en mi *Précis de sémantique française*, págs. 157-72.

³ Sobre el color local, véase cap. I de mi *Style in the French Novel*; sobre palabras inglesas en el francés, F. MACKENZIE, *Les relations de l'Angleterre et de la France d'après le vocabulaire*, vol. I, París, 1939-46; cf. también mis artículos en *Publications of the Modern Language Association of America*, 1947, *Mélanges Albert Dauzat*, París, 1951, y *Vie et Langage*, 1957.

⁴ "John Bell, hinchado de ale [cerveza fuerte], de porter [otro tipo de-cerveza] y de roast beef [carne asada]."

⁵ "Aunque ya la aurora ilumina los cottages amarillos y negros."

general de exotismo, sin ningún color local preciso. El vocablo inglés *steamer* [barco de vapor]—debido quizá a que rima con el francés *mer* [mar]—se ajusta admirablemente al estado de ánimo del poema de Mallarmé, *Brise marine*:

Je partirai! *Steamer* balançant ta mâture,
Lève l'ancre pour une exotique nature! ¹

Cuando se emplea una palabra extranjera, no porque haya necesidad real para ello, sino por su valor de esnobismo, por el aire de distinción que confiere al que habla, tenemos lo que puede llamarse "efectos evocadores secundarios". Las afectaciones de los galómanos en Inglaterra y de los anglómanos en Francia han sido ridiculizadas por muchos escritores. La técnica es aplicada con cierto gusto en *The Man of Mode* (1676), de Sir George Etherege:

SIR FOPLING FLUTTER: In Paris, the *mode* is to flatter the *prude*, laugh at the *faux-prude*, make serious love to the *demi-prude*, and only rally with the *coquette* ².

En Francia, donde la anglomanía no empezó hasta mucho más tarde, el habla llena de anglicismos de los "dandies" fue enérgicamente parodiada por Musset, tanto en verso como en prosa. "Il te sied bien de faire le *fashionable* (Que le diable soit des mots anglais!)", dice un tío a su sobrino en una de las piezas de Musset ³. Tal sátira es todavía más efectiva en la poesía, en la que las palabras inglesas se acomodan asombrosamente al alejandrino francés y que a veces termina en un metro cojo:

Dans le bol où le punch rit sur son trépied d'or,
Le grog est *fashionable*.

Les secrètes pensées de Rafael ⁴.

And how do you do, mon bon père, aujourd'hui?

Mardoche ⁵.

¹ "¡Partiré! *Steamer*, balanceando tu arboladura, leva el ancla para un país exótico." Cf. Y. LE HIR, *Commentaires stylistiques de textes français modernes*, París, 1959, pág. 91.

² SIR FOPLING FLUTTER: En París, la moda es adular a las gazmoñas, reírse de las falsas gazmoñas, hacer el amor en serio a las medio gazmoñas, y burlarse solamente de las coquetas." Acto IV, escena 1, citado por F. MOSSÉ, *Esquisse d'une histoire de la langue anglaise*, Lyon, 1947, pág. 174, n. 1.

³ "Te sienta bien hacer el *fashionable* [elegante] (¡Que el demonio se lleve las palabras inglesas!)" (*Il ne faut jurer de rien*, escena 1.)

⁴ "En el tazón (*bowl*) donde el ponche ríe sobre su trípode de oro, el *grog* es elegante."

⁵ "¿Y cómo está usted hoy, mi buen padre?"

Hasta una sola palabra inglesa puede producir un efecto explosivo si aparece de repente en un contexto inesperado. En una comedia moderna, un marido comenta irónicamente sobre las tertulias elegantes organizadas por su esposa:

Ce devait être charmant! J'aurais bien voulu arriver un peu plus tôt. Enfin, c'est manqué! Ah! Mais non! *Miousic!* Venez donc, cher ami! ¹

Si el personaje hubiera usado la palabra francesa *musique* en lugar de su mofada réplica inglesa, el efecto irónico se habría perdido casi por completo.

Las tonalidades emotivas de las palabras extranjeras no siempre son favorables; en muchos casos son tergiversadas por xenofobia o por un sesgo patriotero, y esto puede dar por resultado una depreciación permanente del significado. Así, el verbo ordinario español equivalente a "to speak", *hablar*, ha sido acogido en francés como *hâbler* "fanfarronear, baladronar", mientras que los españoles han adoptado el francés *parler* bajo la forma de *parlar* y le han dado el significado de "charlar, chacharear" (Bloch-Wartburg).

2. Artificios emotivos

Además de los factores que acabamos de discutir, existen en toda lengua artificios que coadyuvan a reforzar la significación emotiva de las palabras. Algunos de estos artificios son universales; otros son peculiares de un idioma dado. Todos los sectores del sistema lingüístico pueden estar envueltos en el proceso, de suerte que los artificios se incluyen en tres grupos: fonéticos, léxicos y sintácticos.

1) *Artificios fonéticos*. — Bajo el impulso de la emoción, la configuración de nuestras palabras puede alterarse de diferentes maneras. En la exclamación: "Well, I never!" [¡Bien, yo nunca!], el adverbio *never* es pronunciado con grave énfasis y su consonante inicial tiende a alargarse. En algunas lenguas, estos artificios "fonostilísticos", como han sido denominados ², están organizados sistemáticamente. Como ya se ha mencionado (pág. 29), el francés posee un acento emotivo especial que recae sobre la primera sílaba de las palabras que comienzan por consonante y sobre la segunda sílaba de las que empiezan por vocal: '*misérable!*'—*é'pouvantable!* Este

¹ "¡Esto debía ser encantador! Me hubiera gustado llegar un poco antes. ¡En fin, se ha malogrado! ¡Ah! ¡No! *Miousic!* ¡Ven, querido amigo!" (de una pieza de Nozière y Savoir, citada por M. KUTTNER, "Anglomanie in heutigen Französischen", *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, LXVIII (1926), páginas 446-65).

² Ver N. S. TRUBETZKOY, *op. cit.*, págs. 16-29.

acento puede ir acompañado de otros rasgos fonéticos: *é'pouvantable!* se pronunciará con una [p] larga y estará precedido por una pausa glótica. Aparte de este acento emotivo, el francés tiene asimismo el llamado acento enfático (*accent d'insistance*) que siempre recae en la primera sílaba de las palabras y contribuye a ponerlas de relieve o a contrastarlas unas con otras: "Ce n'est pas '*subjectiv*, c'est '*objectiv*". De los dos, el segundo tipo es el más discreto; también difiere del otro en cualidad, ya que es un acento de diapasón puramente musical, mientras que el acento emotivo toma la forma de un fuerte golpe espiratorio¹.

2) *Artifícios léxicos*. — El más potente artificio léxico utilizable con propósitos emotivos y expresivos es el lenguaje figurado. Este puede obrar o bien explícitamente, mediante la *comparación*, o bien implícitamente, mediante la *metáfora*. En lugar de afirmar meramente que una persona es muy picante, o que una reunión es muy aburrida, cabe expresar nuestra intención de un modo más incisivo diciendo: "es picante como la mostaza", "es tan aburrida como el agua de un foso". Aunque estos clichés han perdido mucha de su fuerza prístina, todavía son harto más enérgicos que una simple enunciación. La metáfora opera de la misma manera, pero se expresa en una forma más condensada: en vez de decir que alguien es tan sandio como un ganso, tan estúpido como un asno, tan tímido como un ratón, o tan zafio como un toro en una tienda de porcelana china, podemos suprimir la comparación e identificarlo con estos animales: "es un ganso", "es un perfecto asno", etc. En un nivel infinitamente más elevado y más original, el escritor creador procederá de un modo parecido. Puede preferir el tipo explícito e incluso deleitarse en el pausado despliegue de un símil épico; o puede aspirar a los efectos de la sorpresa y a la táctica del asombro merced a la yuxtaposición audaz de experiencias totalmente diferentes. Mallarmé declaró en cierta ocasión: "J'ai rayé le mot *comme* du dictionnaire"², y muchos escritores modernos estarían de acuerdo con él. Sin embargo, Shakespeare logró poderosos efectos mediante comparaciones explícitas:

whose phrase of sorrow
Conjures the wand'ring stars, and makes them stand
Like wonder-wounded hearers.

Hamlet, acto V. escena 1³.

¹ Véase J. MAROUZEAU, *Le Français Moderne*, II (1934), págs. 123 y sgs., y XVI (1948), págs. 8 y sgs. Cf. igualmente WARTBURG, *Evolution et structure*, páginas 251 y sgs.

² "Yo he borrado la palabra *como* del diccionario" (citado por G. DAVIES, *French Studies*, IX, pág. 326).

³ "Cuyos acentos de aflicción conjuran a los errantes astros, haciéndoles detener su curso, como oyentes heridos de estupor." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.ª ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1392.

The quality of mercy is not strain'd;
It droppeth as the gentle rain from heaven
Upon the place beneath.

The Merchant of Venice, acto IV, escena 1^a.

La naturaleza de las imágenes y su papel en el estilo serán considerados en el capítulo 8; aquí es suficiente indicar que el símil y la metáfora se encuentran entre los más eficaces artificios disponibles para la expresión del significado emotivo.

Una figura de dicción emparentada, cuya función capital es dar salida a los sentimientos impetuosos, es la exageración o "hipérbole". Haciéndose eco de la frase de Virgilio acerca de amontonar el Osa sobre el Pelión, Hamlet compite con Laertes en hallar expresiones extravagantes para su dolor por la muerte de Ofelia:

let them throw
Millions of acres on us, till our ground,
Singeing his pate against the burning zone,
Make Ossa like a wart!

Acto V, escena 1^a.

En una forma menos extrema, la misma tendencia a magnificar es responsable de incontables expresiones hiperbólicas de la vida diaria: *awful* [horrible], *dreadful* [espantoso], *frightful* [formidable], *terrific* [terrible], *tremendous* [tremendo], *abysmal* [abismal], *bottomless* [insondable], *deadly* [implacable], y muchos más. El significado de alguna de estas palabras ha sido completamente anulado por su tono emocional: hablar de un "*terrific success*" [éxito terrible], de una "*tremendous welcome*" [bienvenida tremenda], o de "*awfully funny*" [horriblemente gracioso], es realmente una contradicción en los términos.

3) *Artificios sintácticos*.—Uno de los artificios emotivos más estimulables de la sintaxis es el *orden de las palabras*. Stendhal dijo una vez que hay una cierta "fisonomía" en la posición de las palabras que ninguna traducción puede reproducir³. Esto es particularmente verdadero de las lenguas sintéticas, altamente inflexivas, tales como el latín, en donde las palabras pueden moverse sin restricciones con miras al énfasis y al efecto emotivo. Pero incluso lenguas analíticas,

¹ "La propiedad de la clemencia es que no sea forzada; cae como la dulce lluvia del cielo sobre el llano que está por debajo de ella." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1083.

² "¡Deja que sobre nosotros echen fanegas a millones, hasta que nuestro promontorio, chamuscándose la cresta en la zona ardiente, deje el monte Osa como una verruga!" *Ibid.*, págs. 1392-3.

³ *La Chartreuse de Parme*, ed. Pléiade, pág. 293.

como el inglés y el francés, han conservado alguna movilidad, de la que el escritor experimentado puede sacar buen partido¹. Un ejemplo muy conocido es la colocación del adjetivo en el francés². Muchos adjetivos franceses pueden preceder o seguir al nombre, según que sean usados emotiva u objetivamente. “Une découverte *importante*” establece meramente que el descubrimiento fue de alguna importancia; “une *importante* découverte” implica, además, cierto grado de participación emocional del que habla. De este modo, algunos adjetivos han adquirido dos valores distintos según su posición. “Un quartier *misérable*” significa un barrio “abrumado por la pobreza”, mientras que “un *misérable* franc” es un franco “despreciable”. Análogamente, *pauvre* en “un homme *pauvre*” “un hombre pobre”, en contraposición a “le *pauvre* homme!” “¡pobre hombre!” — una frase que hizo famosa el *Tartuffe*, de Molière—. Colocando delante del nombre un adjetivo fáctico o clasificatorio que normalmente iría detrás, un escritor diestro puede obtener sutiles efectos irónicos: “ils abdiqueront peut-être jusqu’à leur *républicaine* prétention à la souveraineté”³. El valor emotivo del adjetivo en anteposición puede reforzarse repitiéndolo:

Le ciel faisait sans bruit avec la neige épaisse
Pour cette *immense* armée un *immense* linceul.

Víctor Hugo, *L'Expiation*⁴,

o usando el mismo adjetivo en dos lugares opuestos dentro de la misma oración, una forma de inversión conocida por *quiasmo*, de la letra griega *khi*, que tiene la forma de una X: “Non, pas un *admirable* ambassadeur, mais un ambassadeur *admirable*”⁵. En inglés, donde el adjetivo tiene una posición fija, estas delicadas variaciones de énfasis tendrán que ser expresadas por otros medios.

3. Pérdida del significado emotivo

Algunas tonalidades emotivas son efímeras, contextuales o puramente subjetivas; otras son francamente constantes en un período dado, pero pueden debilitarse o desaparecer por completo, en el

¹ Véase cap. 4 de mi *Style in the French Novel*.

² Véase recientemente K. WYDLER, *Zur Stellung des attributiven Adjektivs vom Latein bis zum Neufranzösischen*, Berna, 1956.

³ “Quizá abdicarán hasta de su republicana pretensión a la soberanía” (ROGER MARTIN DU GARD, *Les Thibault*, parte VIII, pág. 195).

⁴ “El cielo hacía sin ruido con la nieve espesa para este inmenso ejército un inmenso sudario.”

⁵ “No, no es un admirable embajador, sino un embajador admirable” (citado por F. BOILLOT, *Psychologie de la construction dans la phrase française moderne*, París, 1930, págs. 76 y 78.).

día un inocente vulgarismo; pero hace poco más de un siglo debió tener poderosas tonalidades sociales. En una de las novelas de Balzac, una cortesana regenerada lo usa deliberadamente para mostrar que ha recaído en su antiguo modo de vida, y la palabra tiene un efecto tan explosivo que incluso su doncella queda espantada; es, dice Balzac, como si hubiera oído a un ángel proferir una blasfemia¹. En este ejemplo, un escritor altamente consciente del lenguaje ha registrado para la posteridad la condición social precisa de la palabra. En la mayoría de los casos no tenemos tal información, y hasta el crítico más sensible, con frecuencia es incapaz de volver a capturar los tonos evanescentes de las palabras en textos más antiguos².

¹ Cf. mi *Style in the French Novel*, págs. 88 y sgs.

² Cf. mi artículo "Un problème de reconstruction stylistique", en las *Proceedings of the Eighth International Congress of Romance Linguistics*, págs. 465-9.

CAPÍTULO 6

SINONIMIA

I. DIFERENCIAS ENTRE LOS SINÓNIMOS

"Las palabras", observó en cierta ocasión el Dr. Johnson, "rara vez son exactamente sinónimas". Macaulay ha expresado la misma idea en términos que por sí solos se recomiendan al lingüista moderno: "Cambia la estructura de la oración, sustituye un sinónimo por otro, y el efecto total quedará destruido"¹. En la lingüística contemporánea se ha vuelto casi axiomático el que la completa sinonimia no existe. En palabras de Bloomfield, "cada forma lingüística tiene un significado constante y específico. Si las formas son fonéticamente diferentes, suponemos que sus significados también son diferentes... Suponemos, en resumen, que no hay verdaderos sinónimos"². Mucho antes que Bloomfield, Bréal había hablado de una "ley de distribución" en el lenguaje, según la cual "palabras que debieran ser sinónimas, y que lo fueron en el pasado, han adquirido significados diferentes y ya no son intercambiables" (*Essai de sémantique*, pág. 26).

Aunque hay, sin duda, mucho de verdad en estas afirmaciones, sería erróneo negar la posibilidad de la sinonimia completa. Bastante paradójicamente, la encontramos donde menos se esperaría: en las nomenclaturas técnicas. El hecho de que los términos científicos estén precisamente delimitados y sean emocionalmente neutros nos permite hallar, de una manera muy definida, si dos de ellos son completamente intercambiables, y la sinonimia absoluta no es, en modo alguno, infrecuente. Recientes estudios sobre la formación de terminologías industriales³ han mostrado que a veces surgirán varios

¹ Ambas citas son del NED.

² *Language*, pág. 145; cf. igualmente HOCKETT, *op. cit.*, págs. 130 y sgs. Para una opinión un tanto diferente ver PIKE, *op. cit.*, parte III, pág. 91 y págs. 95 y sgs. Sobre sinonimia en general, pueden consultarse los siguientes trabajos: BALLY, *Traité de stylistique*, vol. I, *passim*, esp. págs. 140-54; W. E. COLLINSON, "Comparative Synonymics: Some Principles and Illustrations", *Transactions of the Philological Society*, 1939, págs. 54-77; A. DAUZAT, "L'étude des synonymes", *Etudes de linguistique française*, 2.^a ed., París, 1946, págs. 3-24; JESPERSEN, *Growth and Structure*, págs. 91 y sgs. y 123 y sgs.; Y. D. APRESYAN, "Problema sinonimia", *Voprosy Jazykoznanija*, 1957, n.º 6, págs. 84-8; G. POALELUNGU, "Sinonimia gramaticală", *Omăgiu lui A. Graur*, págs. 645-56.

³ P. J. WEXLER, *La formation du vocabulaire des chemins de fer en France (1778-1842)*, Ginebra-Lila, 1955; S. STUBELIUS, *Airship, Aeroplane, Aircraft*. *Stu-*

sinónimos en torno a un invento nuevo, hasta que finalmente se separen. Semejante sinonimia puede incluso persistir durante un período indefinido. En medicina hay dos nombres para la inflamación del intestino ciego: *cecitis* y *tiflitis*; el primero procede de la palabra latina que significa "ciego", y el segundo de la palabra griega¹. En fonética, consonantes tales como la *s* y la *z* se conocen por *espirantes* y *fricativas*; y el mismo escritor puede emplear ambos términos como sinónimos². La propia palabra *semántica* tiene un sinónimo algo engorroso en *semasiología*, que ahora apenas se usa en inglés y en francés, pero que está firmemente establecido en algunos otros idiomas. Una forma distinta de sinonimia resulta de la coexistencia de términos nativos y grecolatinos en ciertas nomenclaturas técnicas. El lingüista alemán, por ejemplo, puede escoger entre *Lautlehre* y *Phonetik*, *Formenlehre* y *Morphologie*, *Bedeutungslehre* y *Semantik* (o *Semasiologie*), y como estos sinónimos se usan en los mismos contextos, y a veces hasta en el título del mismo libro³, apenas se puede hablar siquiera de diferencias estilísticas entre ellos. En el lenguaje ordinario, raramente cabe ser tan positivo acerca de la identidad de significados, ya que el asunto se complica por la vaguedad, la ambigüedad, las tonalidades emotivas y los efectos evocadores; pero aun así se pueden encontrar ocasionalmente palabras que son en todos los sentidos intercambiables; se ha sugerido, por ejemplo, que *almost* [casi] y *nearly* [aproximadamente] son tales sinónimos "integrales"⁴.

No obstante, es perfectamente cierto que la sinonimia absoluta se opone a nuestro modo general de considerar el lenguaje. Cuando vemos palabras diferentes, suponemos instintivamente que debe haber también alguna diferencia en el significado, y en la inmensa mayoría de los casos hay, en efecto, una distinción, aunque quizá sea difícil formularla. Muy pocas palabras son completamente sinónimas en el sentido de ser intercambiables en cualquier contexto sin la más leve alteración del significado objetivo, el tono sentimental o el valor evocativo.

El profesor W. E. Collinson ha realizado un interesante inten-

dies in the History of Terms for Aircraft in English, Gotemburgo, 1958; Id., *Balloon, Flying-machine, Helicopter. Further Studies in the History of Terms for Aircraft in English*, Gotemburgo, 1960.

¹ Sobre estas palabras, véase recientemente C. SCHICK, *Il linguaggio*, Turín, 1960, pág. 188.

² "Ejemplos de tales "espirantes" o "fricativas", como se les llama, son la *s*, la *z* y la *y* (SAPIR, *Language*, pág. 51).

³ Como, v. gr., en la obra de KRONASSER, *Handbuch der Semasiologie*, que tiene el subtítulo: *Kurze Einführung in die Geschichte, Problematik und Terminologie der Bedeutungslehre*, o en la de E. STRUCK, *Bedeutungslehre, Grundzüge einer lateinischen und griechischen Semasiologie*.

⁴ COLLINSON, *loc. cit.*, pág. 58.

to de tabular las más típicas diferencias entre los sinónimos¹. Distingue nueve posibilidades:

1) Un término es más general que otro: *refuse* [rehusar] — *rejet* [rechazar].

2) Un término es más intenso que otro: *repudiate* [repudiar] — *refuse*.

3) Un término es más emotivo que otro: *rejet* — *decline* [declinar].

4) Un término puede implicar aprobación o censura moral, mientras que el otro es neutro: *thrifty* [frugal] — *economical* [económico].

5) Un término es más profesional que otro: *decease* [fallecimiento] — *death* [muerte].

6) Un término es más literario que otro: *passing* [acabamiento, partida] *death*.

7) Un término es más coloquial que otro: *turn down* [desechar, dar de lado] — *refuse*.

8) Un término es más local o dialectal que otro: escocés *flesher* [tablajero] — *butcher* [carnicero].

9) Uno de los sinónimos pertenece al habla infantil: *daddy* [papá] — *father* [padre].

Algunas de las susodichas categorías incluyen varias subdivisiones. Bajo 6), los términos literarios pueden dividirse en poéticos, arcaicos y otros; bajo 7), el lenguaje coloquial comprende algunas variedades, tales como el habla familiar, la de germanía y la vulgar.

Si se mira más atentamente esta serie, se observa que las nueve categorías caen dentro de diversos grupos distintos. Los números 8) y 9) quedan aparte del resto, ya que el dialecto y el habla infantil están realmente fuera, o, en el mejor de los casos, en las márgenes del inglés clásico. El número 1) se refiere a diferencias objetivas entre los sinónimos, el número 2) combina los factores objetivos y emotivos, el 3) y el 4) son emotivos, mientras que el 6) y el 7) encierran efectos evocadores que, como ya sabemos, son un tipo especial del significado emotivo.

El mejor método para la *delimitación de los sinónimos* es la prueba de sustitución recomendada por Macaulay. Esta, como se recordará, es uno de los procedimientos fundamentales de la lingüística moderna, y en el caso de los sinónimos revela a la vez si, y hasta qué punto, son intercambiables. Si la diferencia es predominantemente objetiva, a menudo se hallará una cierta superposición parcial

¹ *Ibid.*, págs. 61 y sgs. Como el profesor COLLINSON apunta, su sistema se basa en el artículo de G. DEVOTO, "Sinonimia", de la *Enciclopedia Italiana*, xxxi, página 857. Se observará que una sola palabra puede ser sinónima de una frase: *refuse*—*turn down* [dar de lado].

en el significado: los términos en cuestión pueden ser intercambiados en unos contextos, pero no en otros. Así, *broad* [amplio] y *wide* [ancho] son sinónimos en algunos de sus usos: el "*broadest sense*" [sentido más amplio] de una palabra es lo mismo que su "*widest sense*", etc. En otros contextos, solo puede emplearse uno de los dos términos: decimos "*five foot wide*" [cinco pies de ancho], y no *broad*; un "*broad accent*" [acento rudo, grosero], pero no *wide*, etc. Si, por otro lado, la diferencia entre los sinónimos es primordialmente emotiva o estilística, no puede haber superposición en modo alguno: por muy próximos que estén en cuanto al significado objetivo, pertenecen a registros o niveles de estilo totalmente diferentes, y normalmente no pueden intercambiarse. Es difícil imaginar cualquier contexto—salvo uno deliberadamente cómico o irónico—en donde *mingy* [roñoso] pueda reemplazar a *avaricious* [avaro] o donde *pop off* [largarse de sopetón] pueda ser sustituido por *pass away* [partir].

Cabe también distinguir los sinónimos encontrando sus opuestos (antónimos). Así, el verbo *decline* es más o menos sinónimo de *rejet* cuando significa lo opuesto de *accept* [aceptar], pero no cuando es opuesto a *rise* [elevarse, levantarse]. *Deep* [hondo] equivaldrá en parte a *profound* [profundo, intenso] en "*deep sympathy*" [honda simpatía], en donde su opuesto sería *superficial*, pero no en "*deep water*" [agua profunda], en donde su antónimo es *shallow* [somero, de poco fondo o calado].

Todavía otra manera de diferenciar los sinónimos consiste en ordenarlos en una serie en la que sus significados y tonalidades distintivas destacarán por contraste, como, por ejemplo, los varios adjetivos que denotan velocidad: *quick* [vivo], *swift* [veloz], *fast* [apresurado], *nimble* [raudo], *fleet* [ligero], *rapid* [rápido], *speedy* [acelerado]¹.

Hay una divertida demostración de las diferencias entre los sinónimos en *As You Like It*, acto V, escena I, en donde Touchstone, el bufón, ejerce su agudeza profesional a costa de un joven campesino sin instrucción:

Therefore, you clown, abandon—which is in the vulgar leave—the society—which in the boorish is company—of this female—which in the common is woman—which together is: abandon the society of this female; or, clown, thou perishest; or, to thy better understanding, diest; or, to wit, I kill thee, make thee away, translate thy life into death².

¹ Cf., sobre este grupo de sinónimos, G. STERN, "*Swift, Swiftly*" and their Synonyms. A Contribution to Semantic Analysis and Theory, Göteborgs Högskolas Årsskrift, XXVII, 1921, y E. ØKSAAR, *Semantische Studien im Sinnbereich der Schnelligkeit*. "Plötzlich, schnell" und ihre Synonymik..., Upsala, 1958.

² "Por consiguiente, rústico, abandonad (o, en lenguaje vulgar, dejad) la sociedad (que en estilo grosero es compañía) de esta hembra (que en idioma común

Las distinciones entre los sinónimos son un gran desafío a la ingeniosidad del lexicógrafo. Para muchas lenguas existen diccionarios especiales de sinónimos¹; en Francia, en particular, hay una larga tradición de ellos, que culminó hace un siglo en el famoso *Dictionnaire des synonymes de la langue française*, de B. Lafaye². Inevitablemente, hay mucho de arbitrariedad en algunas de estas sutilezas verbales. En el siglo XVII se intentó distinguir entre las dos palabras francesas para significar "agradecimiento", *reconnaissance* [reconocimiento] y *gratitude* [gratitud], estableciendo que la primera debía usarse cuando se devolvía un bien recibido, y la segunda, cuando se era incapaz de obrar así³. Un sinonimista del siglo XVIII pretendió clasificar cuatro sinónimos que significan "holgazán" o "descuidado", sugiriendo que *indolent* [indolente] implica falta de sensibilidad, *nonchalant* [desidioso] falta de ardor, *paresseux* [perezoso] falta de acción, y *négligent* [negligente] incuria propiamente dicha⁴. Más recientemente, la tradicional sinonimia de las dos palabras para designar "río", *fleuve* y *rivière*, ha sido resuelta reservando *fleuve* para un río que desemboca en el mar, mientras que una *rivière* desagua en otro río⁵. De más está decir que los interlocutores ordinarios no siempre cumplen estas reglas sofisticadas; muchos, ni siquiera las conocerán, y en cualquier caso no hay nada parecido a la uniformidad en los diccionarios. Con todo, estos ejercicios de análisis lógico han aguzado ciertamente el sentido de los franceses para los matices más finos de su idioma; de hecho, como el profesor Harmer ha indicado hace poco, muchos de los celebrados moralistas del siglo XVIII aplicaron, en una forma más ingeniosa y más literaria, el mismo método que los sinonimistas⁶.

se llama mujer); palabras que, en conjunto, quieren decir: rústico, abandona la sociedad de esta mujer, o pereces; o, para hacértelo comprender mejor, mueres; o sea que te mato, que te extermino, que cambio tu vida en muerte." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, 1951, pág. 1237.—Cf. JESPERSEN, *Growth and Structure*, pág. 91.

¹ Véase esp. C. D. BUCK, *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, Chicago, 1949; COLLINSON, *loc. cit.*, págs. 56 y sgs.; F. DORNSEIFF, "Buchende Synonymik", *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, XLVII (1921), págs. 422-33, y su libro, *Der deutsche Wortschatz nach Sachgruppen*, que ya ha sido mencionado.

² Ver L. C. HARMER, *The French Language Today. Its Characteristics and Tendencies*, Londres, 1954, págs. 93 y sgs.

³ BRUNOT, *Histoire de la langue française*, IV, 1, pág. 522.

⁴ HARMER, *op. cit.*, pág. 99.

⁵ L. FOULET, "Fleuve et rivière", *Romance Philology*, II (1949), págs. 285-97.

⁶ *Op. cit.*, págs. 106 y sgs.; cf. anteriormente, págs. 141 y sgs.

II. MODELOS SINONÍMICOS

Los recursos sinonímicos de una lengua tienden a formar ciertos modelos característicos y medianamente consistentes. En el inglés, por ejemplo, los sinónimos están organizados de acuerdo con dos principios básicos, uno de los cuales comporta una escala doble, y el otro una escala triple.

La *escala* doble—lo “sajón” contra lo “latino”, como usualmente se le llama—es demasiado conocida para requerir un comentario detallado¹. Hay en inglés incontables parejas de sinónimos en las que un término nativo se opone a otro tomado del francés, el latín o el griego. En la mayoría de los casos la palabra nativa es más espontánea, menos formal y pretenciosa, mientras que la extranjera tiene, con frecuencia, un aire erudito, abstracto e incluso abstruso. Puede haber también diferencias emotivas: el término “sajón” suele ser más cálido y más íntimo que su contraparte extranjera. Asimismo, fonéticamente, la última tendrá a veces una apariencia extraña, no asimilada; propenderá igualmente a ser más larga que la palabra nativa, la cual ha estado sometida al efecto erosivo del cambio de sonidos. Hay muchas excepciones a este patrón², pero se repite con tanta persistencia que, evidentemente, es fundamental para la estructura de la lengua. Cabe señalar que el término “nativo” no hay que tomarlo en un sentido estrechamente etimológico: puede incluir palabras de origen extranjero que se han vuelto completamente inglesas tanto en la forma como en el significado, tal como, por ejemplo, el adjetivo *popish* en contraposición al erudito *papal*.

Bastará citar unas cuantas muestras de esta norma sinonímica. Todas las partes principales de la oración están envueltas en el proceso; adjetivos:

<i>bodily</i>	<i>corporeal</i> [corporal]
<i>brotherly</i>	<i>fraternal</i> [hermanal, fraternal]
<i>heavenly</i>	<i>celestial</i> [celestial]
<i>idle</i>	<i>otiose</i> [haragán, ocioso]
<i>inner</i>	<i>internal</i> (<i>interior</i>) [interno, interior]
<i>learned</i>	<i>erudite</i> [instruido, erudito]
<i>lying</i>	<i>mendacious</i> [embustero, mendaz]
<i>sharp</i>	<i>acute</i> [afilado, agudo]
<i>sooty</i>	<i>fuliginous</i> [holliniento, fuliginoso]
<i>starry</i>	<i>sidereal</i> [estrellado, sideral]

¹ Véase, v. gr., la magistral discusión de JESPERSEN, en *Growth and Structure*, capítulos 5 y 6.

² Cf. A. C. BAUGH, *op. cit.*, págs. 225 y sgs..

verbos:

<i>answer</i>	<i>reply</i> [responder, replicar]
<i>buy</i>	<i>purchase</i> [comprar, mercar]
<i>read</i>	<i>peruse</i> [leer]
<i>tire (weary)</i>	<i>fatigue</i> [cansar, fatigar]

nombres:

<i>fiddle</i>	<i>violin</i> [violín]
<i>friendship</i>	<i>amity</i> [amistad]
<i>help</i>	<i>aid</i> [auxilio, ayuda]
<i>player</i>	<i>actor</i> [comediante, actor]
<i>wire</i>	<i>telegram</i> [telegrama]
<i>wireless</i>	<i>radio</i> [radio]
<i>world</i>	<i>universe</i> [mundo, universo]

La facilidad con que pueden multiplicarse los ejemplos patentiza lo esparcida que está esta norma en el inglés. En su conferencia en torno a "El impacto del francés sobre el inglés", el profesor Orr ha bosquejado el clima psicológico y social en que este patrón tomó forma tras de la conquista de los normandos:

Durante más de doscientos años, las cosas intelectuales, las cosas pertenecientes al espíritu, fueron simbolizadas por palabras que tenían un sabor de alejamiento, de altiva cortesía, palabras con fragancia de la escuela más bien que del hogar, palabras que a menudo tenían por su parte sinónimos más humildes, más humildes, pero usados para expresar las cosas que están más cerca de nuestros corazones en tanto que seres humanos, en tanto que hijos y padres, amantes y trabajadores¹.

En siglos sucesivos, el influjo de los términos grecolatinos durante y desde el Renacimiento introdujo tonalidades nuevas en el modelo sin alterar su estructura básica. Es sintomático de nuestras reacciones instintivas el que, cuando estamos en peligro, pedimos auxilio (*help*) y no ayuda (*aid*), y que hablamos de *self-help* [auxilio de sí mismo] pero de *mutual aid* [ayuda mutua].

En algunos casos, estos valores sinonímicos están invertidos y el término nativo es más raro y más literario que el extranjero:

<i>dale</i>	<i>valley</i> [cañada, valle]
<i>deed</i>	<i>action</i> [hazaña, acción]

¹ *Words and Sounds in English and French*, pág. 42.

<i>foe</i>	<i>enemy</i> [adversario, enemigo]
<i>meed</i>	<i>reward</i> [galardón, recompensa]
<i>to heed</i>	<i>to take notice of</i> [atender, tener cuidado de]

La explicación de la anomalía estribará, sin duda, en la historia de las palabras implicadas. En el caso de la primera pareja, por ejemplo, "*valley* [del francés *vallée*] es la palabra cotidiana, y *dale* [del inglés antiguo *dæl*, emparentado con el alemán *Tal*] sólo recientemente ha sido introducida en la lengua normal a partir de los dialectos de los montañosos condados del Norte"¹.

Un aspecto interesante de este modelo es que nos permite evitar los términos nativos (o cuasi-nativos) que, por una razón u otra, se han corrompido y podrían evocar asociaciones indeseables:

<i>bloody</i> [sangriento, ensangrentado]	<i>sanguinary</i> [sanguinario]
<i>blooming</i> [florido]	<i>flourishing</i> [floreciente]
<i>devilish</i> [diabólico, endiablado]	<i>diabolical</i> [diabólico]
<i>hell</i> [infierno, garito]	<i>inferno</i> [infierno]
<i>popish</i> [papal, papista]	<i>papal</i> [papal]

Al lado de este modelo principal existe en el inglés otro subsidiario basado en una *escala triple* de sinónimos: nativa, francesa y latina o griega²:

<i>begin (start)</i> [empezar, principiar]	<i>commence</i> [comenzar]	<i>initiate</i> [iniciar]
<i>end</i> [acabar, terminar]	<i>finish</i> [finalizar]	<i>conclude</i> [concluir]
<i>food</i> [comida, alimento]	<i>nourishment</i> [nutrimento]	<i>nutrition</i> [nutrición]
<i>kingly</i> [majestuoso, real]	<i>royal</i> [real]	<i>regal</i> [regio]
<i>rise</i> [elevarse]	<i>mount</i> [montar]	<i>ascend</i> [ascender]
<i>time</i> [tiempo]	<i>age</i> [edad]	<i>epoch</i> [época]

En la mayoría de estas combinaciones, el sinónimo nativo es el más sencillo y el más ordinario de los tres términos, el latino o griego es culto, abstracto, con un aire de fría e impersonal precisión, mientras que el francés se halla entre los dos extremos. El notorio grito de combate: "*Peace in our time*" [Paz en nuestro tiempo], habría tenido menos resonancia popular si Mr. Chamberlain hubiera dicho "*Peace in our age*", dejando a un lado "*Peace in our epoch*". Conviene advertir, sin embargo, que aquí también hay un trastrueque ocasional de valores: en la serie *kingly*—*royal*—*regal*, por ejemplo, el término ordinario es el francés, *royal*, mientras que el nativo *kingly* es relativamente raro y más adecuado a contextos literarios tales como el de Marco Antonio, "*I tñrice*

¹ JESPERSEN, *Growth and Structure*, pág. 93.

² Cf. BAUGH, *loc. cit.*, y MOSSÉ, *op. cit.*, pág. 206.

presented him a *kingly crown*" [Tres veces le ofrecí una corona real].

La norma sinonímica francesa es similar a la inglesa principal, aunque hay diferencias importantes. Es un sistema con dos escalas, una nativa (que incluye algunas palabras prestadas establecidas desde antiguo), y otra tomada del latín o del griego. La última, conocida usualmente como "términos cultos" (*mots savants*), tiene un aire frío, abstracto, cuasi-científico, y pertenece a un registro estilístico completamente diferente del de sus sinónimos nativos:

frêle, "quebradizo"

froid, "frío"

nourriture, "alimento, nutrimento"

pourriture, "podredumbre, pudrimiento"

raide, "tieso"

sûreté, "salvaguarda, garantía"

fragile, "frágil"

frigid, "frígido"

nutrition, "nutrición"

putréfaction, "putrefacción"

rigide, "rígido"

sécurité, "seguridad"

Se habrá observado que cada una de las citadas parejas procede de la misma raíz latina: en la primera columna tenemos los descendientes franceses ordinarios de esas palabras, que muestran los efectos del cambio fonético normal, mientras que la segunda columna consta de préstamos eruditos del latín. Hay, no obstante, muchas parejas de sinónimos franceses, en donde las dos palabras provienen de fuentes diferentes: *aveuglement* "ceguera moral"—*cecité* "ceguera física" (cf. más arriba, pág. 124); *hâïr* [odiar] (una vieja adopción del germánico relacionada con el término inglés *hate*)—*détester* [detestar], etc.

En recientes siglos, el francés ha tomado también muchas palabras de lenguas vivas: del italiano, durante y desde el Renacimiento; del inglés, desde el siglo XVIII, y de otros. Algunas de estas apropiaciones se han ajustado a la misma pauta de las dos escalas sinonímicas:

chanteuse, "cantante, cantora"

chevalier, "caballero"

entrevue, "entrevista"

*humeur*¹, "humor, disposición, temple"

italiano *cantatrice*, "cantatriz, cantante profesional"

italiano *cavalier*, "jinete, soldado de caballería; caballero, galán"²

inglés *interview*, "entreviú" (en sentido periodístico)

inglés *humour*, "humor, ironía, agudeza"

¹ Véase, sobre esta pareja, G. GOUGENHEIM, *Mélanges E. Hoepffner*, París, 1949, págs. 117-26.

² Tomada del latín en el período del francés antiguo.

Las dos últimas palabras fueron tomadas del francés por el inglés en una fecha anterior, y posteriormente se introdujeron de nuevo en el francés con diferente matiz de significado.

Resulta claro de estos ejemplos que el principal factor responsable del modelo de sinonimia inglesa y francesa es la presencia de un gran número de palabras extranjeras: francesas y clásicas en el inglés, primordialmente clásicas en el francés. Tendencias parecidas operan en otras muchas lenguas, pero la naturaleza y el alcance del patrón sinonímico dependerá, en cada caso, del fondo histórico; en alemán, por ejemplo, el purismo, combinado con la flexibilidad innata del idioma, ha producido muchos sinónimos nativos de palabras internacionales de origen clásico; *dichterisch* — *poetisch*, *Sauerstoff*—*Oxygen*, *Fernsehen*—*Televisión*, etc.¹

Una norma muy diferente se despliega cuando consideramos la *distribución de los sinónimos* en una lengua dada. Se encuentra entonces que hay en cada idioma y en cada período ciertos agregados importantes de sinónimos, o "centros de atracción", como han sido llamados². Las materias por las que se interesa una comunidad atraerán sinónimos de todas las direcciones; muchos de ellos serán de carácter metafórico. Si hay una merma del interés por esos temas, entonces los sinónimos relativos a ellos disminuirán. Víctor Hugo ha descrito el proceso en un símil memorable:

Toute époque a ses idées propres, il faut aussi qu'elle ait les mots propres à ces idées. Les langues sont comme la mer, elles oscillent sans cesse. A certains temps, elles quittent un rivage du monde de la pensée et en envahissent un autre. Tout ce que leur flot déserte ainsi, sèche et s'efface du sol. C'est de cette façon que des idées s'éteignent, que des mots s'en vont³.

Se dispone de algunas estadísticas interesantes con respecto a estos centros de atracción sinonímica. Se ha comprobado, por ejem-

¹ Véase anteriormente, págs. 122 y sgs. y 160; cf. PRIEBSCHE-COLLINSON, *op. cit.*, páginas 276 y sgs. Para otros lenguajes, cf., v. gr., H. REGNÉL, *Semantik*, Eotocolmo, 1958, pág. 77, y WEINREICH, *Language*, XXXI (1955), pág. 540, n. 1.

² H. SPERBER, *Einführung in die Bedeutungslehre*, 2.^a ed., Bonn-Leipzig, 1930, capítulo 8. Cf. recientemente O. DUCHÁČEK, "Au Problème de la migration des mots d'un champ conceptuel à l'autre", *Lingua*, x (1961), págs. 57-78.

³ "Toda época tiene sus ideas propias, es preciso también que tengan las palabras apropiadas para esas ideas. Las lenguas son como el mar, oscilan sin cesar. En ciertos períodos, dejan una costa del mundo del pensamiento e invaden otra. Todo lo que sus olas abandonan así, se seca y se borra del suelo. Es de esta manera como las ideas se extinguen, como las palabras se van" (*Préface de Cromwell*). Cf. CH. BRUNEAU, en F. BRUNOT, *Histoire de la langue française*, volumen XII, pág. 211.

plo, que en el poema épico *Beowulf*, en antiguo inglés, hay treinta y siete palabras para decir "héroe" o "príncipe", una docena por lo menos para "batalla" o "combate", diecisiete para "mar" y once para "navío" o "barco". Y esto no agota el depósito de sinónimos para esos conceptos en antiguo inglés: en otros poemas se han encontrado trece palabras más para designar "mar", y por lo menos dieciséis para "barco" o "navío"¹. Un cuadro un tanto semejante, menos el elemento marino, emerge del vocabulario de Benoît de Sainte-Maure, poeta épico francés del siglo XII, que tiene dieciocho verbos para "atacar", trece para "vencer" y treinta y siete nombres para "combate" o "batalla"². En los dialectos franceses hay una plétora de palabras para "rico" y "pobre", y especialmente para "miserable"; el profesor Wartburg ha contado casi doscientas expresiones que denotan este vicio, y ha hallado en un caso nueve sinónimos suyos diferentes dentro de un solo dialecto³. En germanía hay densas concentraciones de sinónimos en torno a ciertos temas característicos: robo, engaño, embriaguez y similares. Un centro perenne de atracción sinonímica es, por supuesto, la idea de la muerte; el enjambre de sinónimos y perífrasis que la circundan comprende expresiones legales como *decease* [defunción, desfallecimiento], eufemismos como *depart this life* [dejar esta vida] o *pass away* [partir, pasar], y una rica colección de frases de germanía jocosas y pintorescas: *gowest* [ir al Oeste], *kick the bucket* [cocear con los pies rígidos: estirar la pata], *peg out* [perder las clavijas], *snuff out* [dejar de resollar], y muchas más⁴.

Un tercer tipo de modelo sinonímico surge cuando dos o más sinónimos se desarrollan en líneas *paralelas*. Como las palabras con significados parecidos están estrechamente asociadas entre sí, un cambio en una de ellas puede determinar un cambio análogo en otra o en otras varias. Cuando en los comienzos del inglés moderno, el verbo *overlook* [examinar; literalmente: mirar desde lo alto] adquirió el significado de "engañar", su sinónimo *oversee* [inspeccionar; literalmente: ver desde lo alto], pronto empezó a usarse en el mismo sentido traslaticio. De un modo semejante, cuando *cram* [rellenar, cebar] pasó a significar "engañar", su sinónimo *stuff* [atestar, henchir] experimentó el mismo cambio de significado⁵. En los dialectos franceses, los sinónimos *maison* [casa] y *hôtel* [hotel] se em-

¹ JESPERSEN, *Growth and Structure*, pág. 48.

² Véase WARTBURG, *Problèmes et méthodes de la linguistique*, págs. 175 y sgs.

³ *Ibid.*, pág. 135.

⁴ Más ejemplos en JESPERSEN, *Mankind, Nation and Individual from a Linguistic Point of View*, págs. 166 y sgs.

⁵ S. KROESCH, "Analogy as a Factor in Semantic Change", *Language*, II (1926), páginas 35-45; cf. del mismo autor: "Change of Meaning by Analogy", *Studies in Honor of H. Coillitz*, Baltimore, 1930, págs. 176-89.

plean ambos en el sentido de "cocina" ¹. En otras partes, tales desarrollos paralelos han afectado a una serie entera de palabras, en virtud de un proceso que se ha descrito como "irradiación sinonímica" ². Esto es particularmente apreciable en la germanía, en donde una metáfora vigorosa y pintoresca se extenderá a un amplio campo de sinónimos. Como Chesterton dijo una vez, * "toda germanía es metáfora, y toda metáfora es poesía". En el argot francés, por ejemplo, el verbo *chiquer* "pegar, golpear", usado en el sentido de "robar", suscitó un cambio similar en cierto número de sinónimos (*torché, taper, estamper, toquer*, etc.); de la misma manera, el uso de *polir* en la acepción de "robar" fijó la pauta para un desenvolvimiento paralelo en otros verbos que denotan "limpiar" y "bruñir", tales como *nettoyer* y *fourbir* ³. El divertido eufemismo *être noir* "estar negro" en el sentido de "estar borracho", estableció un firme lazo asociativo entre la negrura y la embriaguez en el argot: lo atestiguan expresiones tales como *être chocolat, réglisse, coaltar* "estar (tan negro como el) chocolate, regaliz, alquitrán", *se poisser* "empegarse, estar como la pez", y otras, referidas todas jocosamente a los efectos de la bebida ⁴.

III. SINONIMIA Y ESTILO

En su *Retórica* Aristóteles hizo una interesante observación sobre la diferencia entre sinonimia y ambigüedad. Los sinónimos, según él, son "útiles para el poeta", mientras que "las palabras de significado ambiguo son útiles sobre todo para permitir al sofista desorientar a sus oyentes" ⁵. La sinonimia es realmente un recurso estilístico inestimable no sólo para el poeta, sino para cualquier escritor, y se presta a una variedad de usos. Estos se incluyen en dos amplias categorías según que el que habla tenga que elegir entre los sinónimos o prefiera combinarlos con algún propósito específico.

1) *Elección entre sinónimos*. — La posibilidad de escoger entre dos o más alternativas, es fundamental para nuestra concepción moderna del estilo ⁶, y la sinonimia proporciona uno de los ejemplos

¹ J. GILLIÉRON, *Pathologie et thérapeutique verbales*, París, 1921, págs. 124 y sgs.

² B. MIGLIORINI, "Calco e irradiazione sinonimica", *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, IV (1948), págs. 3-17, reimpresso en *Saggi linguistici*, Florencia, 1957.

³ Véase M. SCHWOB-G. GUIEYSSE, "Etudes sur l'argot français", *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris*, VII (1892), págs. 33-56.

⁴ Véase G. ESNAULT, "La sémantique", en *Où en sont les études de français*, editado por A. Dauzat, 2.^a ed., París, 1949, págs. 123 y sgs.

⁵ Citado por COLLINSON, *loc. cit.*, pág. 57.

⁶ Cf. mi escrito "Choix et expressivité", a publicar en las actas del IX Congreso Internacional de Lingüística Románica, celebrado en Lisboa en 1959.

más claros de tal elección. Si se dispone de más de una palabra para la expresión de la misma idea, el escritor seleccionará la que sea más conveniente al contexto: la que procure la cantidad adecuada de emoción y de énfasis, la que se acomode más armoniosamente a la estructura fonética de la oración, la que se ajuste mejor al tono general de la expresión. El estudio de los manuscritos y variantes es muy revelador a este respecto. Muestra con cuánta frecuencia un escritor tachará una palabra y la reemplazará por otra que puede no tener exactamente el mismo significado, pero que ofrece ventajas estilísticas definidas. Para Víctor Hugo, por ejemplo, los adjetivos *âpre* "áspero" y *austère* "austero"; *morne* "lúgubre, abatido, sombrío" y *triste* "triste"; *funèbre* "fúnebre" y *sinistre* "siniestro", parecen haber sido virtualmente intercambiables, a pesar de las diferencias semánticas entre ellos; como ha declarado el profesor Charles Bruneau, para este poeta, *âpre* y *austère* tenían el mismo valor emotivo, mientras que su significado propiamente dicho era de poca importancia¹.

2) , Más interesantes y variados son los usos estilísticos de la combinación de sinónimos. Aquí hay a su vez dos posibilidades: los sinónimos en cuestión pueden presentarse a intervalos, o pueden estar en estrecho contacto unos con otros. La primera cabe definirla como "variación", y la segunda como "colocación" de sinónimos.

a) *Variación*.— Todos nos servimos de los sinónimos con objeto de evitar la repetición de la misma palabra para la misma idea. Hay, sin embargo, dos peligros, de los que debemos guardarnos cuidadosamente. En primer lugar, el uso de otro término puede sugerir con facilidad que el significado también es ligeramente diferente, y conducir así a la ambigüedad y al error. Siempre que haya un riesgo semejante, el buen estilista sopesará cautamente los pros y los contras del empleo de la misma palabra, y, si no hay ninguna alternativa adecuada, no vacilará en repetirla antes que falsear su pensamiento. Como decía Pascal, "quand dans un discours se trouvent des mots répétés et qu'en essayant de les corriger, on les trouve si propres qu'on gâterait le discours, il les faut laisser"².

Otro riesgo inherente a este uso de los sinónimos es el que H. W. Fowler ha llamado "variación elegante". Si resulta evidente para el lector que el escritor ha tratado deliberadamente de eludir la repetición y de variar la expresión del mismo pensamiento, entonces el artificio frustrará sus propios fines y el estilo tendrá una falsa elegancia, un aire levemente artificial. Esta será al menos la reacción de un lector moderno, ya que períodos anteriores no fueron en modo alguno hostiles a esta forma de simetría. En el pasaje

¹ En F. BRUNOT, *Histoire de la langue française*, vol. XII, pág. 217.

² "Cuando en un texto se hallan palabras repetidas, y al intentar corregirlas se las encuentra tan apropiadas que se deterioraría el texto, es menester dejarlas." Cf. MAROUZEAU, *Précis de stylistique française*, pág. 173.

siguiente, que es una comparación entre el ponche y la conversación, el Dr. Johnson utiliza cuatro expresiones distintas para la misma idea:

The spirit, volatile and fiery, is the *proper emblem* of vivacity and wit; the acidity of the lemon will very *aptly figure* pungency of raillery and acrimony of censure; sugar is the *natural representative* of luscious adulation and gentle complaisance; and water is the *proper hieroglyphic* of easy prattle, innocent and tasteless¹.

2b) *Colocación*.—Esta puede tener cierto número de usos diferentes. Puede, por ejemplo, suministrar una salida para las emociones violentas. El primer soliloquio de Hamlet empieza con una tal acumulación apasionada de sinónimos:

O, that this too too solid flesh would melt,
Thaw, and resolve itself into a dew!

Acto I, escena 2².

En una vena cómica, el avaro de Molière, al descubrir que ha sido robado, desfoga su horror y su desesperación en un lenguaje extravagante de la misma especie:

Au voleur! au voleur! à l'assain! au meurtrier! Justice, juste ciel! je suis perdu, je suis assassiné! on m'a coupé la gorge: on m'a dérobé mon argent! Qui peut-ce être? Qu'est-il devenu? Où est-il? Où se cache-t-il?

Una importante función de semejantes colocaciones de sinónimos es la de hacer el significado de uno más claro y más enfático. En la Edad Media se solía explicar una palabra francesa añadiéndole un sinónimo nativo⁴. "Cherité thet is luve" [caridad, es decir, amor], "ignoraunce thet is unwisdom and unwitnesse" [ignorancia, esto es, insipiente e insensatez], leemos en el *Ancren Riwle*, del siglo XIII. En el transcurso del tiempo esto se convirtió en un

¹ "El licor espirituoso, volátil y ardiente, es el emblema propio de la vivacidad y el ingenio; la acidez del limón figurará muy aptamente la acerbidad de la burla y la acrimonia de la censura; el azúcar es el representante natural de la melosa adulación y la dulce lisonja; y el agua es el idóneo jeroglífico de la chachara fácil, inocua e insípida." Citado por JESPERSEN, *Growth and Structure*, página 126.

² "¡Oh!... ¡Que esta sólida, excesivamente sólida, carne pudiera derretirse, deshacerse y disolverse en rocío!" SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1342.

³ "¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Al matador! ¡Justicia, justo cielo! ¡Estoy perdido! ¡Estoy asesinado! ¡Me han degollado: me han hurtado mi dinero! ¿Quién puede ser? ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde?" (*L'Avare*, acto IV, escena 7).

⁴ Cf. Mossé, *op. cit.*, págs. 94 y sgs.

amaneramiento literario que se halla en Chaucer, Shakespeare y otros escritores. La frase "liberty and freedom", que se ha hecho tan popular en los tiempos modernos, se encuentra ya en Caxton, quien parece haber sido particularmente aficionado a esta construcción: "*Fredome and lyberte is better than ony gold or syluer*" [la libertad y la independencia es mejor que el oro o la plata] (NED). Algunos de nuestros compuestos y frases tautológicas: *courtyard* [patio], *mansion-house* [casa-mansión, palacio], *lord and master* [dueño y señor], *pray and beseech* [rogar e implorar], y otras, se remontan a la misma tradición. Pero el artificio no se limitó en modo alguno a Inglaterra; fue común en la literatura francesa durante el Renacimiento:

Des arbres et de murs, lesquels tour dessus tour,
Plis dessus plis il serre, embrasse et environne.

Ronsard, *Sonnets pour Hélène*, II, 29¹.

Dieu... ne peult s'augmenter et accroistre au dedans; mais son nom se peult augmenter et accroistre par la benediction et louange que nous donnons à ses ouvrages extérieurs.

Montaigne, "De la gloire" (*Ensayos*, libro II, cap. 26)².

Estas construcciones repetitivas fueron más tarde proscritas por los puristas del siglo XVII.

Una forma de lenguaje en donde la sinonimia es endémica es el estilo legal. Como todo el mundo sabe, la ley abunda en expresiones como "goods and chattels" [bienes y haciendas], "last will and testament" [última voluntad y testamento], "good repair, order and condition" [buen reparo, estado y condición], que, al profano de cualquier modo, le parecen tautológicas. Ocasionalmente, algunos profanos han objetado contra esta jerga. Wesley protestaba fieramente contra "esa villana tautología de los leguleyos, que es el escándalo de nuestra nación"³. En el estilo de Mr. Micawber, que "se deleitaba en este amontonamiento formal de palabras" y que aparecía "majestuosamente refrescado" por su sonido, Dickens ha parodiado la manera legal con muy buen gusto. El profesor R. Quirk ha sugerido recientemente que "es un síntoma regular del alejamiento de Micawber de la realidad el que encontrase una realidad

¹ "Arboles y muros, a los que, vuelta sobre vuelta, pliegue sobre pliegue, ciñe, abraza y rodea."

² "Dios... no puede aumentarse y acrecentarse desde dentro; pero su nombre puede ser aumentado y acrecentado por la bendición y la alabanza que damos a sus obras exteriores."

³ Ver el NED, s. v. *tautology*.

suficiente en las palabras”¹. Esto es sin duda verdad, pero Dickens se esforzó en recalcar que este hábito era algo más que una idiosincrasia personal. “Lo he observado—escribía—, en el curso de mi vida, en gran número de hombres. Me parece que es una regla general. Al prestar juramento legal, por ejemplo, los declarantes parecen regocijarse poderosamente cuando llegan a varias buenas palabras en sucesión, para la expresión de una sola idea; de suerte que cabalmente detestan, abominan y abjuran, y así todo lo demás; y los viejos anatemas se remozaron según el mismo principio. Hablamos de la tiranía de las palabras, pero nos gusta tiranizarlas demasiado”².

Cuando tropezamos con este género de tautología gratuita en poesía, tenemos la impresión de un mero ripio destinado a rellenar el verso. Así, en el siguiente pasaje de *Childe Harold's Pilgrimage*:

Away!—there need no words nor terms precise,
The paltry jargon of the marble mart...

Canto IV, 50³.

sentimos, con razón o sin ella, que la colocación de los sinónimos *words* y *terms* no fue dictada por un deseo de claridad o de énfasis, sino por las exigencias del metro.

Ocasionalmente, la colocación de sinónimos ayudará a producir un efecto de contraste. El contraste puede ser serio o humorístico. Es serio cuando Soames Forsyte proclama indignado su retirada de una junta de directores: “Yo no presento mi dimisión a la asamblea; yo dimito”⁴. Es humorístico cuando Mr. Micawber explica, en su estilo inimitable: “It is not an avocation of a remunerative description—in other words, it does not pay”⁵.

Puede suceder también que un escritor, o uno de sus personajes, añada un sinónimo con el fin de rectificarse, de cambiar una palabra que, tras de madura reflexión, desea reemplazar por otra más apropiada. “Perhaps, after all, America never has been *discovered*... I myself would say that it had merely been *detected*”, dice Wilde en *Dorian Gray*⁶. Cuando la alternativa no es más apropiada, sino

¹ Charles Dickens and *Appropriate Language*, Lección inaugural, Universidad de Durham, 1959, pág. 21.

² David Copperfield, cap. 52 (pág. 707 de la ed. Everyman). Cf. JESPERSEN, *Growth and Structure*, pág. 126.

³ “¡Fuera! No hay necesidad de palabras ni términos precisos, la jerga vil del marmóreo mercado...”

⁴ “I do not tender my resignation to the meeting; I resign.” J. GALSWORTHY, *A Modern Comedy*, Londres, impr. 1952, pág. 316.

⁵ “No es un empleo de índole remunerativa—en otras palabras, no hay sueldo.” Citado por JESPERSEN, *Growth and Structure*, pág. 127, n. 1.

⁶ “Quizá, después de todo, América nunca ha sido descubierta... Yo diría que ha sido meramente vislumbrada.” Citado por APRESYAN, *loc. cit.*, pág. 88.

que tiene simplemente un aire más erudito o más refinado, puede arrojar una irónica luz lateral sobre la personalidad del que habla. En la obra *Middlemarch*, de George Eliot, hay un personaje para quien "las cosas nunca empezaban... siempre comenzaban, tanto en su vida privada como en sus escritos... Era un entusiasta de las frases elevadas, y jamás utilizaba un lenguaje pobre sin corregirse él mismo inmediatamente"; así diría: "Todo el mundo puede preguntar. Todo el mundo puede interrogar. Cualquiera puede dar a sus observaciones un giro interrogativo"¹.

En otros casos, un autor dejará en el texto definitivo todos los variados sinónimos que se le iban ocurriendo a medida que procuraba formular sus pensamientos. Tales colocaciones constituyen un verdadero amaneramiento en el estilo de Charles Péguy. En el pasaje siguiente se ha usado media docena de nombres diferentes para describir la postura de un autor doblado sobre su escritorio:

Je sens déjà l'incurvation, l'incurvation général... Il faut dire aussi que c'est le courbement, la courbure, la courbature, l'inclinaison de l'écrivain sur sa table de travail².

Esta pesada batería de sinónimos, casi todos de la misma raíz (del latín *curvare*, en francés *courber*), es puesta en juego para expresar el arrufado esfuerzo físico implicado en el proceso de la creación literaria.

Como se verá por esta breve selección de ejemplos, la pretensión de Aristóteles de que "los sinónimos son útiles para el poeta" era, cuando menos, una afirmación extremadamente moderada. Entre los efectos que acabamos de discutir, la colocación, aunque muy común en algunas de sus formas, es en suma un artificio estilístico, pero la elección y la variación, si se las maneja discretamente, no son meramente útiles: son indispensables para cualquier estilo digno de ese nombre.

¹ "Things never began... they always commenced both in private life and on his handbills... He was an amateur of superior phrases, and never used poor language without immediately correcting himself... Anybody may ask. Anybody may interrogate. Any one may give their remarks an interrogative turn." Londres, Dent, impr. 1959, vol. I, libro III, cap. 23, págs. 273 y sgs.; cf. Mosé, *op. cit.*, pág. 207.

² "Ya siento la incurvación, la encorvadura general... Hay que decir también que es el encorvamiento, la combadura, el agobio, la inclinación del escritor sobre su mesa de trabajo" (*Cahiers de la Quinzaine*, 23 de octubre, 1910).

CAPÍTULO 7

AMBIGÜEDAD

La ambigüedad es una situación lingüística que puede surgir de diversos modos. El profesor Empson ha distinguido siete diferentes tipos de ella en literatura¹. Desde un punto de vista puramente lingüístico hay tres formas principales de ambigüedad: fonética, gramatical y léxica.

1) Como ya hemos visto (págs. 46 y sgs.), la ambigüedad puede resultar, en el lenguaje hablado, de la *estructura fonética de la oración*. Puesto que la unidad acústica del habla trabada es el grupo pronunciado sin interrupción, y no la palabra individual, puede acontecer que dos de estos grupos constituidos por palabras diferentes se vuelvan homónimos y con ello potencialmente ambiguos. Si esto ocurre con bastante frecuencia, puede dejar una huella permanente en la lengua. En el inglés, por ejemplo, hubo en otro tiempo un nombre, *near*, que significaba "riñón" (emparentado con el alemán *Niere*), pero posteriormente cayó en desuso, porque cabía confundir a *near* [un riñón] con *an ear* [una oreja]². La *h*- "aspirada" del vocablo francés *héros* es debida, como ya se mencionó (pág. 48), al deseo de distinguir en el plural entre *les héros* "los héroes" y *les zéros* "los ceros".

2) Otro extenso grupo de ambigüedades es el de las causadas por factores *gramaticales*. Hay aquí dos posibilidades: el equívoco puede resultar de la ambigüedad de las formas gramaticales o de la estructura de la sentencia.

a) Muchas *formas gramaticales*, tanto libres como ligadas (véase anteriormente, pág. 32), son ambiguas. Algunos prefijos y sufijos tienen más de un significado, y esto, en ocasiones, puede crear malentendidos. El sufijo *-able* no significa lo mismo en *desirable* [deseable] o *readable* [legible] que en *eatable* [comestible], *knowable* [conocible], *debatable* [debatible]; esta ambigüedad condujo a J. S. Mill a un análisis erróneo del adjetivo *desirable* como si fuese lícito equipararlo con *knowable* y formaciones similares³. Hay también prefijos y sufijos homónimos. El prefijo *in-*, que significa "en, dentro, hacia, sobre" (v. gr., *indent* [endentar], *inborn* [innato], *inbreeding*

¹ W. EMPSON, *Seven Types of Ambiguity*, 2.^a ed., Londres, 1949.

² Véase E. R. WILLIAMS, "The Conflict of Homonyms in English", *Yale Studies in English*, 100 (1944), págs. 47 y sgs.

³ Cf. OGDEN Y RICHARDS, *op. cit.*, pág. 133.

[engendramiento], *inflame* [inflamar]), tiene un homónimo en el prefijo *in-*, que expresa negación o privación (v. gr., *inappropriate* [inapropiado], *inexperienced* [inexperimentado], *inconclusive* [inconcluyente]). Aunque los dos entran en combinaciones diferentes, hay casos en que pueden originar confusiones e incertidumbres. Los dos siguientes pasajes de Shakespeare muestran que el adjetivo *inhabitable* [habitabile] puede tener a veces el mismo sentido que su opuesto lógico, *uninhabitable* [inhabitable]¹:

Even to he frozen ridges of the Alps,
Or any other ground *inhabitable*
Where ever Englishman durst set his foot.

King Richard the Second, acto I, escena 1ª.

Though this island seem to be desert... *uninhabitable*, and almost inaccessible...

The Tempest, acto II, escena 1ª.

Las desinencias inflexionales también pueden ser ambiguas; en el latín las formas del nominativo y del acusativo de todos los neutros son idénticas, e igualmente los son todos los dativos y ablativos plurales. En el habla efectiva, semejante homonimia rara vez conducirá a la confusión, pero hay casos en que así ha sucedido. Cuando, en el latín vulgar, la *-b-* entre dos vocales llegó a pronunciarse del mismo modo que la *-v-*, un futuro como *amabit* "amará" se volvió indistinguible del perfecto del mismo verbo: *amavit* "ha amado". Esta confusión fue sin duda una de las principales razones para la desaparición del antiguo tiempo de futuro en las lenguas romances, la mayoría de las cuales lo ha sustituido por la combinación: infinitivo + "haber": *amare habet* > francés *aïmera*.

Incluso las lenguas que han reducido u obliterado las terminaciones casuales tienden a tener formas distintas para el singular y el plural. Con todo, hay muchos ejemplos en que las dos formas son idénticas: el vocablo latino *dies* "día — días", el francés *temps* "tiempo — tiempos", el alemán *Dichter* "poeta — poetas", etc. Usualmente no se suscitará ninguna ambigüedad, puesto que la concordancia con el verbo y otros rasgos gramaticales dejarán perfectamente claro el significado. Un caso curioso en donde esta homonimia se

¹ Cf. JESPERSEN, *Growth and Structure*, pág. 130. Sobre la homonimia gramatical, véase recientemente S. STATI, *Probleme de lingvistică generală*, vol. II, Bucarest, 1960, págs. 125-42.

² "Hasta las cimas heladas de los Alpes o de cualquier otro terreno inhabitable donde jamás haya osado poner la planta el inglés." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.ª ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 360.

³ Aunque esta isla parece desierta, ...inhabitable y casi inaccesible..." *Ibid.*, página 2038.

hizo sentir de una manera embarazosa es el de la palabra española equivalente a "God". En el español medieval, el singular de esta palabra era *Dios*, del nominativo singular latino *deus*, y su plural era también *dios*, del acusativo plural latino *deos*. Esto permitió a los judíos de España vituperar a los cristianos de politeísmo, ya que no podían hablar de un solo Dios, sino de dioses. Finalmente se resolvió el problema formando un nuevo plural analógico: dioses¹.

Las palabras-formas son susceptibles asimismo de tener diversos significados, que pueden dar lugar a confusiones en algunos contextos. Cuando un hombre casado es invitado a una función semi-oficial en estos términos: "Will *you* join us for dinner tomorrow?" [¿Quiere usted (o ustedes) unirse a nosotros para la comida de mañana?], a menudo tiene que hacer la delicada pregunta: "Do *you* mean *you* in the singular or in the plural?" [¿Cómo ha de entenderse *you*, en singular o en plural?].

b) Otra fértil fuente de ambigüedad gramatical es la frase *equivoca* ("anfibología")². Aquí las palabras individuales no son ambiguas, pero su combinación puede interpretarse de dos maneras diferentes. Tomando un ejemplo trivial, en la oración: "I met a number of old friends and acquaintances" [encontré a cierto número de viejos amigos y conocidos], el adjetivo *old* puede considerarse como refiriéndose o bien a *friends* y a *acquaintances* conjuntamente, o bien al primer vocablo solo. Como ha declarado recientemente el profesor Hockett, tenemos aquí dos "organizaciones jerárquicas alternativas"³. La sencilla oración siguiente, hallada en Romain Rolland: "Sophie quitte Anna rassurée" [Sofía deja a Ana tranquilizada], puede significar dos cosas diferentes según que el adjetivo *rassurée* esté vinculado a *Sophie* o a *Anna*: "Sofía, tranquilizada, deja a Ana", o "Sofía deja a Ana, la cual se siente ahora tranquilizada"⁴. Los defensores del infinitivo escindido arguyen que a veces ayuda este a eludir tales ambigüedades. Así, la oración: "A vicious back-hander, which I failed to entirely avoid" [un viciado contratiempo, que fracasé en evitar enteramente] pone de manifiesto que no logré totalmente el evitarlo, mientras que la construcción alternativa: "I failed entirely to avoid" [fracasé enteramente en evitarlo] podría significar también un fracaso completo⁵.

La mayoría de las ambigüedades quedarán aclaradas por el contexto y, en el lenguaje hablado, por la entonación. Tomemos por

¹ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de gramática histórica española*, 5.ª ed., Madrid, 1934, pág. 177.

² Del griego *amphi*, "a ambos lados", y *ballein*, "arrojar". La forma *anfibolia* también se usa.

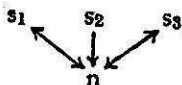
³ *Op. cit.*, pág. 152.

⁴ Cf. BALLY, *Linguistique générale et linguistique française*, pág. 26.

⁵ Véase JESPERSEN, *Essentials of English Grammar*, Londres, 1933, pág. 346.

ejemplo la respuesta de Hamlet a su madre cuando ella y Claudio tratan de persuadirlo de que no vaya a Wittenberg: "I shall in all my best obey you, madam" [Haré cuanto esté de mi parte por obedeceros, señora] (acto I, escena 2). Poniendo un fuerte énfasis sobre *you*, un actor podría dar a la oración un sesgo agresivo; la implicación sería entonces: "obedeceros a *vos*, no a vuestro marido". Una ojeada al contexto mostrará que esta interpretación, aunque gramaticalmente correcta, es psicológicamente falsa, porque no se acomoda con la contestación del rey: "Why, 'tis a loving and a fair reply. Be as ourself in Denmark" [¡Bien, he ahí una respuesta amable y respetuosa! ¡Sed cual nos mismo en Dinamarca!]¹.

3) El tipo de ambigüedad más importante con mucho, y el único del que se ocupa el presente capítulo, es el debido a factores *léxicos*. En incontables casos, más de un sentido estará asociado con el mismo nombre, según el diagrama dado en la pág. 71.



Esta "polivalencia" de nuestras palabras, como a veces ha sido llamada, puede tomar dos formas diferentes:

a) La misma palabra puede tener dos o más significados distintos. Esta situación se conoce desde Bréal como *polisemia*². El nombre *board*, por ejemplo, puede significar una plancha delgada, una tablilla, una mesa, la comida servida en la mesa, las personas que se sientan a la mesa de un Consejo y otras varias cosas. Normalmente, solo uno de ellos se ajustará a un contexto dado, pero ocasionalmente puede haber cierta confusión en las mentes del pueblo, como cuando Oliver Twist, a quien Bumble había mandado que se inclinara ante la *junta*, "no viendo ninguna *junta*, sino la mesa, afortunadamente se inclinó ante esta"³.

b) Dos o más palabras diferentes pueden ser idénticas en cuanto al sonido ("homonimia"): *mean* "medio" y *mean* "inferior"; *seal* [foca], nombre de un animal, y *seal* [sello], "pieza de lacre fijada sobre una carta". Huelga decir que las palabras que suenan igual, pero que tienen distinta ortografía (*root* [raíz] — *route* [ruta]; *site* [sitio] — *sight* [vista] — *cite* [citar]) deben estimarse también como homónimos.

Hay que advertir que tanto la polisemia como la homonimia pue-

¹ SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1342.

² *Op. cit.*, pág. 144; del griego *polys* "muchos" + *sēmeion* "signo".

³ "Seeing no *board* but the table, fortunately bowed to that." Ed. Chapman and Hall, cap. 2, pág. 12; cf. el *NED*.

den ir acompañadas de diferencias sintácticas. Cuando una palabra pertenece a varias partes de la oración—como, por ejemplo, *double*, que puede ser adjetivo [doble, doblado], adverbio [dos veces], verbo [doblar, duplicar] y nombre [doble, duplo]—estos usos diferirán no solo en el significado, sino en la función gramatical. Los homónimos pueden proceder, asimismo, de diversas clases de palabras: *grave* [grave] (adjetivo)—*grave* [sepultura] (nombre); *bear* [oso] (nombre)—*bear* [cargar, soportar] (verbo); en francés *sang* “sangre”—*sans* “sin”—*cent* “ciento”—(il) *sent* “(él) siente”.

Aunque, como se verá, la línea de demarcación entre la polisemia y la homonimia es a veces fluida, los dos tipos son tan distintos que habrán de ser considerados separadamente. Tendremos que examinar dos cuestiones principales: la manera como surgen los dos fenómenos y el efecto que tienen sobre el lenguaje ordinario. En una sección final se discutirán brevemente los usos estilísticos de ambas formas de ambigüedad.

I. POLISEMIA

1. Fuentes

La polisemia es un rasgo fundamental del habla humana, que puede surgir de una multiplicidad de maneras. Me limitaré al examen de cinco fuentes, cuatro de ellas nativas, la quinta implicando la influencia de una lengua extranjera.

1) *Cambios de aplicación*.—Como vimos al discutir las varias formas de vaguedad en el significado (págs. 140 y sgs.), nuestras palabras tienen cierto número de aspectos diferentes, según el contexto en que son usadas. Algunos de estos aspectos son puramente efímeros; otros pueden desarrollarse en matices permanentes de significado y, al aumentar la separación entre ellos, podemos llegar eventualmente a considerarlos como sentidos diferentes del mismo término. En los diccionarios, estas diversas etapas son distinguidas sistemáticamente, pero en la realidad efectiva se funden imperceptiblemente unas con otras.

Las alteraciones de aplicación son particularmente observables en el uso de los adjetivos, ya que estos son propensos a cambiar su significado según el nombre al que califican. Las ramificaciones semánticas de algunos adjetivos ingleses comunes han sido investigadas por un investigador sueco, Arne Rudskoger, en una estimable monografía publicada hace unos años¹. Tomando uno de sus ejemplos más

¹ “*Fair, Foul, Nice, Proper.*” *A Contribution to the Study of Polysemy*, Gothenburg Studies in English, I; Estocolmo, 1952.

sencillos, el adjetivo *handsome* ha sido usado, en el curso de la historia, en los siguientes sentidos, agrupados según el nombre a que se refieren:

Personas:

1. Apto, diestro, experto.
2. Propio, adecuado, decente.
3. Bello con dignidad.

Objetos concretos:

1. Fácil de manejar.
2. De mediano tamaño.
3. Bello con dignidad.
4. Propio, ajustado (respecto al vestido).

Acciones, habla:

1. Apropiado, idóneo, hábil.

Conducta:

1. Adecuado, decoroso.
2. Galante, bravo.
3. Generoso, magnánimo.

Tamaños, cantidades:

1. Mediano, moderadamente grande.
2. Amplio, liberal, munífico.



La mayoría de estos sentidos surgieron mediante cambios de aplicación, aunque también puede haber operado otro factor, el uso figurado. Naturalmente, no todos estos significados han sobrevivido. Las conclusiones del Dr. Rudskoger, concernientes a la situación presente, son dignas de citarse: "*Handsomeness* se ha convertido en una palabra relativamente fuerte y positiva. Los tres sentidos principales en la actualidad son "bello", "generoso" y "considerable, amplio", y este carácter general de fuerza positiva puede haber acarreado, tal como yo lo veo, la caída de los sentidos anteriores, neutros o menos positivos" (pág. 371).

No debe pensarse, sin embargo, que otras clases de palabras no estén expuestas a tales alteraciones. Tomando un ejemplo al azar, el *Shorter Oxford Dictionary* da una lista de los siguientes sentidos para el verbo *rush* usado intransitivamente:

1. *De personas o animales:*

- a) Correr, abalanzarse o embestir con violencia o rapidez impetuosa.
- b) Figuradamente: Hacer un ataque o incursión contra una persona.

- c) Figuradamente: Denotando una acción temeraria o precipitada.
- d) Pasar o viajar rápidamente.

2. *De cosas:*

- a) Moverse, fluir, caer, etc., con gran velocidad o ímpetu.
- b) Aparecer a la vista repentinamente.

Una vez más, los cambios de aplicación fueron el agente capital de esta abundancia de significados, con el empleo figurado como un importante factor cooperante. Para tener un cuadro completo del alcance semántico del verbo *rush*, habría que tener en cuenta también sus usos transitivos, reseñados por el mismo diccionario bajo cinco encabezamientos principales, uno de ellos con cinco subdivisiones.

2) *Especialización de un medio social.*—Michel Bréal llamó la atención sobre el hecho de que la polisemia surge a menudo en virtud de una especie de taquigrafía verbal. “En cada situación, en cada oficio o profesión—escribía—, hay una cierta idea que se tiene tan presente en la mente, tan claramente implícita, que parece innecesario declararla cuando se habla” (*Essai de sémantique*, página 154). Para un abogado, *action* [acción] significará, naturalmente, “acción legal”; para el soldado querrá decir una operación militar, sin que sea menester ningún epíteto calificativo. De este modo, la misma palabra puede adquirir cierto número de sentidos especializados, uno solo de los cuales será aplicable en un medio dado. Ya hemos visto un ejemplo de este proceso en la polisemia de la palabra *estilo* (pág. 140). Análogamente, *paper* [papel] puede referirse no solo al material en general, sino a una variedad de otras cosas: documentos legales u oficiales, un periódico, una serie de cuestiones a examinar, una comunicación leída o enviada a una sociedad erudita; en plural puede denotar también documentos de identidad, certificados que acompañan la dimisión de un funcionario, documentos que acreditan la propiedad, nacionalidad y destino de un buque, etc. En el pasado hubo asimismo algunos otros usos especializados; la palabra podía significar, por ejemplo, un letrado sujeto a la espalda de un criminal especificando su delito:

Methinks I should not thus be led along,
Mail'd up in shame, with *papers* on my back.

King Henry the Sixth, Part Two, acto II, escena 4¹.

¹ “Me parece que no debería estar así arrastrada, cubierta de vergüenza, con *carteles* en mi espalda.” SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 644. Cf. el NED.

Se podrían multiplicar indefinidamente los ejemplos de palabras que tienen un significado general en el lenguaje ordinario y sentidos especializados en esferas más restringidas: *company* [compañía], *interest* [interés], *security* [fianza], *share* [acción], en el comercio; *overture* [obertura], *key* [clave], *score* [partitura], en la música; *signature* [signatura], en la música y la imprenta; *stage* [escenario], *pit* [foso], *curtain* [telón], en el teatro; *screen* [pantalla], en el cine; *broadcasting* [radiodifusión], en la radio; *viewing* [transmisión] en la televisión; *score* [tanteo], *goal* [meta, gol], *back* [zaguero], *centre* [centro], *bat* [bate], *century* [centuria], en varios deportes, por no mencionar sino unas cuantas.

La forma extrema de especialización se alcanza cuando un nombre común se convierte virtualmente en un nombre propio que denota un solo objeto en un ambiente particular. Esto ha sucedido en el caso de algunos distritos y demarcaciones famosas de Londres: la *City* [ciudad], la *House* [casa], la *Abbey* [abadía], la *Tower* [torre], el *Yard* [patio]. El nombre *Provence* es la continuación francesa regular del latino *provincia*, como si esa región fuese la provincia *par excellence*; la palabra francesa ordinaria *province*, que también ha sido adoptada por el inglés, es una apropiación culta del latín.

3) *Lenguaje figurado*.—Ya hemos encontrado la metáfora y demás figuras como un factor importante en la motivación y en las tonalidades emotivas; ahora vamos a considerar otra faceta del mismo artificio. Una palabra puede recibir uno o más sentidos figurados sin perder su significado original: el viejo y el nuevo vivirán uno al lado del otro, mientras no haya ninguna posibilidad de confusión entre ellos. De este modo, cierto número de metáforas pueden “irradiar”, como afirmó un pionero de la semántica moderna, a partir del sentido central¹. La palabra *eye* [ojo], por ejemplo, puede aplicarse a una vasta serie de objetos que recuerdan el órgano. El *Shorter Oxford Dictionary* registra los siguientes usos metafóricos de este término:

1. Un objeto que se asemeja al ojo en su apariencia, forma o posición: el centro de una flor, la yema de una patata, un lunar en la cola de un pavo real, etc.
2. La abertura a través de la cual mana el agua de una fuente.
3. Una masa central; el punto más brillante (de una luz).
4. El centro de revolución.
5. El agujero o abertura de una aguja o de una herramienta, etc.
6. Un anillo de metal, hilo, cuerda o soga.
7. En arquitectura: el centro de cualquier parte, como en “el ojo de una cúpula”.

¹ DARMESTETER, *op. cit.*, págs. 73 y sgs.

8. En tipografía: el espacio cerrado de letras como la *d*, la *e* y la *o*.

A estos usos cabe añadir otros citados por el diccionario, en los que la palabra se aplica a fenómenos abstractos, como cuando hablamos del *ojo* de la ley, o cuando Hamlet dice: "Methinks I see my father... in my mind's *eye*" [Me parece que veo a mi padre... en los ojos de mi alma] (acto I, escena 2).

Existe la misma clase de polisemia basada sobre la metáfora cuando hablamos del lecho (*bed*) de un río, el pesebrón (*boot*) de un coche, el gatillo (*cock*) de una escopeta, una silla (*saddle*) en las montañas, una hoja (*sheet*) de papel o de hierro, una sábana (*sheet*) de agua, o cuando, en la esfera abstracta, agarramos (*tackle*) un problema, lo empuñamos (*grasp*), luchamos (*wrestle*) con él, descendemos a las tachuelas de bronce (*brass tacks*) o nos encontramos en los cuernos (*horns*) de un dilema. Esta posibilidad de transposición metafórica es fundamental en el funcionamiento del lenguaje. En palabras de un filósofo, W. M. Urban:

El hecho de que un signo pueda designar una cosa sin cesar de designar otra, de que, realmente, la condición misma de ser un signo *expresivo* para la segunda sea el que también es un signo para la primera, es precisamente lo que convierte al lenguaje en un instrumento de conocimiento. Esta "intensión acumulada" de las palabras es la fuente fecunda de la ambigüedad, pero es asimismo la fuente de esa predicación analógica, mediante solo la cual se engendra la fuerza simbólica del lenguaje¹.

En un nivel mucho más elevado, las imágenes y los símbolos del poeta brotan de la misma "visión doble". Cuando Lady Macbeth apostrofa a la noche:

Come, thick night,
And pall thee in the dunnest smoke of hell,
That my keen knife see not the wound it makes.
Nor heaven peep through the *blanket* of the dark
To cry "Hold, hold!"

* Acto I, escena 5²,

el efecto de la poderosa imaginaria dependerá, en no escasa medida, del significado ordinario de *blanket* "manta", cobertura que está presente en la mente del lector.

¹ *Language and Reality*, págs. 112 y sgs.

² "Ven, espesa noche, y envuélvete como en un palio en la más densa humareda del infierno, para que mi agudo puñal no vea la herida que abre, ni el cielo pueda atisbar a través de la cobertura de las tinieblas para gritar: ¡Basta, basta!"

La metáfora no es la única figura que puede dar lugar a la polisemia. La metonimia, que no se basa en la semejanza, sino en alguna otra relación entre dos términos, puede operar de la misma manera. Ya hemos visto (pág. 179) cómo *board* es susceptible de significar, entre otras cosas, una mesa, e igualmente las personas que se sientan en torno a la mesa de un Consejo. *Surgery* puede referirse al arte del cirujano, y también a la sala donde son vistos los pacientes y se ejerce la medicina. *Youth* significaba originariamente "juventud, el hecho, condición o época de ser joven". Ya en el inglés antiguo recibió la acepción adicional de "personas jóvenes colectivamente". En el inglés medio se le dio, además, un tercer sentido: "hombre joven entre la niñez y la madurez". En el inglés moderno estos tres significados, conectados no por la semejanza, sino por otras asociaciones, coexisten sin interferirse unos con otros¹.

4) *Homónimos reinterpretados*.—La polisemia puede surgir también merced a una forma especial de etimología popular, que ya ha sido discutida (págs. 119 y sgs.). Cuando dos palabras son idénticas en cuanto al sonido y la diferencia de significados no es muy grande, tendemos a considerarlas como una sola palabra con dos sentidos. Históricamente estos son casos de homonimia, puesto que los dos términos provienen de fuentes diferentes; pero el hablante moderno, desconocedor de las etimologías, establecerá un enlace entre ellos sobre fundamentos puramente psicológicos.

Este tipo de polisemia es muy raro y la mayor parte de los ejemplos son un tanto dudosos, ya que, como apunta correctamente Bloomfield, "el grado de proximidad de los significados no está sujeto a una medición precisa" (*Language*, pág. 436). Sólo una investigación estadística podría mostrar si la mayoría de los que hablan perciben, efectivamente, algún género de conexión entre los dos sentidos. A los ejemplos ya citados (*ear*, nombre del órgano y de una espiga de cereal, el francés *souci* "cuidado" y "caléndula", el francés *flamme* "llama" y "fleme, lanceta") se pueden añadir uno o dos más. Bloomfield sugiere que en las siguientes parejas de homónimos el segundo término es estimado como un significado marginal o transferido del primero:

corn, "grano" < antiguo inglés *corn*

corn, "callo" en los pies < antiguo francés *corn* (francés moderno *cor*)
< latín *cornu*

allure, "atraer, fascinar, hechizar"
< antiguo francés *alurer* "to lure"
[atraer con señuelo, inducir]

allure, "paso, porte, aire" < francés
allure

¹ Véase sobre esta última palabra S. POTTER, *Modern Linguistics*, Londres, 1957, págs. 152 y sgs.

weed, "hierbajo, planta silvestre"
 < antiguo inglés *wēod*

widow's weeds, "ropa de luto riguroso usada por una viuda" < antiguo inglés *wāed*, "prenda de vestir"

La fisura entre los significados "planta silvestre" y "prenda de vestir" parece bastante ancha; no obstante, hay en Shakespeare varios retruécanos que sugieren que esta fisura puede salvarse¹:

When forty winters shall besiege thy brow,
 And dig deep trenches in thy beauty's field,
 Thy youth's proud livery, so gaz'd on now,
 Will be a tatter'd weed of small worth held.

Sonnets, 2².

5) *Influencia extranjera*.—Una de las muchas maneras como una lengua puede influir en otra es cambiando el significado de una palabra existente³. A veces el sentido adoptado abolirá simplemente al antiguo; así, el vocablo francés *parlement*, que originalmente quería decir "habla, discurso" (del verbo *parler* "hablar") y que luego pasó a denotar un "tribunal judicial", adquirió en una fecha posterior, bajo la influencia del inglés *parliament*, su sentido moderno de "parlamento, asamblea legislativa", el único significado en que se usa al presente (Bloch-Wartburg). En muchos casos, sin embargo, el antiguo sentido sobrevivirá al lado del nuevo, dando así ocasión a un estado de polisemia.

El "*préstamo semántico*", como es llamado de ordinario, será particularmente frecuente allí donde haya un contacto íntimo entre dos lenguas, una de las cuales sirva de modelo a la otra. Esto acaeció, por ejemplo, en la primitiva Iglesia cristiana, en la que el hebreo ejerció una poderosa influencia sobre el griego, y este sobre el latín. También está sucediendo en la actualidad en el habla de los inmigrantes a los Estados Unidos o, tomando un campo más limitado, en el lenguaje de los deportes, que, en muchos países, está saturado de anglicismos. Unas cuantas muestras de cada una de estas tres si-

¹ Véase H. KÖKERTZ, *Shakespeare's Pronunciation*, New Haven, 1953, página 153, y M. M. MAHOOD, *Shakespeare's Wordplay*, Londres, 1957, págs. 17 y siguientes, 25 y 94.

² "Cuando cuarenta inviernos asedien tu frente, y caven hondas trincheras en el campo de tu belleza, la ostentosa librea de tu juventud, tan admirada ahora, será una prenda andrajosa tenida en poco aprecio."

³ Sobre este problema véase recientemente L. DEROY, *L'emprunt linguistique*, páginas 93-102, en donde se encontrarán completas referencias bibliográficas. Una útil discusión de las diversas formas de influencia semántica se hallará en T. E. HOPE, "The Analysis of Semantic Borrowing", en *Essays Presented to C. M. Girdlestone*, Newcastle, 1960, págs. 125-41.

tuaciones lingüísticas tan diferentes pondrán de manifiesto cómo actúa el proceso.

Muchos conceptos importantes de la fe cristiana deben su nombre a préstamos semánticos del hebreo o del griego¹. En la Biblia, la palabra hebrea *m'l'k*, "mensajero", a menudo se usó en el sentido de "ángel". Como en el griego no había ninguna palabra para designar "ángel", los traductores de la Biblia copiaron la polisemia del término hebreo empleando el griego *ἄγγελος*, "mensajero", con el significado de "ángel". Del griego pasó la palabra al latín y, finalmente, llegó a ser un término internacional: en inglés, *angel*; en francés, *ange*; en alemán, *Engel*; en ruso, *ángel*; en húngaro, *angyal*, etcétera. Como bien dice Meillet, la palabra parece griega, pero en realidad se la debemos a los hebreos.

Una influencia hebrea de especie diferente es responsable de la polisemia del vocablo griego *κύριος*, del latino *Dominus*, del inglés *Lord*, del francés *Seigneur*, del alemán *Herr*, etc., todos los cuales significan a la vez "dueño, señor" y "Dios". Como a los judíos les estaba vedado pronunciar el nombre de Dios, utilizaban en su lugar la palabra para designar "dueño". Cuando la *Biblia* fue traducida al griego, se imitó este uso dando a *κύριος*, "dueño", el significado adicional de "Dios", y la misma polisemia pasó después, a través del latín eclesiástico, a los idiomas europeos modernos.

Un caso de polisemia en el griego, adoptada y transmitida por el latín de la Iglesia primitiva, es la del verbo *οικοδομεῖν*, "construir", que, en el griego eclesiástico, adquirió el sentido metafórico de "edificar, ser objeto de edificación". Bajo la influencia griega, el término latino *aedificare*, "construir", recibió el mismo significado moral que todavía pervive en el inglés *edify* y sus equivalentes en otras lenguas.

En circunstancias totalmente distintas, encontramos la misma tendencia lingüística operando en el habla de los inmigrantes europeos a los Estados Unidos². En Colorado, por ejemplo, la palabra española *ministro*, "funcionario del Gabinete", ha adquirido el sentido adicional de "clérigo protestante" bajo la influencia de la inglesa *minister*. Varios verbos romances que originariamente significaban "introducir, meter"—el francés de Luisiana y Canadá *introduire*, el italiano *introdurre*, el portugués *introduzir*—han llegado a signifi-

¹ Véase esp. MEILLET, "Les interférences entre vocabulaires", *op. cit.*, vol. II, páginas 36-43, y L. R. PALMER, *The Latin Language*, Londres, 1954, pág. 187. Sobre la más amplia cuestión de las influencias hebreas, griegas y latinas sobre algunos importantes conceptos modernos (*lengua materna*, *raza*, *medio ambiente*, etc.), véase L. SPITZER, *Essays in Historical Semantics*, Nueva York, 1948. Cf. también W. D. ELCOCK, *The Romance Languages*, Londres, 1960, págs. 199 y siguientes.

² Véase U. WEINREICH, *Languages in Contact. Findings and Problems*, Nueva York, 1953, págs. 48 y sgs. Cf. también E. HAUGEN, "The Analysis of Linguistic Borrowing", *Language* XXVI (1950), págs. 210-31; págs. 219 y sgs.

car también "dar a conocer, presentar formalmente", copiando así la polisemia del inglés *introduce*. El préstamo semántico es un rasgo igualmente palmario del lenguaje deportivo en Francia, plagado de anglicismos¹, en el que la polisemia de términos ingleses tales como *form*, *open*, *run* y otros muchos se ha extendido recientemente a sus equivalentes franceses:

"to be in great, in fine form"	"être en grande, en belle forme" [estar en buena, en gran forma]
"an open race"	"une course très ouverte" [una carrera abierta]
"to run the race of his life"	"courir la course de sa vie" [correr la carrera de su vida]

Para aquellos que están imbuidos de la tradición francesa de la pureza de la lengua, estas "exportaciones invisibles", como las ha llamado el profesor Orr, no son menos perturbadoras que las más detonantes formas de anglicismo, pero es difícil ver cómo podrían evitarse en las alteradas circunstancias de la vida moderna.

Como algunos de estos ejemplos han patentizado, este tipo de polisemia no se reduce siempre al contacto entre dos lenguas particulares. Muchos préstamos semánticos son de circulación universal, con los diferentes idiomas copiándose unos a otros o imitando un modelo común. El término gramatical *caso* es un buen ejemplo de esta tendencia. Cuando la idea de caso gramatical emergió en la filosofía griega, el término *πτῶσις*, "caída, desgracia, ruina", fue empleado para denotar el nuevo concepto. El gramático romano Varro copió este uso dando a *casus*, la palabra latina para expresar "caída, ruina, acontecimiento", el sentido adicional de "caso gramatical". Este doble significado aún persiste en los descendientes modernos de *casus*: el inglés *case*, el francés *cas* y otros; en algunas partes la palabra local para indicar "caída" o "acontecimiento" se usa en la acepción de "caso gramatical" (alemán *Fall*, húngaro *eset*)².

Algunas formas de polisemia están tan difundidas y parecen tan naturales que es difícil establecer su origen. La palabra *taste*, por ejemplo, tiene dos significados principales: "percepción del sabor de una cosa" y "discernimiento y apreciación de la belleza" (cf. el *NED*). La misma polisemia se encuentra en muchas lenguas: en francés *goût*, en italiano *gusto*, en alemán *Geschmack*, etc. Se ha sugerido³ que el vocablo español *gusto* fijó la pauta para la serie entera;

¹ Véase J. ORR, "Les anglicismes du vocabulaire sportif", *Words and Sounds in English and French*, cap. 11.

² Véase DEROUY, *op. cit.*, págs. 95 y sgs.

³ MIGLIORINI, "Calco e irradiazione sinonimica", *loc. cit.*, pág. 7.

pero, puesto que una ambigüedad similar existía ya en el latín¹, este puede haber tenido alguna influencia en la evolución de tales términos.

Entre las cinco fuentes de polisemia examinadas en esta sección, las tres primeras—cambios de aplicación, especialización del significado y uso figurado—son con mucho las más importantes; la reinterpretación de homónimos es muy rara, mientras que el plagio semántico, aunque muy común en ciertas situaciones, no es un proceso normal en el lenguaje cotidiano.

2. *Salvaguardas y conflictos*

Aristóteles, como hemos visto (pág. 170), criticó severamente la polisemia. "Las palabras de significado ambiguo son útiles sobre todo para permitir al sofista desorientar a sus oyentes." Desde entonces, los filósofos han competido unos con otros en denunciar la polisemia como un defecto del lenguaje y como un obstáculo capital para la comunicación e incluso para el pensamiento claro. Ocasionalmente hubo algunas voces disconformes. Según Bréal, Federico el Grande, que era un ardiente admirador del francés, veía en el significado múltiple una señal de la superioridad de este lenguaje. El propio Bréal se inclinaba a concordar con el rey. "Cuanto más significados ha acumulado una palabra—escribía—, tantos más aspectos diversos de la actividad intelectual y social es capaz de representar" (*op. cit.*, pág. 144).

Una breve reflexión mostrará que, lejos de ser un defecto del lenguaje, la polisemia es una condición esencial de su eficacia. Si no fuese posible atribuir varios sentidos a una palabra, esto equivaldría a una carga abrumadora sobre nuestra memoria: tendríamos que poseer términos separados para cada tema concebible sobre el que quisiéramos hablar. La polisemia es un factor inapreciable de economía y flexibilidad en el lenguaje; lo que es asombroso no es que la máquina se rompa de vez en cuando, sino que se rompa tan raramente.

¿Cómo funciona este delicado mecanismo en la práctica? La principal garantía de su funcionamiento normal es la influencia del *contexto*. Por muchos que sean los significados que tenga una palabra en el diccionario, no habrá confusión alguna si solo uno de ellos puede tener sentido en una situación dada. Citando de nuevo a Bréal, "ni siquiera hemos de excluir los demás significados de la palabra: estos significados no surgen ante nosotros, no cruzan el umbral de nuestra conciencia" (*ibid.*, pág. 145). Esto puede verse de la manera más patente cuando la misma palabra tiene dos

¹ Véase LEWIS and SHORT, s. v. *gustus*.

significados contradictorios que subsisten uno al lado del otro sin ningún riesgo de equivocación¹. El vocablo latino *altus*, por ejemplo, puede significar "alto" o "profundo" según el punto de vista del que habla: si está mirando un objeto desde abajo hacia arriba o desde arriba hacia abajo (Lewis and Short). *Sacer* quiere decir "sagrado" y también "maldito", como en la famosa frase de Virgilio: "*auri sacra fames*", "maldita sed de oro". El francés *défendre* equivale a "defender" en algunos contextos y a "prohibir" en otros. *Chasser* (que ha dado *chase* en inglés) es también ambivalente; como Nyrop declara ingeniosamente, "*on chasse le gibier pour s'en emparer; on chasse un domestique pour s'en débarrasser*", "se caza la pieza para apoderarse de ella; se caza a un criado para desembarazarse de él" (*Sémantique*, pág. 47).

Los geógrafos lingüistas hablan con frecuencia de la "sobrecarga semántica", de la "hipertrofia" o "plétora" del significado como causas de la ambigüedad y la confusión del lenguaje². Estos términos parecerían sugerir que cuantos más sentidos tiene una palabra tanto más ambigua se vuelve. Realmente, el número de significados adheridos a una palabra es de poca importancia; lo que interesa es su calidad y su relación mutua. Es un hecho harto conocido que algunas de nuestras palabras más comunes son las que tienen la más amplia extensión de significados. En el diccionario de Littré, el verbo *aller* [ir] tiene cerca de cuarenta sentidos diferentes, *mettre* [poner] aproximadamente cincuenta, *prendre* [tomar] y *faire* [hacer] unos ochenta cada uno (Nyrop, *ibid.*, pág. 26). Estas cifras tan altas se deben en parte a la naturaleza "abstracta" y genérica de las palabras francesas, que ya se discutió en un capítulo anterior (págs. 164 y sgs.); pero la misma tendencia es perceptible en otros lenguajes, como demostrará una ojeada a los verbos *put* [poner] y *go* [ir] en el Diccionario de Oxford.

Hace unos años se hizo un intento por parte del fallecido G. K. Zipf de estudiar la conexión entre la polisemia y la frecuencia de las palabras por métodos estadísticos. Habiendo descubierto que hay una "relación directa entre el número de significados diferentes de una palabra y su frecuencia relativa de apariciones", Zipf procedió a encontrar una fórmula matemática para esta correlación. Llegó a la conclusión de que "los diferentes significados de una palabra tenderán a ser iguales a la raíz cuadrada de su frecuencia relativa (con la posible excepción de las pocas docenas de palabras más frecuentes)"³. Esto fue aceptado por el profesor J. Whatmough, quien resu-

¹ Sobre las palabras ambivalentes, cf. recientemente H. GALTON, *Die Sprache*, vi (1960), pág. 239.

² JORDAN-ORR, *op. cit.*, págs. 166 y sgs.; cf. los comentarios de L. SPITZER, en *Archivum Romanicum*, viii (1924), pág. 350.

³ Véanse sus dos artículos en *The Journal of General Psychology*, vols. xxxii y

mió el resultado en la siguiente fórmula, en donde m representa el número de significados y F la frecuencia relativa¹:

$$m = F^{\frac{1}{2}}$$

Puesto que los cálculos de Zipf se basaron en material de diccionario, su fórmula debiera tomarse *cum grano salis*; como ya hemos visto (pág. 181), el lexicógrafo tiene que distinguir más o menos arbitrariamente entre diferentes matices del mismo significado y diferentes significados de la misma palabra, y sus datos no son muy adecuados para un análisis estadístico preciso. No hay ninguna razón, sin embargo, para dudar del principio en sí, a saber, que cuanto más frecuente es una palabra tantos más sentidos es posible que tenga. Sea como fuere, está claro que la diversidad de significados no debilita de suyo, en modo alguno, la vitalidad de una palabra.

Además del contexto, hay cierto número de *salvaguardas especiales* que contribuyen a mitigar las consecuencias de la polisemia. El alcance de estos artificios es limitado, pero son sumamente eficaces siempre que entran en juego:

1) En las lenguas con *género* gramatical, este puede usarse para diferenciar significados de una misma palabra: en francés *le pendule* "péndulo" — *la pendule* "reloj"; *le manche* "mango" — *la manche* "manga"; en alemán *der Band* "tomo, volumen" — *das Band* "cinta"; *der See* "lago" — *die See* "mar".

2) Cabe marcar las distinciones del significado mediante diferencias en la *inflexión*. El vocablo inglés *brother* tiene dos plurales con sentidos diferentes: *brothers* [hermanos, engendrados por los mismos padres] y *brethren* [hermanos, refiriéndose a todos los hombres]; análogamente, el francés *âieul*: *âieux* "antepasados" — *âieuls* "abuelos"; el italiano *muro*: *i muri* "muros" — *le mura* "murallas de una ciudad". En alemán hay un grupo entero de palabras diferenciadas de este modo: *Licht*: *Lichte* "luces" — *Lichter* "candelas"; *Tuch*: *Tuche* "géneros de tela" — *Tucher* "piezas de tela"; *Wort*: *Worte* "habla trabada" — *Wörter* "palabras"². Un solo nombre incluso tiene tres plurales: *Band*: *Bande* "vínculos" — *Bänder* "cintas" — *Bände* "volúmenes". Los paradigmas verbales pueden divergir de la misma manera: *hang*: *hung* [colgado] — *hanged* [ahorcado]; el francés *ressortir*: *il ressort* "vuelve a salir; resulta, es evidente, se sigue" — *il ressortit* "depende de, está bajo la jurisdicción de, pertenece a (un país, un tribunal, etc.)".

3) El orden de las palabras también puede ayudar a discrimi-

xxxiii (1945), y su libro *Human Behavior and the Principle of Least Effort*, Cambridge, Mass., 1949.

¹ I. WHATMOUGH, *Language. A Modern Synthesis*, pág. 73.

² Véase PRIEBSCHE-COLLINSON, *op. cit.*, pág. 197.

nar entre diferentes sentidos del mismo término. La movilidad del adjetivo en el francés (cf. págs. 154 y sgs.). es utilizada extensamente para este fin: "*linge propre*" "*ropa limpia*" — "*ses propres paroles*" "*sus propias palabras*"; "*pois verts*" "*guisantes verdes*" — "*une verte semonce*" "*una buena reprimenda*"; "*une assertion vraie*" "*un aserto verdadero*" — "*un vrai diamant*" "*un verdadero (auténtico) diamante*". El francés puede obtener delicados efectos de contraste empleando el mismo adjetivo en dos posiciones diferentes dentro de la misma sentencia¹: "*On annonce quelques nouveaux journaux, mais aucun journal nouveau*"²; "*passant difficilement du rang de jeune femme au rang de femme jeune*"³. En el inglés donde los adjetivos tienen normalmente un puesto fijo, este artificio se limita a una corta serie de frases: "*an ambassador extraordinary*" [un embajador extraordinario] no es lo mismo que "*an extraordinary ambassador*" [un extraordinario embajador] ni "*a fee-simple*" [una hacienda simple, libre] es lo mismo que "*a simple fee*" [una simple hacienda]⁴.

4) A veces se aclara el significado de una palabra añadiéndole a esta otro término; así, el adjetivo *fair*, que tiene cierto número de sentidos distintos y potencialmente en conflicto, no será ambiguo en los compuestos *fair-sized* [de tamaño mediano], *fair-minded* [imparcial, equitativo] y *fair-haired* [de cabello rubio]⁵.

5) Una solución más drástica, que puede debilitar o destruir la unidad de la palabra, consiste en distinguir los significados mediante ligeras modificaciones de la forma. Las modificaciones pueden ser fonéticas, gráficas, o ambas a la vez⁶. Hay diferenciación fonética en el vocablo inglés *gallant* que, según su significado, se acentúa en la primera sílaba [valiente, intrépido] o en la segunda [cortés, galante], y distinción gráfica en casos tales como los ingleses *discreet* [discreto, circunspecto] — *discrete* [discreto, discontinuo], *draft* [boceto, diseño] — *draught* [trago, toma], *metal* [metal] — *mettle* [temple, coraje]⁷, o los franceses *dessein* "diseño, plan, proyecto" — *dessin* "dibujo, diseño, modelo". Las diferencias fonéticas y gráficas se combinan para distinguir entre *antic* [extraño, grotesco] y *antique* [antiguo], *divers* [diversos, varios, algunos] y *diverse* [diverso, diferente], *human* [humano, del hombre] y *humane* [humano, compasivo], *urban*

¹ Construcción denominada *quiasmo*; cf. anteriormente, pág. 155.

² "Se anuncian algunos nuevos periódicos, pero ningún periódico nuevo" (citado por BOILLOT, *op. cit.*, pág. 77, n. 1).

³ "Pasando difícilmente del rango de joven mujer al rango de mujer joven" (FRANÇOISE SAGAN, *Aimez-vous Brahms?*, París, 1959, pág. 11).

⁴ Véase RUDSKOGER, *op. cit.*, pág. 477.

⁵ *Ibid.*, pág. 476.

⁶ *Ibid.*, págs. 437-46.

⁷ Véase anteriormente, pág. 113.

[urbano, de la ciudad] y *urbane* [urbano, cortés, educado], y unas cuantas parejas similares.

Tan solo cuando han sido abatidas estas salvaguardas es cuando la polisemia puede conducir a la *ambigüedad* genuina. Tal ambigüedad es susceptible de producirse en tres situaciones diferentes: en los contactos entre las lenguas, en el uso técnico y en el habla ordinaria.

1) El *préstamo semántico* de una lengua extranjera puede dar lugar, como todo traductor sabe, a confusiones y equívocos¹. Algunos de estos son efímeros, como el famoso caso de la inglesa que, engañada por el doble significado de la palabra *engaged* [contratado, y comprometido], preguntó a un taxista francés: "Etes-vous *fiancé*?" [¿Está usted prometido?]², o el del turista extranjero que creyó que el portero de un hotel francés era suizo porque el vocablo francés *suisse* puede significar tanto "suizo" como "portero". Ocasionalmente, tales equívocos pueden tener efectos más duraderos. Un ejemplo notorio es la historia del término gramatical *acusativo*. Este es una traducción latina de la expresión griega αἰτιατικὴ πῶσις, derivada del nombre αἰτία, que quería decir "causa" o bien "carga, acusación". El traductor, desorientado por esta polisemia, tomó el adjetivo griego en la acepción de "acusativo", aunque realmente significaba "causativo"³.

Un ejemplo reciente de confusión debida al préstamo semántico es el verbo francés *réaliser*⁴. El significado tradicional de este verbo es "realizar, llevar a efecto, llevar a cabo". Su uso en el sentido de "comprender, conocer" es un anglicismo que se remonta a Paul Bourget y, antes que él, a Baudelaire⁵; en los años de 1920, este empleo provocó una discusión pública en la que Gide y otras figuras famosas tomaron parte. La tendencia, todavía rechazada por los puristas, de utilizar el verbo en el sentido inglés puede conducir a situaciones cómicas, como en esta sentencia de un periódico, en donde la ironía es seguramente involuntaria: "L'Etat-Major français a pleinement *réalisé* les intentions ennemies", que en correcto francés quiere decir: "El Estado Mayor francés *ha llevado a cabo* plenamente las intenciones del enemigo"⁶.

2) Las ambigüedades están más en evidencia donde menos se esperaría encontrarlas: en el *uso científico y técnico*. Aun cuando los

¹ Véase DEROY, *op. cit.*, cap. 11.

² MIGLIORINI, "Calco e irradiazione sinonimica", *loc. cit.*, pág. 8.

³ *Ibid.*, pág. 9.

⁴ Sobre la historia de este verbo, véase E. PERUZZI, "Francese *réaliser*", *Zeitschrift für Romanische Philologie*, LXIX (1953), págs. 203-35.

⁵ Véase A. GOOSE, *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XXXIII (1955), página 931.

⁶ Citado en K. NYROP, "Réaliser", *Mélanges de philologie et d'histoire offerts à M. A. Thomas*, París, 1927, págs. 319-22.

términos y conceptos de una ciencia estén precisamente definidos, cada tratadista tiene derecho a redefinirlos como juzgue conveniente. De este modo, incluso términos técnicos tan recientes como *psicoanálisis*, *existencialismo*, *estilística*, *estructuralismo* o *fonema*, han desarrollado cierto número de sentidos solo parcialmente coincidentes. La *semántica* misma, que debiera sentar un ejemplo de consistencia verbal, no está libre en modo alguno de este defecto (véase anteriormente, pág. 13). Los eruditos tienen que gastar a menudo considerable tiempo, energía, y hasta dinero, antes de poder quedar satisfechos de que un libro o un artículo con un título ambiguo no caen fuera de su campo. Se ha sugerido que tales términos científicos deberían estar dispuestos en un índice de suerte que fuese dable saber inmediatamente en qué sentido son usados¹; así, la fórmula:

existencialismo

Sartre

dejaría claro que se está tratando con la forma agnóstica de existencialismo profesada por Sartre y su escuela, y no, por ejemplo, con la rama cristiana del existencialismo asociada con Gabriel Marcel.

La confusión y el equívoco es aún más probable que surjan cuando una palabra que es ambigua en el lenguaje ordinario se emplea en un contexto técnico, legal, científico o de otro género, en donde se requiera la máxima precisión. En las conferencias diplomáticas, en los procesos judiciales y en las discusiones académicas se pierde mucho tiempo definiendo las palabras (cf. pág. 140) y clasificando sus varios sentidos. Hemos visto (pág. 62) cómo la ambigüedad del término *meaning* [significado] ha estorbado el progreso de la semántica, de tal manera que algunos eruditos han preferido en efecto evitar por completo la palabra. Y no es el vocablo *meaning* el peor ofensor de la lingüística: una monografía sobre la historia del término *sentence* [sentencia, oración, etc.] ha registrado no menos de doscientas definiciones diferentes de este concepto². En vista de esta selva terminológica, la compilación de nomenclaturas normalizadas es de gran provecho para la investigación³, y sería en beneficio de todos los interesados reprimir el crecimiento de esta forma de polisemia.

En algunos casos, la ambigüedad de ciertas palabras claves ha tenido un serio efecto sobre el pensamiento filosófico. En la *Crítica de la razón práctica*, Kant llamó la atención sobre el doble significado de términos éticos tan importantes como *bonum* y *malum* en la-

¹ A. H. MASLOW, *Psychological Review*, LII (1945), págs. 239 sig.

² J. RIES, *Was ist ein Satz?*, Praga, 1931.

³ Véase J. MAROUZEAU, *Lexique de la terminologie linguistique*, 3.^a ed., París, 1951; E. P. HAMP, *A Glossary of American Technical Linguistic Usage*, 1925-1950, Utrecht-Amberes, 1957.

tin. *Bonum* podía significar tanto "alguna cosa buena" como "prosperidad, felicidad", mientras que *malum* podía indicar "una cosa mala o perniciosa" y también "mal, daño, perjuicio". "El idioma alemán—añadía Kant—tiene la buena fortuna de poseer expresiones que no permiten pasar por alto esta diferencia. Posee dos conceptos muy distintos, y expresiones especialmente diferentes, para lo que los latinos expresan con una sola palabra"¹. Se ha insinuado asimismo que "la capacidad persuasiva del tema central de Hegel, la Dialéctica, se deriva de una simple ambigüedad de la palabra alemana *aufheben*. Esta palabra tiene tres usos principales: 1) levantar; 2) conservar; 3) anular... Ninguna palabra parecidamente ambigua existe en inglés, y por consiguiente los expositores de Hegel se ven constreñidos a acuñar neologismos como *sublate* [superar] con el fin de traducir su palabra más importante"².

La más famosa ambigüedad de esta especie es el caso del vocablo griego *λόγος*. Según el diccionario de Liddell y Scott, esta palabra tiene dos significados capitales, uno correspondiente a la latina *oratio*, "la palabra o aquello mediante lo cual se expresa el pensamiento interior", y el otro a la latina *ratio*, "el pensamiento interior" mismo. Como *λόγος* aparece en el versículo inicial del Evangelio de San Juan, la ambigüedad del término tiene una relación directa con la interpretación de este pasaje crucial. Al traducir ese Evangelio, el *Fausto* de Goethe rechaza la versión tradicional: "En el principio era el *Verbo*"; prueba con *sentido* (Sinn) y con *fuerza* (Kraft), y finalmente se decide por "En el principio era la *acción* (Tat)"³.

3) En el *lenguaje ordinario* sucede con frecuencia que una palabra desarrolla dos o más sentidos susceptibles de entrar en oposición en los mismos contextos. En muchos casos esto ha conducido a la desaparición de uno o más de los significados en conflicto. Este proceso ha sido cabalmente investigado por el Dr. Rudskoger en su libro sobre la polisemia de los adjetivos ingleses, y podemos mencionar aquí uno o dos de los interesantes ejemplos recogidos por él⁴:

Admirable.—Cuando este adjetivo apareció por primera vez en inglés a finales del siglo XVI, tenía el sentido neutral de "estar asombrado de", que podía ser favorable o desfavorable según el contexto. A medida que el significado positivo se hacía predominante, el sentido originario caía en desuso; una frase como la siguiente: "It may

¹ Véase A. FLEW, "Philosophy and Language", en *Essays in Conceptual Analysis*, ed. A. Flew, Londres, 1955, pág. 5.

² T. D. WELDON, *op. cit.*, pág. 107; cf. FLEW, *loc. cit.*

³ *Faust*, parte I, vs. 1224 y sgs.; cf. anteriormente, págs. 42 y 44.

⁴ *Op. cit.*, págs. 463-73. Véase también R. J. MENNER, "Multiple Meaning and Change of Meaning in English", *Language*, XXI (1945), págs. 59-76; GAMILLSCHEG, *Französische Bedeutungslehre*, págs. 170 y sgs.; K. JABERG, *Aspects géographiques du langage*, París, 1936, cap. 2; JORDAN-ORR, *op. cit.*, págs. 165 y sgs.

justly seem *admirable* how that senseless religion should gain so much ground on Christianity" [Puede parecer justamente admirable cómo esa religión insensata ganó tanto terreno en la cristiandad], que el Dr. Rudskoger cita de 1639, sería imposible hoy día.

Careful.—Hasta fines del siglo XVI este adjetivo podía significar también "lleno de inquietud y de aflicción": "her maydens are *careful*, and she herself is in great heavynesse" [sus doncellas están afligidas y ella misma se halla en una gran congoja] (Coverdale). Por último, este sentido fue eclipsado por los otros significados de la palabra [cuidadoso, diligente].

Peevish.—Este término tenía en otro tiempo media docena de sentidos coexistentes: "necio", "loco", "rencoroso", "horrible", "testarudo" y "malhumorado, agrio de genio, enojadizo". Como varios de ellos podían acomodarse al mismo tipo de contexto, todos salvo el último fueron descartados.

Vivacious.—Además de su acepción actual vivo, animado, alegre, *vivacious* podía significar también "de larga vida" y "difícil de matar". Los últimos sentidos se desvanecieron posteriormente a causa del riesgo de ambigüedad; la siguiente sentencia, que el *NED* cita del siglo XVII: "Hitherto the English Bishops had been *vivacious* almost to wonder" [Hasta ahora los obispos ingleses habían sido longevos casi hasta el asombro], tiene al presente un sonido claramente cómico.

Un ejemplo extremo de ambigüedad que condujo a la desaparición de uno de los sentidos en pugna es el adjetivo *wan*, que originalmente quería decir "falto de luz o de lustre, oscuro". El *NED* cita de Skelton: "With vysage *wan*, As swarte as tan" [Con el rostro moreno, atezado como el cuero]. Como este significado era incompatible con el de "pálido", que la palabra había adquirido en el inglés medio, desapareció en las postrimerías del siglo XVI (Menner, *loc. cit.*).

Todos estos ejemplos fueron tomados de los adjetivos porque esta clase de palabras ha sido investigada más a fondo desde este punto de vista. Pero otras partes de la oración pueden estar envueltas en el mismo género de conflicto. Así, el verbo francés *se passer* de podía significar en otro tiempo o bien "pasarse sin" o bien "contentarse con"; Molière todavía tiene: "un homme qui s'est passé durant sa vie d'une assez simple demeure"¹. De las dos significaciones opuestas solo la primera ha sobrevivido.

La polisemia también puede dar lugar a un tipo diferente de conflicto. Si una palabra desarrolla un sentido desagradable con fuertes tonos emotivos, cabe que quede tan viciada que sea, virtualmente,

¹ "Un hombre que se ha contentado durante su vida con una morada bastante sencilla" (*Don Juan*, acto III, escena 6, citado por NYROP, *Sémantique*, pág. 47).

inutilizable en sus significados anteriores¹. Un ejemplo interesante es el adjetivo *cunning*, que originariamente tenía un valor positivo, el de "docto, inteligente, experto". Shakespeare aún escribía: "I thought he had been valiant, and so *cunning* in fence"² (*Twelfth Night*, acto III, escena 4). Hacia fines del siglo XVI, sin embargo, el adjetivo empezó a utilizarse en una acepción palmariamente peyorativa, la de "astuto, artero, trapacero". Más tarde, este uso arrojó su sombra sobre los significados más positivos de la palabra y emergió del contexto como el único sentido que está realmente vivo. Del mismo modo, *obsequious* tenía todavía la significación favorable de "obediente, respetuoso, sumiso", cuando Shakespeare hizo decir a Falstaff: "I see you are *obsequious* in your love, and I profess requital to a hair's breadth"³ (*Merry Wives*, acto IV, escena 3); pero cuando llegó a usarse en el sentido peyorativo de "adulador, zalamero, sico-fante", gradualmente desapareció de los contextos positivos. Tomando un ejemplo de una esfera diferente, cuando *undertaker* comenzó a emplearse en su sentido presente [empresario de pompas fúnebres, enterrador] dejó de encontrarse adecuado en su significado más general de "contratista", "el que se embarca en alguna empresa comercial"; la siguiente sentencia, citada de Swift por el NED: "The *undertaker* himself will publish his proposals with all convenient speed" [el propio empresario publicará sus ofertas con toda la rapidez conveniente], provocaría hoy una sonrisa equívoca.

Los conflictos entre significados incompatibles de la misma palabra prosiguen constantemente en el lenguaje, aunque es imposible decir de antemano cómo se resolverán. En el inglés actual hay cierto embarazo y vacilación en el uso de adjetivos como *common* [común, corriente; bajo, vulgar], *strange* [extraño, raro; forastero, extranjerol], y especialmente *funny* [gracioso, divertido; peculiar, particular], como se muestra en el chiste popular: "Do you mean *funny* 'ha-ha' or *funny* peculiar?" [¿quiere usted decir *funny* "ja-ja" o *funny* "peculiar"?], o en pasajes como el siguiente, que el Dr. Rudskoger cita de una novela reciente: "I never dreamed for a moment then that there had been any *funny* business. *Funny*? Did I say *funny*? God, what a word to use!"⁴. La evitación de adjetivos tales como *bloo-*

¹ Véase RUDSKOGER, *op. cit.*, págs. 480-84, de donde están tomados los dos ejemplos inmediatos; sobre *cunning*, véase igualmente *ibid.*, págs. 354-57, así como también el NED.

² "De haber sabido que tenía tanto valor y que tan diestro era en la esgrima." SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed. Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1278.

³ "Veo que sois consecuente en vuestro amor, y os prometo que el mío no se diferenciará del vuestro o en el grueso de un cabello." *Ibid.*, pág. 1130.

⁴ "Nunca soñé entonces por un momento que hubiera habido ningún negocio chistoso. ¿Chistoso? ¿Dije chistoso? ¡Dios, qué palabra he usado!" *Op. cit.*, página 479; cf. también MENNER, *loc. cit.*

ming [florido] y *bloody* [ensangrentado] en su sentido respetable es otro indicio en la misma dirección (cf. pág. 166).

Esta delicada ambigüedad puede incluso afectar la vitalidad de una palabra. Así lo demostró poderosamente Gilliéron, en cuya opinión "las contradicciones homonímicas y la hipertrofia de significados han sido una amenaza perpetua del lenguaje, una causa perenne de la desaparición de palabras"¹. En su atlas lingüístico de Francia halló varios casos bien comprobados de términos que han caído en desuso debido a su polisemia "patológica". En ciertas partes del norte de Francia, por ejemplo, el nombre *vaisseau*, "buque, navío", podía significar también "colmena" y "enjambre de abejas". "Al estar sobresaturado de significados estaba condenado a desaparecer"², aunque se hicieron intentos por salvarlo modificando su forma en algunos de sus usos. Las reconstrucciones de Gilliéron son tan brillantes como convincentes; no obstante, parecería que, sea lo que fuere lo que suceda en los dialectos, las palabras del lenguaje ordinario rara vez son abandonadas por esta razón; en la mayoría de los casos es suficiente eliminar algunos de los sentidos en conflicto. Es ciertamente revelador que de 120 adjetivos ingleses, muchos de ellos sumamente ambiguos, que ha investigado el Dr. Rudskoger, solo tres —2 ½ por 100— han desaparecido por completo (pág. 439). Si bien la polisemia está omnipresente en el lenguaje, no es, al parecer, un factor esencial en el desuso de las palabras.

II. HOMONIMIA

1. Fuentes

La homonimia es mucho menos común y menos compleja que la polisemia, aunque sus efectos pueden ser tan graves e incluso más dramáticos. Solo hay tres maneras por las que pueda surgir, y la tercera de ellas es de una importancia muy secundaria.

1) *Convergencia fonética*.—La causa más común de la homonimia es el desarrollo de sonidos convergentes. Bajo la influencia de los cambios fonéticos ordinarios, dos o más palabras que en otro tiempo tenían formas diferentes coinciden en el lenguaje hablado y, a veces, también en la escritura. El proceso es tan simple que unos pocos ejemplos bastarán para ilustrarlo³:

¹ *Généalogie des mots qui désignent l'abeille*, París, 1918, pág. 157.

² JORDAN-ORR, *op. cit.*, pág. 167.

³ Las etimologías inglesas que siguen están tomadas todas de la impr. de 1952 del *Shorter Oxford English Dictionary*.

antiguo inglés <i>melo</i>	> meal "harina"	
antiguo inglés <i>māēl</i>	> meal "comida"	mi:l
antiguo escandinavo <i>rās</i>	> race "carrera"	
francés <i>race</i> ¹	> race "raza, casta"	reis
antiguo inglés <i>meȝe</i>	> meat "carne"	
antiguo inglés <i>mētan</i>	> meet "encontrar"	mi:t
antiguo inglés <i>metan</i>	> mete "distribuir, prorratear"	
francés <i>maille</i>	> mail "armadura, cota de malla"	
antiguo escandinavo <i>māl</i>	> (black)mail ² "chantaje"	
antiguo francés <i>male</i> , francés moderno <i>malle</i>	> mail "valija, correo"	meil
antiguo francés <i>ma(s)le</i> , francés moderno <i>māle</i>	> male "macho, masculino"	
latín <i>cingit</i>	> francés (il) <i>ceint</i> "cint"	
latín <i>quinque</i>	> francés <i>cinq</i> ³ "cinco"	
latín <i>sanum</i>	> francés <i>sain</i> "sano"	
latín <i>sanctum</i>	> francés <i>saint</i> "santo"	sē
latín <i>sinum</i>	> francés <i>sein</i> "seno, pecho"	
latín <i>signum</i>	> francés (<i>blanc</i>)- <i>seing</i> "firma en blanco"	

Esta forma de homonimia es muy corriente en lenguas con muchos términos monosilábicos; es, por tanto, particularmente frecuente en inglés y francés, y menos difundida, digamos, en alemán o italiano, en donde la sustancia fonética de las palabras ha sido mejor conservada⁴. Otro factor que favorece la homonimia es la pérdida de las consonantes finales. El inglés, por ejemplo, a pesar de su riqueza en monosílabos, tiene relativamente menos homónimos que el francés, porque la retención de las consonantes finales ayuda a mantener las palabras, incluso las más cortas, distintas unas de otras. En francés, tanto el monosilabismo como la pérdida de las consonantes finales se combinan para producir homónimos en una escala considerable. Cierta número de palabras francesas consisten en una sola vocal: v. gr., *au* "al" — *aux* "a los, a las" — *eau* "agua" — *haut* "alto" — *os*⁵ "huesos", y *auls*, el antiguo plural de *aïl* "ajo", to-

¹ Sobre el origen de esta palabra, véase SPITZER, *Essays in Historical Semantics*, capítulo 4.

² *Mail* se usa todavía en Escocia en el sentido de "pago, impuesto, tributo, renta"; cf. asimismo la frase *mails and duties*: "las rentas de un estado, ya sean en dinero o en grano" (NED).

³ La consonante final se pronuncia a menudo; véase FOUCHÉ, *op. cit.*, pág. 479.

⁴ Véase JESPERSEN, "Monosyllabism in English", *Linguistica*, págs. 384-408, y HARMER, *op. cit.*, cap. 4.

⁵ Cf. FOUCHÉ, *op. cit.*, pág. 395.

das las cuales se pronuncian [o]. Otro tipo muy común de estructura verbal en francés es la secuencia: consonante + vocal: *tan* "casca" — *tant* "tanto" — *taon* "tábano" — *temps* "tiempo" — (*je*) *tends*, (*tu*) *tends*, (*il*) *tend*, *tends*! "tiendo, tiendes, tiende, tiende (tú)". Las palabras de este tipo nunca habrían coincidido en inglés.

En esta rama de la semántica, los datos estadísticos pueden ser muy reveladores, no solo sobre la frecuencia de homónimos en una lengua dada, sino también sobre las conexiones entre la homonimia, la longitud de las palabras y la estructura verbal¹. Pero, aunque es perfectamente claro que unas lenguas están más infestadas de homónimos que otras, no es difícil encontrar ejemplos de homonimia fortuita en cualquier idioma, incluso en aquellas que han sufrido menos desgaste por el cambio fonético²; cf. parejas tales como la alemana *Bauer* "campesino" — *Bauer* "jaula"; la latina *comparare* "comparar, igualar" — *comparare* "preparar, disponer, procurar"; la húngara *ár* "precio" — *ár* "flujo" — *ár* "lezna".

2) *Divergencia semántica*.—La homonimia puede también efectuarse mediante el desarrollo de sentidos divergentes. Cuando dos o más significados de la misma palabra se separan hasta tal punto que no haya ninguna conexión evidente entre ellos, la polisemia dará paso a la homonimia y la unidad de la palabra quedará destruida. Hemos visto algunos ejemplos de este proceso en la sección sobre la pérdida de la motivación (pág. 113): *pupil* "pupilo, discípulo" y "pupila, niña del ojo", *collation* "comparación" y "refacción ligera". El lenguaje ordinario está lleno de homónimos "secundarios" de este tipo: solo un etimologista conectaría el verbo *to long* [anhelar, ansiar] con el adjetivo *long* [largo]; *rake* "libertino, hombre de hábitos disolutos" con el verbo *to rake* [rastrillar, rastrear]; *sole*, "lenguado, nombre de un pez", con *sole* "suela de zapato"; *still* "quieto, inmóvil" con el adverbio *still* "todavía", o con el vocablo francés *voler* "robar" con *voler* "volar".

Esta forma de homonimia es la réplica exacta de un proceso discutido en la sección precedente: la reinterpretación de los homónimos como si fueran una sola palabra con dos sentidos (págs. 185 y siguientes), como ocurre con las dos formas de *ear* o de *cörn*. Si las

¹ Véase B. TRNKA, *A Phonological Analysis of Present-day Standard English*, Praga, 1935, 56 y sgs. Cf. igualmente A. SCHÖNHAGE, *Zur Struktur des französischen Wortschatzes. Der französische Einsilber*, Bonn, 1948 (tesis inédita reseñada por G. GOUGENHEIM, *Le Français Moderne*, xx (1952), págs. 66-8), y P. MIRON, "Recherches sur la typologie des langues romanes", en las *Proceedings of the Eighth International Congress of Romance Linguistics*, págs. 693-7.

² Véase, v. gr., A. MEILLET, "Sur les effets de l'homonymie dans les anciennes langues indoeuropéennes", *Cinquantième de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes*, París, 1921, págs. 169-80, y E. OEHMANN, *Ueber Homonymie und Homonyme im Deutschen*, Helsinki, 1934.

dos tendencias se representan esquemáticamente, resulta claro que operan en direcciones opuestas:



En el primer caso, dos palabras se han fundido en una; en el segundo, una palabra se ha escindido en dos. Conviene añadir que el segundo proceso parece ser mucho más común que el primero.

El paso de la polisemia a la homonimia plantea el mismo problema que el proceso inverso. Puesto que somos incapaces de medir el "grado de proximidad de los significados", como declaró Bloomfield, es difícil decir en los casos particulares dónde termina la polisemia y dónde empieza la homonimia. La cuestión tiene una relación directa con el trabajo del lexicógrafo, ya que este tiene que decidir, en cada caso, si ha de registrar tales homónimos dudosos como una palabra o como dos¹. ¿Deberá un diccionario puramente descriptivo insertar los siguientes vocablos bajo un solo encabezamiento o bajo varios: *drill* "taladro, instrumento para taladrar o agujerear" y *drill* "instrucción de reclutas, ejercicio o adiestramiento militar"; *fast* "firme, seguro" y *fast* "rápido, veloz"; *hunch* "joroba, giba" y el americanismo *hunch* "presentimiento"; *suit* "pleito, acción judicial", *suit* "terno, prenda de vestir" y *suit* "palo de baraja, serie de cartas"? Algunas personas no dudarían en estimarlas como palabras idénticas, aunque les sería difícil conjeturar la conexión entre sus significados.

En corto número de casos hay criterios fonéticos razonables para decidir en favor de la homonimia. La diferencia en la escritura no es necesariamente concluyente, según vimos en la discusión de parejas como *draft—draught*, *discreet—discrete* y *metal—mettle* (páginas 192 y sgs.); no obstante, es, en conjunción con otros factores, una indicación de que la palabra ya no se percibe como una unidad.

¹ Véase, sobre este problema, R. GODEL, "Homonymie et identité", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, VII (1948), págs. 5-15; P. DIACONESCU, *Probleme de Lingvistică Generală*, vol. I, págs. 133-53; F. ASAN, *ibid.*, vol. II, págs. 113-24; M. M. FALKOVICH, *Voprosy Jazykoznanija*, 1960, n. 5, págs. 85-8.

Esto se ve claramente en parejas tales como *flower* [flor] — *flour* [harina], *gate* “camino, calle” (cf. *Gallowgate*) — *gait* [paso, porte, continente], la francesa *penser* “pensar” — *panser* “almohazar un caballo, curar una herida”, todas las cuales eran originariamente palabras idénticas, que ahora se consideran como homónimas.

Si dos palabras iguales en cuanto a la forma se pueden usar en la misma oración sin ninguna sensación de repetición, esto indica que el que habla desconoce cualquier conexión entre ellas. Así, si hubiera alguna duda sobre la relación entre los términos franceses *pas* “paso” y *pas*, partícula negativa, procedentes ambos del latino *passus* “paso”, un idiotismo como “Cela ne se trouve *pas* dans le *pas* d'un cheval” (“Eso no se encuentra todos los días”), bastaría para mostrar que son reputados como dos palabras separadas. Hay que cuidarse, sin embargo, de no utilizar como prueba los retruécanos. Así, la famosa paradoja de Pascal: “Le coeur a ses *raisons* que la *raison* ne connaît point” (“El corazón tiene sus *razones* que la *razón* no conoce”), se basa en el doble significado de la palabra *raison*, y no demuestra en modo alguno, como se ha insinuado¹, que sea este un caso de homonimia y no de polisemia.

Otro criterio aún que puede decidir a veces la cuestión es la rima. Está completamente claro, por ejemplo, que ningún poeta que se respete rimaría los vocablos franceses *point* “punto” y *point*, partícula negativa (derivados ambos del latino *punctum*), si los percibiera como una sola palabra, y no como dos; con todo, encontramos en Corneille:

Et sa mâle vigueur, toujours en même *point*,
Succombe sous la force, et ne lui cède *point*.

Horace, acto IV, escena 1².

Estos criterios y otros semejantes podrían ser provechosos en algunos casos, pero dejarán otros muchos sin resolver. Recientemente se hizo la sugestión de que “la ciencia social tiene técnicas adecuadas para estudiar las opiniones subjetivas, que cabría aplicar a los problemas de la homonimia (si se concede que estos son asunto de las opiniones de los interlocutores) tanto como a los temas políticos”³. Si se lograra idear sobre estas directrices una indagación estadística, una especie de cuestionario Gallup, este aspecto importante y poco satisfactorio de la lexicografía podría colocarse, al menos, sobre una base sólida.

¹ BALLY, *Traité de stylistique*, vol. I, pág. 48.

² “Y su viril vigor, siempre firme y a punto, sucumbe bajo la fuerza, mas no se rinde a ella.” Esta no es una rima aislada en Corneille; otro ejemplo es citado por BRÉAL, *op. cit.*, pág. 146, n. 2.

³ WEINREICH, *Language*, xxxi, págs. 541 y sgs.

3) *Influencia extranjera*.—Muchas palabras introducidas de idiomas foráneos se han elevado al rango de homónimos en el inglés y en otras lenguas, como puede verse en algunos de los ejemplos ya citados (*race, mail — male*)¹. En ciertos casos, tal homonimia ha conducido a serios conflictos, como en las parejas: *gate* “puerta, entrada” (del antiguo inglés *geat*)—*gate* “camino, calle” (del antiguo escandinavo *gata*), y *straight* “derecho, recto” (del inglés medio *stregt*)—*strait* [estrecho, rígido] (del antiguo francés *estreit*, a su vez del latín *strictus*)². Cuando una palabra prestada queda firmemente establecida en su nuevo contorno, se adaptará al sistema fonético local, y en adelante participará de los cambios normales de sonidos; puede llegar así a coincidir con otras palabras de la lengua receptora. Este tipo de influencia extranjera no es, pues, una fuente separada de homonimia, sino meramente una forma especial del desarrollo de sonidos convergentes.

La influencia de una lengua extranjera puede también llevar a la homonimia por una ruta diferente: a través del *préstamo semántico*³. Este es un proceso muy raro, pero cabe citar aquí uno o dos ejemplos. Sobre el modelo de los homónimos alemanes *Schloss* “castillo” y *Schloss* “cerradura”, las palabras checa y polaca para designar “cerradura”, *zamek*, se usan igualmente en el sentido de “castillo”. La misma “homonimia por préstamo” existe también en el ruso, aunque aquí la movilidad del acento hace posible distinguir los dos significados: *za'mok* “cerradura”—*'zamok* “castillo” (cf. pág. 28)⁴. Se ha sugerido también que la ambigüedad del vocablo rumano *lume* y del húngaro *világ*, que significan ambos “luz”, y, a la vez, “mundo”, es debida a la influencia eslava; la misma homonimia (¿o polisemia avanzada?) se halla, por ejemplo, en el sustantivo ruso *svet*⁵.

2. Colisiones homonímicas

La homonimia difiere de la polisemia en dos aspectos vitales. En contraste con esta última, no tiene ventajas positivas salvo para el jugador de vocablos y el versificador. Por razones que ya han sido explicadas (pág. 189), es imposible imaginar una lengua sin polise-

¹ Véase R. J. MENNER, “The Conflict of Homonyms in English”, *Language*, XII (1936), págs. 229-44: págs. 234 y sgs.

² La misma palabra que la francesa *étroit* “estrecho, angosto” y la inglesa *strict* [estricto]. Sobre el conflicto entre las dos formas de *gate*, véase E. R. WILLIAMS, *op. cit.*, págs. 57-69; sobre el que existe entre *straight* y *strait*, véase *ibid.*, páginas 103-11.

³ Véase esp. T. E. HOPE, *loc. cit.*

⁴ DERROY, *op. cit.*, pág. 97.

⁵ *Ibid.*, véase, sin embargo, G. BÁRCZI, *Magyar Szófejtő Szótár* (“Diccionario etimológico húngaro”), Budapest, 1941, s. v. *világ*.

mia, mientras que una lengua sin homonimia no es solamente concebible: sería, de hecho, un medio más eficaz. La segunda diferencia es que la polisemia está incomparablemente más esparcida que la homonimia. Esto no quiere decir, sin embargo, que la última no sea frecuente; en algunas lenguas, tales como el inglés y el francés, existe en una escala que ciertos observadores encuentran verdaderamente alarmante. En su entretenido ensayo "Sobre los homófonos ingleses", publicado hace más de cuarenta años, el fallecido poeta laureado Robert Bridges calculó que debe haber entre 1.600 y 2.000 homónimos en inglés. "Ahora bien: se estima variamente—proseguía—que de 3.000 a 5.000 palabras son, aproximadamente, el límite del vocabulario conversacional del hombre educado medio, y puesto que las 1.600 son, en su mayor parte, palabras que usará tal interlocutor..., resulta que tiene un instrumento neciamente imperfecto y tosco"¹. La evaluación de Bridges de los recursos verbales del hombre medio es, sin duda, demasiado baja, pero aun multiplicándola por diez², la proporción de homónimos continuará siendo considerable.

Desde la labor realizada sobre la homonimia por Gilliéron, J. Orr y otros geógrafos lingüistas³, ya no es posible desechar esta forma de ambigüedad como un mero episodio en la vida del lenguaje. No obstante, es exacto decir que, en la inmensa mayoría de los casos, los homónimos no causan ningún embarazo en el habla ordinaria. Hay un cierto número de *salvaguardas* contra cualquier posibilidad de confusión. La mayor parte de ellas son similares a las mencionadas en la sección sobre la polisemia (págs. 189 y sgs.), pero hay también algunas diferencias características.

La más importante, con mucho, de estas salvaguardas es la influencia del *contexto*. En la fórmula del profesor Palmer, "la homonimia causa perturbaciones lingüísticas solamente cuando existe entre palabras que, en contextos dados, clausurarían malentendidos"⁴. Esto lo reconocen incluso los geógrafos lingüistas que han dado gran relieve al poder destructor de la homonimia. En las palabras a menudo citadas de Gilliéron y Mario Roques: "L'homonymie n'est pas une force qui va, fatale, inéluctable, détruisant sans mer-

¹ *Society for Pure English Tracts*, II (1919), pág. 6.

² Cf. JESPERSEN, *Growth and Structure*, pág. 196.

³ Para un examen general, véase JORDAN-ORR, *op. cit.*, cap. 3; véase también J. ORR, "On Homonymies", *Words and Sounds in English and French*, cap. 12, y otros capítulos del mismo libro; WARTBURG, *Problèmes et méthodes*, cap. 3. En el campo del inglés la contribución más importante es E. R. WILLIAMS, *op. cit.*; véase asimismo R. J. MENNER, "The Conflict of Homonyms in English", *loc. cit.*, y RUDSKOGER, *op. cit.*, págs. 427-41. Hay diversos artículos sobre la homonimia, en *Voprosy Jazykoznanija*, 1960, n. 5.

⁴ *An Introduction to Modern Linguistics*, Londres, 1936, pág. 113. Cf. igualmente WILLIAMS, *op. cit.*, págs. 4 y sgs.

ci tout ce que lui livre une phonétique aveugle: pour qu'elle ait à agir, encore faut-il qu'il y ait rencontre, et la rencontre ne se produit que pour des mots engagés dans les mêmes chemins de la pensée"¹.

Los contextos, sin embargo, son de una diversidad infinita, y puede suceder que dos homónimos con significados totalmente diferentes tengan ambos sentido en la misma locución. Así, la homonimia entre *son* [hijo] y *sun* [sol] parece bastante inofensiva; no obstante, Jespersen refiere el caso de una niña que, al ser preguntada por su madre si su nuevo muñeco era su hijo (*son*), respondió, señalando al cielo: "No, that's my *sun*" [No, ese es mi sol]². Pero este mismo autor pisa un terreno menos firme cuando sugiere que la sustitución de *son* por *boy* [niño] o *lad* [muchacho] en los dialectos es debida a una colisión homonímica entre *son* y *sun*³. Tales ambigüedades ocasionales, efectuadas por contextos caprichosos, son de escasa importancia; es solo cuando los equívocos se presentan una y otra vez cuando hay que hacer algo para evitarlos. Citando de nuevo a Gilliéron, "le rôle destructeur de l'homonymie n'apparaît que lorsque le parler a pleinement conscience du caractère intolérable des conflits, on n'essaye d'y remédier qu'après expérience d'une gêne intolérable"⁴.

Además del contexto hay, como en el caso de la polisemia, varias *salvaguardas especiales* contra la homonimia. Algunas de ellas son muy comunes; otras son de alcance más limitado. El efecto acumulativo de estas salvaguardas llega a reducir en gran medida el peligro de los conflictos homonímicos.

1) Muchos homónimos solo existen en teoría; en la práctica no hay ningún riesgo de confusión, ya que pertenecen a diferentes *clases de palabras*. Así fue poco realista sugerir, como hizo Robert Bridges (*loc. cit.*, pág. 22), que el verbo *to know* [conocer] está "sentenciado" a causa de la triple homonimia en que está envuelto: *know* [conozco] — *no* [no], *knows* [conoce] — *nose* [nariz], *knew* [conocía] — *new* [nuevo]. Enteramente aparte de las diferencias de significado, es difícil imaginar una oración en la que un verbo

¹ "La homonimia no es una fuerza fatal, ineluctable, que va destruyendo sin remisión todo lo que le entrega una fonética ciega: para que actúe, es preciso todavía que haya choque, y el choque no se produce más que para palabras empeñadas en los mismos caminos del pensamiento" (GILLIÉRON-ROQUES, *Etudes de géographie linguistique*, París, 1912, págs. 149 y sgs.). Sobre la autoridad de este pasaje ver JORDAN-ORR, *op. cit.*, pág. 162, n. 1, y M. ROQUES, *Romania*, LXXIV (1953), pág. 140.

² *Language: its Nature, Development and Origin*, págs. 120 y sgs.

³ *Ibid.*, pág. 286.

⁴ "El papel destructor de la homonimia no aparece más que cuando la lengua tiene plena conciencia del carácter intolerable de los conflictos, no se intenta remediarlo más que tras haber experimentado un impedimento intolerable (*Généalogie des mots qui désignent l'abeille*, pág. 58).

pueda ocupar el mismo puesto que una partícula negativa, un nombre o un adjetivo. Esta sola consideración reduciría muy drásticamente el número de homónimos "efectivos" en una lengua. Al mismo tiempo, la diferencia de clase no descarta automáticamente toda posibilidad de confusión. Hay pruebas, por ejemplo, de un embrollo homonímico entre el nombre francés *part* (del latín *pars*, *partem*) y la preposición *par* (del latín *per*): en frases como "*de par le Roi*", "*de parte, o en nombre del Rey*", la forma original fue *de part*, con el sustantivo; mientras que en la frase "*à part, moi*"; "*para mí, para mis adentros*", el nombre parece haber reemplazado a la preposición ¹.

2) En las lenguas que poseen *género gramatical*, este puede contribuir a distinguir los nombres homónimos: en el francés, *le poêle* "estufa" — *la poêle* "sartén"; *le vase* "vaso, vasija" — *la vase* "limo, cieno"; en el alemán, *der Kiefer* "mandíbula, maxilar" — *die Kiefer* "abeto, pino". Una vez más esta salvaguarda no es absoluta, porque hay construcciones en que las diferencias de género no pueden ser indicadas. Así, la distinción entre los términos franceses *le foie* "hígado" y *la foi* "fe", quedará inhabilitada en la combinación "*crise de foie (foi)*", y autores que normalmente escribirían "*crise de (no de la) conscience*", intercalarán el artículo en "*crise de la foi*" para evitar cualquier confusión entre una crisis de fe y una crisis del hígado ².

3) Los homónimos pertenecientes a la misma clase de palabras se diferencian a veces por la *inflexión*. El plural del vocablo francés *travail* "trabajo" es *travaux*, pero el del homónimo *travail*, "potro, aparato para sujetar y herrar a los caballos indómitos", es *travails* ³. Análogamente ocurre en el alemán, *die Kiefer* "mandíbulas" — *die Kiefern* "abetos". El pretérito de *to ring*, "rodear, hacer un círculo o anillo", es *ringed*; el de *to ring*, "repicar, tañer, sonar fuertemente", es *rang*.

4) En ocasiones, se forman *compuestos* o *frases* especiales para mostrar cuál de dos o más homónimos se quiere dar a entender. Este artificio desempeña un papel importante en el chino, en donde todas las palabras son monosilábicas y la homonimia es, por tanto, particularmente común. En el inglés se emplean frases como "*left-hand corner*" [ángulo izquierdo] y "*without let or hindrance*" [sin estorbo ni obstáculo] para remediar la ambigüedad de las palabras en bastardilla ⁴. En el francés, los meses mayo y agosto con frecuencia son

¹ Véase BLOCH-WARTBURG, s. v. *par* y *part*.

² JORDAN-ORR, *op. cit.*, pág. 163, n. 1.

³ Originariamente la misma palabra que el otro *travail*. Sobre la historia de estos términos, véase esp. C. H. LIVINGSTON, *Skein-winding Reels. Studies in Word. History and Etymology*, Ann Arbor, 1957.

⁴ Véase JESPERSEN, *Linguística*, pág. 399.

llamados "mois de *mai*", "mois d'*août*", en lugar de *mai* y *août* simplemente, para eludir las complicaciones homonímicas. Un caso divertido de ambigüedad en la esfera culinaria es el de las voces francesas *pomme* "manzana" y *pomme* "patata", la última una abreviación de *pomme de terre*. El problema se resuelve a veces refiriéndose a la fruta como *pomme de l'air*, *pomme-fruit*, o incluso *pomme-pomme*¹.

5) En las lenguas con escritura no fonética, la ortografía ayudará a menudo a diferenciar las palabras de sonido idéntico. Esto, por supuesto, no es más que un paliativo; reduce el número de homónimos en la página escrita y en la impresa, pero deja inafectado el lenguaje hablado, excepto en la medida en que proporciona un rápido y fácil expediente para disipar la confusión: si hay alguna duda de si queremos decir *night* [noche] o *knight* [caballero] es mucho más sencillo deletrearlos que definir sus significados. En un idioma como el francés, en el que es corriente tanto la homonimia léxica como la gramatical, la ortografía es ciertamente de alguna ayuda para distinguir una larga serie de homónimos: *vain* "vano" (plural: *vains*) — (*je*) *vaincs* "yo venzo", (*il*) *vainc* "él vence" — *vin* "vino" (plural: *vins*) — *vingt* "veinte" — (*je*) *vins* "yo vine", (*il*) *vint* "él vino", todos los cuales se pronuncian [vɛ̃]. esto es, con e nasalizada.

El valor de la ortografía como una salvaguarda contra la homonimia ha sido puesto en duda por algunos autores. Bloomfield, por ejemplo, fue perfectamente categórico sobre este punto: "Es falso suponer que la escritura sería ininteligible si la ortografía de los homónimos (v. gr., *pear* [pera], *pair* [par], *pare* [pelar, mondar], o *piece* [pieza], *peace* [paz]) fuese igual; la escritura que reproduce los fonemas del habla es tan inteligible como el habla"². Pero seguramente la cuestión es que bajo este respecto la escritura es *más* inteligible que el habla, y que la homonimia en la lengua en su conjunto, en la hablada tanto como en la escrita, queda reducida en consecuencia. Es verdad, por otro lado, que la ortografía no fonética produce homónimos peculiares suyos: palabras como *lead* [plomo] y *to lead* [conducir], *tear* [lágrima] y *to tear* [desgarrar], *sow* [marrana] y *to sow* [sembrar], que se pronuncian de modo diferente, pero que se escriben lo mismo. Mas tales casos son bastante menos comunes que aquellos en que la escritura ayuda a discriminar los homónimos del habla. Es ciertamente significativo que lenguas como el inglés, el francés y especialmente el chino, donde abundan los homónimos, hayan conservado una forma no fonética de escritura, mientras que otros, menos vulnerables a la homonimia, se escriban más o menos como se hablan y hayan sido ajustados repetidamente a fin de acer-

¹ GILLIÉRON, *Généalogie des mots qui désignent l'abeille*, pág. 58.

² *Language*, pág. 502; cf. JESPERSEN, *Linguistica*, pág. 398.

car la ortografía a la pronunciación. Es dudoso, sin embargo, si el valor de la escritura como un remedio contra la homonimia es lo bastante importante como para deparar un serio argumento contra la reforma de la ortografía.

6) En algunos casos, un conflicto homonímico ha sido apartado *modificando ligeramente la forma* de las palabras en cuestión. La colisión entre *gate* "puerta, entrada" y *gate* "camino, calle", que ya se ha mencionado (pág. 203), ha conducido, en el inglés clásico y en muchos dialectos, a la desaparición de la segunda palabra. Otros dialectos han conservado ambos términos, pero ya no son homónimos, puesto que la palabra para denotar "entrada" tiene formas como *yate*, *yett*, etc., que se remontan a un prototipo del antiguo inglés diferente del vocablo *gate* del inglés normal¹. El mismo deseo de distinguir los homónimos explica por qué ciertas consonantes finales que normalmente serían mudas, o pueden serlo, se pronuncian en francés, como en *but* "blanco, meta", *joug* "yugo", *sens* "sentido", y otras. Por la misma razón, el grupo [st] final se pronuncia en *le Christ*, para distinguirlo de *le cri* "grito, clamor", mientras que en la combinación *Jésus-Christ*, en donde no hay peligro de confusión, las dos últimas consonantes son mudas.

Un caso particularmente interesante de diferenciación es la historia de los verbos latinos *necare* "matar" (en latín vulgar "ahogar") y *negare* "negar", en francés. Estos verbos se volvieron homónimos en antiguo francés, tanto en aquellas formas que en latín se acentuaban sobre la primera sílaba como en las que el acento recaía sobre la segunda:

'necat →
'negat → antiguo francés *nie*

ne'care →
ne'gare → antiguo francés *noyer*

Esta ambigüedad fue eliminada, y la conjugación de ambos verbos se regularizó remodelando cada uno sobre una base diferente: *hier, je nie, nous nions*, etc., llegó a ser la palabra para designar la negación, en tanto que *noyer, je noie, nous noyons*, se reservó para el significado de "ahogar".

Si, a pesar de todas estas salvaguardas, tiene lugar una *colisión homonímica* en gran escala, el resultado es usualmente más serio que en los conflictos debidos a la polisemia. Allí, como hemos visto (página 198), rara vez es necesario sacrificar una palabra entera; normalmente basta con descartar uno de los sentidos incompatibles. En las colisiones homonímicas, una palabra choca con otra, y a menos que puedan separarse por medios fonéticos o gramaticales, una u otra

¹ Véase WILLIAMS, *op. cit.*, págs. 57 y sgs.

—a veces incluso las dos—tendrán que apartarse de la escena. Estos procesos pueden estudiarse mejor en los atlas lingüísticos, en donde cabe reconstruir con gran precisión la compleja cadena de causas y efectos. El ejemplo clásico es el análisis de Gilliéron del conflicto entre el gallo y el gato en el sudoeste de Francia¹. En parte del territorio la [-ll] final ha cambiado en [-t]; como consecuencia de ello, la palabra latina para designar el gallo, *gallus*, se convirtió en *gat* y así coincidió con el nombre del gato, *gat*, procedente del latín vulgar *cattus*. Como habría sido sumamente inconveniente tener nombres homónimos para los dos animales, *gat* “gallo” desapareció y fue reemplazado por formas locales de los vocablos franceses *faisan* “faisán” y *vicaire* “vicario”². Fuera del área del cambio de la [-ll] en [-t] no había confusión entre *gal* “gallo” y *gat* “gato”, y ambos términos han sobrevivido. Como Bloomfield apunta certeramente, es un “hecho notable el que las isoglosis³ que separa las extrañas palabras [aza] y [begeji] de la ordinaria [gal], coincide exactamente con la isoglosis entre [-t] y [-ll]; esto es altamente significativo, porque las isoglosis—incluso las isoglosis que representan rasgos estrechamente relacionados—muy rara vez coinciden durante una distancia considerable” (*Language*, pág. 398).

Gilliéron estaba en general más interesado por los conflictos mismos que por los *sustitutos* que hay que encontrar para los homónimos desechados. El problema de la sustitución ha sido examinado por el profesor Wartburg en una serie de estudios⁴ que han arrojado una luz estimable sobre la íntima conexión que existe entre la lingüística descriptiva y la histórica. Al explorar ulteriormente la elección de los sustitutos posibles, hallamos que la brecha abierta por la desaparición de un homónimo puede llenarse de una variedad de maneras:

1) Cabe sacrificar una forma ambigua y reemplazarla por un *derivado*. Como Gilliéron mostró en una monografía especial sobre el tema⁵, los términos latinos *clavis* “llave” y *clavus* “clavo”, que han dado *clef* y *clou* en francés, se convirtieron ambos en *claus* en el sur de Francia. Para eliminar esta ambigüedad, la palabra para expresar “clavo” fue reemplazada por *clavel*, de *clavellus*, un diminutivo de *clavus*. En el español de América, la [z] sorda (escrita como *c* delante de *e* y de *i*, y como *z* en los demás casos) se ha convertido en [s], y esto ha creado cierto número de homóni-

¹ Véase GILLIÉRON-ROQUES, *op. cit.*, cap. 12.

² O posiblemente *viguier* “preboste”, que es históricamente la misma palabra.

³ “Frontera de un rasgo lingüístico”, del griego *isos* “igual” + *glōssa* “lenguaje”.

⁴ Véase esp. *Problèmes et méthodes*, págs. 122 y sgs., en donde varios de los ejemplos que siguen (*gat*, *claus*, *moudre*, *nouer*) son discutidos con cierto detalle.

⁵ *L'aire Clavellus d'après l'Atlas linguistique de la France*, Neuveville, 1912.

mos: *cocer* ha coincidido con *coser*, *caza* con *casa*, etc. Una solución del problema es reemplazar uno de los homónimos por un derivado: *cocer* por *cocinar*, *caza* por *cacería*¹.

2) El sitio dejado vacante por un homónimo puede ser ocupado por uno o más *sinónimos* ordinarios. Esto acaeció en el conflicto entre *let* "dejar, permitir" (del antiguo inglés *lāetan*) y *let* "estorbar, impedir" (del antiguo inglés *lettan*). El último ha sido reemplazado por *hinder* y otros *sinónimos*, aunque ha sobrevivido en dos combinaciones especiales: "without *let* or hindrance" y "*let* ball".

3) El sustituto puede ser lo que el profesor Wartburg ha denominado un "satélite" del término desaparecido: un *sinónimo jocoso* del que se disponía en la época en que ocurrió la colisión. Así es como Wartburg interpretaría el uso de la palabra para designar a un "vicario" en el sentido de "gallo": comparar el ave con el cura de aldea es típico, en su opinión, del atrevido humor popular por el que los gascones son tan renombrados. De un modo muy parecido, el conflicto entre *an ear* "una oreja" y *a near* "un riñón" (*kidney*) (cf. pág. 176) se resolvió en algunas áreas eliminando la primera palabra y empleando *lug* "asa", "agarradera" en su lugar².

4) A veces un homónimo será reemplazado por un término que denota algún *aspecto especial* del mismo objeto o acontecimiento. Así, el choque entre los vocablos franceses *moudre* "moler" (del latín *molere*) y *moudre* "ordeñar" (del latín *mulgere*) condujo a la sustitución del último por *traire*, del latín *trahere* "tirar, arrastrar, extraer".

5) Otra posibilidad consiste en llenar el vacío con un término perteneciente a la *misma esfera de pensamiento*. Cuando la palabra francesa *nouer* "anudar" (del latín *nodare*), se hizo idéntica a *nouer* "nadar" (del latín *natare*), la última cayó gradualmente en desuso. Su puesto fue ocupado por *nager* (del latín *navigare*) que hasta entonces había significado "navegar". Este ejemplo muestra que algunas colisiones homonímicas tienen repercusiones mucho más allá de sus límites originales.

6) En algunos casos se ha introducido una palabra de una *lengua extranjera* para proporcionar un sustituto al homónimo desplazado. Un ejemplo a propósito es el conflicto entre *aimer* "amar" (del latín *amare*), y *esmer* "estimar" (del latín *æstimare*)³. Los dos verbos se volvieron homónimos en antiguo francés y *esmer* desapareció con el tiempo, pero no sin legar algunas de sus funciones a su

¹ W. J. ENTWISTLE, *The Spanish Language*, Londres, 1936, pág. 265.

² Véase WILLIAMS, *op. cit.*, págs. 47 y sgs.

³ Véase especialmente ORR, *Words and Sounds in English and French*, cap. 14.

rival más afortunado. Se encontró una sustitución para *esmer* reintroduciendo la misma palabra del latín en su forma culta *estimer*.

7) Cuando uno de los homónimos en conflicto tiene un significado desagradable, puede desaparecer y ser expresada la misma idea por un *eufemismo*. La semejanza fonética entre el vocablo del antiguo inglés *adela* "cieno, basura, excremento" (inglés moderno *addle* "huero, podrido") y *ādī* "enfermedad", fue sin duda una de las razones para la desaparición del último término. Su sustituto, *disease*, era originariamente un eufemismo que significaba "lack of ease, uneasiness" [falta de tranquilidad, indisposición, incomodidad], si bien desde hace largo tiempo ha perdido su valor eufemístico¹.

Como muestra este último ejemplo, las colisiones homonímicas no siempre son debidas a una ambigüedad genuina. Una palabra desagradable o indecente puede lanzar una sombra sobre su homónimo aun cuando no haya ningún riesgo real de confusión entre ellos. Hemos visto el mismo factor operando en el caso de la polisemia (páginas 196 y sgs.). Según Bloomfield, *cock* [gallo] y *ass* [asno] están siendo reemplazados por *rooster* y *donkey* en el inglés americano con el fin de evitar la homonimia con una "forma tabú" (*Language*, pág. 396). De la misma manera, el profesor Orr explicaría el desuso del verbo *to flee* [huir, escapar] por su choque homonímico con *flea* [pulga]². Estas influencias asociativas son tan potentes que incluso pueden afectar a una palabra que se asemeje vagamente a un término tabú. A los oídos hipersensibles de las *précieuses* francesas del siglo XVII, los verbos *inculquer* [inculcar] y *confesser* [confesar] parecían ofensivos a causa de la asonancia de su sílaba central con una palabra indecente. En nuestro propio tiempo, un grupo de seis músicos de una orquesta norteamericana fue llamado un quinteto (*quintet*), ya que sexteto (*sextet*) se percibía como demasiado sugerente³.

La colisión homonímica puede conducir incluso a la desaparición de ambas palabras; esto es lo que sucedió cuando *épi* "espiga" (del latín *spicum*) y *épine* "espinas" (del latín *spina*) llegaron a coincidir en el sudoeste de Francia. Esto, sin embargo, raramente es necesario; en la mayoría de los casos solo se eliminará una de las palabras en conflicto. Gilliéron insinuó una vez, en términos bastante generales, que en un choque entre dos homónimos quedará anulado aquel para el que se disponga con más facilidad de un sustituto, o aquel que exija con más vehemencia el ser reemplazado⁴. En la práctica esto es a menudo una cuestión de azar, y un homónimo que desaparece en

¹ L. R. PALMER, *An Introduction to Modern Linguistics*, pág. 111.

² ORR, *Words and Sounds in English and French*, cap. 1.

³ Véase A. W. READ, "The Lexicographer and General Semantics", *Papers from the Second American Congress on General Semantics*, Chicago, 1943, págs. 33-42: páginas 41 y sgs.

⁴ Cf. JORDAN-ORR, *op. cit.*, pág. 165, y BLOOMFIELD, *Language*, pág. 398.

un área puede resultar en otra área más fuerte que su rival, como vimos en la colisión entre *an ear* y *a near*.

III. LA AMBIGÜEDAD COMO ARTIFICIO ESTILÍSTICO

Mucha atención se ha prestado en los recientes años a los usos de la ambigüedad en el estilo literario¹. Me limitaré a unas breves observaciones sobre los aspectos estilísticos de la polisemia y la homonimia. Ambas son fuentes prolíficas de equívocos, algunos débiles o extremadamente malos, otros hábiles e ingeniosos, otros en fin preñados de intensa emoción y a veces bordeando lo sublime.

Los equívocos basados en la *polisemia* son, en general, más interesantes que los de tipo homonímico, puesto que hay más sutileza en jugar con los significados que con las similitudes fortuitas de los sonidos. Desde un punto de vista estrictamente lingüístico, tales retruécanos se agrupan en dos amplias categorías: la variedad implícita y la explícita. La ambigüedad es *implícita* cuando una palabra es mencionada una sola vez, pero comporta dos o más significaciones que el lector tiene que descifrar por sí mismo. Esta es una forma más elevada de ingenio que el equívoco explícito, ya que únicamente reparará en ella un lector atento y sensible. Es particularmente eficaz cuando está incorporada en el título de un libro, en donde no hay ningún contexto inmediato para apoyarla. En la *Symphonie pastorale*, de Gide, hay tres significaciones condensadas en el adjetivo. En el nivel literal se refiere a la *Sinfonía pastoral* de Beethoven que el clérigo y su protegida ciega van a oír a Neuchâtel. En un plano más elevado y más irónico, expresa una "pastoral" en el sentido literario: situada en un ambiente bucólico, la amistad del cura con Gertrude le parece a él un inocente idilio hasta que se ve forzado a comprender que es algo más serio y peligroso. Un tercer significado, igualmente irónico, deriva de la circunstancia de que esta "sinfonía pastoral" es la historia de un *pastor* protestante, en francés *pasteur*.

Un *double entendre* encastrado en un contexto adecuado puede ser igualmente rico en fuerza sugestiva. Cuando, en la *Andromaque*, de Racine, Pirro le dice a su cautivo troyano que él está "*brûlé de plus de feux que je n'en allumai*" (acto I, escena 4)², la palabra

¹ Véanse especialmente los dos libros ya referidos del profesor EMPSON: *Seven Types of Ambiguity* y *The Structure of Complex Words*. Sobre otras lenguas, cf. v. gr.: W. B. STANFORD, *Ambiguity in Greek Literature*, Oxford, 1939, y L. RENOU, "L'ambiguïté dans le vocabulaire du Rg Veda", *Journal Asiatique*, CCXXXI (1939), págs. 161-235.

² "Consumido con más fuegos de los que encendí." Véase sobre esta imagen el artículo del profesor R. C. KNIGHT, en *Studies in French Language... Presented to R. L. Graeme Ritchie*, Cambridge, 1949.

jeux tiene un significado físico, así como también moral: se refiere a los incendios que había causado en Troya y asimismo a las llamas de su amor por Andrómaca. La imagen es un poco preciosista y no enteramente original, pero el cambio repentino de un plano concreto a otro abstracto, y el violento contraste que se expresa en un solo verso con la máxima economía, tienen un efecto sorprendente en este contexto particular.

Los juegos de palabras *explicitas* basados en la polisemia pueden resultar burdos en comparación, pero a veces logran adquirir estimables tonos estilísticos. Un equívoco puede volverse explícito de dos maneras: repitiendo la misma palabra en una acepción diferente, y haciendo un comentario sobre la ambigüedad. Algunos equívocos repetitivos son triviales, como el endeble chiste del Duque en *Twelfth Night*: "Give me now *leave* to *leave* thee" (acto II, escena 4)¹. Otros pueden arrojar una interesante luz lateral sobre una situación o un personaje. En una de las novelas de Jules Romains un veterano sindicalista desfoga sus agravios en un amargo calambur: "La civilisation ne peut pas *se passer* de nous. Mais elle *se passe* au-dessus de nous"². En otros casos la misma técnica puede producir fuertes efectos de contraste y dar una impresión de agudeza y brevedad epigramáticas, como en la paradoja de Pascal que ya ha sido mencionada: "Le coeur a ses *raisons* que la *raison* ne connaît point". Una forma común de juego de palabras repetitivo es el *quid pro quo* humorístico. Este también puede ser trivial, pero cabe asimismo que sea sintomático de corrientes subterráneas y de tensiones más profundas:

POLONIUS: What do you read, my lord?

HAMLET: Words, words, words.

POLONIUS: What is the *matter*, my lord?

HAMLET: Between who?

POLONIUS: I mean, the *matter* that you read, my lord.

Acto II, escena 2³.

A veces la ambigüedad es aclarada por un comentario explícito. Al final de una conferencia en el Palacio de Justicia de Bruselas, Verlaine se dirigió con malévola ironía a la Policía belga: "Eh! Messieurs les gens de police, laissez donc les poètes! Ils ne vous *regardent* pas,

¹ "Dame ahora licencia para licenciarte."

² "La civilización no puede pasarse sin nosotros. Pero pasa por encima de nosotros" (*Le 6 octobre*, París, Flammarion, pág. 291).

³ "POLONIO: ¿Qué estáis leyendo, señor? — HAMLET: Palabras, palabras, palabras. — POLONIO: ¿Y de qué se trata, Alteza? — HAMLET: ¿Entre quiénes? — POLONIO: Quiero decir: ¿de qué trata lo que estáis leyendo, señor?" SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 1355.

— dans les deux sens du mot”¹. En Proust hay un comentario sumamente importante sobre la polisemia del adjetivo *grand* y su efecto sobre el ánimo de una persona sin instrucción. Como *grand* puede significar “amplio, extenso, de gran tamaño” y a la vez “moralmente grande”, la doncella Françoise cree que la “grandeza” de la aristocrática familia Guermantes se basa tanto en el copioso número como en la nobleza de sus miembros. Proust comenta acerca de esta ambigüedad en una gráfica imagen:

Car n'ayant que ce seul mot de *grand* pour les deus choses, il lui semblait qu'elles n'en formaient qu'une seule, son vocabulaire, comme certains pierres, présentant ainsi par endroit un défaut et qui projetait de l'obscurité jusque dans la pensée de Françoise².

El juego de palabras *homónimo* funciona casi del mismo modo que el basado en la polisemia. Aquí también hay equívocos implícitos y explícitos. Numerosos ejemplos de ambos tipos pueden encontrarse en Shakespeare quien, como sus contemporáneos, era un apasionado de los equívocos y derivó algunos efectos extraordinariamente poderosos de este artificio³. Sus equívocos *implícitos*, en particular, están a veces densamente cargados de siniestra energía. En *Macbeth* hay un torvo juego con la homonimia de *dear* [querido, amado] y *deer* [ciervo], que sorprende al lector moderno como algo desacoplado del contexto, pero que sin duda sonaba muy natural a un auditorio isabelino:

Your castle is surpris'd; your wife and babes
Savagely slaughter'd. To relate the manner,
Were, on the quarry of these murder'd deer,
To add the death of you.

Acto IV, escena 3⁴.

Pero incluso un lector moderno apreciará el chiste macabro que hace Mercutio tras de ser mortalmente herido: “Ask for me to-

¹ “¡Eh! ¡Señores policías, dejad a los poetas! Ellos no os tocan a vosotros, — en los dos sentidos de la palabra” (citado por NYROP, *Sémantique*, pág. 30).

² “Porque no teniendo más que esa sola palabra, *grande*, para las dos cosas, le parecía que estas no formaban más que una sola, presentando así su vocabulario, como ciertas piedras, un defecto en algunas partes, que proyectaba oscuridad hasta en el pensamiento de Françoise” (Le côté de Guermantes, París, ed., 1949, vol. I, pág. 26).

³ Véase especialmente MAHOOD, *op. cit.*, y KÖKERITZ, *op. cit.*, parte II, de donde están tomados algunos de los ejemplos siguientes.

⁴ “Vuestro castillo ha sido sorprendido; vuestra esposa y vuestros niños salvajemente exterminados. Relatar de qué manera, sería añadir vuestra muerte a los despojos de estos ciervos asesinados.”

morrow, and you shall find me a grave man" (*Romeo and Juliet* acto III, escena 1)¹. En una situación diferente, el mismo equívoco habría sido artificioso cuando no un tanto forzado, en las circunstancias del momento es sublime. En palabras del profesor Mahood, "como muchos de los personajes de Shakespeare, Mercutio muere con un equívoco que afirma su vitalidad a las puertas de la muerte. Bromea mientras tiene aliento; solamente si preguntamos *mañana* por él lo encontraremos hecho un hombre grave" (*op. cit.*, pág. 69).

Los equívocos homonímicos convertidos en explícitos por la repetición son a su vez menos sutiles que los del tipo implícito. Pueden no ser otra cosa que una forma de agudeza puramente verbal:

I am too sore enpierced with his [Cupid's] shaft
To soar with his light feathers.

Romeo and Juliet, acto I, escena 4².

Si, no obstante, hay un violento contraste semántico entre los dos homónimos, el equívoco repetitivo puede ser muy eficaz:

- Have for the gilt of France—O guilt indeed!—
Confirm'd conspiracy with fearful France.

King Henry the Fifth, acto II, prólogo³.

And truly not the morning sun of heaven
Better becomes the grey cheeks of the east...
As those two mourning eyes become thy face.

Soneto 132⁴.

Una vez más, cabe obtener efectos cómicos o irónicos de la homonimia llevándola hasta un *quid pro quo*:

BÉLISE: Veux-tu toute ta vie offenser la *grammaire*?

MARTINE: Qui parle d'offenser grand-mère ni grand-père?

Molière, *Les femmes savantes*, acto II, escena 6⁵.

¹ Juego de palabras entre el adjetivo *grave* "grave, circunspecto" y el sustantivo *grave* "tumba, sepultura". "¿Preguntad mañana por mí, y me hallaréis todo un hombre estirado!" SHAKESPEARE, *Obras completas*, 10.^a ed., Madrid, Aguilar, 1951, pág. 287.

² "Demasiado cruelmente (*sore*) herido estoy por su flecha [de Cupido] para que pueda remontarme (*soar*) con sus leves alas." *Ibid.*, pág. 270.

³ "Por el soborno de Francia (¡oh bochorno verdaderamente!), han tramado una conspiración con la Francia temblorosa." *Ibid.*, pág. 525.

⁴ "Y verdaderamente, ni el sol *matutino* que brilla en el cielo aparece mejor a las mejillas grises del Oriente... que estos dos ojos *en duelo* que resplandecen en tu rostro." *Ibid.*, pág. 2202.

⁵ "BÉLISE: ¿Quieres ofender toda la vida a la *gramática*? — MARTINE: ¿Quién habla de ofender a la *abuela* o al abuelo?"